

HIJOS ILUSTRES
DE LAS
ISLAS CANARIAS.
BIOGRAFÍAS
DE
CANARIOS CÉLEBRES.



HIJOS ILUSTRES DE LAS ISLAS CANARIAS.

BIOGRAFÍAS
DE
CANARIOS CÉLEBRES

POR
AGUSTIN MILLARES

SEGUNDA EDICION

Reunida, considerablemente aumentada,
y precedida de un Estudio sobre los progresos de la
civilización en el Archipiélago,
desde su conquista hasta nuestros días.

TOMO II.

LAS PALMAS DE GRAN-CANARIA.
IMP. DE FRANCISCO MARTIN GONZALEZ
MONTENEGRO N.º 5.
1879.

~~~~~  
Es propiedad del autor.  
~~~~~

ADVERTENCIA.

Cuando publicabamos en el tomo primero de esta *Galeria* las noticias biográficas sobre nuestro insigne compatriota D. Bartolomé Cairasco de Figueroa, muy lejos estabamos de creer tan cercano el día, en que, comprendiendo el pueblo Canario, que alenaltecer los nombres de aquellos que representan sus glorias literarias, se honraba á sí mismo, se decidiera al fin á levantar un monumento que demostrase públicamente á todos, la cariñosa gratitud con que sabia recompensar á los que, con patriótico ardimiento, habian consagrado su ingenio á cantar las bellezas de este suelo, en otro tiempo afortunado, y la prudencia y valor con que supieron defenderlo en momentos de angustiosa lucha para la Gran-Canaria,

En efecto, en la plaza donde se levanta el primer teatro que hubo en la Provincia, y en los mismos sitios en que existia en el siglo XVI la casa donde nació y murió el ilustre vate, introductor de los esdrújulos, algunos amantes de las glorias de su patria determinaron trazar un pequeño jardín, y alzar una fuente, en cuyo centro se elevará un modesto pedestal de cantería, que sirviese para colocar en él un busto, que recordar pudiera a las futuras generaciones el nombre del ilustre traductor del Taso.

La Comision se componia de los Sres. D. Manuel Ponce de Leon, D. Luis Navarro Perez, D. Francisco José Bello, D. José Antonio Lopez Echeagarreta, y el que estas líneas escribe. Reunióse en pocos dias, por suscripcion voluntaria, la suma que la obra necesitaba, y al poco tiempo vió la Ciudad de Las Palmas con grata sorpresa un amenísimo jardín cubierto de hermosas y galanas flores, allí donde solo antes se descubria un árido terreno, lleno de polvo y lodo.

Sin embargo, el busto que habia de coronar el pedestal de la fuente, ofrecia mayores dificultades, porque no era fácil empresa encontrar, quien desde luego pudiese ejecutarlo. Pero, véase cómo, hasta para salvar ese grave inconveniente, nos fué la suerte propicia. Por entonces habia regresado á Las Palmas el jóven escultor D. Rafael Bello, que habia seguido en Roma sus estudios con notable aprovechamiento y aplauso de sus profesos-

res, el cual, al saber el proyecto de la Comision, puso inmediatamente su reconocida habilidad á disposicion del Municipio, cuyo ilustrado Alcalde D. Juan de Leon y Joven, se apresuró á hacerle oficialmente el encargo.

Los festejos con que anualmente se celebra en Las Palmas la fundacion de esta Ciudad, dió ocasion favorable para la colocacion del busto, que desde el 7 de Junio se alzaba sobre su pedestal, dando á la plaza el merecido nombre de Cairasco.

Aquella noche tuvimos la satisfaccion de admirar por la vez primera la luz eléctrica, que inundó, con su deslumbradora claridad la avenida, que desde el Teatro se estiende hasta la Catedral.

En las noches sucesivas se leyó en los salones del Gabinete Literario una bellissima poesia en loor de Cairasco, por su autor, el inspirado poeta D. Ramon Gil Roldan; y otra, en el concierto que tuvo lugar en el Teatro, escrita por el que estas lineas firma, con lo que se procuró manifestar que Las Palmas, era una poblacion que sabia honrar á las letras, y depositar coronas sobre la frente de sus nobles hijos.

Para nosotros, el modesto monumento que allí se alza, significa mucho más que un recuerdo á Cairasco, significa un homenaje rendido al saber, á la ilustracion, á la inteligencia, y revela un progreso que honra y honrará eternamente á la Ciudad de las Palmas, porque de esa manera tendrá el derecho indiscutible de os-

tentar orgullosa ese nuevo timbre ante las demas Islas, sus hermanas.

Tenemos, pues, una profunda satisfaccion al consignarlo así en estas páginas, rindiendo de este modo un justo tributo de admiracion á la Gran Canaria, y exhortándola á que conquiste en el porvenir nuevos timbres, tan nobles como éste, y á que prosiga sin descanso por esa gloriosa senda, que hoy recorren con tan brillante resultado todos los pueblos que aspiran á ser grandes, libres é ilustrados.

A. MILLARÉS.

Las Palmas 21 de Junio de 1879.

DON JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO.

D. JOSÉ VIERA Y CLAVIJO.

Hé aquí un nombre, que despierta en todos los hijos de las Canarias un justo sentimiento de orgullo; nombre que nos recuerda el de un sabio modesto, virtuoso y distinguido, que consagró todos los instantes de su activa y laboriosa existencia á honrar su país; que le dedicó las primicias de su talento; que dió á conocer ventajosamente las Islas, al mundo literario y científico, y trajo al archipiélago el precioso caudal de sus vastos conocimientos, adquiridos en largos viajes por los centros mas civilizados de Europa.

Destinado, como todos los hombres de humilde cuna y de gran porvenir, en el pasado siglo, al estado eclesiástico, único que entonces daba entrada al saber y á los honores, segun hemos tenido ocasion de repetir mas de una vez en esta obra, se vió desde muy jóven

ligado á los austeros deberes de su ministerio, y obligado á encauzar su ingenio por los estériles campos de la escolástica y de los sagrados cánones.

Habia nacido este ilustre canario en el pueblecito del Realejo de arriba, Isla de Tenerife, el 28 de diciembre de 1731, siendo sus padres D. Gabriel del Álamo y Viera y D.^a Antonia Maria Clavijo. (1)

Por causas que ignoramos, pero que ejercieron una favorable influencia sobre el futuro historiador, sus padres trasladaron su domicilio al Puerto de la Orotava, floreciente todavía en aquella época, apesar de la decadencia de su antiguo comercio con la Gran Bretaña. Allí pudo el niño adelantar en sus estudios de latina y humanidades, y satisfacer su ardiente pasión por la lectura, y su insaciable sed de saber.

El mismo nos dice, en los curiosos apuntes que de su vida nos dejó, que *no habia clase de libros, fuesen devotos ó profanos, de historias ó novelas, de instruccion ó diversion, en prosa ó verso, en octavo ó en folio, en que no hallase pasto una curiosidad vaga, sin gusto, juicio ni eleccion.*

No se limitaron, sin embargo, sus esfuerzos á aplaudir las producciones de los demás, sino que yá, desde edad temprana, dió principio á crear por sí mismo una multitud de pequeñas obras, primeros é inseguros pasos de su precoz ingenio, que anunciaban á su país, lo que luego debia esperarse de él en su edad madura.

(1) En la réimpression de «Las Bodas de las Plantas», hecha en Barcelona en 1873, se dice, que la familia de Viera procedia de la Isla de la Madera.—Introduccion por D. Juan Texidor y Cos Catedrático de Farmacia en la Universidad de Barcelona.

Así fué que, á los catorce años, y despues de haber leído el Guzman de Alfarache, escribió una novela picaresca, bajo el nombre de *Vida y hechos de Jorge Sargo*, y poco despues, entusiasmado con las aventuras de Santa Genoveva, princesa de Brabante, compuso una tragedia en tres actos y en verso. (1)

Durante el largo y pesado curso de sus estudios, en el convento de Santo Domingo de la Orotava, no dejó su fecunda pluma de ejercitarse á cada momento, en escribir sobre cuantos asuntos la casualidad ó su imaginacion le designaban al azar, ciudándose poco de su belleza ó utilidad, y atendiendo solo á satisfacer el vehemente deseo, que interiormente le impulsaba á esteriorizar de cualquier modo su pensamiento en el papel. (2.)

Sabido es de todos los que tienen algun conocimiento de nuestra historia literaria, el estado lastimoso á que el estudio y cultivo de las letras habian descendido á mediados del siglo último, época en que desgraciadamente se educaba nuestro insigne Isleño.

La patria de los Cervantes, Calderones, y Marianas;

(1) Memorias escritas por el mismo, pág. 1.—Elogio de Viera, por D. José Roman, pág. 5.

(2) Véase la lista que el mismo Viera nos ha dejado de estos juguetes:

- 1.º—Rosario de las Musas ó los quince misterios del Rosario.
- 2.º—Las cuatro partes del dia y las ocupaciones ordinarias del hombre en ellas.
- 3.º—Fruta verde del Parnaso, coleccion de décimas, glorias, romances, quintillas, etc.
- 4.º—Abecedario de los nombres mas usados de hombres y mugeres, en décimas.
- 5.º—Baraja de cuarenta cartas.
- 6.º—La dama moralista.

de los Lopes, Hurtados de Mendoza y Melos, era entonces madre infeliz de los Montiveros, de los Gerardos, de los Butrones y de los Benegasis.

En el púlpito y en el foro, en el teatro y en los salones, no se oía mas que un retruécano continuo; las ideas mas sencillas y vulgares se envolvían en frases alambicadas, imposibles de entender; el desprecio de nuestros clásicos, y la adoración fanática hacia las producciones francesas, que habia importado la casa de Borbon, eran el rasgo dominante de aquellos sendo-Eteratos; parecían todos locos, á quienes se hubiese dado la consigna de escribir lo que sus enfermos cerebros concebían; poesía lirica, poesía heróica, poesía dramática; sermones, historia, crítica, todo era un confuso babel, que reflejaba al vivo la postracion intelectual de una Nacion, que en los dos siglos anteriores habia sido la admiracion y envidia de la Europa.

Si éste era el estado de la España, fácil es imaginar cual sería el de las Islas Canarias.

La filosofía peripatética y la teología escolástica, tal como se enseñaba en los conventos, consumía lastimosamente el tiempo de Viera, y oscurecía su inteligencia. Mas, véase aquí, dice tambien el mismo, (1.) *que en medio de la lóbrega noche de estos miserables estudios, llegó á alumbrarle una ráfaga de feliz claridad.*

Prestóle un amigo suyo las obras críticas del P. Feijóo, y al devorar sus páginas, nuevos horizontes se abrieron á sus ojos; adivinó que existía otro mundo in-

(1) Memorias ya citadas. pág. 2.

telectual, mas elevado del que hasta entonces conocia; y ansioso de penetrar en él, y ponerse en comunicacion con los espíritus que lo poblaban, empezó á estudiar el inglés, francés, italiano y griego, y avanzó con segura planta por esa nueva senda, recogiendo bien pronto el fruto de sus loables esfuerzos.

No por esto declinó en su empeño de servir á la Iglesia, y habiéndole conferido las órdenes menores en la Ciudad de la Laguna, el Obispo D. Juan Francisco Guillen, y las mayores en Las Palmas, el Ilmo. Fr. Valentin de Moran, (1.) se dedicó á la oratoria sagrada, como campo inexplorado, donde podia ejercitar sus vastos conocimientos literarios, y crearse una reputacion, que le facilitara el ingreso á otros honores.

En esta espinosa tarea, que le ocupó consecutivamente diez y seis años, le prestó grandes servicios el estudio é imitacion de los oradores franceses, siendo tal vez uno de los pocos predicadores españoles, que en aquella época pudo considerarse, como no comprendido en la graciosa y espiritual sátira, que en su *Pray Gerundio* nos legó el P. Isla. (2.)

De esta época data la primera persecucion que contra él dirigió el Santo Oficio.

En efecto, el 13 de Junio de 1756, cuando apenas llegaba á los 24 años, predicó el sermón de S. Antonio, en la Iglesia del Convento de S. Francisco del Puerto de la Orotava, ante un numeroso auditorio, y en la

(1) El 25 de diciembre de 1755, á los 24 años de su edad.

(2) Pasaron de 140 los sermones que predicó y compuso durante este tiempo en Tenerife.

primera parte de su discurso se permitió afirmar, que *San Antonio excedió las comunes medidas, que para formar los Santos tiene la Santísima Trinidad.* (1.)

Esta proposicion escandalizó los piadosos oídos del Reverendo Padre Fray Antonio Peraza, quien secretamente lo denunció al Santo Tribunal en oficio de 19 del mismo mes; y como la proposicion podia traer graves consecuencias para la moral pública, por cuanto no es asunto baladí el que se afirme, que hay Santos en el Cielo de mayor ó menor talla, los Inquisidores pidieron inmediatamente una copia del sermón, y luego que la recibieron, fué entregada para su censura á D. Alonso Vallon y Alarcon, calificador y vecino de Las Palmas.

Trascurrió así un año, hasta que al fin el censor y fiscal evacuaron sus informes, encontrando ambos que aquellas palabras podian ser asunto de murmuracion y escándalo para los fieles, por lo que el santo Tribunal, conformándose con su dictámen, acordó, que el novel Predicador fuese llamado ante el comisario de la Orotava, y que éste le amonestase severamente por su impremeditacion respecto á la estatura de los Santos, apercibiéndole de abstenerse en el Púlpito de *voluntariedades y cavilaciones violentas, so pena de que no haciéndolo así, se le privaría del ministerio de la predicacion, y se procedería á lo demás que hubiese lugar.*

Así concluyó esta primera amonestacion inquisito-

(1) Palabras de su sermón que repito muchas veces. Poseemos copia de la parte censurada.

rial, sin resultado grave para el futuro Arcediano y diligente escritor.

Ya en 1757 sus padres habían vuelto á cambiar de domicilio, trasladándose á la Laguna, en cuya Iglesia parroquial de los Remedios, fué desde entonces asistente capellan al coro; pero las tareas propias de su estado no le distraían de su afición á la literatura, que cada día tomaba mayor incremento, manifestándose por medio de varias composiciones ligeras, que corrían de mano en mano, manuscritas unas, impresas otras. (1.)

Vino por aquel tiempo á dar mas impulso á esta inclinacion, y á aguzar, por decirlo así, su ingenio, su en-

(1) Véase la enumeracion de estas obras:

1.ª—Un sueño poético en prosa y verso, á la muerte de la Reina D.ª Maria Bárbara.

2.ª—Vejámen á la intemperie de la Ciudad de la Laguna, en seguidillas.

3.ª—El Herodes de las niñas, las víruelas, en verso.

4.ª—Títulos de comedias españolas, adaptadas al carácter de cada dama y caballero de la Laguna, en décimas.

5.ª—Una segunda parte de la historia del famoso Predicador Fr. Gerundio de Campazas.

6.ª—La Canaria. Floresta de dichos agudos.

7.ª—Papel Hebdomadario, que durante los años de 1758 y 1759 publicó en cincuenta números, con curiosas noticias sobre historia natural, física y literatura.

8.ª—El síndico personero. Obra escrita en 1764, proponiendo varias útiles reformas.

9.ª—El Piscator lacunense. Pronóstico para el año de 1759 en prosa y verso.

10.—El jardín de las Hespérides. Impreso en Santa Cruz en 1760. Loa representada en la Laguna en la proclamacion de Carlos III.

11.—Loas y coloquios en verso.

12.—Compendiosa relacion de las reales fiestas que hizo la M. N. y L. Ciudad de S. Cristóbal de la Laguna, en la proclamacion del Sr. D. Carlos III, impresa en Sta. Cruz, en 1760.

trada en la famosa tertulia, que el ilustrado Marqués de Villanueva del Prado, tenía en su palacio de la Laguna.

Componían esta tertulia ó círculo literario, las personas mas distinguidas, que entonces se encontraban en la Isla de Tenerife, así en nobleza, como en inteligencia y erudición; (1.) y allí, rodeado de personas que sabian comprenderle, y deseaban estimular su talento, tomó nuevo vuelo su musa, y dió á luz un Poema, que intituló Los Vasconáutas, en cuatro cantos y en octavas, con un erudito prólogo sobre la epopeya. (2.) También escribió algunos papeles burlescos para divertir y entretener á sus contertulios, cuando, en varias temporadas, pasaban juntos algunos dias de campo.

Por aquel tiempo, y con el objeto de refutar las observaciones críticas, que al Poema se le dirigieron desde la Gran-Canaria, escribió diez cartas, en las que, al paso que se defendía de los ataques poco benévolos de sus paisanos, daba curiosas noticias sobre los Poemas épicos, así antiguos como modernos, analizando sus bellezas y defectos. (3.)

(1)---Tales eran, entre otras, el célebre Marqués de S. Andrés Vizconde de Buen Paso, D. Cristóbal del Hoyo; el Coronel D. Juan Bautista de Franchy Marqués de la Candía y sus hijos: D. Fernando de la Guerra, D. Lopo de la Guerra y Peña, D. Juan de Franchy y Ponte y sus hijos, D. Martín de Salazar, Conde del Valle Salazar; D. Lorenzo su tío; el regidor D. Fernando de Molina y Quesada; D. Miguel Pacheco Solís; D. Juan Urteástegui; D. José de Llaena y Mesa; D. Agustín de Belhencourt y Castro etc. etc.

(2) Año de 1763: con motivo de un viaje que hizo á Tenerife el Conde de S. Cristóbal, Fiscal de la Audiencia de Canarias.

(3) Intitulólas «*Cartas del viejo de Baute*», y el mismo Viera las juzga como obra de mucha erudición.—Memorias, pág. 7.

Pero, mientras se ocupaba de estos trabajos, monumentos, si se quiere, de su laboriosidad y estudio, aunque ineficaces para transmitir con gloria su nombre á la posteridad, se preparaba en el silencio de su gabinete, á escribir la obra que debia hacerle inmortal, y colocarle en primer rango, entre todos los escritores isleños.

Ya se comprenderá que nos referimos á la obra histórica, que, bajo el modesto título de *Noticias de la historia general de las Islas de Canaria*, se resolvió por último á escribir, despues de haber acopiado un gran número de memorias, manuscritos, apuntes y libros raros, que yacian, como ahora, perdidos ú ocultos en los rincones de las viejas librerías, ó en algun inaccesible archivo.

En 1770 llevaba ya escrito el primer tomo, y parte del segundo, y es probable que su lectura, en los salones del Palacio de Villanueva del Prado, ante aquel auditorio ilustrado y benévolo, produjo y alentó la resolución, que ya su autor habia concebido, de dirigirse á Madrid, para vigilar su impresion, y dar la última mano al manuscrito, completándole con las noticias, que en el archipiélago no podia encontrar. (1.)

(1) Entretanto su inagotable pluma seguía enriqueciendo la literatura isleña con las siguientes producciones:

- 1.º—Endecasílabos en elogio fúnebre del Marqués de S. Andrés.
- 2.º—Carta curiosa.
- 3.º—Disertacion sobre la teología.
- 4.º—El calecismo de D. Pulano.
- 5.º—Informe sobre los espósitos.
- 6.º—Representacion sobre la conveniencia de un Puerto en Martiñez.
- 7.º—El elogio de Diego Sanchez Baron de Pan.

Auxiliado de todos sus amigos y admiradores de Tenerife, pasó á Canaria, y reuniéndose en Las Palmas con el Regente de la Audiencia, D. Pedro Villegas, que tambien se dirigia á España, y conocia y apreciaba el mérito de Viera, se embarcó con direccion á Cádiz, adonde llegó el 21 de noviembre de 1770, trasladándose enseguida á Madrid, en compañía siempre del mismo señor Regente.

Tal era entonces el estado de las comunicaciones, que siguiendo su camino por jornadas regulares, solo pudo llegar á Madrid el 13 de diciembre.

Allí le esperaba una agradable sorpresa, que decidió para siempre de su existencia ulterior.

Segun el mismo nos refiere, parece que por aquel tiempo residia en la Corte D. Agustin Ricardo Málan, ilustrado Prebendado de Canaria, que servía de ayo y maestro interino al Marqués del Viso, hijo único del Marqués de Santa Cruz; y como tratara el D. Agustin de oponerse á una cátedra de hebreo, en el Real Colegio de S. Isidro, invitó á Viera á reemplazarle, manifestándole las ventajas, que en su posicion y estado podia ofrecerle aquel puesto honroso y de confianza.

Aceptada condicionalmente la proposicion, visitó Viera al Marqués, y siendo mútua la simpatia, que desde su primera entrevista se inspiraron, quedó decidido que formaría parte de la casa, con el cargo de ayo y preceptor del niño, siendo con este motivo presentado á in-

8.º Carta filosófica sobre la aurora boreal observada en la Laguna el 18 de enero de 1770.

9.º Observacion del paso de Venus sobre el disco solar el 3 de Junio de 1769.

trducido, en una gran parte de las mejores y mas nobles casas de Madrid.

Aquí principia una nueva era en la existencia del estudioso canario, tanto en sus relaciones de amistad, como en los progresos de su inteligencia.

Lanzado de repente en medio del gran mundo, en el círculo mismo en que giraban las pocas notabilidades que ilustraban entonces la Corte de España, relacionado por razon de su empleo con los representantes de todos los ilustres nombres históricos de nuestra patria, sin cuidados materiales respecto á su fortuna, y con la seguridad de poder así continuar en Madrid por largos años, perfeccionando sus estudios, adquiriendo conocimientos nuevos, y ensanchando cada dia la esfera de su inteligente actividad, Viera debió, en aquellos primeros momentos, sentir en su interior una inmensa explosion de júbilo, que solo podrán comprender los que por su naturaleza, necesitan respirar ese aire, que solo se encuentra en los grandes centros literarios.

Con la tranquilidad y el descanso que su nueva posicion le ofrecia, pudo dedicarse á corregir los primeros tomos de su obra, y á vigilar su impresion, teniendo el placer de ver publicado el primero en 1772, en la imprenta de D. Blas Roman, y el segundo en 1773.

La lectura de esta obra produjo en Madrid una grata sorpresa. Apenas concluido el ominoso periodo de las estravagancias literarias, que desde principios del siglo se propinaban al público, en sendos libros y folletos, el language vacilaba inseguro, entre la frase alambicada y gongorina de los Fray-Gerundios, y el giro afrancesado

de los que solo rendian culto á los Enciclopedistas. En cuanto al habla pura y castiza de Cervantes, era despreciada entonces como una miserable antiqualla.

La elegante y sencilla frase que empleaba en sus *Noticias* nuestro estudioso isleño, el criterio digno y elevado con que juzgaba los acontecimientos históricos, el aticismo y buenas formas en que envolvía los acerados dardos de su justa crítica, al combatir groseras supersticiones y envejecidos errores, eran dotes tan raras en España, que la Academia de la Historia, en cuyo seno se habian refugiado los pocos hombres de buen sentido y sanas doctrinas, que al estudio de las letras se dedicaban, quiso contarle en el número de sus individuos.

En efecto, el 11 de febrero de 1774 le admitió en su seno aquella ilustre corporacion, con el título de socio correspondiente, y el 25 del propio mes fué recibido en sesion solemne, donde prestó el debido juramento, y pronunció la oracion gratulatoria, que en tales casos se acostumbra. (1).

Mientras se dedicaba á las tareas del profesorado respecto á su noble alumno el Marqués del Viso, y daba la última mano al tomo tercero de sus *Noticias*, que se publicó en agosto de 1776, su pluma no estaba ociosa, pues además de los trabajos, que le encargó la Academia en distintas ocasiones, y que desempeñó siempre con brillantez, y de algunos tratados de enseñanza, en

(1) En 7 de Marzo de 1777 acordó la misma Academia elevarlo á la clase de socio supernumerario, á solicitud del Conde de Campomanes. Mem. ya citada pág. 22.

diálogo (1), escribía también poesías, y varias traducciones del francés y del latín, á que era por desgracia muy aficionado. (2.)

Por entonces, habiendo acompañado á su discípulo á las Andalucías, y queriendo fijar sus impresiones de viaje, redactó un diario, que relacionaba con toda exactitud sus observaciones, respecto á los pueblos que iba recorriendo. Mas adelante, y á solicitud del traductor del diccionario geográfico de Lacroix, escribió para insertar en el mismo, *una sucinta descripción de las Islas Canarias, su clima, pueblos, parroquias etc.*

Llegamos ya á la época mas fecunda en acontecimientos de importancia, para nuestro insigne compatriota.

En febrero de 1776 habíase casado su discípulo con una hija de los Duques del Infantado; y al año siguiente, deseando hacer todos una escursión por Europa, el Marqués de Santa Cruz, como padre celoso y experimentado, no quiso privar á su hijo de la útil compañía de su antiguo preceptor, cuya ciencia, virtudes y amable trato, había sabido apreciar.

Desde aquel momento una nueva existencia se pre-

(1) Sus títulos son:

- Idea de una buena lógica.
- Compendio de Filosofía moral.
- Epítome de la historia romana.
- Id. de España.
- Id. de la iglesia.

(2) Estas composiciones fueron entre otras:

- La apología de las mujeres, de Perrault.
- La sátira de la nobleza, de Boileau.
- Los sentimientos afectuosos. Imitacion de Blain de Saint Mort.
- La traduccion del tomo 4.º de la imitacion de Cristo.

senta para Viera. Durante cinco años consecutivos visita la Francia, la Italia, los Países-Bajos, Venecia, Austria, Baviera y el Tirol; se detiene en las principales poblaciones, visita los mejores monumentos; recorre los museos y las bibliotecas; habla con los hombres mas eminentes de todos los países; estudia la física, la química y la historia natural con los sabios Sigaud de la Fond, Sage y Valmont de Bomare; es recibido en todas las Cortes por donde pasa; y reconoce, aprecia y juzga á la alta sociedad de aquel siglo, tan liberal, irreligiosa é ilustrada en las formas, como orgullosa, fanática y superficial en el fondo.

De este viage escribió unos apuntes, que luego se han impreso, los cuales, apesar de la forma ligera y breve en que están redactados, ofrecen tanto interés, que no es posible dejar el libro de la mano, desde que principia su lectura. (1.)

(1) Con esas palabras concluye Viera su diario:

—Corri mas de 530 postas fuera de España; hice noche en 107 posadas; pasó o tuve á la vista 133 rios, y de ellos 21 en barca; transité ó estuve en 165 ciudades, 15 de las cuales eran Cortes de soberanos, á quienes fui presentado por la mayor parte, teniendo la honra de haber comido á la mesa con dos; me hallé en 124 convites de ilustres personajes, conversaciones, saraos, cenas y conciertos de música escogida; vi 132 palacios, reales sitios, quintas, alquerías y casas de campo; mas de 80 jardines; 61 galerías de esquisitas pinturas de los principales autores de las mas famosas escuelas, 52 museos de estatuas y antigüedades, gabinetes de historia natural y de guarda muebles de principes; 48 grandes bibliotecas; 17 ricos monetarios; 28 universidades y colegios de primera nota; 9 observatorios astronómicos; 4 célebres meridianas, 13 academias de nobles artes, 8 menagerias ó casas de fieras, 8 laboratorios químicos, 6 teatros anatómicos, 70 iglesias catedrales, 5 sinagogas de judios; 4 templos de griegos, 38 hospitales y hospicios de ambos sexos, 13 arsenales y armerías curiosas, 19 fabricas recomendables, entre ellas 6 de porcelana, 33 teatros de comedia y ópera, 61 monumentos de antigüedades ro-

Durante este período de agitacion y movimiento, y en medio de los cuidados y disgustos que le produjo la muerte prematura de su discípulo el Marqués del Viso (1.), todavía encontró en sí mismo bastante fuerza de voluntad y amor á las letras, para escribir el *Elogio de Felipe V. Rey de España*, tema propuesto por la *Academia* desde el año anterior, y al cual se le adjudicó el primer premio de elocuencia en junta que celebró aquella Corporacion, el 22 de junio de 1779. (2.)

En cambio, su romance en verso endecasílabo, *La rendicion de Granada*, no obtuvo éxito alguno, porque, así como era Viera superior á sus contemporáneos en el castizo giro de la frase, cuando escribía en prosa, les era inferior, al querer ajustar sus pensamientos á las reglas de la poesía, y al levantado vuelo de la inspiracion épica.

Después de aquel brillante triunfo literario, alcanzado en competencia con las mejores plumas de la época, escribió un tratado en prosa, sobre los antiguos honores del Presbiterado, que tituló *Hieroteo*, y en el cual se vierten algunas doctrinas, sobre disciplina eclesiástica, que no creemos muy ortodoxas. Esta obra ha

máns, templos, arcos, palacios, vias, etc. 8 acueductos, 6 baños; 5 anfiteatros, 10 lagos muy considerables, 9 montes elevados, 45 jardines botánicos.....»

(1) Falleció en Valencia el 5 de Enero de 1779 á los veinte y dos años de edad. Era hijo único del marques de Santa Cruz.

(2) En sus memorias dice Viera:

«Este elogio se tradujo en francés por Mr. de Borgars, capitán de infanteria, y se imprimió en París, año de 1780, por el impresor de la Academia francesa. El traductor lo remitió al autor con una carta muy urbana....»

permanecido inédita. (1.)

Obstinado siempre en su desecho de preferir el verso para espresar sus ideas, suponiendo que sus facultades se amoldaban mejor á esta clase de composiciones, que á las que con tan buen éxito habia ya ensayado en elegante prosa, compuso é hizo imprimir un poema titulado *Los aires fijos*, en el que popularizaba los últimos descubrimientos sobre la composicion química de los gases, y celebraba la invencion de los globos aerostáticos, que Montgolfier habia ilustrado en Francia.

Por desgracia el público, acostumbrado al prosaismo y amaneramiento de Olavide, Salas, Rejon de Silva, Enciso, Cadalso y otros mil poetas, sin génio, ni inspiracion, acogió con benevolencia aquellos versos, y le animó á continuar por una senda, que le condujo luego al extremo lastimoso de perder sus mejores años, en escribir un número considerable de poesías, que solo su respetable nombre ha salvado por completo del olvido, pero solo para ser archivadas, sin ser leídas, por los aficionados á coleccionar esta clase de escritos. (2.)

Casado por segunda vez el Marqués de Santa Cruz, y habiendo llegado ya Viera á la edad de 50 años, pensó en descansar el último tercio de su vida en las mismas Islas, donde habia nacido, accediendo así á las

(1) Poseemos una copia de este curioso libro, notable por su mucha erudicion, pero escaso de interés, y pesado en sus detalles.

(2) La primera edicion de *Los Aires Fijos* la publicó su autor en Madrid, en 1779; pero sus ejemplares son tan raros, que solo creemos exista hoy en Las Canarias, el que está en la Biblioteca de la Laguna.

En 1876 hizo una esmerada edicion, precedida de un erudito prólogo, el Doctor D. Alejo Luis y Yagüe Director que fué del Instituto de segunda enseñanza de Las Palmas.

repetidas instancias de sus hermanos D. Nicolás y D.^a Maria, de los cuales aquel, era ya canónigo en la Catedral de Las Palmas. Habiendo comunicado este pensamiento con su noble y constante protector, tuvo la satisfacción de alcanzar al fin su consentimiento, si bien con el pesar de que una ausencia, tal vez eterna, iba á separarlo de una casa, donde hacía catorce años se le consideraba como parte de su propia familia.

En esta ocasion sus numerosos é influyentes amigos, favorecidos por la reputacion que Viera habia llegado á crearse, obtuvieron sin dificultad que la Real Cámara de Castilla le presentase al Rey, para que fuese agraciado con la dignidad de arcediano de Puerteventura, vacante en Canarias, por fallecimiento de D. Eduardo Salt. El Rey, que lo era entonces Carlos III, aprobó desde luego esta eleccion, y por consiguiente, le fué despachado el titulo en 25 de julio de 1782, con licencia para permanecer en la Côte, hasta que se publicase el cuarto y último tomo de su obra histórica, que estaba ya en prensa. (1.)

Durante su forzada permanencia en la Côte, obtuvo un nuevo triunfo literario, tan brillante como el primero, al presentarse de aspirante al premio designado por la Academia, para el mejor elogio de D. Alonso Tostado, obteniendo la preferencia sobre todos sus rivales. (2.) El folleto fué impreso lujosamente por Ibarra.

(1) El 15 de Setiembre de 1782, su hermano, el canónigo D. Nicolás, tomó posesion del arcedianato en su nombre. El tomo se publicó en 1783.

(2) El 15 de Octubre de 1783 tuvo lugar la sesion pública para la adjudicacion del premio.

Tambien se ocupó por este tiempo de traducir el Poema sobre la religion, de Racine, y siguiendo su deplorable mania de escribir en verso, nos dió una mala traduccion, en vez de la buena que en prosa hubiera hecho, si es que la poesia puede llegar nunca á traducirse bien. Esta obra, á la que Viera daba mucha importancia, no obtuvo entonces los honores de la publicacion, por ciertos inconvenientes que opuso la censura. Mas tarde su autor desistió de imprimirla, porque ya habian visto la luz pública una de D. Antonio Romaniños, y otra de D. Bernardo de la Calzada.

Por fin, llegó el momento en que el ilustre canario se vió obligado á separarse para siempre de la Córte y sus amigos, resignado á sepultarse en el coro de su catedral, sin esperanza de encontrar luego en Las Palmas un recuerdo de la ilustrada sociedad que abandonaba.

Despidióse tiernamente del Marqués de Santa Cruz y de su nueva esposa, y saliendo de Madrid el 27 de setiembre de 1784, llegó á Cádiz y se embarcó el 31 de octubre, con direccion á la Gran-Canaria, en cuyas playas desembarcó, despues de doce dias de una navegacion feliz.

Contaba entonces Viera cincuenta y tres años, y su talento, en toda su madurez, prometia aún fecundos frutos y nuevas glorias para su país.

Aunque, considerándose ya como apartado definitivamente de todo comercio literario con las grandes notabilidades de su siglo, y renunciando á seguir el movimiento científico y filosófico de la Europa, no por eso su

actividad se calmó, ni su laboriosa aplicación encontró descanso, apesar del diario contacto con las perezosas é incultas inteligencias, que en general observaba en sus paisanos.

Felizmente formaba parte del único Cuerpo, que entonces atesoraba la poca ilustración que existía en la Provincia, y aunque en su seno surgiesen á cada instante pequeñas y ridículas intrigas, y se promovieran incidentes, que debían parecer grotescos, al que acababa de visitar las primeras capitales del mundo, había pasto para una inteligencia erudita, tan solo con el examen de los curiosos manuscritos, diplomas, bulas y acuerdos que encerraba el archivo secreto de aquella Corporación, noticias, que habían permanecido ocultas á todos nuestros cronistas.

Desde luego se ocupó en trazar el plan de un Colegio para enseñanza de los mozos de coro, destinados al servicio de la Catedral, que bajo el título de San Marcial de Rubicon, se mandó erigir en 27 de octubre de 1785 (1), y en arreglar, por especial comisión, los estatutos del cabildo, reformar aquellos que merecieran serlo, y añadir otros, cuya necesidad había enseñado la experiencia.

Este trabajo produjo una obra, que lleva por título,

(1) El 7 de Noviembre del mismo año, se dieron las primeras lecciones en el aula capitular; y se nombró por director al mismo Viera, quien contribuyó con cincuenta duros para la fábrica de la casa, que había de servir de Colegio, y formó poco tiempo después los «Estatutos, reglas y ordenanzas, que el Ilmo. Cabildo de la Santa Iglesia de Canaria dió al Colegio de San Marcial de Rubicon, aprobados por el Prelado.»—Memorias pág. 55.

Nueva ordenacion de los estatutos del Cabildo de la Santa Iglesia de Canaria, dividida en tres cuadernos, que ha permanecido inédita. La misma suerte ha corrido el extracto, que hizo en 1794, de todos los acuerdos memorables del Cabildo, desde 1514, hasta 1791, en seis cuadernos en folio, y el catálogo de las bulas y otros documentos del archivo secreto, en 1799, cuya publicacion hubiera sido de una inmensa utilidad, para el esclarecimiento de nuestra historia, especialmente en la parte que se refiere al desarrollo de nuestros progresos intelectuales y morales.

Algunos otros trabajos de menor importancia fueron objeto de su incansable afan, sin que por eso olvidase sus estudios predilectos de física, química é historia natural. (1.)

Á su aficion á estas ciencias debemos otra de las obras que más ilustraron su nombre, y que más útil hubiera sido á su país, si la indolencia propia de los isleños, no la hubiera condenado á un injusto olvido por mas de medio siglo.

Nos referimos al *Diccionario de Historia natural de las Islas Canarias*, ó índice alfabético descriptivo de los tres reinos animal, vegetal y mineral, como el mismo la titulaba, que escribió en trece cuadernos, el año de 1799, y que contiene noticias muy curiosas so-

(1) Estos trabajos fueron:

- Un informe sobre los asientos del Coro,
- Otro sobre la procesion del Córpus,
- Una disertacion sobre las profecias que se cantan en el coro,
- Otra contra el Dean Réo, sobre la llave del monumento,
- Un catecismo católico. Traducción del inglés.

bre la flora, la mineralogía y la geología del archipiélago, con relación á los progresos de estas ciencias en aquella época. (1.) También escribió un exámen analítico de la fuente de agua agria ó acidulada de Teror, y deseando popularizar el gusto á las ciencias naturales, abrió en su casa un curso, dos veces por semana, al que convidó á todos sus amigos, y en donde les explicó por medio de experimentos, máquinas, y muestras de minerales, recojidas en sus escursiones por la Gran-Canaria, los secretos de la química, los de la vida de las plantas, las transformaciones sucesivas que la corteza del globo que habitamos ha experimentado, y las clasificaciones científicas de las rocas que la forman.

Como individuo de la sociedad de amigos del País, hizo un extracto de todos sus acuerdos, con aquel método y claridad que tanto le distinguía, cuando escribía en prosa; y además publicó varias composiciones ligeras, memorias é informes, destinados todos á la enseñanza pública, y á vulgarizar ciertos conocimientos, que entonces eran propiedad esclusiva de los sabios. (2.)

(1) Posteriormente la Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas, con un celo digno del mayor elogio, ha publicado la citada obra, en dos tomos elegantemente impresos, con el retrato del autor, si bien, incompleta, por haberse perdido dos cuadernos (el 6.º y el 12.º, y no haberse encontrado, apesar de las diligencias practicadas en su busca.

Felizmente podemos hoy anunciar el hallazgo de un cuaderno, aunque no sea ya posible aprovechar aquella impresion.

(2) Estas memorias fueron:

- Exámen analítico de la fuente agria de Teror.
- Id. de la del valle de Cáceres.
- Id. de la de Morales, á instancia del Corregidor D. Vicente Cano.
- Noticias sobre las minas de carbon de piedra.
- Id. sobre el ricino á Palmacristi.

Entretanto no olvidaba el púlpito. La oratoria sagrada, que tantos triunfos le habia proporcionado en su juventud, le reservaba para la vejez, otros no menos dignos y brillantes.

En el primer año de su llegada á Las Palmas, se encargó del sermón panegirico de S. Agustin, cuya obra, tanto por la manera con que fué pronunciada, como por el mérito de la composicion, arrancó unánimes y extraordinarios aplausos, á todos los que la oyeron ó pudieron leerla. En los años sucesivos, predicó con la misma fortuna los panegiricos de S. Hdefonso, S. Bernardo, Sta. Clara, S. Pedro, Nombre de Jesús, Octava del Corpus, Natividad de la Virgen en Teror, Asuncion, Sta. Teresa, S. Marcial y otros. (1.)

La fatal manía de escribir en verso, encontró un poderoso estímulo en el descanso de su empleo, en la soledad del país, y en la hermosura de sus campos y horizontes.

Á esta época de su vida pertenecen, la *elocuen-*

--Id. sobre el azúgar ó rubia silvestre.

--Id. sobre el modo de hacer el cáñor tártaro. "

--Id. sobre los gusanos de seda.

--Id. sobre la barrilla.

Además informó á la sociedad sobre la manera con que se hace en Francia el carbon de leña; sobre formar la pasta de la orchilla y su uso en los tintes; sobre renovar los sombreros viejos; sobre el modo de desangrar la lana; sobre varios secretos para el uso de los plateros; sobre el origen, naturaleza, cultivo y usos económicos de las papas; sobre el modo de hacer pan de papas; sobre el modo de utilizar la pita; sobre algunas utilidades de la ortiga; sobre el modo de hacer queso de vacas á la holandesa; sobre el modo de pulimentar el mármol etc. --Memorias pag. 60.

(1) Memorias. pág. 56.

cia, poema didáctico de La Serre que tradujo en 1787; los *Jardines*, poema de Delille, con prólogo, año de 1790; la *Felicidad*, poema moral de Helvecio en cinco cantos, año de 1792; las *Costumbres*, poema original en tres cantos, año de 1796; los *Meses*, poema didáctico en doce cantos, imitación de Rucher, año de 1796; (1.) la *Henriada* de Voltaire, corregida, año de 1800; *Ensayos sobre el hombre*, y el *Rizo robado* de Pope, año de 1801; *Las Geórgicas*, de Delille, en cuatro cantos, año de 1802; los *Barricidas*, el Conde de Warwik, Mustafá y Zoangir, Berenice, Junio Bruto, Mitridates y la *Mélope*, siete tragedias, que también tradujo en verso; un fragmento de las *Geórgicas* de Virgilio, y *Aristo*, soliloquio de Gesner, en 1801; una sátira de Boileau en 1802; un idilio de Mad. Deshoulières; una epístola á Bonaparte; *El can mayor*, poema; los responsorios de Navidad, el oficio de Dolores, y del Santísimo Sacramento en verso, y la *Moral de la infancia*, de Morel (2.); con otras mil traducciones, que sería enojoso enumerar, y que atestiguan la incansable actividad de su espíritu. (3.)

(1) Se imprimió en Santa Cruz de Tenerife el año de 1849.—Imprenta isleña.

(2) Memorias pág 64.

(3) Añadiremos á la estensa enumeracion del testo, las siguientes obras:

- Las bodas de las plantas. 1806.
- Librito de la enseñanza rural. Impreso.
- Noticias del cielo ó astronomía de los niños.—1807.—Impreso.
- Noticias de la tierra ó geografía para niños.
- Himno á la salida del batallon de Las Palmas.—1809.

Réstanos de él, además, una pequeña coleccion de cartas, dirigidas á algunos de sus amigos, que son un modelo de estilo, de gracia y de buen decir. En ellas volvemos á encontrar al correcto humanista, al ingenioso escritor, al excelente amigo, al observador profundo e ilustrado. Algunas, datadas de Las Palmas, nos revelan su vida íntima, en el último periodo de su larga y útil existencia. Creemos que puedan competir, con lo mejor, que en este género, posee la literatura patria.

Celoso por los progresos del saber, en todas sus aplicaciones, aunque imperfectamente secundado por sus paisanos, promovió la adquisicion de una imprenta, la primera que se veía en Canaria, que puso á cargo del impresor D. Francisco Marina, y la cual, apesar de sus malos tipos, proporcionó un verdadero adelanto al país. También secundó los esfuerzos del Ilmo. D. Luis de la Encina en la instalacion y conservacion de la escuela de dibujo, y mejoró el gusto por la música, introduciendo para la capilla de la Catedral, algunas obras notables, entre otras, los responsorios del célebre maestro *Hita*, que se cantaban en la noche de Navidad y víspera de Reyes, los cuales obtuvo de la amabilidad de su amigo D. Pedro de Silva, capellan mayor de las monjas de la Encarnacion de Madrid, en cuyo archivo se custodiaban.

De esta manera, apreciado de sus antiguos amigos de Europa, respetado de todos sus paisanos y disfrutando de la merecida reputacion, que habia sabido con-

—Tratado de la barrilla.—1810.—Impreso.

—Las cometas de los niños.—Poema.—Impreso.—1811.

guistarse en el mundo científico y literario, llegó á la avanzada edad de 82 años, falleciendo en Las Palmas tranquilamente, en la madrugada del 21 de febrero de 1813.

En el cementerio, que acababa de construirse, se erigió un humilde túmulo de piedra y cal, que señalara el sitio de su sepultura, y allí permaneció hasta que, habiendo el cabildo catedral construido un panteon para el enterramiento de sus individuos, se le trasladó provisionalmente á uno de sus nichos, el 19 de diciembre de 1860; celebrándose con este motivo una funcion cívico-religiosa á la que asistieron todas las personas notables de la Poblacion. Sobre la lápida de mármol que cubre sus restos, se le puso una inscripcion, que indica su destino.

Consérvanse de él dos retratos; uno grabado en Madrid en 1784, que ha servido para reproducir el que acompaña á la impresion del Diccionario de Historia natural, y otro hecho por el pintor canario D. José Ossavarry, pocos dias antes de morir, que es el que se guarda en la sala capitular del Cabildo de Canarias, del cual se ha copiado el que adorna los salones de la sociedad literaria y de fomento de Las Palmas. (1).

(1) En el apéndice que acompaña las Memorias de su vida, impresas con el citado Diccionario de Historia natural, se dice:

«Su estatura era mas bien alta que mediana, delgado, los ojos grandes de color pardo hermoso, lo que demuestra que sus cabellos debieron ser de igual tinte en su juventud, la ceja bonitamente arqueada, frente grande y despejada, nariz casi recta y bien proporcionada; la boca aunque agraciada era algun tanto larga, barba pequeña, el color del rostro blanco; pero pálido y descañado en su vejez.»

Por la estensa enumeracion que de sus obras hemos hecho, se comprenderá la asombrosa fecundidad de este canario ilustre, la estension y variedad de sus conocimientos, y el culto profundo que rendia al saber.

Su obra mas notable, aquella que le colocó á la cabeza de los buenos escritores de su epoca, y la que mas debe agradecerle su pátria, es la que tituló *Noticias de la historia general de las Islas de Canaria*, y que, como ya hemos dicho, bajo este modesto título, encierra una multitud de datos curiosos sobre nuestras antigüedades, y sobre los sucesos que han tanido lugar en los tres siglos siguientes á la conquista, espuestos con mucho discernimiento, acertada eleccion, y sano criterio.

En la narracion de los hechos, sigue la crónica de Bontier y Leverrier, desconocida á nuestros primeros cronistas, comenta con notable acierto á Nuñez de la Peña, Sosa, Castillo, Cairasco y Viana; y copia con frecuencia al exacto historiador Abreu Galindo, que en sus preciosas memorias históricas, recopila y estracta lo mas veridico que se encuentra en los manuscritos de sus antecesores.

Al leer con atencion la notable obra de Viera, se observa con agradable sorpresa, que su autor rechaza las groseras supersticiones, en que están envueltos los primeros pasos del cristianismo en el archipiélago, las apariciones de sus imágenes, y los milagros, que la credulidad de aquellas rudas y sencillas generaciones, habian aceptado sin exámen. Cierta es que, no pudiendo combatir de frente ciertas creencias, que el fanatismo y la

ignorancia apoyaban como verdades inconcusas, tuvo que proceder con suma prudencia al enunciarlas, pena de ser juzgado como innovador, filósofo y herético; pero se adivina, al traves de las frases que con estudio emplea, al historiador ilustrado y sensato, que no teme decir la verdad, y que arroja el dardo de su embozada critica, sobre todo aquello que encuentra ridículo, monstruoso ó imposible en su camino.

Así, al hablar de la aparicion de la imagen de Candelaria, en Tenerife, dice estas notables palabras:

«Aunque no es mi ánimo criticar el juicio que sobre la autenticidad de la aparicion hicieron el P. Fr. Alonso de Espinosa, Antonio de Viana, Fr. Juan de Abreu Galindo y D. Juan Nuñez de la Peña, quienes ensalzaron nuestras Islas con la posesion de una estatua fabricada por los ángeles en el cielo, traída por los ángeles á Tenerife, y celebrada por los ángeles en sus playas, debo de confesar que estos mismos historiadores fijan aquella aparicion por los años de 1392 ó de 1393, época en que, á beneficio de la nueva aguja magnética, se internaban con bastante frecuencia en estas Islas las embarcaciones de los cristianos. Por cualquier parte que se mire el hallazgo de la santa imagen de nuestra señora de Candelaria, es digno de aprecio y admiracion de todos los canarios, sensibles á las glorias de su pais. ¿Perderia acaso su estimacion, por haber sido la imagen obra excelente de un escultor humano, ó porque la hubiesen desembarcado en las riberas de Tenerife algunos cristianos piadosos? Creemos que tambien los hombres son infinitas veces instrumentos de las intencio-

nos de Dios, y que la Divina Providencia tiene derecho á que la consideremos regular en sus consejos, cuando no hay necesidad de otra cosa. Guardémonos, pues, si es posible, de adular con las cosas santas nuestro amor propio....» (1.)

Reflexiones tan sensatas, no era fácil encontrarlas entonces en la pluma de un español.

En el mismo sentido se espresa respecto á Nuestra Señora de la Peña de Fuerteventura, atreviéndose á negar hasta el hecho de su aparicion, euando en aquellos mismos años se acababa de publicar una obra, en la imprenta de la Laguna, que enumeraba con minuciosos detalles, las circunstancias extraordinariamente milagrosas, que acompañaron el hallazgo de aquella imagen. (2.)

Lo mismo pudiéramos decir de Nuestra Señora del Pino, y del milagroso sudor de S. Juan Evangelista, acumulando citas, si la obra no estuviese en manos de todos, y la comprobacion no fuera fácil, y al alcance de cualquiera de nuestros lectores.

Lo que si haremos observar es que, no perdía ocasion, por sencilla que fuese, de zaherir todo lo que apareciera con carácter sobrenatural, procurando colocar los hechos bajo su verdadero punto de vista, y despojarlos de los falsos colores con que una indiscreta piedad los habia adornado.

En las narraciones de los sucesos, en las arengas que

(1) Noticias, t. I pág. 236.

(2) La obra estaba escrita por el P. Fray Diego Gordillo, bajo el pseudónimo de D. Francisco Gofi. Año de 1754.

pone en boca de los principales jefes indígenas y en todas las ocasiones en que puede hablar, ocultando su personalidad, se vé el deseo de esponer sus íntimos pensamientos, que no son en verdad muy ortodoxos.

Cuando Doramas arenga á sus soldados, y les dice, aludiendo á los Españoles—*Son aquellos que siempre nos han hablado de un Guanarteme poderoso, que los envia á robar nuestra tierra, y de una religion santa que no los hace mejores que nosotros*--(1) espresaba sus propios sentimientos, eligiendo á su antojo las palabras que emplea el héroe isleño.

Hablando en otra ocasion del Conde de la Gomera Don Guillen Peraza de Ayala (2) habla de este modo:—«Don Guillen, que despues de haber lucido tanto en la Corte, llevaba de continuo el hábito de la Orden Tercera; teniendo muchos hijos naturales y bastardos de que arrepentirse, creyó, como todos los hombres flacos y poderosos de los siglos pasados, que la fundacion y patronato de un convento serviria para satisfaccion de sus culpas.»

Y en otro lugar, refiriendo la muerte de la Condesa de la Gomera D.^a Maria de Castilla, y las amenazas de su confesor el P. Fray Miguel Diosdado, añade—«trae á su socorro el Cielo y el Infierno, escribe de su puño la declaracion que solicita, firmala la Condesa; recibe la absolucion y muere» (3)

Al tratar de la aparicion milagrosa de la virgen de la Peña, hace la siguiente observacion. «No sé que género

(1) Noticias. t. 2.^a pág. 37.

(2) Noticias t. 3.^a pág. 11.

(3) Noticias t. 3. pág. 18.

de celo indiscreto, abusando del mas religioso candor; habia creído le era licito, cuando esponia alguna nueva imagen al culto público, hacerla mas recomendable, atribuyéndola un origen maravilloso....» (1)

Al referirnos el ataque de los Hugonotes en la Gomera, dice el testo—«Tal fué el día de San Bartolomé, que dieron á nuestros Gomeros los Hugonotes ¿Sabrian ellos acaso, cual se les esperaba en Francia para el año siguiente.»?

Y como aclaracion á este párrafo le pone la nota siguiente:

«La *execrable matanza* de San Bartolomé sucedida en 1572. (2.)

Ya hemos hablado de su estilo, castizo, correcto y puro, al menos cuanto en aquella época, plagada de galicismos, podia esperarse. Lo que sí debemos de lamentar, es el plan que adoptó en su obra, plan defectuoso, mezuquino é incompleto.

Con las dotes que tan profusamente habia recibido de la naturaleza, podia haber escrito una verdadera historia de las Canarias, dándole á sus *Noticias* la extension y desarrollo filosóficos, con que ya en aquel siglo se principiaba á escribir la historia en Inglaterra, Francia y Alemania. Entonces, tal vez, hubiera suprimido sus curiosas, pero impertinentes genealogías, las controversias de los señores de Lanzarote y Fuerteventura, y la demasiada amplitud con que nos refiere las noticias eclesiásticas y fundaciones religiosas. De esta manera se hubiera

(1) Noticias. t. 1.º p. 441.

(2) Noticias. t. 3.º pag. 31.

ocupado de las causas que motivaron los lentos progresos de la civilizacion en nuestro suelo, y hubiera desentrañado las dificultades, que la agricultura, el comercio y la industria, encontraron al establecerse sobre las ruinas de la poblacion indigena. Con otra cohesion y enlace en sus narraciones, nos hubiera presentado un todo homogéneo y lógicamente desenvuelto, amenizado con la galanura de la frase, y la sal ática de su ingenio.

Injustos seriamos, sin embargo, si fuéramos á hacerle cargos por no haber tenido á la vista todos los manuscritos ó informaciones que posteriormente se han podido recojer, y con cuyos datos se rectificarán en adelante muchos errores, sobre la época y sucesos de la Conquista.

La historia de un pais, no es obra de un solo ingenio, sino el trabajo sucesivo de muchos, que recíprocamente se completan, comentan y corrigen.

Creemos, que su aficion á la poesia, como antes hemos indicado, perjudicó notablemente sus excelentes dotes de escritor; y dió una torcida y lamentable direccion á su talento. Las adiciones con que hubiera podido enriquecer su obra, durante los veinte y ocho años que permaneció en Canaria, y que descuidó completamente, como lo demuestra la reimpresion que de la misma se ha hecho en Santa Cruz de Tenerife, sobre el ejemplar que se dice corregido de su mano, y que legó á su amigo el Marqués de Villanueva del Prado, nos prueba evidentemente, que habia llegado á persuadirse de que sus versos solos, le iban á conquistar un lugar preferente y único, entre los hombres mas eminentes de su época.

Cuando publicó su poema de los *aires fijos*, en Ma-

drid, recibió numerosas felicitaciones de sus amigos, y sin embargo la obra es y será siempre detestable. (1.)

Hablando de los *Meses*, otro poema que escribió en Las Palmas, y que ha visto la luz pública en 1848, decía el mismo Viera, dirigiéndose á un amigo suyo:

«Tengo al mismo tiempo bastante complacencia, que el otro mi poema de los meses haya merecido la aprobacion de V., pues, si he de confesar *mi flaqueza*, lo miro como el hijo mas predilecto de cuanto en estas líneas ha borrajado mi pluma, quizá por la razon que tenia Jacob de amar á José, mas que á todos sus hijos: *Eo quod in senectute genuisset eum*, ó lo que es mas justo, por ser una continuada galeria de las pinturas de la bella Naturaleza.—»

Ahora bien, casi todos los versos de este Poema, son como los que á continuacion copiamos, abriendo el libro al acaso:

Mi musa, girasel del claro Febo,
Once meses siguió sus resplandores,
Y calculando el giro de su carro,
Mas de una vez hubo de ser Faetonte;
Once veces le vió en su cuadriga
Correr por el estádio, y otras once,

(1) Véase lo que dice uno de nuestros mas insignes criticos, D. Leopoldo Augusto de Cueto, en su magnifico bosquejo histórico, que precede al tomo 1.º de los poetas líricos del siglo XVIII, de la biblioteca de Autores Españoles.

«Ni los aires fijos, del Arcediano Viera y Clavijo; ni las *Terzas de Archena*, poema físico de Ayala; ni ninguno de los poemas de esta especie, inspirados por espíritu de rutinaria imitacion, pertenecen en verdad á la poesia, que sabe idealizar las impresiones de la naturaleza.—»

Vencedor de los signos estrellados

Merecer los Pindáricos loores...(1.)

Aquí no hay inspiracion, gracia, facilidad, ni poesia; esto es prosa, y mala prosa.

Nada nos seria mas fácil que multiplicar las citas. Tenemos cabalmente en nuestro poder varios originales de su mano, entre ellos el del Poema *Las Costumbres*, cuyas páginas, al mismo tiempo que revelan el penoso trabajo de su concepcion, por las mil apostillas, enmiendas, apartes y llamadas, que hacen casi ilegible el texto; nos manifiestan la importancia que él daba á estos ensayos, y el placer con que distraía con ellos su privilegiado talento.

Véanse los versos con que dá principio al primer canto de *Las Costumbres*.

Bien sabes, musa, que la edad florida,
 Edad que ama la moda y lo que es nuevo;
 Mira como decrepito al anciano
 Que alaba las costumbres de otros tiempos;
 Por eso tú no pones en mis manos,
 La lira de Terpandro ni de Femio,
 Para que calme las pasiones locas,
 De aquellos hombres que jamás supieron
 Lo presente estimar ni lo pasado;
 A otra parte dirijes mis acentos;
 Si padres somos, ah, si somos hijos,
 Si esposos, si magnates, si plebeyos;
 ¿Cómo á tomar lecciones celestiales
 Sobre buenas costumbres no corremos?

(1) Los Meses. pág. 101.

Bajo esta entonacion y estilo prosigue todo el Poema.

Alguna vez, despues de centenares de descoloridos y prosáicos versos, suele encontrarse alguna idea, que nos recuerda su ingenioso autor, pero que no compensa el tedio que nos causa la lectura de las restantes páginas.

En una oda anacreóntica, que escribió en 1804, y que titula *La muger*, se hallan las siguientes redondillas:

El arte y disimulo
Por ley se le ha intimado,
Afecite en los deseos,
Disfraz en los conatos:
Su corazon oculto
Es un profundo arcano,
Que se pinta en los ojos
Y se borra en los labios.

Este último pensamiento tiene alguna novedad, y está espresado con gracia.

En otra redondilla de la misma composicion dice:

Si Dios formó ambos sexos
Con el fin de juntarlos;
No los separe el hombre
Con un cruel celibato.

Estraña espresion en la pluma de un sacerdote católico.

Respecto de las tragedias que tradujo en verso, y de las cuales poseemos una copia, no hay valor suficiente para concluir su lectura. Desde el primero hasta el último verso, son una continua salmodia, reñida con el buen gusto y las musas.

Volvamos la vista á sus escritos en prosa, y olvidemos sus desgraciadas poesías; allí de nuevo hallaremos al hombre eminente, digno de nuestros elogios, y del respeto y veneracion de la posteridad.

Recorriendo las páginas de su diccionario de Historia natural, no se sabe que admirar mas en ellas, si la paciencia del observador, que ha podido recojer, aislado y solo, tan asombrosa multitud de datos, ó los vastos conocimientos necesarios para hacer con acierto una clasificacion científica, sencilla y clara, como la que aparece en sus variados artículos.

«Si tratas mi trabajo con desden, dice al concluir su prólogo al lector, y dejas inútil este obsequio, malo para tí; porque debes saber que todo hombre de juicio, despues de haber corrido vanamente por los estériles sueños de la distraccion, la ambicion, la opulencia, la gala; por los de la política, las armas, las leyes, el comercio, la erudicion, la historia, las humanidades, la heráldica, la... no encuentra, si despierta de la pesadilla, y se desengaña, otro puerto ni otra bonanza, ni otra consolacion, ni otra cosa sólida y de agradable estudio que la Naturaleza. Lo mismo le sucede á los siglos. Despues que sucesivamente se ocuparon en el miserable estudio de las caducas opiniones y delirios de los hombres, se acabaron de desengañar en el nuestro, de que el de la Historia natural y de sus subalternas, la agricultura, la botánica, la medicina, la astronomía, la física, la química, la economia, es el legítimo estudio de la realidad, porque es el estudio de las obras del Criador, y por consiguiente de su sabiduría y su omnipotencia, de su magnificencia, de su

providencia, de su bondad. ¡Oh Dios! ¡qué prodigios! ¡qué estudio! —»

Las Islas Canarias serán siempre para los amantes de las ciencias naturales, uno de los campos mas vastos y espléndidos, que puede ofrecer, en mas corto espacio, nuestro humilde Planeta.

Asi es que Viera, en una de sus cartas, decia á su amigo el Marqués de Villanueva, «...en esta Isla (Gran-Canaria) me miro como un viviente singular, ó como aquel Mamey de Dante, respecto á los demás árboles del contorno. Con lo que más me entiendo es con las piedras y con las plantas, y ellas como que me entienden á mi. —»

Y en otra carta al mismo Marqués, en la que le hablaba del establecimiento del Jardin botánico en la Orotava, añade:

—«Conozco y me complazco, viendo que esta soberana confianza vá á proporcionar á V. la satisfaccion de seguir la Corte de la naturaleza, que así llamo yo al espectáculo del campo, y de empezar á disfrutar aquellos placeres sólidos é inocentes, en que siempre han descado acabar la carrera de la vida los mas grandes hombres. La sociedad no es agradable en este pais; pero el trato de la naturaleza, lo es tanto ó mas que en París y Londres. —

Ya hemos dicho que sus *Viages*, aunque escritos en forma de apuntes, y sin pretensiones literarias, encierran tanto interés, por la variedad de los acontecimientos que narra, y por la multitud de obgetos notables que describe, que hace estraordinariamente amena su lectura.

Sus impresiones, aun aquellas que pudieran ofender

las ideas recibidas entonces en España, en asuntos tan delicados, como lo era el de la Inquisición, no las disfraza ni disimula.

Hablando de Tolosa, dice:—«Cerca se ve un edificio tético y arruinado, el cual se muestra á los estrangeros con horror, como el primer solar de la Inquisición en tiempo de los Albigeneses.—» (1.) Y mas adelante, refiriendo una visita hecha á un fabricante de sedas de Lion, añade:—«La esposa de dicho fabricante, que parece haber sido conocida y amiga del célebre Olavide, nos preguntó por él, con unas espresiones tan sentidas de su desgraciada prision, unos gestos y énfasis tan vivos, cuando pronunciaba el nombre de la Inquisición, que á veces nos infundia ternura, y á veces *nos abochornaba* como á buenos españoles.» (2)

En otra parte de sus apuntes, dando cuenta de la sesion de la Academia de ciencias de París, en la que d'Alembert leia el elogio del canceller d'Hopital, premiado por la misma, dice:—«Como éste halló ocasion en un pasaje de la vida de su héroe de zaherir la Inquisición, no se quien hubo de advertirle que Cavanilles y yo éramos españoles, y bastó esto para que al instante todo el concurso clavase los ojos en nosotros, lo que no dejó de abochornarnos bastante.» (3)

Por último, al visitar en Colonia su famosa Catedral, se expresa así—«Lo que en ella llama la atencion, es la capilla en que se veneran *los pretendidos cuerpos* de

(1) Viages. pag. 15.

(2) Viages. pag. 25.

(3) Viages. pag. 46.

los tres santos Reyes Magos.» (1)

Por fortuna para su tranquilidad, sus obras, excepto *Las Noticias*, fueron siempre poco leídas de sus contemporáneos, y su carácter, mal comprendido de sus amigos; á no haber sido así, su secreta admiracion por Voltaire, Rousseau, d'Alembert, Helvecio, Condorcet, y otros filósofos, horror en aquel tiempo de todo buen español, le hubiera proporcionado graves disgustos en la Corte, y en su patria, aunque por ello en nada se hubiese alterado su fé cristiana, ni la rigidez de sus morigeradas costumbres.

No por esto pudo escapar á la vigilancia del Santo Tribunal de la Inquisicion. Ademas de la causa que en 1756 le formó por el sermón de San Antonio, de que antes hemos hablado, principió otra contra el mismo Viera y sus amigos el Marqués de Villanueva del Prado y D. Fernando de la Guerra, por *proposiciones* heréticas y leer libros prohibidos. (2)

En cartas que los inquisidores dirigian al Consejo de la Suprema, con fecha 18 de Setiembre de 1784, se quejaban ademas, de que el Cabildo Eclesiástico de Canarias, en odio al Santo Oficio, suministraba materiales de su archivo para el tomo cuarto de las *Noticias*, añadiendo que desde el folio 239 del Libro 17 párrafo 10 hasta el 244, era todo en menosprecio de aquel Tribunal, lo mismo que el párrafo 43 del tomo 3.º Libro 15. Por último, concluian afirmando, que en los apuntes biográficos del Marqués de San Andrés, habia omitido Viera con malicia

(1) Viaje á Alemania. pág. 63.

(2) Se consultó la causa con la Suprema en 15 de Junio de 1762.

la penitencia que el Tribunal habia impuesto á aquel reo, para demostrar así la ineficacia de su jurisdiccion y lo ridiculo de su justicia. (1)

Esta guerra sorda é implacable de un partido tan poderoso en España, apesar de la reconocida ilustracion de los ministros de Carlos III, fué causa de que el hombre mas digno de una mitra, que entonces tenia el cetro en estas Islas, muriese casi olvidado sin llegar á elevarse sobre la modesta dignidad de Arcediano de Fuerteventura.

Tal fué Viera, tal fué su vida, y tales fueron las obras que le han hecho digno del lugar que ocupa en la literatura patria, y en la historia de su pais.

Al bosquejar rápidamente los sucesos de su larga existencia, y echar una ejcada sobre sus escritos, hemos tenido la suerte de seguir las memorias que nos dejó, redactadas por si mismo, con cuyo auxilio nuestra tarea ha sido fácil, y nuestros datos de una exactitud incontestable.

Hemos creido deber nuestro, ser un poco severos al juzgarlo como poeta: pero un hombre de su talla, nada pierde porque haya hecho malos versos. Cervantes también fué mal poeta, y Chateaubriand, el de la elegante frase, nunca escribió un buen verso.

La aureola de gloria que ciñe la frente de nuestro insigne canario, es bastante esplendorosa para que pueda despreciar el apoyo de la poesia.

El tiempo, alejando su nombre, lo agrandará indudablemente. ¿Tendrá entonces en las Canarias un monumento digno de su gloriosa fama, y de los inmensos servicios que prestó á su patria?

(1) Correspondencia, Lib 6.º

FRAY JOSÉ DE SOSA.

FRAY JOSÉ DE SOSA.

Al estudiar la direccion y desarrollo progresivo de los adelantos intelectuales en las Islas Canarias, una observacion exacta y curiosa, se ha presentado repetidas veces á nuestra consideracion.

En medio del atraso relativo á que, por su pobreza y aislamiento, estaba condenado el Archipiélago, siendo muy escaso el número de los hombres que podian concebir y apreciar una obra literaria, en medio de ese atraso, repetidos, las investigaciones históricas, comenzadas tímida é imperfectamente en el siglo XVI, tomaron un vuelo inusitado en el XVII, y especialmente en los dos últimos tercios de ese mismo siglo,

Basta, para convencerse de esta verdad, echar una ojeada sobre las fechas en que escribieron Abreu Galindo, Anchieta, Marin, Nuñez de la Peña, Cámara y Murga, y

Fray José de Sosa.

En efecto, en 1632 escribía el P. Fr. Juan de Abreu Galindo, su famosa *Historia de la Conquista de las siete islas de la Gran-Canaria*, que tuvo luego el atrevimiento de publicar, casi como suya, en inglés, hácia el año de 1764, el célebre aventurero Jorge Glas. (1.)

Por este mismo tiempo el Obispo D. Cristóbal de la Cámara y Murga, habia hecho imprimir en Madrid las Constituciones, que habian sido acordadas en el sínodo celebrado en Las Palmas en 1629, cuya publicacion, hecha en un tomo en 4.º, contenia al final una especie de epitome ó reseña geográfica y estadística del archipiélago, muy sucinta, pero en extremo curiosa, por los datos que contiene, referentes al estado de las islas en aquella lejana época. (2.)

Mas adelante, en 1664, el infatigable Nuñez de la Peña, daba á luz su *Conquista y Antigüedades de las islas de la Gran-Canaria*, con una profusion de detalles genealógicos y religiosos, digna de la poblacion á quien se dirigia.

Sucesivamente, en 1678, el P. Sosa, y en 1679 el P. Anchieta, escribían, el uno, su *Topografia de la isla fortunada Gran-Canaria*, y el otro, sus *Excellencias de las Islas Canarias*.

Por último, de 1680 á 1690, un hijo de la Ciudad de Telde, D. Tomas Marin y Cubas, escribía otra historia de las Canarias, que ha permanecido desgraciadamente iné-

(1) Hemos tenido ocasion de ver un ejemplar; hoy bastante raro, de esta obra, impresa en dos tomos en 12.

(2) Tambien este libro es muy raro, pues no conocemos de él mas que un solo ejemplar.

quita, aunque merece, como las de sus predecesores, toda la atención del público inteligente. (1.)

Agrupando las fechas de estas diversas narraciones, se ve, que en un período, que no excede de cincuenta años, hubo seis obras históricas, dignas de ser consultadas con aprovechamiento, las cuales, aun sin el estímulo de la publicidad, pues tres permanecieron inéditas, lograron verlas sus autores terminadas, no arredrándoles la falta de lectores, la indiferencia de sus contemporáneos, ni el poco aprecio en que se tenía entonces toda clase de estudios literarios.

Tenerife, mas feliz en esto que la Gran-Canaria, había conseguido imprimir las obras de sus dos ilustres hijos, Nuñez de la Peña y Anchieta, mientras los dos canarios, Sosa y Marín, copiados por algun curioso, con las inesactitudes que la precipitación, el descuido y la ignorancia, hacen siempre inevitables, habían de ver transcurrir dos siglos, sin que en ellos se pensara, ni pudieran ocupar, cual merecian, la discreta atención de sus paisanos.

Al fin, la obra del P. Sosa, logró imprimirse en Santa Cruz de Tenerife el año de 1849, prestando de este modo su editor un eminente servicio al país.

En esta obra vemos, cuanto amor patrio atesoraba en su corazon el humilde fraile franciscano, y adivinamos el secreto móvil que le había impulsado á escribir aquellas sencillas páginas.

Ya desde entonces se significaba con bastante claridad el deseo de los hijos de Tenerife, deseo para ellos muy

(1) Véase su biografía en el tomo 1.º

natural y laudable, de ensalzar aquella Isla, donde Dios habia colocado el gigante Teide, y atraer á sus puertos y Villas las autoridades principales de la Provincia y el comercio extranjero, muy activo y floreciente, por razon de la preferencia con que la Inglaterra y el norte de Europa miraban ya nuestros vinos.

La historia de Nuñez de la Peña, consagrada casi esclusivamente á Tenerife, debió producir secreto disgusto en Canaria, y servir de estímulo á imitar su ejemplo, aun en aquello que tenia de censurable, esto es, en su parcialidad por una localidad determinada.

El P. Sosa vino á cumplir ese propósito, que se revela apesar suyo en cada una de sus páginas, y el cual, si bien obedecia á un sentimiento vago de despecho, nacía de una causa demasiado noble y santa, para ser censurada ahora ni entonces.

Vanos han sido todos nuestros esfuerzos, á fin de descubrir algunas particularidades de la vida de este historiador. Los dos siglos trascurridos han borrado completamente las pocas huellas que su tranquila existencia dejó en Canaria.

Sabemos unicamente que nació en Las Palmas, que entró de religioso en el convento de S. Francisco de la misma Ciudad, uno de los mejores y mas bien situados que habia en el archipiélago, que allí siguió los estudios que su Orden habia establecido, que visitó algunas de las Islas, y especialmente la de Lanzarote en 1673, con el cargo honorífico de predicador conventual, que era muy aficionado á nuestras antigüedades, que en sus viajes recojió cuantos datos y memorias pudo encontrar, para lle-

var á feliz término la obra que pensaba escribir, y que murió en su patria, y fué enterrado en su convento, en medio de los compañeros de religion que le habian precedido, sin que señal alguna denotase el lugar de su sepultura. (1)

Pero, ¿qué importa? ¿Dejaremos por eso de darle un lugar en esta Galeria? ¿Daremos al olvido su nombre, porque ignoremos el día de su nacimiento y el de su muerte, imitando el culpable silencio de sus hermanos, durante tantos años?

No; el P. Sosa es digno de que su nombre lo repita con aplauso la posteridad, y para ello solo necesita que su obra se haya salvado de las injurias del tiempo, y sea conocida de aquellos en cuyo obsequio la escribió.

Nosotros vamos á examinarla rápidamente, y éste será el mayor homenaje, que podamos rendir á su memoria.

Titúlase la obra, como ya hemos dicho, *Topografía de la isla afortunada Gran-Canaria*, y luego añado con intencion, *cabeza del Partido de toda la Provincia comprensiva de las siete islas llamadas vulgarmente afortunadas*.

En la frase, *cabeza del Partido de toda la Provincia*, que luego en el cuerpo de la obra repite con insistencia, y hasta con cierta afectacion, parece que quiere inculcar la idea de la posicion y rango, que en el archi-

(1) Por su obra se sabe que estudiaba teologia en el Convento de Ssn Francisco de Las Palmas en 1668; que visitaba como Predicador la isla de Lanzarote en 1673; que estuvo de misionero en Arucas en 1677; y que antes, en 1765, habia residido en Gáldar, cuyas curiosas antigüedades examinó, dejándonos una descripcion del Palacio del Guanarteme. — Páginas 165, 172 y 174.

piélago ocupaba la Gran-Canaria, y que ya principiaba á disputársele, ó al menos á juzgarse como caducados.

La obra se divide en tres libros. Trata el primero de la descripción de Canaria, y luego en capítulos sucesivos, de la conquista de la misma, y su rendición á las armas españolas. En el segundo, refiere los sucesos que siguieron á aquel memorable acontecimiento, la creación de los Tribunales y traslación de la Catedral á Las Palmas, con un catálogo de los Obispos, Gobernadores y Capitanes generales, que hasta en el año que escribía, se habían sucedido en la Provincia. Y por último, en el tercero, se ocupa de las costumbres, usos, lenguaje y civilización de los indígenas, á los cuales con justísima razón, no llama guanches, sino canarios, concluyendo con una breve reseña de las invasiones, plagas, volcanes y enfermedades que han afligido á las Islas.

El lenguaje, en general, es desahñado, incorrecto y ampuloso; el afán de mostrar erudición, aun en las cosas mas triviales, le lleva con frecuencia al ridículo estremo de citar filósofos, historiadores y poetas, que en nada concuerdan con el pasaje aludido, pero tiene la inapreciable ventaja de no ocuparse de los orígenes de la nobleza isleña, ni de los absurdos milagros, que eran pasto de la piedad poco ilustrada de los fieles.

En las noticias que nos conserva respecto de la Gran-Canaria, es muy exacto y escrupuloso, apoyándose en relaciones y memorias manuscritas, redactadas por los mismos conquistadores, ó por los pocos canarios que sobrevivieron á la extinción de su raza.

«La causa que me ha motivado, dice en su prólogo, á

inquirir y recoger algunas noticias de la conquista y entradas que hicieron los españoles en esta isla Gran-Canaria, y las más tan antiguas, que además de indicarlo los cuadernos en que las halló, por lo trazado, obscuro y casi sin sombra ó forma de caracteres, se deja ver tienen más de ciento cincuenta años. Porque algunos de los que escribieron, certificaron haber hablado, para noticiar con mas verdad, con algunos canarios de mucha fé y crédito, de aquellos naturales antiguos, que se hallaron en la conquista con su rey.....»

Y mas adelante, en el mismo prólogo, añade:

«.....puede el curioso en queriendo divertir el entendimiento de los afanes en que la obligacion de su cuidado le pone, entre las demas historias y noticias que leyere, pasar por los ojos ésta de la conquista de la isla de Gran-Canaria, que aunque mal escrita, con peores voces y ningun estilo, si tiene genio de saber antigüedades canarias, entienda que las que aquí se siguen, son de las mas verdaderas que hallará en los anales....»

Es digna de tenerse en cuenta su curiosa observacion, cuando se ocupa del principio y origen de los indigenas, observacion que coincide perfectamente, con lo que en este siglo nos ha revelado la ciencia respecto á esa antigua raza.

Dice así:—«El principio y origen de esta gente de la isla, parece imposible cosa saberlo cierto, por no tener escritura, ni otra tradicion ó memoria. Solamente en la manera de contar, y en algunos nombres de pueblos y lugares, se dá la mano con la mas cercana tierra firme con quien está vecina, pues en una y en otra parte hay pueblos que

se asimilan en los nombres, como Teldo, Tafira y otros que tambien hay en la Berberia, y por ser ésta la tierra firme mas cercana, se puede creer que esta isla y otras fueron conjuntas á la Mauritania Africana....» (1)

Para que se vea una muestra de su estilo descriptivo, copiaremos lo que dice en pocas frases, sobre el bosque de Doramas, que tenia el don de inspirar siempre á nuestros poetas é historiadores.

«Hay en esta singular montaña Doramas un estremo muy de notar, y es que entre los árboles que la pueblan de muchas diferencias y notable eminencia, pues parece por lo derecho y subido, que á porfía se avecinan con las nubes, crecen muchas palmas apartadas unas de otras, que sobresaliendo en altura, suben por los otros árboles, con tal primor y arte, que sin duda, próvida la naturaleza, las crió para ábanicos vistosos de su verdor y lozanía, echando el resto en su fábrica, y empeñándose, apesar de los tiempos, en conservarla frondosa, recta y siempre vestida.» (2)

Yahemos hecho notar que toda la obra respira un ardiente patriotismo, y parece escrita para ensalzar y sacar del olvido los hechos referentes á la Gran-Canaria, su patria, obscurecidos ú olvidados por otros historiadores.

Para comprobar nuestra asercion, citaremos solo algunos párrafos, entre los muchos que pudiéramos elegir.»

En el capítulo 8.º, al hablar de Las Palmas se espresa así: «A este sitio, que entonces se decia Giniguada, y se llama hoy la Ciudad Real de las Palmas, le pusieron este nombre los conquistadores, porque, además de ser ella la

(1) Pág. 3. Edicion da 1849.

(2) Pág. 9.

que lleva la palma entre las otras ciudades de las siete afortunadas islas, y *su cabeza*, se hallaron en su asiento muchas hermosas palmas, tan descomedidas en lo alto, que parecia se avecindaban con las estrellas.—» (1)

Véase otra prueba de la insistencia con que deseaba dejar consignado, que Las Palmas era la capital de la provincia.

«Este puerto de la Luz, que dejó dicho, está una pequeña legua de la Ciudad del Real de Las Palmas, *que es la cabeza del partido de todas estas siete afortunadas islas...*» (2)

Y en otro lugar añade con mas claridad y energía, y como si tratase de contestar á una oculta pretension:

«Determinaron los señores Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel, que las siete islas afortunadas de Canaria y todo su partido, se gobernasen como lo demas de sus dilatados reinos y señoríos, en tranquilidad, paz, quietud y recta justicia, y para esto les pareció instituir una Real Audiencia, su asiento en la isla Gran-Canaria, *en la muy noble y leal Ciudad Real de Las Palmas, á quien hicieron la primera entre todas las ciudades, villas y lugares de todas siete Islas, y cabeza superior de su Partido.*» (3)

Por último, dice, al enumerar las mismas Islas, estas notables palabras, que revelan el fondo de su pensamiento:

«Gran-Canaria, siempre obtuvo este nombre, porque

(1) Pág. 72.

(2) Pág. 23.

(3) Pág. 113.

como la habia criado Dios nuestro Señor para *cabeza y superior* de las otras seis islas afortunadas, nunca fué mudable.» (1)

Al describir el archipiélago, coloca á su patria en el centro, y luego añade, que al naciente tiene el grupo de Lanzarote, Fuerteventura y las islas menores, y al Poniente, el de las de Tenerife, Palma, Gomera y Hierro. (2)

Por estas citas se vendrá en conocimiento, que el oscuro fraile franciscano adoraba su país, y solo escribía su obra histórica para tener ocasion de enaltecerle, y confirmar con sus palabras los titulos y preminencias, que le adornaban, los cuales sus paisanos, con su natural indolencia, apenas se atrevian á recordar.

Del mismo modo que los demas cronistas, que se ocuparon de la rendicion de las islas de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera, cae el P. Sosa en groseros errores, respecto á los hechos que en la conquista tuvieron lugar, y especialmente en las fechas que cita, lo cual no es de extrañar, porque el único documento que podia ilustrarle, impreso en Francia, en 1630, no era fácil que hubiese llegado entonces á sus manos.

Mas exacto en los años posteriores, sigue una cronología, que difiere en poco de la que luego ha llegado á establecerse.

El mayor número de los sucesos memorables que comprende la narracion, verdaderamente novelesca, de la conquista de la Gran-Canaria, se encuentra en las páginas del diligente franciscano.

(1) Pág. 8.

(2) Pág. 2.

Allí hallamos la extraordinaria aventura de Diego de Silva, cuando cercado en Gáldar de los canarios, es salvado milagrosamente con sus compañeros por la generosa piedad del Guanarteme, á quien tanto había ofendido. (1) Allí se lee el famoso reto de Doramas, y su sentida muerte, acaecida no en Arúcas, como han repetido todos nuestros historiadores, sino *una legua antes de la montaña sopradicha*, como dice Sosa. (2) Allí, en fin, se refieren las hazañas de Adargoma, Bentagaire, y Maninidra, y las anécdotas que de ellos conservaba la tradición, que luego nos ha repetido Viera.

Hablando de Maninidra, cuenta, que hallándose éste en la conquista de Tenerife con una partida de canarios, á las órdenes del General Lugo, le acometió tal temblor de rabia, que la tierra sobre que estaban sus piés se ahoyó. Pasando en tanto Lugo, y viéndole de esta manera, le pregunta:—«Pues cómo, capitán Maninidra, ¿ahora os falta el aliento y bizarría? ¿Ahora teméis al contrario enemigo? ¿Ahora tembláis de verle?—A que al instante respondió el canario:—Yo no soy el que tiemblo, las carnes solas tiemblan, porque sienten el empeño en que las ha de poner el corazón.—(3)

Estraña respuesta en boca de un salvaje, si acaso es cierta, que lo dudamos.

El desafío de Bentagaire y Doramas, también está contado por el P. Sosa, con las mismas particularidades, que luego nos refiere Viera.

En cuanto á los usos y costumbres de los primitivos.

(1) Pág. 55.

(2) Pág. 94.

(3) Pág. 161.

isleños, contiene preciosos detalles, que en vano buscaríamos en otra parte.

Hablando de sus armas ofensivas, se expresa de este modo:

«También usaban por armas de unas varas tostadas con puntas, tan agudas como dardos. Estas las hacían de la tea mas fina y del barbusano mas antiguo, que descubrian en las montañas, entre cuyas amenidades no son pocos los que verdes las hermosean. Tirábanlos con invencibles fuerzas, y acometiendo muchas veces con ellos; no los soltaban de las manos, hasta que con su industria cómodamente empleaban bien su tiro. Lo mismo hacían con las piedras, que tenían mucha de mano, siendo tan diestros, seguros y fuertes en arrojarlas, que errando pocos tiros, casi no había resistencia en sus empleos. En las batallas y reencuentros que tenían, se animaban los unos á los otros diciéndose, *Jay tu catanaja*, que quiere decir, *hombres, haced como buenos.*»

En el último capítulo de su obra se ocupa Sosa de las invasiones que los moros, ingleses, franceses y flamencos han intentado sobre nuestras playas, siendo de observar, que al referir las memorables y honrosas defensas, que la Ciudad de Las Palmas hizo en 1595 y 1599, es lacónico é inexacto, apesar de los pocos años que relativamente le separaban de esos sucesos, y de los documentos auténticos que le hubiera sido fácil consultar.

En sus frecuentes viajes por la Gran-Canaria, aprovechaba siempre las ocasiones de visitar los sitios mas notables, especialmente aquellos que recordaban algun importante hecho histórico.

A esta laudable curiosidad debemos varias descripciones de una exactitud escrupulosa, entre las que citaremos la del árbol santo, donde se encontró la imagen de Ntra. Sra. del Pino, por juzgarla digna de que la conozcan nuestros lectores.

Habla Sosa como testigo de vista, pues en su tiempo se conservaba aun el árbol, en toda su lozanía y frondosidad.

«Está este milagroso árbol, delante de la puerta principal de la Iglesia, á cuatro ó seis pasos; tan único y tan solo, que en muchas leguas de sus alrededores no se hallaron otros de su especie. El pie abrazarán hasta cinco ó seis hombres, cuyo asiento ocupa un apacible llano, que sirve tambien de plaza al concurso de los vecinos del lugar; ó á otros forasteros que de diversas partes le ocupan. La eminencia y hermosura con que el tiempo ha repartido sus pimpollos, hasta llegar á ser gajos fortísimos, causa espanto á quien le mira; y mas, considerando su verdor, al ver las piñas fruto de sus garrotas, tan pequeñas, aunque secas, y tan bien repartidas, que no parecen ser cojidas de tal árbol, sino que las crió así Dios para reliquias... Casi en medio de este empinado árbol sobre un gajo, de los que por su órden la naturaleza pródiga le dividió del tronco, se incorpora entre limo, culantrillo y corteza, un ancho pedernal, cuyo color no han acertado á distinguir, los pocos que por artificio humano han trepado á él por mandado de algunos obispos, lo cual sin su órden no se hace por la veneracion que se le tiene. Tiene su asiento esta piedra, en medio de dos dragos, que milagrosamente la abrazan y detienen con

sus fértiles raíces, juntos y plantados sobre aquel gajo por la providencia divina; para mayor admiracion de los que los miran tan lozanos y verdes, sustentarse del humo de un pino. Tendrán estos dragos, á lo que parece, de el suelo tres ó cuatro varas en alto; con moderado grueso, siendo ciertísimo, que por la eminencia del lugar en que están, no se puede muy bien comprender su estatura Dicese que nacia en una concavidad, que aun hasta hoy en el tronco tiene dicho pino, una fuente muy fresca, con cuyas claras aguas sanaban los enfermos, que con fé y devocion con ellas se lavaban; empero, que porque un Cura indevoto y codicioso, impuso el no quererlas dar sin estipendio, permitió Dios, nuestro Señor, que se secase, quedando todos privados de tamaño remedio; aun me dicen que hasta hoy se oye en la misma parte el sonido y ruido del agua, mas yo no lo he podido oir; aunque algunas veces me he puesto atentamente con el oido á escuchar al pie de dicho pino, *será quizás porque no lo merezco*, pues me han certificado muchas personas que lo han oido.» (1.)

No prolongaremos mas este análisis. Preciso es leer la obra, para apreciarla en su justo valor, y creemos que todos los isleños, y espécialmente los de la Gran-Canaria, tienen ese deber, porque en efecto Sosa merece el cariño, y la gratitud de sus paisanos.

Aunque parezca increíble, y nos duela decirlo, podemos asegurar, que entre las 250.000 almas, que aproximadamente contiene el archipiélago, apenas hay ciento, que recuerden el nombre del fraile franciscano, y cono-

(1) Pag. 147.

can su obra.

¿Cesará algún día esta culpable indiferencia?

¿Llegará á brillar la aurora de la justicia, para los que han merecido bien de la patria? Mucho lo dudamos,

Si los Municipios comprendieran al fin los verdaderos intereses morales de sus administrados, destinarían uno de sus salones, para colocar los retratos de todos los varones ilustres de su Distrito, con una sucinta relacion, que recordára á las generaciones futuras sus méritos y virtudes. ¡Cuán justa recompensa para el pasado; qué noble emulacion para el porvenir!

DON RAFAEL BENTO.

DON RAFAEL BENTO.

Al concluir el siglo XVIII, la literatura española principiaba á levantarse del hondo abatimiento á que los ingenios de entonces la habian conducido, con escarnio de las reglas del buen gusto, y hasta de los sencillos preceptos del sentido comun.

Melendez Valdes con sus anacreónticas, juguetes propios de aquella sociedad ligera é inconsecuente, los Iriarres con su clasicismo, tal vez demasiado rígido é intolerante, los Moratines con sus sensatas obras dramáticas, Jovellanos, Camponanes, y el gran poeta lirico Quintana, habian cambiado el curso de la corriente literaria, sacándola del laberinto inextricable, donde perdia lastimosamente sus fuerzas y su espontaneidad, y guiándola por el verdadero camino del buen sentido, del sentimiento y de la inspiracion.

Bien es verdad que este movimiento, paralizado á veces por la suspicacia del clero, ó por el capricho de una Corte pervertida, ignorante y fanática, se vió de pronto interrumpido por la violenta é inesperada sacudida que el genio de Napoleon imprimió á la política española. En efecto, durante los seis años de feroz y sangrienta guerra, que siguieron al grito del 2 de Mayo, la literatura enmudeció, las prensas gimieron solo bajo el peso de proclamas, bandos y libelos incendiarios, y los ingenios dirigieron sus esfuerzos á resolver las cuestiones sociales, que por la vez primera se presentaban á su rica fantasia meridional, y á su ardiente patriotismo.

Pasado este periodo de violenta exaltacion, y cuando todo presagiaba una nueva era de progreso moral é intelectual, cimentado sobre sólidas é indestructibles bases, el ingrato y desleal monarca, cuyo trono habian rescatado rios de noble sangre, precipitó de nuevo á la España por la antigua senda del despotismo, pretendiendo en su absurda ceguedad, apartarla del consorcio de los demas pueblos civilizados. ¡Vana y ridicula insensatez! Napoleon habia roto el dique; y la mas grave de sus faltas políticas, se convertia luego providencialmente para la nacion ultrajada, en una aurora de regeneracion, rica de gloria y porvenir.

La literatura siguió tambien estas alternativas, y ya libre en el periodo constitucional, ya esclava en la ominosa década, avanzó lentamente, pero avanzó siempre, preparando el reinado de los Figaros, Torenos, Zorrillas, Lafuentes y Esproncedas.

Durante aquella borrascosa época, que presenció el

derrumbamiento del antiguo régimen, y el advenimiento de un nuevo derecho, época de transición, de duda, de oscuridad, apareció en las Canarias un poeta, que dotado por la naturaleza de brillantes disposiciones, de exquisita sensibilidad, y de genio creador, se atrevió á levantar su voz y recordar el culto de las bellas artes, que solo el ilustre Viera y su inspirada hermana profesaban, allá en lo mas oculto de su gabinete.

El poeta, cuya grata memoria recordamos hoy, es el canario D. Rafael Bento, nacido en la ciudad de Guia el 2 de Agosto de 1782. (1)

Sus padres, como todos los de aquel tiempo, viendo las buenas disposiciones del niño para cualquiera clase de estudios, le dedicaron al estado eclesiástico, enviándole desde muy joven al Seminario Conciliar de Las Palmas, donde debía estudiar filosofía y humanidades, recibir las primeras órdenes, y seguir luego sus clases de teología, antes de llegar al Presbiterado. Pero Dios lo tenia dispuesto de otro modo.

El joven Bento, que ya desde aquella temprana edad, manifestaba con sus correctos ensayos, su afición á las musas se constituyó en gefe del partido juvenil, que llevaba á cabo las mil travesuras, que diariamente alborotaban los pacíficos claustros del Seminario. Su cuarto, dice la tradición, era el cuartel general de los amotinados, y el centro donde se urdian las graciosas tramoyas, que luego turbaban el sueño de los graves religiosos, encargados de la enseñanza.

(1) Fueron sus padres don Lorenzo Bento y doña Maria Magdalena Perdomo. Sus abuelos paternos D. Melchor Bento y doña Angela Travieso, y maternoz don Francisco Perdomo y doña Josefa Flores.

Ya puede comprenderse que estas faltas de disciplina no quedarían impunes, y que el futuro poeta sufriría todo el peso de sus alegres bromas. Esto, que en nada perjudicaba sus rápidos adelantos, ni las brillantes notas, que en los exámenes obtenía, revelaba sin embargo, que el carácter del estudiante, no se amoldaba á la gravedad y circunspeccion de un verdadero eclesiástico, y que, al fin, se vería obligado á renunciar á los honores y dignidades, con que la Iglesia brinda siempre á sus leales servidores.

Un acontecimiento, desgraciado para Bento, vino á resolver de repente la cuestion. Su padre murió, y como era de esperar, el jóven pasó á Guia á consolar á su madre, y poner orden en los negocios de la casa.

Fuera ya del Seminario, libre y sin temores de que una voluntad superior á la suya le impusiera un estado, para el cual no sentía vocacion alguna, se entregó sin freno á su aficion poética y á sus estudios favoritos. Nuestros antiguos poetas castellanos, al menos, los que entonces podia encontrar en Guia, constituyeron la ocupacion mas seria de su vida, y la imitacion de sus bellezas el constante objeto de sus afanes.

Como todos los que se hallan dotados de una imaginacion ardiente y de una sensibilidad esquisita, la explosion de sus pasiones era irresistible y violenta.

Jóven, hermoso, é instruido, sus aventuras galantes fueron innumerables, y sus triunfos fáciles y repetidos, sin cuidar entre tanto de sus intereses, ni de proporcionarse un empleo, que le ayudára á sostener sus gastos, tan extraordinarios, como superiores á su escasa fortuna.

Por este tiempo tuvo tambien la desgracia de perder á

su madre, que solo sobrevivió quince meses á su esposo, dejándolo con seis hermanos pequeños, y con recursos poco abundantes. (1)

Apesar de sus galanteos, y de la inconstancia natural de un jóven, que menos que otro parecía apto para la vida matrimonial, se enamoró perdidamente de una jóven de su mismo pueblo, que consiguió fijarle, y hacerle olvidar por algun tiempo las Musas y el Parnaso. Esta passion, violenta en él como todas las que sentía, le arrastró con tal vehemencia, que no viendo otro camino honroso para satisfacerla, que el de una legítima union; se prestó contento á ella, y tendió su mano en el altar á D.^a Fermina Fernandez y Martinez el 3 de Abril de 1804, cuando apenas contaba 22 años. (2)

Al año siguiente, queriendo ocupar su incansable actividad, y creyendo así tener un empleo, entró de cadete en el Regimiento provincial de Guia, ascendiendo en el mismo año al grado de ayudante mayor, y prestando los servicios de guarnicion, que entonces se exijian á estas milicias, por razon de la guerra con la Gran-Bretaña.

Es de presumir que su esposa le proporcionó con su

(1.) Sus hermanos se llamaban don Esteban, don Miguel, doña Maria del Carmen, don Mariano, doña Francisca y doña Micaela. Excepto la última, que vive aun en Guia, han fallecido todos, la doña Maria del Carmen en el mismo pueblo de su nacimiento, y los demás en la Habana.

(2.) De este matrimonio tuvo Bento cinco hijos llamados, el primero don Lorenzo, que desde muy jóven pasó á la Habana, estudió en aquella universidad la medicina, ejerció esta profesion algunos años, se casó luego con una rica heredera, ganó un gran premio á la loteria, y vive hoy tranquilo y respetado en su patria adoptiva. El segundo, don Rafael, murió jóven en Cuba despues de una vida desgraciada y borrascosa; los tres últimos, doña Amalia, doña Petra y doña Fermina, han vivido y fallecido tranquilamente en Guia.

caríñosa solicitud, dulces y tranquilos días, tal vez los únicos que alcanzara en su agitada e intranquila existencia.

En 1811 hizo un viaje á España, que, aunque sin datos para asegurarlo, creemos tuvo relacion con nuestras cuestiones locales, en su mayor violencia entonces, á causa de la fiebre amarilla que habia estallado desde el año anterior en Santa Cruz de Tenerife, y á las malapagadas rivalidades, que las juntas de 1808 habian sembrado en las dos islas principales. De todos modos, su permanencia allí fué muy corta, pues el estado de la Península no permitia otra cosa.

Cuando regresó á fines del mismo año, la fiebre habia hecho irrupcion en los pueblos del litoral de su patria, y se cebaba cruelmente en sus aterrorizados habitantes, diezmándolos sin piedad. La ciudad de Guia, entonces Villa, aunque situada á una legua del mar, y en una altura, al abrigo del contagio por su misma elevacion, burló todas las observaciones de la ciencia, y se vió presa de la fiebre, que se desarrolló intensamente en sus barrios, con tanta mayor rapidez, cuanto mayores habian sido el descuido y la confianza de sus moradores.

Una de sus postreras víctimas fué la esposa de Bento, que espiró en breves horas en sus brazos, dejándole loco de dolor.

En efecto, fueron tan violentas las demostraciones de su sentimiento, que su familia creyó que iba á perder la razon. (1)

(1.) En unos apuntes biográficos insertos en su periódico, que bajo el nombre de REVISTA SEMANAL se publicó en Las Palmas, se lee:

«En el año de 1811, hallándose en Tenerife, tan luego como supo que

Por entonces y bajo el peso de esta amarga aflicción, tomó la resolución extraña de abrazar el estado eclesiástico, con cuyo objeto solicitó y obtuvo su licencia absoluta, se apartó del trato de sus amigos, y se dedicó con la vehemencia que acostumbraba prestar á todos sus actos, á leer libros ascéticos, y á prepararse debidamente para ingresar en su nueva carrera. (1.)

Dícese que las intrigas de cierto eclesiástico, que tenía la influencia, que Bento con su claro ingenio hubiera indudablemente adquirido en aquel estado, fué causa de que al fin, disgustado el poeta, abandonara su propósito, y volviera á rendir culto á las musas.

Sin negar nosotros la existencia de esas intrigas, y el odio que secretamente alimentaban contra él algunos individuos, defensores entonces de la intolerancia y del absolutismo, creemos que Bento, amortiguado su justo dolor, hubiera espontáneamente renunciado á una carrera, que no se armonizaba con su carácter, enemigo de toda sujeción, é inclinado por naturaleza á dejar correr sin

la fiebre amarilla asolaba á esta Isla, y que en su pueblo natal hacia horribles estragos, vino á él en compañía de su amigo el doctor D. Antonio Roig. Trabajaron de consuno hasta donde sus fuerzas alcanzaron; y cuando quedó solo, por tener que pasar á Las Palmas el señor Roig, siguió prestando á sus compatriotas servicios tales, que no han podido borrarse aun de la memoria de las personas que los recibieron y existen todavía. Mas de una vez arrancó de las manos de los encargados de conducir los cadáveres á varios individuos, que aquellos pretendían llevar al cementerio. Aun vive en Güia uno que, merced á la sollicitud de Bento, pudo escaparse de ser enterrado, y conserva tan presente lo que debe á nuestro poeta, que continúa pagando en su familia la deuda de gratitud que con aquel contrajo.—Pág. 75.

(1) Resulta de las notas que acompañan su hoja de servicios, que en 18 de Abril de 1812 obtuvo real licencia absoluta para retirarse del servicio y abrazar el estado eclesiástico.

frenó sus pasiones, no cuidándose de sus verdaderos intereses ni de su porvenir.

Durante las épocas constitucionales de 1812 y 1823, cuando la juventud, virgen en su fé política, abrazaba con loco entusiasmo el credo consignado por aquellos legisladores, en sus dos inmortales códigos, Bento, dotado de nobles y generosos instintos, no podia dejar de afiliarse en el bando liberal, y allí en efecto le encontramos. Sus cantos de entonces están llenos de invocaciones á la libertad, al patriotismo y á los héroes que sellaron con su sangre el principio de nuestra regeneracion social.

Puede asegurarse, que no hay hecho notable en la Provincia, ó en la madre patria, que su musa no hubiese estado dispuesta á cantar.

Por los años de 1816 á 1817 volvió á la Península, y ansioso de recorrer sus mejores poblaciones, llegó hasta Madrid, donde parece que conoció y trató con alguna intimidad al ilustre vencedor de Bailen, y al célebre don Manuel José de Quintana. Suponemos que estas relaciones le fueron adquiridas por la buena amistad del Marques de Casa Cajigal, que durante su mando en Canarias le conoció, y supo apreciar sus talentos, dispensándole desde entonces una solicitud cariñosa, que nunca se desmintió (1)

Estando en Madrid, escribió una Oda al nacimiento de la infanta doña Maria Isabel Luisa, que llamó la atencion del público inteligente, y fué leída hasta en el mismo palacio de los Reyes.

(1) Léese tambien en los mismos apuntes ya citados, que Bento le dedicó una Oda á Quintana, que éste aceptó, dándole las gracias «en una carta sobremanera satisfactoria para nuestro jóven paisano.—»pág. 74

Esta composicion, contiene algunas frases un tanto atrevidas, si se tiene en cuenta la situacion especial de la Peninsula en aquella época, y Bento, á quien buscaron de órden superior para premiar su obra, creyendo haber ofendido al suspicaz Gobierno de Fernando, salió precipitadamente de la Côte, y fué á ocultarse en Barcelona, donde á la sazón ejercia el cargo de Capitan general del Principado su amigo Casa Cajigal, que le recibió con mil demostraciones de cariño, tranquilizándole respecto á su supuesta persecucion.

Llevado de su afecto á las ideas liberales, se ofreció á defender á Lacy ante el Consejo de guerra que le condenó; arrojo que le enaltecia, pero que era completamente inútil á la salvacion de aquella ilustre víctima de la libertad. Creemos que su amigo el General, no permitió que este empeño se cumpliera.

Mientras estuvo en Madrid compuso varias comedias, que ni se han impreso ni representado; las personas que han tenido ocasion de leerlas, han hecho de ellas grandes elogios. Es lástima que se ignore hoy el sitio donde puedan estar ocultos esos manuscritos. (1)

Deseoso al fin de volver á su país, regresó á Canaria antes de estallar la revolucion de 1820, trayendo consigo una dama, que no pudo resistir al seductor atractivo de

(1) El mismo biógrafo ya citado añade, hablando de dos comedias que pudo examinar, estas notables palabras:

«Correccion y propiedad en el lenguaje, caracteres bien delineados, y exacta observancia de las tres unidades, que miraba como indispensables el rigorismo de la escuela clásica, se notan en dichas composiciones, que indisputablemente tienen mérito, mas en las cuales, como en las mejores obras dramáticas de aquella época, se ahoga la inspiracion, sujeta por las amarras de rígidas reglas.»

su persona. ¡Triste prueba del carácter incorregible del poeta, en todas las épocas de su corta vida!

No es difícil comprender el estado angustioso de su fortuna, si se atiende á sus escasos recursos, á la poca atención con que miraba los prosaicos cuidados de la vida, y á la indiferencia con que dejaba correr, todas las ocasiones que se le ofrecieron de conservar y aumentar su fortuna.

Un pariente suyo, entusiasta de sus excelentes disposiciones poéticas, le había legado algunas líneas de bastante consideración, que en un país tan apartado y pobre, y de tan sencillas costumbres como las Canarias, hubiera sido suficiente para proporcionarle esa afortunada medianía que tanto recomienda Horacio; pero, en las manos de Bento, todo desaparecía con rapidez asombrosa, y nunca pudo obtener esa independencia, objeto querido de los afanes de todo hombre sensato en la tierra.

Por algun tiempo desempeñó el cargo de Secretario del Ayuntamiento de Güldar, como recurso para atender á sus nuevas necesidades, despues de su segundo viaje á España; pero fuó tan grande el abandono con que miró los trabajos propios de su modesto empleo, que para poner remedio á su incalificable incuria, se necesitó la intervención del Gobierno civil de la Provincia.

Cuéntase respecto de este asunto una anécdota, que no queremos pasar en silencio, porque retrata perfectamente el carácter de nuestro vate. (1.)

(1) Tomamos estas y otras noticias de unos curiosos apuntes, que ha tenido la amabilidad de remitirnos nuestro instruido y respetable amigo, don Francisco Martín Bento, sobrino del poeta.

El Gefe político, á quien se habian denunciado, tal vez con malévola intencion, los descuidos de Bento, envió á Gáldar á su secretario para que, acompañándose de otras personas, por él elegidas, examinára las faltas indicadas y pusiera remedio á ellas.

Ya en aquella Villa el secretario, que felizmente era tambien poeta, provocó una conferencia, que tuvo desde luego lugar, y en la que, despues de los primeros cumplimientos de cortesia, en vez de hablar de los negocios del ayuntamiento, solo se trató del Parnaso y de las nueve hermanas, pero con tal ahinco y decidida voluntad, que los asuntos municipales quedaron desde aquel momento condenados á un eterno olvido, mientras Bento ganaba para sí tantos amigos, como personas contaba la comision, con sólo haberle oído recitar algunas de sus mas espirituales poesias.

Esta vida, que podemos llamar, agitada y turbulenta, destruyó en breve su rica organizacion.

En 1831, y cuando apenas contaba 49 años, se vió declinar rápidamente su salud. Una languidez de síntomas alarmantes, invadió su cuerpo, ya débil y gastado, que sin alterar en nada sus facultades intelectuales, reveló á sus amigos la inminencia del peligro.

No habia entonces médico en Guia, y los recursos de la ciencia, si algunos existian ya para Bento, no podian ser utilizados por su desconsolada familia. En tan críticas circunstancias, uno de sus mas queridos y constantes admiradores, don Manuel de Lugo, ofreció al poeta su casa de Las Palmas, y todos los auxilios que en una capital populosa pueden encontrarse.

Ya en Las Palmas, y agravándose por instantes su enfermedad, exigió Bento que se le trasladara á un salon del Hospital de S. Martin, donde podia estar solo y con entera independencia, sin causar molestias á nadie.

Cediendo al fin á sus ruegos, don Manuel de Lugo hizo que le prepararan al enfermo un buen salon, y que nada se omitiera para aliviar su dolencia.

En esta última y dolorosa enfermedad, no se apartó un solo momento de su lado, su hermana doña Maria del Carmen, viéndose tambien rodeado de sus amigos mas queridos, especialmente del doctor don Antonio Roig, que le prestó sin descanso su asistencia, y los recursos de un arte, que ejercea con tanta experiencia como saber.

Por último, llegó el momento de su agonía, y con una lucidez de espíritu admirable, despues de cumplir con todos los preceptos de la Iglesia, se apagó tranquilamente aquella existencia, que habiera sido mas feliz, si no se hubiese dejado dominar tan completamente por sus pasiones, y por una punible indolencia, que le hacia descuidar lastimosamente sus mas caros intereses.

Su cuerpo yace en el cementerio de Las Palmas, sin que señal alguna indique el lugar de su descanso.

Ahora bien, ¿qué obras nos ha dejado el poeta, para merecer el recuerdo que hoy le consagramos en esta *Galeria*.

Vamos á examinar rápidamente sus principales producciones, inéditas en su mayor parte, y el público juzgará si es merecido ese recuerdo.

La primera composicion de alguna importancia que de él conocemos, impresa en Las Palmas en 1807, fué

escrita en obsequio de don Luis de la Encina, cuando se recibió en Canaria la noticia de su promoción al Obispado de Arquiza. Titulóla *Silva*, por la clase de metro que en ella emplea, y es digna de los elogios que entonces mereció.

Dice, hablando del ilustre Prelado:

Al enérgico impulso de tus labios
 La vil calumnia, la execrable envidia,
 El odio infando, la ignorancia torpe,
 El celo, el falso celo,
 En vuelo indigno se alzarán medrosos,
 Dejando libre el peruviano suelo;
 La antigua sencillez al lujo vano,
 La salvaje inocencia á la cultura,
 De nuestros climas opondrás Opónte
Al despotismo impio,
 Al fraude odioso, á la venganza injusta,
 Á la sed pestilente
 Del oro insomne, con valor ardiente.

La oda de que antes hablábamos, escrita en Madrid en 1817, al nacer la infanta doña Maria Isabel Luisa, que le valió su huida á Barcelona, tiene tambien buenos versos y nobles pensamientos, espresados con sencilla elegancia.

Al hacer una especie de reseña histórica de la España, dice:

No los choques sangrientos, ni la infame
 Esclavitud recuerdes, que desdoran
 El sacro nombre de mi patria amada,
 Vil galardón del fementido prócer,

Que destinó á su frente,
 El yugo atroz del árabe inclemente.
 Ocho siglos de llanto y de ignominia
 Pasaron sobre España, y ocho siglos,
 Los vivos de la gloria, con los ayes
 De la opresion impia,
 En que el hijo del Héspero gemia:
 Y mas adelante dirigiéndose á la nobleza española, es-
 clama con indignado acento.

Ellos, alzando en rico poderio
 La inmoble frente, á la verdad mintiendo,
 Critan al pobre, «al llanto y las fatigas
 El cielo te crió, mientras nosotros
 Por medio soberano
 «Para ayugar nacimos al humano.»
 Grito de maldicion, que en sus sangrientos
 Labios, suena sin fin...

Razon tenía para escapar de Madrid y refugiarse en Barcelona.

En la coleccion manuserita que poseemos de sus poesias, se cuentan treinta y un sonetos, entre los cuales, creemos que se pueden citar con aplauso los siguientes:

Al Illmo. Sr. Obispo D. Manuel Verdugo cuando se concluyó el puente de piedra de Las Palmas en 1816.

Goza, digno Pastor, renombre eterno
 Y de alabanza el galardon recibo,
 En tu suelo natal por siempre vive,
 Un monumento de tu amor paterno.
 Rinda el canario mil loores tierno,
 Á tu beneficencia, pues percibe,

Que el ilustre Cerbera en tí revive
En dadivoso y pastoral gobierno.

Les rasgos de tu mano generosa,
Mudo publica este grandioso puente,
Y leda nos presagia y bulliciosa
Ya de Morales la salubre fuente,
Que con tu auspicio crecerá orgullosa.
Y el laurel regará para tu frente.

Á LA INQUISICION.

No bien sus infernales llamaradas
Tornó á encender la Inquisicion terrible,
Cuando el brazo de Dios irresistible
En nuestra España las dejó apagadas.

Que vuelvan los infames Torquemadas
Á atizar su piadoso combustible,
Hogueras hallarán y muerte horrible,
En todas las naciones ilustradas.

Potros, garruchas, viles instrumentos
Con que affigieron al linage humano
Tigres de sangre y lágrimas sedientos,
Pues que ya no os consiente el suelo hispano,
Volved á los inmundos aposentos
De que os estrajo una piadosa mano.

Ya lo hemos dicho; todos los acontecimientos de que su patria fué teatro, durante su breve existencia, encontraron en él un inspirado cantor. Entre estos acontecimientos la destruccion de la famosa selva de Doramas, fué el que mas le impresionó y al que le dedicó mayor número de poesias.

Véase el soneto que con este motivo escribió en 1831:

Adios Doramas: ya el tirano llega,
 A destruir la obra de Natura;
 Ya la esperanza de la edad futura,
 Ay, en un mar de lágrimas se anega.

Ya no la lluvia que los campos riega,
 Volverá á descender sobre la altura;
 Ni se verán cubiertas de verdura,
 La recortada loma y fértil vega.

El gallardo laurel, el procer tilo,
 La yedra que á sus troncos se abrazaba,
 Soberbia de tener tan dulce asilo,
 Todos, todos caerán, y donde estaba
 Anidado el placer, puro y tranquilo,
 Entrará la ambicion, que todo acaba.

Dos odas poseemos de él, sobre el mismo asunto de la destruccion del Doramas, notables por la energia del estilo, y el celo patriótico, que se revela en cada uno de sus versos.

Principia una con estas enérgicas estrofas:

El ronco son los ecos repetian
 Allá en las hondas grutas del Doramas,
 Destruccion, destruccion, y retumbando
 Ese grito sacrilego en las nubes,
 Destruccion, rompiendo,
 Iba la yerma asolacion cundiendo.
 ¿Quien de la patria el lamentable lloro,
 Y los gemidos de la edad futura
 Podrá contar? El hacha asoladora
 El esterminio al término llevando
 Con su implacable filo,

Hiende las hayas, el laurel y el tilo.

En la otra se encuentra esta magnífica descripción, que creemos digna de un gran poeta, y que es indudablemente de lo mejor que ha salido de su pluma:

El himno de alborada,
Que al remontarse el sol sobre la cumbre,
En su carro de humbre,
Sonaba en la enramada,
¿Que voz será bastante
Á describir? El mirlo que se esconde
En la honda cañada,
Embebece los vientos,
Ya con grave y sonora melodía,
Ya con agudos mágicos acentos,
Al despuntar el día,
Mientras el capirote peregrino,
Segundo ruiñeñor de la floresta,
Anima con su cántico divino,
De las aves sin fin la grande orquesta.

Para juzgarle como político, copiaremos á continuación algunos tercetos que dedica á Mina, y que sin duda debieron causar mas de un disgusto á su atrevido autor.

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
Que visitar se digna al pueblo amado,
Y redimirle de opresion cruel.

Bendito sea, porque ha cimentado
El imperio de nuestra salvacion,
En la tumba de un déspota infamado.

Así el fin de la raza de Borbon,
Con lágrimas de gozo sacrosanto

Le predije una vez á mi Nación.

Exento de rencor y ciego espanto,
Prometila que mano vengadora
Habia de enjugar su triste llanto.

Para dar á entender la triunfadora
Fuerza, que al español valiente guía,
A cuyo influjo se somete ahora.

Pues éste el juramento es que allá un día,
Hizo á la gran nacion de socorrella,
Y derribar la infame tiranía

En el género jocoso, Bento nos dejó una multitud de poesías, que apenas escritas, y confiadas á la memoria del pueblo, han desaparecido en su mayor parte, quedando otras alteradas, hasta oscurecer y hacer ininteligible el pensamiento del poeta.

No nos atrevemos á citar algunas, porque nacidas al calor de las ardientes pasiones, que bullian siempre en su cerebro, é hijas de la improvisacion, contienen frases de atrevido giro, y un tanto aventuradas; solo si diremos que brilla en ellas una gracia inimitable, una espontaneidad seductora, y un talento chispeante, espejo de su vida, ligera, tempestuosa é irreflexiva.

Al reanudar en 1814 sus patrióticas tareas el Santo Tribunal de la Inquisicion se propuso como fin principal de su mision civilizadora, concluir, si le era posible, con todo conato literario, aun tratándose de estas apartadas y pacíficas islas, y al efecto recogió y prohibió todo lo que desde 1808 se habia escrito y publicado que contuviera alguna palabra ó frase de dudoso sentido ó de interpretacion peligrosa.

Bento no podía dejar de ser señalado con tinta encarnada, en la lista secreta llevada por el Inquisidor D. José Francisco Borbujo y Riva, mientras tascaba este funcionario el duro freno de la Constitución; así fué, que en 28 de abril de 1817 se le había ya instruido al poeta una secreta sumaria por el delito de *proposiciones*, lo cual quería decir en el lenguaje forense del Santo Oficio, que el reo había delinquido pronunciando ó escribiendo frases poco respetuosas á la Religión ó á sus Ministros.

No hemos visto la denuncia, pero sí la carta en que el Sr. Borbujo dá cuenta de la causa á la Suprema, cuyo documento concluye de este modo:

«Y como el reo, segun noticias extrajudiciales hechas mas de un año se halla en Sevilla, nos ha parecido para los efectos que puedan convenir indicar á V. A. sus señas personales que son: estatura mas que regular, color moreno, edad de treinta y ocho á cuarenta años, con asistencia diaria en aquella época en la casa de la Condesa viuda de Tili.»

Bento fué, pues, un poeta con todos sus defectos, y brillantes cualidades; y si se nos permite comparar lo grande con lo pequeño, diremos que lo que Biron y Espronceda fueron luego en la escena del mundo, lo había sido ya este canario en el oscuro rincon donde nació, y en la reducida esfera donde brilló su talento.

Bento no escribía para el porvenir; sus versos salian de su pluma, tal como su mente los concebía, sin cuidarse de su pulimento y correccion. Nunca se le ocurrió legar á su patria una obra estensa, meditada y digna de su indisputable mérito. Vivía de prisa, y al pasar rápida-

mente por el humilde país, que Dios le había concedido por patria, dejó, por decirlo así, caer esas pocas perfumadas flores, que nos revelan con su aroma, lo que hubiera llegado á producir, si con mas tranquilidad, estudio y meditacion, se hubiera dedicado al culto divino de la poesía.

Esas flores, sin embargo, tales como brotaron de su mente de poeta, merecen ser mas conocidas, y solo esperan que haya un jardinero bastante ilustrado, que forme con ellas un hermoso ramillete y las ofrezca al público.

Entanto llega ese día, que no vemos, por desgracia, próximo, sirvale este pequeño recuerdo, de ofrenda cariñosa á su memoria.

DON MANUEL DIAZ.

DON MANUEL DIAZ.

Cuando en medio de una familia rica y poderosa, dotada por la Providencia de todos los dones, que pródiga derrama á veces sobre determinados seres, sin que podamos alcanzar el secreto móvil de esta aparente parcialidad, vemos aparecer una inteligencia de primer orden, marcada con el sello del genio, y destinada á ejercer una superioridad incontestable sobre todos los que la rodean; la marcha fácil, rápida y segura de sus adelantos, de sus luchas, y hasta de sus mismos triunfos, parece haber sido preparada con antelación por una mano previsora, que con solícito empeño ha despojado la senda de sus espinas y abrojos, sembrándola solo de flores y coronas.

Por el contrario, nuestra admiración crece y se aumenta de una manera inconcebible, cuando encontramos esa misma inteligencia, brotando en medio de las priva-

ciones y de la miseria, haciéndose lugar por entre el desden y la indiferencia, y buscando luz y calor para desarrollarse convenientemente, en una atmósfera, propia solo para atrofiar el genio y ahogar la inspiracion.

Espectáculo digno de contemplarse es, en efecto, el que ofrece un jóven dotado de verdadero talento, de sentimientos nobles y elevados, de exquisita sensibilidad, cuya familia, por circunstancias especiales, se vé en los últimos peldaños de la escala social, sin esperanza, próxima ni remota, de obtener los medios de elevarse á la altura, adonde secretamente le empuja su ardor juvenil, su insaciable sed de saber, y el sentimiento innato de justicia, que lleva todo hombre en su corazon, y que se subleva al ver las iniquidades, con que á cada paso tropieza en el curso azaroso de su existencia.

Nos sugiere estas reflexiones el recuerdo del virtuoso canario, cuya biografía vamos hoy á bosquejar, y que hemos juzgado digno por todos conceptos, de que su memoria se conserve siempre viva en el porvenir.

D. Manuel Diaz nació en la Ciudad de Santa Cruz de la Palma el 9 de mayo de 1774, de padres pobres y honrados, que se llamaron D. Francisco Diaz Leal y D.^a Francisca Hernandez Carmoua.

Su padre, que desde jóven se habia dirigido á las Américas, en busca de una fortuna, muchas veces ilusoria, murió en la Isla de Cuba, sin haber conseguido realizar ninguna de sus ambiciosas esperanzas, dejando á sa viuda é hijo, sin otro amparo que el de un tío materno, llamado D. Agustin, modesto y valiente artesano, que no dudó recoger al huérfano, y darle asilo junto al yunque.

de su taller de herrería.

Cuando el niño contaba apenas ocho años, viendo su aptitud para el estudio, y su adición á visitar las Iglesias, obtuvieron sus parientes el particular favor de que se le colocára de mozo de coro en la parroquia del Salvador, donde luego habia de brillar su talento como artista, y sus virtudes como cristiano.

Colocado ya en el Templo, la pompa del culto católico, que tanto habla á los sentidos y á la imaginación, el misterioso encanto de una religion, que predica el santo dogma de la igualdad, y que tiende sus brazos á la humanidad entera, por medio de un código sublime de moral, el silencio y soledad de las naves, las bellas imágenes, las ricas vestiduras, las nubes de incienso, todo en fin hirió fuertemente la brillante fantasía del adolescente, que juró desde entonces dedicarse al culto, y consagrar su talento al servicio de un Dios, que le colocaba al ceñir sus vestiduras, en el mismo rango de los mas grandes de la tierra.

Sin embargo, para conseguir este propósito, tan sencillo en apariencia, grandes eran los obstáculos que el joven habia de vencer. Adquirir primero una instruccion conveniente, proporcionarse maestros, libros y tiempo, tan escaso para el que vive con el trabajo de sus manos; encontrar luego una *Cóngrua*, esto es, una capellania, de esas destinadas á los jóvenes pobres, sin lo cual no habia ingreso posible, y salir por fin de su hogar de familia para obtener que el Sr. Obispo le confiriese las órdenes, por los grados que la iglesia tiene establecidos, tales eran las graves dificultades, que el pobre artesano habia de ven-

cer por sí solo, con el único apoyo de su talento, y con la energía poderosa de su voluntad.

Veamos el resultado de esta lucha, incesantemente reproducida en mayor ó menor escala á nuestro alrededor, y que Dickens llama con tanta propiedad *la batalla de la vida*; veamos como Diaz entró en liza, y como en medio de su honrada pobreza combatió noblemente y logró el premio del vencedor.

Habia entonces en la capital de la Palma, así como en todas las poblaciones principales de la Provincia, una multitud de frailes, que encerrados en hermosos conventos, y tal vez avergonzados de su inútil ociosidad, habian abierto en sus cláustros estudios de humanidades y de teología escolástica, á la altura sin embargo de sus preocupaciones, y bajo el reducido horizonte, que abarcaba la miope vista de sus superiores. ¡Grosero é insuficiente pasto, que á las eternas aspiraciones del alma, ofrecia entonces la Iglesia española á sus mas queridos hijos

El jóven recibió allí su primera instruccion, que pudiéramos llamar *oficial*, y que le apartó definitivamente del trabajo mecánico del taller, decidiendo para siempre de su porvenir; y para que su persona llevase ya desde entonces un signo externo de su vocacion, obtuvo á los catorce años la simple tonsura, que le confirió en su visita pastoral el Ilmo. Sr. Obispo D. Antonio de la Plaza. (1)

Entretanto, seguia estudiando con incansable perseverancia, dando ejemplo, no solo de claro talento y aplicacion, sino de buenas costumbres y respecto filial, y tan-

(1) Tuvo lugar esta ceremonia el 5 de Junio de 1789 en la parroquia de S. Pedro de Breña alta en la Palma.

to se había extendido la fama de sus virtudes y saber, que sus maestros y protectores consiguieron especial licencia para que, simple tonsurado, pudiese subir á la cátedra sagrada, y desde allí hiciera oír su voz juvenil, que era ya elocuente é inspirada.

Su pobreza continuaba, sin embargo, siendo un poderoso obstáculo para entrar definitivamente en la carrera de la Iglesia, apesar de sus reconocidas virtudes, y de su notable aplicación al estudio, cuando se anunció en la Provincia, que el Sr. Obispo abría concurso de oposicion á los Beneficios vacantes de la Diócesis.

Al saber Díaz esta noticia, decidió trasladarse á Las Palmas, y luchar tenazmente con los opositores que la suerte le d-para, asiéndose á esta última esperanza, como el naufrago á la débil tabla que encuentra flotante en el mar.

Firmó en su noble propósito tomó parte en la liza, y despues de verificar con notable acierto todos los actos de prueba que son de ritual en tales casos, tuvo la satisfacción de verse propuesto en primer lugar, en la terna para la provision inmediata de uno de los Beneficios parroquiales de Santa Cruz de la Palma. (1.)

(1) En la notable biografía que de este insigne canario ha escrito su paisano, el aventajado literato D. Antonio Rodríguez Lopez, se encuentra la anécdota siguiente, que no queremos pasar en silencio:

Enfálzase en la Isla de Gran-Caaria en los ejercicios de oposicion, cuando dejó de existir en la Palma su pobre madre. Consignamos esta circunstancia, por no pasar en silencio un hecho, que Díaz recordaba como uno de los acontecimientos notables de su vida. Algunas frases indiscretas de un paisano suyo le hicieron sospechar que su madre se hallaba moribunda; aunque procuraron tranquilizarlo en su triste incertidumbre. Mas llegó el momento de buscar á la suerte la página del misal, que debía servirle de texto para formular su discurso de oposicion:

Poco tiempo despues, le llegó la real cédula con el nombramiento de Beneficiado de la Iglesia del Salvador, expedida en el Escorial á 28 de noviembre de 1799, y tomó posesion de su destino el 22 de agosto de 1800, obteniendo de este modo el justo premio de sus loables afanes y de su ejemplar conducta.

Aquí principia la verdadera vida del artista, del patriota y del cristiano, en medio de sus foligreses, á quienes mira como hijos, y en el seno de una patria, que adora con pasion.

El período de tranquilidad que sucedió á la agitada y precaria existencia del modesto sacerdote, la seguridad relativa de su porvenir, y el orden, que la regularidad de sus funciones debia establecer en el interior de su hogar, fué motivo suficiente para que se despertase en su alma y tomáran incremento sus aspiraciones de artista. Dotado de una organizacion privilegiada, con aptitud para comprender, amar y sentir las bellas artes, se dedicó en sus ratos de descanso al estudio de la escultura, de la pintura y de la música, encontrando en el ejercicio de tan nobles tareas, aplicadas siempre al culto divino, una ocupacion para su espíritu, que no le apartaba nunca del servicio de Dios.

El fruto de estos trabajos fué la reedificacion de una parte del templo del Salvador, y su interior adorno, en el que su mano, ya maestra, tomó una parte muy activa.

Introdujose la cuchilla entre las hojas del santo libro: el misal se abrió, y al clavar su mirada en la escritura, leyó con sorpresa el Evangelio de difuntos. La memoria de su madre asaltó entonces su imaginacion, y el vago presentimiento de su muerte preocupó su ánimo entristecido. Págs. 12 y 13.

El trono llamado *Mesa del Corpus*, notable por la elegancia y hermosura de su conjuuto, el retablo de S. Juan, el bello cortinaje pintado, que cubre las paredes de la capilla de este nombre, los altares de las demás, nuevamente construidas, y las estatuas que adquirió para darle mas brillantez al culto, son otras tantas pruebas de su amor á las artes, á su patria y á su Dios.

Por este tiempo se creó la Catedral de la Laguna, y Díaz tuvo la honra de ser nombrado, sin solicitarlo, canónigo de la nueva Diócesis. Esta dignidad, que tenia tan merecida, no pudo apartarlo de su Iglesia, y la renunció por permanecer en la Palma, y no alejarse de su segundo padre, de su tío don Agustín, que recojía entonces la recompensa de los cuidados, que habia prodigado á su huérfano sobrino.

Un acontecimiento, sin embargo, de esos que inopinadamente vienen á sorprender las existencias mas tranquilas y á perturbar la uniformidad de su curso, estalló como el rayo sobre la cabeza del virtuoso sacerdote.

Los sucesos políticos de 1820 habian encontrado en las Canarias un eco, simpático en unos, repulsivo en otros. Todos los que se distinguían por su ilustracion, por la nobleza de sus sentimientos y por la elevacion de su carácter, abrazaban con efusion las nuevas doctrinas, como síntoma precursor de la regeneracion social de su abatida patria. Aquellos que, cortos de entendimiento, fanáticos por principio, ignorantes por sistema, ó envanecidos con sus pergaminos ó su dinero, veian en aquel movimiento progresivo, el fin de su reinado, rechazaban con horror el Código de Cádiz, y presagiaban para el pais la muer-

te de todo principio moral y el entronizamiento de la anarquía y de la impiedad con sus mas desastrosas consecuencias. Ciertó es que, á la inmovilidad del cuerpo social, que amenazaba morir de inanición en 1808, ha sucedido despues el delirio calenturiento de la fiebre, sin que hoy sepamos adonde nos conducirá esa vertijinosa serie de motines, ensayos y ambiciones, que desgarran el seno de la patria; pero, ¿cómo sustraernos al movimiento que agita á las sociedades? Cómo apartar de nuestros labios la copa del saber, aunque el error vaya á veces mezclado á la verdad? Si para desinfectar una atmósfera corrompida se necesitan tempestades, dobleguémonos ante esa triste necesidad, y esperemos la llegada del buen tiempo, de la dulce brisa, del cielo azul. Tengamos confianza en la Providencia, y adelante, adelante.

Díaz desde luego, se puso al lado de los que á todo trance querían romper con la vergonzosa inmovilidad del pasado, de los que odiaban la esclavitud en la enseñanza, en la palabra y en el pensamiento, y pedían con todo el fervor de su alma luz, vida y movimiento, aunque el carro de la revolucion los aplastára en su triunfante marcha.

El 11 de Junio de 1820 se celebraba en la parroquia del Salvador una fiesta cívico-religiosa, motivada por la solemne promulgacion del Código constitucional, que habia jurado el Rey Fernando en Madrid, y que en aquel día se proclamaba en la Palma, con toda la pompa que en esas solemnidades políticas, improvisaba una juventud entusiasta, para quien las palabras de patria y libertad, no habian perdido aún su mágico significado.

En ese día, pues, memorable para aquella Isla, Díaz, que era ya Rector de su parroquia, subió al púlpito, y pronunció, bajo el nombre de *Exhorto*, una alocucion, que le valió despues los honores del destierro.

Este sermón, famoso desde entouces, y del cual poseemos un ejemplar impreso, (1.) era, por decirlo así, el programa de sus ideas en politica; y no impunemente provocó las iras del partido apostólico, que al oir tan extrañas palabras en los labios de un párroco, bramó de coraje, y le marcó con el sello de su reprobacion eterna.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán, que citemos algunos párrafos de esa curiosa obra: así servirá de muestra, respecto del estilo que empleaba en su oratoria el artista sacerdote, y pondrá de relieve su ideal político.

Dice así en el exordio:

«En 1814 terminó gloriosamente nuestra guerra con la Francia, y tuvimos la indecible satisfacción de ver restituido á su trono á nuestro augusto Monarca, es verdad; pero, cuando esperábamos ver el espectáculo mas interesante, que vieron jamás los siglos; al cautivo, padre de la gran familia española, recibiendo enternecido de las manos de sus buenos hijos una corona que él mismo habia renunciado, y que ellos supieron conservarle á costa de tantos sacrificios: cuando esperábamos gozar en dulce paz el suave fruto de este reconocimiento paternal, de este filial respeto, de este amor recíproco; ¡oh Dios! me estremezco al contemplarlo. El

(1) En Madrid, imprenta de Ibarra, año de 1822.

despotismo holló con pié atrevido el Código sagrado, que escribió con sangre de sus propias venas la Nación mas leal y generosa. El cetro de oro, que la libertad nacional iba á entregar gustosa en manos de un monarca deseado, arrancósele por fuerza y convirtiósese al instante en hierro duro. De aquí, ¡cuántas desgracias! El fanatismo triunfó con todo su desearo; la venganza pidió víctimas á millares, y se le entregaron sin compasion alguna. Los mas sabios y valerosos patriotas fueron tratados como rebeldes ó impíos: el soldado español, que en Europa acababa de ser mirado como un prodigio de valor y de virtud, vióse obligado á presentarse en nuestras Américas como un despiadado fratricida: las cárceles se llenaron de presos: los tormentos volvieron á insultar á la humanidad oprimida: el suelo pátrio se manchó con la sangre de nuestros dignos hermanos: las familias se cubrieron de luto: unos fueron desterrados, otros huyeron para salvar la vida, todos temblaron.»

En este periodo, hay pasion, energia y verdad. Es un cuadro completo de aquella época.

Y dice luego:

«Falsos políticos, rencorosos fanáticos, ¡qué vergüenza para vosotros! Esos liberales á quienes tratais de impíos y enemigos de todo bien, esos mismos han honrado el siglo presente con una revolucion, que por sabia y virtuosa, grande y sublime no cupo jamas en la idea. Y vosotros los llamados leales, que ostentábais el título de defensores de la religion y del trono, vosotros deshonraстеis el mismo siglo con una revolucion, que principió en Valencia el 5 de Mayo de 1814, y feneció en Cádiz el 10 de

Marzo de 1820.»

«Se podrá decir que yo tomo aquí por frutos los que no se deben mirar sino como flores seductoras del nuevo árbol político. No, cristianos, no lo creais, el sistema constitucional se dirige esencialmente á que el ciudadano español sea amante de la patria adicto á su Religion, fiel al Rey, obediente á las leyes, justo y benéfico en todos sus procedimientos; y si en medio de una revolución el espíritu Constitucional ha obrado bajo estos principios, ¿qué no hará en su marcha tranquila y magestuosa? Para que esto se verifique, yo no veo otros obstáculos, que los que pueda presentar la impiedad y el fanatismo: monstruos crueles que en la lucha sangrienta no menos daños causan con los disfraces que toman, que con los golpes furiosos que equivocadamente descargais. ¡Eterno Dios! Por vuestra bondad infinita destruid estos monstruos que tanto han affligido al género humano. Ciegos y débiles mortales, ¿Cuándo conoceréis que ni el fanatismo es la religion cristiana, ni la impiedad la verdadera filosofía?»

Luego, por una transición natural y sencilla, presenta á sus oyentes el fruto del sistema constitucional en breves y elocuentes frases, y procura explicar la misión del verdadero cristiano en medio de las convulsiones sociales.

Al tratar esta delicada cuestión, nos dice estas proféticas palabras:

«En la Constitución se declara, que la religion del Estado es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera: esto supone que la nación nos honrará, y proveerá á nuestra subsistencia; pero, aun cuando así no fuera, ¿qué sucedería? nos veríamos obligados á

buscar honra con nuestras virtudes, y á subsistir con el trabajo de nuestras manos: y en esto ¿quién perdería? ¿la religion ó nosotros? todos ganaríamos. La Constitucion promete proteger la religion con leyes sabias y justas, ¿qué mas podemos apetecer? ¿por ventura descartaríamos que estas leyes ni fuesen sabias, ni justas? ¡qué horror! Convento, que á un pastor mercenario le seria mucho mas cómodo un tribunal como el de la Inquisicion, que hiciese callar á los que sería necesario responder, y matase á los que no se podría persuadir sino con el tiempo, la paciencia, los buenos ejemplos, sana y sabia doctrina; pero al buen pastor le es mucho mas agradable caminar agoviado con el peso de la oveja descarriada, que no perdida ésta, conducir tranquilo y sossegado las noventa y nueve restantes.»

Aquí se vé claramente retratado el carácter evangélico de Diaz, sus virtudes cristianas, su elevada caridad.

Por último concluye diciendo:

«Tengamos presente que, cuando Jesucristo dijo, «dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios,» el César romano era con respecto á la Judéa, lo que Bonaparte fué á algunas provincias de nuestra Península; y que Pilatos en Jerusalem, era un Murat en Madrid, cuando el mismo Jesucristo reconoció en aquel un poder dado de lo alto para sentenciar su causa. Y en fin, que el apóstol S. Pablo vivia bajo las leyes de un imperio pagano, cuando enseñaba á los fieles, que «el que resiste á la autoridad constituida, resiste á la voluntad de Dios.»

Tales fueron los principales períodos del *Exhorto*, que en el Templo oyeron los asombrados palmenses á su

venerable Rector.

Veamos ahora sus consecuencias.

Llegó el año de 1823, y la Constitución, rasgada por las cien mil bayonetas del Duque de Angulema, desapareció de nuestra escena política, para ser reemplazada por la cólera furiosa de un déspota sanguinario, y la insaciable venganza de unos cortesanos estúpidos, fanáticos é ignorantes.

En las Islas Canarias, aquella abominable reacción, que tanta sangre y tantas lágrimas costó á los verdaderos patriotas, apenas se dejó sentir, gracias al carácter bondadoso del Comandante general, que vino á gobernarlas, y á las costumbres pacíficas y conciliadoras de sus habitantes.

Pero el Clero, que hubiera tal vez olvidado á un seglar, no podía perdonar á un individuo de su mismo seno. Un clérigo liberal era entonces la mayor de las abominaciones para la Iglesia española, una piedra de escándalo para el santuario, que era necesario arrojar lejos del sitio donde su vista podía traer á la memoria el triste suceso que le daba celebridad.

Díaz, pues, fué procesado, y como no podía imputársele otro delito, que el de visionario ó soñador, se le desterró á Tenerife, donde tenía ya numerosos amigos y admiradores, y donde iba á conquistar otros nuevos con la bondad de su carácter, el respeto que inspiraba su inmerecida desgracia, y el atractivo irresistible que ejercía con sus virtudes.

Once años duró su destierro, (1) durante los cuales se

(1) En Noviembre de 1829 le permitieron pasar á la Palma á restablecer su quebrantada salud, con cuyo motivo permaneció allí seis meses.

ocupó en visitar las principales poblaciones de Tenerife, dejando por doquiera huellas de su talento, ya en el púlpito con sus sermones, impregnados de caridad evangélica, ya en las paredes de los templos, con sus hermosos cortinajes al óleo, que pintaba tan admirablemente, que en varias ocasiones llegaron á equivocarlos con los verdaderos.

Al fin, en octubre de 1835, cuando el partido apostólico, abandonó para siempre el régio alcázar, se levantó á Diaz la injusta interdiccion, que le tenia alejado de su Iglesia, y volvió al seno de una familia, y á los brazos de un pueblo que tanto le amaba.

Desde entonces su vida fué un continuo sacrificio en aras de su patria y de su Templo querido. Sin descanso, construye en la capilla mayor un nuevo altar; encarga al célebre Esquivel un cuadro de la transfiguracion del Señor, para ser colocado en aquel sagrado sitio; el escultor canario Esteves, modela el retablo de orden corintio que allí se ha de elevar; y las paredes de aquella misma Capilla ven aparecer como por encanto, bajo el pincel del perseguido sacerdote, un nuevo cortinaje, mas espléndido y brillante, que cuantos han salido de sus manos.

No se detiene aquí su incansable laboriosidad, sino que, abrazando en sus estudios todas las bellas artes, logra organizar una pequeña orquesta que el mismo dirige; y compone varias obras musicales, entre las que, es digna de notarse, el *Miserere*, que ya cargado de años, brota de su inspirada mente.

Así pues, humilde, caritativo é indulgente, como buen cristiano; instruido, elocuente y modesto, como verdadero

sabio; dotado de todas las virtudes evangélicas, músico y pintor, escultor y arquitecto, Díaz es uno de esos hombres múltiples, que á veces se complace en crear la Providencia, como una manifestacion palpable de su infinita bondad hácia el hombre.

Después de su regreso á la Palma, sus viles detractores enmudecieron, y puede casi asegurarse, que desde entonces disfrutó sin interrupcion de una existencia dulce, tranquila y uniforme, como si Dios le hubiera querido anticipar en la tierra la recompensa debida á sus virtudes.

De esta manera venerado y querido de todos, Díaz llegó á los ochenta y nueve años, sin conocer los achaques y enfermedades, que son casi siempre patrimonio de los que alcanzan una edad tan avanzada.

Reproduzcamos ahora las circunstancias de su muerte, que fueron sin duda las del justo de que nos hablan las Escrituras.

Celebrábase en la Iglesia del Salvador la Semana santa, con toda la pompa y magestad que, en semejante aniversario se complacia en prodigar su venerable Rector. Corria el año de 1863.

En el santo entierro del viernes su voz se dejó oír por la última vez, recordando aun con emocion profunda, los que tuvieron la dicha de oír su sencilla y patética exortacion, aquellas palabras con que se despidió de sus hijos, al sentir que sus fuerzas principiaban á abandonarle; «*Señores, no puedo mas.*»

Sin embargo, el sábado cantó la misa de Aleluya, y presidió á todas las ceremonias con que la Iglesia solemniza ese santo dia. Al siguiente, 5 de abril, primero de

Pascua, antes que amaneciera, y á la débil claridad de la luna, que alumbraba las solitarias calles de la capital de la Palma, el incansable anciano vuelve solo al Templo, para celebrar la misa que recuerda la resurrección del Cristo.

Al poner el pié en el primer peldaño de la escalinata exterior, su planta ya insegura, vacila, tropieza, y le hace caer sobre la dura piedra, produciéndole una herida mortal sobre la ceja derecha, que le deja en el acto privado de conocimiento.

Desde allí es trasladado á su casa, recibe la Extrema-
Uncion, y privado siempre, espira, antes de las diez de la mañana.

El pueblo palmés, profundamente afectado, corría entretanto á la modesta morada de su Rector, y oía con doloroso recojimiento la triste nueva de su muerte.

Los mas favorecidos penetraban en el salón, donde se le habia depositado, y allí contemplaban las facciones del que habia sido la honra de su patria, y era ya la gloria del Archipiélago.

Una circunstancia estraña hacia mas conmovedora la presencia del cadáver, y era que, junto á él, se agrupaban las Santas imágenes de la Semana Santa, las cuales como de costumbre, estaban allí depositadas, y parecían velar su sueño eterno, para conducirle luego en sus brazos al cielo. (1)

(1) En la biografía antes citada se consigna este recuerdo que no debemos omitir:

—«Cuatro dias antes, en el mismo aposento en que yacía sin vida el anciano sacerdote, habia bendecido el crucifijo, á cuya escultura habia dedicado los postreros esfuerzos de su genio. Aun nos parece verle sentado frente á la sagrada efigie, la noche en que ésta debía ser conducida á la capilla de la Vera Cruz, contemplándola en medio de un profundo

En la tarde del lunes, segundo día de Pascua, tuvo lugar el entierro, al que concurrió en masa no solo la población de Santa Cruz, sino la de los pueblos inmediatos. Precedía la procesion fúnebre una banda de música. De las ventanas y balcones caían sin interrupción flores y coronas, y la multitud silenciosa seguía el féretro, con lágrimas en los ojos y palabras de envidiable elogio en los labios.

Era la apoteosis del genio y de la virtud. En el cementerio varios hijos del pueblo habían abierto por sí mismos la fosa, no queriendo que manos mercenarias le prestasen este último obsequio.

El espíritu de Díaz debió quedar complacido de tan entusiasta ovación.

Espectáculos como el que ofrece la vida de este modesto sacerdote, llenan el alma de santo consuelo, y alientan al hombre justo en el camino de la vida. Cualquiera que sea el estado que á la Providencia plazca señalarnos, habiendo fe, constancia y amor al trabajo, podemos llegar, como Díaz, á ocupar un puesto digno en la Sociedad.

¡Dichosos los que imitando su ejemplo, é inspirándose en los actos que forman el conjunto de su noble y virtuosa existencia, puedan llegar al término de su vida, y entregar su alma á Dios, seguros de dejar una dulce memoria en la tierra, y de haber conquistado una corona en el cielo!

silencio, que solo interrumpía el chasquido de los cirios que la alumbraban. Ignoramos si aquella contemplación era el entusiasmo del artista ó la piedad del sacerdote. Tal vez ambas cosas.» —Pág. 50.

DON PEDRO AGUSTIN DEL CASTILLO.

DON PEDRO AGUSTIN DEL CASTILLO.

El siglo XVIII no fué para las Islas Canarias tan fecundo en trabajos históricos y literarios como su predecesor.

La notable decadencia que desde principios de aquel siglo se advirtió en la madre patria, respecto al cultivo de las Ciencias y las Artes, la torcida y lamentable direccion que se dió á los estudios en las aulas y en las Universidades, y el mal gusto que cundió rápidamente, entre los pocos que aun se dedicaban á la literatura, alcanzó tambien al pobre y atrasado Archipiélago, llevando el desaliento al corazon de aquellos, que tal vez en mejores circunstancias hubieran podido dar algunos dias de gloria á su país.

Así es que, en vano buscaríamos en ese siglo aquella multitud de memorias históricas, que hizo célebres los

nombres de los Sosas, Nuñez de la Peña, Anchieta, y Cubas; ni menos aquellos poemas, orgullo de las Canarias, que han inmortalizado á los Vianas y Cairascos.

Durante los dos primeros tercios de ese mismo siglo, apenas registra la historia del Archipiélago alguna obra, que venga á recordarnos lo que habíamos sido y lo que éramos entonces.

En medio de tan penosa esterilidad, vemos con placer aparecer un hombre que, casi solo en la Provincia, sostiene en las armas, en las artes y en las ciencias el buen nombre canario, y lega á su patria un monumento digno de su laboriosa vida.

Este hombre fué don Pedro Agustín del Castillo, nacido en Las Palmas el 28 de abril de 1669, como si hubiera querido pasar sus primeros años á la sombra de ese otro siglo, honor de las musas españolas, y echar en él sus primeras y mas fuertes raíces, aunque los frutos de su noble inteligencia brotáran luego en el siguiente.

Fueron sus padres don Agustín del Castillo y doña Teresa Bernarda Messia, que ocupaban en las Islas uno de los mas distinguidos puestos sociales, tanto por sus bienes de fortuna, como por su nobleza y virtudes.

Desde su infancia parecía el niño predestinado á alguna cosa notable, por la circunstancia especial de haber escapado milagrosamente de un peligro, que si no estuviera perfectamente comprobado por auténticas relaciones, podría pasar como cuento inverosímil.

Es el caso que, cuando apenas contaba de 10 á 12 años de edad, se divertía D. Pedro una tarde en volar una cometa de grandes dimensiones en la casa solariega

de sus padres, que es la que hoy ocupa la esquina de la plazuela del Espíritu-Santo de Las Palmas, junto á la fuente del mismo nombre; y como advirtiera que la cometa tomaba mas altura y el viento arreciaba, aprovechando un momento de distraccion de su ayo, se subió al pretil de la azotea; llevando atado á la cintura el cordel, que servia para sostenerla. Entonces una ráfaga de viento, impulsando con fuerza irresistible el juguete de papel, arrebató de la azotea al niño, y vuela con él por la plaza, en medio del asombro de las personas, que casualmente eran testigos del hecho.

Cuando todos creian que iba á ser estrellado contra las paredes de las casas, el mismo peso de su cuerpo hizo descender lentamente la cometa, y le depositó sano y salvo en el piso de la calle.

Como es de suponer, su familia y el pueblo atribuyeron su salvacion á la intervencion necesaria de algun santo, siendo el elegido para este milagro S. Pedro Mártir, cuyo convento habian reedificado sus antecesores, y del cual luego fué el mismo su patrono. (1)

Su educacion llegó á ser tan esmerada, como era de esperar del cariño y buen juicio de sus padres, y de las disposiciones extraordinarias que el jóven manifestaba para toda clase de estudios.

(1) D. Rodrigo de Leon y doña Eusana del Castillo progenitores del don Pedro, que habian casado en 27 de abril de 1597, tuvieron por tres noches consecutivas una vision en sueños, en la que Santo Domingo y San Pedro Mártir, les anunciaron que era preciso les fabricasen su convento, quemado por los Holandeses en la invasion de 1599. El Prior del mismo convento tuvo la propia vision á la misma hora, y en las mismas noches. Es lo cierto que el convento se reedificó tal como hoy lo vemos.

A los 23 años casó con doña Gerónima del Castillo Cabeza de Vaca, de quien tuvo numerosa prole (1). En 30 de octubre de 1700 se recibió de alferrez mayor de la Ciudad y su Regimiento, oficio que estaba vinculado en su familia; y en 12 de Febrero de 1701 se le nombró Corregidor de la Isla, por acuerdo de la Audiencia, facultada para ello por orden del Consejo supremo de 2 de octubre de 1700.

Desempeñando estos empleos, y otros tan honoríficos como éstos, fué como tuvo ocasion de prestar á su país tantos y tan útiles servicios. Numerosos serian los legajos que ocuparian los informes, consultas y dictámenes, que por escrito evacuó durante su carrera política, si se tratara de coleccionarlos. Recto criterio, locucion fácil, y acendrado patriotismo, son las tres cualidades que principalmente sobresalen en todos sus informes.

Empero, no se limitó á esto su laboriosa actividad, sino que se consagró con especial cuidado, á sostener y aumentar las defensas de la Ciudad de Las Palmas, defensas que en aquel tiempo se creian absolutamente necesarias, para rechazar á los numerosos enemigos de la España, llevando su patriotismo hasta el extremo de levantar una

(1.) Celebraron su casamiento el 8 de diciembre de 1692, y fueron sus hijos:

Doña Ana, que nació en 9 de Setiembre de 1699, y casó en 26 de julio de 1733 con el Regente de esta Audiencia D. Juan de la Cueva.

Doña Teresa, Doña Elena de las Nieves y Doña Luisa, que entraron en clausura.

D. José, que fué Canónigo y dignidad de Prior.

Doña Leonor, que murió soltera.

Don Francisco, Prior del convento de Santo Domingo, y D. Fernando Bruno, que nació en 9 de octubre de 1714, y heredó todos los mayorazgos de la casa, de quien descienden hoy en linea recta los Sres. Condes de la Vega Grande.

nueva batería en la cordillera de Guanarteme, que domina los Arcuales de Santa Catalina, á la que dió el nombre de S. Felipe.

El sínodo que celebró en Las Palmas el Illmo. Sr. Obispo D. Pedro Mannel Dávila, (1) le dió tambien ocasion de manifestar su celo por el bien público, contribuyendo con su influencia y su ilustrada cooperacion, al buen resultado de aquella docta asamblea. (2)

Notable era su habilidad como pintor, habiéndonos dejado muestras de ello en varios cuadros y miniaturas, que por sí mismo ejecutó con acertada maestria. Como prueba de nuestro aserto, citaremos el lienzo que ocupaba el altar mayor de la Iglesia y convento de S. Pedro Mártir de Las Palmas, que pintó y regaló á su patrono en señal de afectuosa veneracion. (3)

Sin embargo, la obra que ha inmortalizado su nombre, y que le ha colocado entre los hijos mas célebres del archipiélago afortunado, es sin duda su historia de las Canarias, que fué la ocupacion constante de su vida, y para cuya redaccion estuvo cuarenta años reuniendo datos y materiales, que la ilustrasen y enriquecieran.

Concluyóla en 1738, cuando ya contaba 69 años, y la dedicó á Fernando VI, entonces Príncipe de Asturias, como se vé en la dedicatoria que encabeza el libro.

Lleva por titulo esta apreciable obra, una de las mas completas y auténticas que conocemos respecto de la Gran-
Canaria, Descripcion histórica y geográfica de las

(1.) Dió principio el 28 de agosto de 1735.

(2.) Romero. Apuntes genealógicos.

(3.) El original de este cuadro, creemos que se halla en poder de los Sres. Condes de la Vega Grande.

Islas de Canaria. Su autor la divide en tres libros, de los cuales el primero contiene, despues de algunas noticias topográficas sobre el archipiélago, la relacion cronológica de los sucesos, que desde tiempos remotos, hasta la llegada de Juan Rejon, tuvieron allí lugar; en el segundo nos refiere la conquista de Canaria, Palma y Tenerife; y en el tercero nos hace una descripcion geográfica de las siete islas, que completa con algunos curiosos datos biográficos y estadísticos. Concluye la obra con una disertacion ó discurso sobre las apariciones de la Isla de S. Borondon, en la que se inclina á la opinion de los que, en aquel tiempo, creian aun en su existencia.

El estilo de la obra, en general, es sencillo, si bien á veces emplea locuciones propias de la triste época en que escribía.

Para que se juzgue hasta donde llega el delirio de los literatos de entonces, véase como muestra, lo que dice D. Diego Álvarez de Silva, prebendado de la Catedral de Canarias, en las primeras líneas de un pomposo elogio, dirigido al autor, que precede al prólogo.

«Cuando para inmensa deuda buscaba satisfaccion un cuidado, siendo diligente exactor el afecto: cuando por no hallar decente alhaja para la recompensa en todo el erario de mi posibilidad, recurría al inagotable de mi gratitud, único modo de satisfacer, cuando es de tan soberana esfera el favor; cuando desesperanzadas de ejecuciones mis fuerzas, me contentaba á mis solas con litigarle mayorias mi afecto, al grande que en V. conozco, me previene V. con un favor tan esquisito, que por serlo no alcanzó en sus imaginarios espacios la fantasia á soñarlo.»

Véase, pues, por esta cita, hasta donde llegaba entonces la perversion del language, y los resabios del culturanismo, aun en estas apartadas islas, y cuan difícil era á un escritor estudioso y de sanas ideas, librarse de un contagio tan general y bien recibido. Justo es decir, sin embargo, que la obra de Castillo, no contiene párrafo alguno, que ni remotamente pueda compararse á la estravagante disertacion ó elogio de su admirador Silva, lo que constituye uno de sus mayores méritos.

El amor á la patria, dice en su prólogo, le impulsó á escribir su obra; pensamiento laudable que debemos agradecerle, porque pocos hombres en aquella época podian encontrarse en la Provincia, mas favorablemente colocados para escribir esas memorias.

Cuantos tesoros encerraban los archivos públicos y particulares, cuantas obras se habian escrito, impresas y manuscritas, sobre el archipiélago, todo pudo recojerlo con facilidad, comentarlo y elegirlo con arreglo á su buen criterio, para ofrecerlo luego en su curiosa obra al estudio de la posteridad.

Cítase en ella á Bontier y Leverrier, y se refiere la venida de Bethencourt, con la exactitud que debia esperarse de quien habia leído aquella crónica, desconocida á nuestros historiadores del siglo anterior. Tambien vemos citado á Pedro Gomez Escudero y á Antonio Sedeño, dos cronistas contemporáneos de Juan Rejon, y que vinieron con él á la conquista de estas Islas, cuyos manuscritos, que creíamos perdidos, hemos tenido el placer de encontrar posteriormente.

Las informaciones custodiadas en los archivos nota-

riales, ofrecieron tambien á Castillo numerosos documentos para sus memorias.

Muchas son las que cita, y de las cuales poseia copias autorizadas, de tanto mayor precio hoy, cuanto que los originales, destruidos por las injurias del tiempo, y el abandono de las autoridades encargadas de su custodia, son ilegibles ó han desaparecido por completo.

Acogiendo con patriótico cariño todas las tradiciones del pais, nos refiere las hazañas de Bentaguiya y Doramas, la huida, casamiento y bautismo de doña Luisa de Bethencourt, la sentida muerte de Guillen Peraza y los versos, producto anónimo de un ingenio del pais, que se escribieron con motivo de tan infausto suceso, y que merecen ser conservados y repetidos de edad en edad, por la gracia y sentimiento que en ellos se revela.

Dicen así:

Llorad las Damas
Si Dios os vala;
Guillen Peraza .
Quedó en la Palma,
La flor marchita
De la su cara.
Ah, no eres Palma,
Que eres retama,
Cipres tu eres
De triste rama,
Eres desdicha,
Desdicha mala.
Tus campos rompan,
Tristes volcanes;

Placeres no hayas,
Sino pesares,
Tus flores cubran
Los arenales.
¡Guillen Peraza!
¡Guillen Peraza!
¿Dó está tu escudo,
Dó está tu lanza?...
Todo lo acaba
La mala andanza.

Creemos dignas de figurar estas endechas, entre las mejores que en aquella época produjo el Parnaso español.

Para escribir sus memorias no dejó Castillo de recorrer las Islas, especialmente aquella que era su patria, y á la que consagró sus mejores páginas.

En prueba de ello, véase como nos describe uno de los monumentos mas curiosos, que los antiguos canarios nos han legado, y que quiso ver por sí mismo para reseñarlo luego.

«En cierta ocasion (1) que yo pasé en la jurisdiccion de Guía, adonde llamaban la Dehesa, unos dos hombres de los primeros de aquel lugar, que me acompañaban, me dijeron si queria ver uno de los cenobios ó conventos de estos antiguos, que está en un alto y rápido sitio, sobre el barranco que llaman de Valeron. Guiáronme á él los dos hidalgos, y entré con bastante peligro, y confieso de mí haber causado admiracion, ver la fábrica que en un risco se hizo sin herramientas templadas, porque no las conocieron los antiguos de estas Islas, sino lazeas de peder-

(1) Véase la pág 36 de su citada obra.

nales, que fijaban en unos palos como hachas ó azuelas, con que labraban tambien las maderas, y cortaban el mas grueso pino ú otro arbol. En la frente de aquella montaña, cortado como un grande arco, y dentro de él á la entrada, corria un largo cañon ó cruja, que corria hácia dentro, y de un lado y otro con grande igualdad y correspondencia, mucho número de celdas ó aposentos, unos sobre de otros con sus ventanillas, y á un lado y otro de la entrada, como dos torrejones, que se subian por dentro, con ventanas para su luz, que caian sobre la profundidad del referido barranco.»

En la descripcion de los lancees y reencuentros que los indigenas tuvieron que sostener con Rejon y Vera, si-gue nuestro historiador las auténticas memorias de Escudero, que los relata minuciosamente, con el colorido rudo pero verdadero de un soldado, hijo de aquella edad aventurera y caballeresca.

No omite en su obra, al describir sumariamente cada pueblo, numerar los hombres ilustres que ha producido, indicando el hecho, mérito ó virtud que le ha dado celebridad. Tambien se ocupa de los sucesos mas notables que han tenido lugar en las islas hasta la época en que escribe, relatando con estension los dos famoses ataques de Drake y Wander Doeze sobre las playas de Las Palmas, en cuyos hechos de armas se detiene con especial complacencia.

En fin, es su obra, y la de Marin y Cubas las mas exactas y verídicas que se conocen, sobre los sucesos que hacen relacion á la Gran-Canaria, y extrañamos que el juicioso y erudito Viera, que pudo y debió consultarlas

con frecuencia, mientras dió á luz la suya, no aprovechara los numerosos datos, que allí se le ofrecían, con caracteres tan evidentes de certeza y exactitud.

Después de haber ocupado los mejores años de su vida en servir con gloria á su país, empleó Castillo su vejez en coordinar los abundantes materiales, que durante cuarenta años había mendigado de propios y extraños, como él mismo nos dice en su obra (1), y en escribir luego su *«Descripción histórica»* que concluyó, cuando ya contaba setenta. (2) Poco mas gozó de sus laureles el noble anciano, porque falleció en Las Palmas el 3 de Mayo de 1741, á los 72 de su edad, enterrándole con gran pompa en la nave principal del convento de Santo Domingo, donde aun puede verse el epitafio que está grabado, sobre la losa que señala el lugar de su sepultura.

Mas de un siglo transcurrió, sin que el manuscrito de tan curiosa obra, abandonára el polvo de las bibliotecas, y saliera á luz, apesar del mérito y utilidad de su publicacion. Algunos pocos ejemplares corrian por la provincia, copiados por algun crudito; pero esto no era bastante á satisfacer la curiosidad de los inteligentes, cumplir con la patria, y premiar el mérito de un hombre tan eminente como Castillo. Por fin, gracias á los loables esfuerzos de la ilustrada empresa editorial, que en 1848 se formó en Santa Cruz de Tenerife, y á cuya patriótica iniciativa debemos la publicacion de muchas de nuestras mejores crónicas, se imprimió la obra en un tomo en 8.º, del

(1) Prólogo pág. XI.

(2) Prólogo pág. XIV.

cual se tiraron escasos ejemplares, que estan ya casi agotados.

Tal ha sido la suerte y vicisitudes del trabajo predilecto de nuestro insigne paisano. Mas feliz, sin embargo, que Escudero, Sedeño, Marin y otros historiadores, ha obtenido los honores de la publicacion, y hemos podido todos apreciar su patriotismo, aplicacion y buen criterio, conservando su obra, como un verdadero archivo de noticias importantes para la Provincia.

Sin embargo, otras obras, sino de tanto interés bajo el punto de vista histórico, curiosas en extremo, si las juzgamos con relacion á este Archipiélago, salieron de su pluma durante su útil y laboriosa existencia.

Fué la primera de que tenemos noticia, una *Descripcion de las Islas de Canaria* escrita en 1686, y dirigida á D. Francisco Bernardo Barona, Capitan General que era entonces de estas Islas, acompañada de planos de sus puertos, radas y principales poblaciones, levantados y delineados por el mismo autor.

Esta pequeña obra, que escribió sin duda á ruego del indicado General, la divide en quince capítulos, de los cuales, en el primero, se ocupa de la Conquista de las Islas; en el segundo, de la descripcion de la Gran-Canaria; en el tercero, del gobierno eclesiástico y catálogo de sus Obispos; en el cuarto, de la Ciudad de Las Palmas con un plano exactísimo de las calles, plazas y edificios que en ella habia en 1686, dato de grande importancia para la topografia de la antigua Capital de las Canarias; en el quinto, del gobierno político militar y judicial de la Provincia, con un catálogo de sus Gobernadores, Capitanes Generales

y Presidentes de la Real Audiencia; en el sexto, de la Ciudad de Telde y demas lugares de Canaria; y en el sétimo de sus fortalezas.

En los capitulos, desde el octavo al décimo tercio, describe las seis Islas restantes, dedicándole á cada una un capitulo; en el décimo cuarto, se ocupa del grupo de la Madera; y en el décimo quinto y último, nos presenta todos los datos que existian entonces sobre la misteriosa Isla de San Berondon, de cuya aparicion verdadera no se atrevia á dudar.

Por este tiempo levantó tambien un mapa general del Archipiélago y de la vecina Costa de Africa, que ha servido hoy de apoyo para resolver la tan debatida cuestion de Mar pequeña, lo que prueba sus buenos estudios en historia, cosmografia y dibujo.

Cómo alferéz mayor de la Isla y decano perpetuo de su Municipio, escribió unas *Prevenciones políticas y militares para la defensa de la-Gran Canaria*, que encierran curiosas noticias sobre las invasiones inglesa y flamenea, y sobre los medios de defensa de la Isla, exponiendo preceptos útiles, y prudentes consejos para el caso de nuevos ataques de parte de las naciones con que la España estaba entonces en guerra.

Tambien escribió una notable relacion en forma de diario de los festejos con que la Gran-Canaria celebró el nacimiento de Luis I, cuyo breve análisis hemos hecho ya en otra parte de esta obra. (1)

Aquella relacion refleja exactamente los usos y costumbres del siglo XVIII, y nos dá una muestra de su cultura

(1.) Véase la Introducción.

intelectual, pues nos ha conservado copia de las *Loas* y *sainetes* que entonces se representaron y cantaron en Las Palmas, letra y música de los mismos canarios. Es una relacion digna de ver la luz pública por su importancia histórica.

Entre las muchas consultas ó informes que evacuó, debemos recordar, como honrosas para su memoria, las que escribió sobre los derechos impuestos al comercio de vinos; sobre la conveniencia de que hubiese Regente en la Audiencia; sobre las circunstancias que acompañaban la aparicion de la Isla de San Borondon, dedicada al Capitán General D. Juan de Mar y Aguirre; sobre la admision de los pobres isleños de Fuerteventura, Lanzarote y Hierro en los años de esterilidad; y otras sobre el uso de la moneda, su circulacion, validez, peso, y valor en el comercio.

Pero entre estos informes es muy digno de estudio especial, el que presentó á D. Fernando Chacon, que ejercia entonces el mando Supremo de la Provincia, relativo á la necesidad y utilidad de eruar en estas Islas una Universidad Literaria, centro de estudio para los carreras de Teología, Medicina y Jurisprudencia.

En este luminoso informe nos revela D. Pedro Agustín del Castillo todo su amor á las ciencias, á la literatura y al progreso intelectual de su patria, no solo aceptando con entusiasmo el proyecto, sino indicando los recursos necesarios para realizarlo, combatiendo las objeciones, y allanando las dificultades, que la magnitud de la empresa presentaba.

En su vehemente anhelo por enaltecer á Las Palmas, y

considerando que por sus recursos y centralidad, y principalmente por ser el asiento de todos los Tribunales que entonces regian la Provincia, ofrecia esta Ciudad mayores ventajas para la instalación de aquel Establecimiento y comodidad de los Profesores y alumnos, respecto á las demas del Archipiélago, la designaba en su informe, enumerando sus ventajas.

«El haber Universidad, decia, no solo es conveniente sino necesario, porque distando de las Universidades de Sevilla, Alcalá y Salamanca, trescientas leguas de la primera y cuatrocientas de éstas, de mar y tierra, son manifiestos los peligros de robos, cautiverios y naufragios, y excesivos los costos y gastos que se causan en mantenerse en los estudios los naturales de estas Islas, que por lo que han caido sus caudales, no se podrán proseguir sino por muy pocos, quedándose en ellas ociosos, y sin educar el entendimiento, desesperados de los premios que se adquieren por las letras, y habilitan los grados que confieren las Universidades aprobadas por Cédulas Reales y Bulas Apostólicas para obtener las Dignidades eclesiásticas, oponerse á las Canongias Magistrales y Doctorales de las Catedrales, como para los oficios políticos que los piden, perdiéndose mucho número de virtuosos pobres de estas Islas, dotados por la Naturaleza de tal disposicion, que cualquiera profesion ó arte á que se apliquen, se instruyen fácilmente, como se experimenta; frutos que solo pueden conseguirse con el beneficio de fundarse Universidad, para que á poca costa y trabajo tengan los aplicados un asilo que los ampare, de lo que se podrá producir muchas utilidades á la patria, al servicio

del Rey nuestro Señor, y á la Religion.»

Y prosigue:

«Las ciencias ó Facultades que convendrá leer en sus Catedras, segun me he informado reservadamente de personas doctas y de mejor conocimiento en esta materia, son Artes, Teologia, Escolástica y Moral, Cánones, Instituta y Medicina.»

«El paraje mas acomodado á todos los que hayan de ocurrir y concurrir á estos estudios mas pródigo y abundante de todos mantenimientos, de Cielo saludable y apacible y no vicioso, ni de aquellas recreaciones que pudieran divertir y pervertir á los cursantes sus estudios, que hallo entre todos los de estas Islas, favorecido de todas estas conveniencias, sin pasiones de natural, es esta Ciudad de Canaria, como es constante á V. S., y que solo en unos años tan irregulares y fatales, como el presente y sus antecedentes, se conoce falta y padece escasez de mantenimientos, lo que es cuasi comun en las otras, y más en esa (Tenerife) que ordinariamente se mantiene de acarretos, y pasados por mar, que no sin mortificación refiero; además de ser esta Ciudad *Cabeza de esta provincia*, y estar en ella los Tribunales de la Real Audiencia, Santa Inquisicion y Cruzada, y Eclesiástico y la Santa Iglesia Catedral en que se proveen por S. M. en hijos de estas Islas 32 prebendas, que se dividen en ocho Dignidades, diez y seis Canonicatos, de los cuales tiene uno la Inquisicion, y dos están afectos á la Magistral y Doctoral; doce raciones que hacen seis Prebendas, que una tiene el Catedrático de Gramática, y ocho capellanias reales, en que se reparten dos Prebendas, cuya vista servirá de

estímulo á los cursantes, y de adelantamiento á los Profesores de Cánones la práctica de los Tribunales; y que, los que siguieren el estado eclesiástico, puedan conseguir sus pretensiones de estas Dignidades y Prebendas sin salir de aquí, informando el Señor Obispo, el Cabildo de esta Catedral y Tribunales, por los que se conocieren mas literatos y benéritos, siendo graduados de Maestros, Licenciados ó Doctores, conforme á las Reales Cédulas para ser presentados en ellas, con que se llenaria esta Santa Iglesia de hombres doctos, y todos los Beneficios y Curatos de las Parroquias de este Obispado, y correrian á Indias y otras partes con mucho aprovechamiento espiritual y de la República. Y en los concursos de oposicion á las Canongias, Magistral y Doctoral habrá mayor número de sugetos con quien hacer eleccion, sin pasarse muchos años en vacantes, como está sucediendo con la Doctoral, precisando á dos abogados de estas Islas, á repetir riesgos y costos, volviendo á España á graduarse; y tambien por lo que he visto en algunas fundaciones y estatutos de Universidad, es comun estar su visita á cargo de algunas Dignidades ó Canónigos de la Catedral ó de ministros de los referidos Tribunales, como tambien el ser sus jueces Conservadores.»

....Y ofreciéndose el reparo de la casa donde se hayan de leer las Cátedras, me parece pueden tener lugar contiguo á la Santa Iglesia, en la que se lee hoy la de Gramática, y en la que llaman de la Escuela de Cristo, que está en el Claustro de la huerta de la misma Santa Iglesia, y que se pudiera fabricar otra en este mismo sitio, cerrando el Claustro por el ángulo en que está el Osa-

rio, que por repartirse y alternar la lección de las cátedras en diferentes horas pudieran leerse sin embarazo.... Y cuando esto se dificultara por el Cabildo de esta Santa Iglesia, á que no me persuado, por lo que considero de su mayor autoridad, se pudiera suplir en el convento del Señor Santo Domingo de esta Ciudad, por hallarse en su edificio la mejor capacidad.... (1)

Este notable informe es digno de todo elogio, porque, como ya hemos dicho, revela en su autor acendrado patriotismo y amor á las letras.

La influencia que ejerció Castillo, no solo en la Gran Canaria sino en toda la Provincia, es evidente y de fácil explicación. Nacido en 18 de abril de 1669, era alférez mayor de Canaria en 11 de noviembre de 1698; regidor perpetuo y Decano de su Ayuntamiento, donde se recibió el 30 de octubre de 1700; alcaide del Castillo de la Luz en 1697, Corregidor y Capitan á guerra de la Isla en 18 de Febrero de 1701; director y constructor á su costa en 1703 de la batería de S. Felipe en el Cerro que domina los Arenales de Santa Catalina; pintor, geógrafo, anticuario, literato é historiador.

En todo acto público se encontraba siempre, y parecía su persona necesaria para dar á las funciones mayor solemnidad é importancia. En 5 de junio de 1701 proclamó y juró al Rey Felipe 5.º; en 26 de julio de 1724 á Luis 1.º; en 1735 contribuyó á realizar el célebre Sinodo del Illmo. D. Pedro Dávila y Cárdenas, y en 1738 concluía su *Descripción histórica y geográfica de las Islas de Canaria*.

(1) Obras diversas. Pág. 55 Mss.

Méritos son éstos, que harán eterna su memoria en estas Islas. Nosotros nos complacemos en reconocerlo así, dedicando este afectuoso y justo recuerdo al eminente patrio, al escritor laborioso y al infatigable investigador de nuestras Antigüedades.

DON CRISTOBAL DEL HOYO.

DON CRISTOBAL DEL HOYO Y SOTOMAYOR

MARQUES DE LA VILLA DE SAN ANDRES
Y VISCONDE DE BUEN PASO.

En la fria y tempestuosa noche del 4 de Diciembre de 1732, un curioso espectáculo tenia lugar en una de los mas apartados calabozos del Castillo de Paso Alto, principal fortaleza del entonces Lugar de Santa Cruz de Tenerife.

El célebre Marqués de S. Andres, aprisionado dentro de sus murallas, por una ruidosa causa de seducción, durante el largo período de ocho años, habia conseguido escapar de su recinto, amenazando á dos de sus centinelas con pistolas, y ganándose las otras con dinero.

En aquel momento corria por el camino de Santa Cruz á la Laguna en un buen caballo, que sus amigos le tenían dispuesto, riéndose de su aventura, y del avinagrado gesto que pondria al saberla, su inexorable carcelero el Comandante General Marqués de Valhermoso, que ya en

aquella hora revolvía cielo y tierra para conseguir de nuevo su captura.

Al llegar á la cruz de piedra, que está á la entrada de la Laguna, abandonó el Marqués su caballo, y se dirigió á una pequeña casa, donde vivía una pobre muger, *su comadre*, única persona que en aquel apurado trance le inspiraba completa confianza. Pero antes de llegar, encuentra el prófugo una ronda, y no pudiendo evitarla, se adelanta impávido, y contesta á las preguntas de ordenanza, diciendo: «que es un hombre de la Palma, que vá al Puerto en busca de pasaje, y se llama Luis Crotha.»

Dejáronle ir, torció la calle, y penetró en su escondite, donde ya su comadre le esperaba inquieta de su tardanza. Allí permaneció diez días sin abandonarle su incomparable gracejo y festivo humor, unas veces ayudando en sus guisados á la buena huéspoda, otras dirigiendo graciosos versos á una antigua amiga, á quien participó el secreto de su ignorado asilo. (1)

Al fin, ayudado siempre y nunca vendido de algunos amigos fieles y criados, llega por la noche al mar, y con-

(1) En la carta donde cuenta su evasión dice:

«Pasé diez dias mas gustosos allí que diez mil Pascuas, porque mi comadre es famosísima y afable, muger de verdad y de silencio: veinte y cinco años le sobran para buena; mas le servia una criada, á quien faltan otros veinte y cinco para mala. Teníamos, enfrente, de Dios un Cristo arrugado, y á el siniestro lado, otro de Dios Cristo bruñido... Revolvíamos mi comadre y yo las ollas allí del mundo. Hicimos lindos guisados, comimos lindos torreznos y tambien hicimos tiestos una olla, y una escudilla pedazos. Supliquéle que para un enfermo pidiera un vaso de dulce á cierta Dama, cuyos respetos vivían en mi corazon, sin pasar por ellos mas que el tiempo. Dió su piedad discreta el dulce, á que añadió una pera de buen cristiano.»

Cartas impresas pág. 79.

sigue embarcarse en un pequeño buque que hacia rumbo á la Madera, á donde llega en pocos dias dejando á todos admirados de su intrépida serenidad, en medio de tantas y tan variadas aventuras.

* Ya por aquel tiempo la fama de su nombre llenaba por completo la Provincia entera.

El Marqués era el Quevedo de las Canarias.

Habia nacido este célebre personaje en el pueblo de Tazacorte, Isla de la Palma, el 31 de Diciembre de 1677, siendo sus padres D. Gaspar del Hoyo, caballero de la órden de Calatrava, Capitan General de la Nueva Andalucia, y Marqués de la Villa de San Andrés, y D.^a Jacinta de Sotomayor. Pasó su juventud en Santa Cruz de la Palma, y allí hizo sus primeros estudios con un fraile Lector de Artes, llamado Juan de Leiva; despues pasó á Europa, y sucesivamente recorrió la Inglaterra, la Francia, la Holanda, el Portugal y la España, deteniéndose algunos años en Paris, y llevando siempre la vida ociosa, disipada y libre de la nobleza de entonces.

Viviendo todavía su padre, y llevando él, como primogénito, el título de Vizconde de Buen Paso, se le ocurrió volver á su país, lo que verificó en 1716, cuando ya contaba treinta y ocho años de edad.

Al llegar á Tenerife, donde residia una parte de su familia, tuvo la desgracia de encontrarse con su sobrina la Srta. D.^a Leonor del Hoyo, de quien se enamoró, con la ligereza propia de su carácter, y de quien fué al parecer correspondido.

En 1719, y estando ya su padre en Tenerife, fijó su residencia en el lugar de Icod, donde arregló una lujosa

casa con lacayos, librea y coche, y siguió dando culto á las Musas, de las que era y fué siempre serviente alumno.

La inclinacion á esa critica implacable y sangrienta, que nada respeta, ni en la forma ni en el fondo, le habia ocasionado ya graves disgustos con el clero, con sus amigos, y hasta con la inquisicion. El placer de decir un chiste oportuno, para lo cual poseia una gracia inimitable, le habia lanzado muchas veces en las mas funestas imprudencias.

Una carta, que desde Sta. Cruz escribió á su sobrina, y que ésta tuvo la ligereza de enseñar á D. Lucas Conejero, Obispo entonces de la Diócesis, irritó á este Prelado en tales términos, que desde entonces, tan leve causa, fué el origen de sus futuras desgracias.

La muerte de su padre, acaecida en 12 de Enero de 1722, dió la señal de aquella feroz persecucion. Su sobrina, mal aconsejada por su madre y por el ofendido Obispo, presentó querella contra él, pidiéndole su inmediato matrimonio, para borrar así el agravio que á su honra habia hecho, agravio que el Marqués siempre negó. Pero, como un litigio de esta naturaleza, habia de herir necesariamente con su publicidad el honor de ambas familias, D. Cristobal se allanó desde luego al casamiento, y comisionó persona que alcanzase la dispensa en Roma.

No era ésta, sin embargo, la solucion que deseaban sus enemigos, y especialmente el vengativo Prelado, así fué que, ayudados de las dificultades, que la escasez de dinero oponia en Roma á la obtencion de la dispensa, de las hostiles disposiciones de ambas familias, dispuestas á

creer todo lo que por uno y otro bando se dijera, no se dió por terminada la querella, y siguiéronse los autos con nuevo empeño, acumulándose cargos á los que ya constaban del proceso.

Por este tiempo el Sr. Conejero fué trasladado á la silla Arzobispal de Burgos, con lo que todos creyeron que iba á terminar tan ruidoso y desagradable asunto; pero no fué así. El iracundo Arzobispo se llevó consigo un testimonio de la sumaria (1), y presentándolo en el Consejo, obtuvo que este Supremo Tribunal informase al Rey, acompañando copia de los autos, y le dijese—«Que de ellos constaba, clara aunque prolijamente, las obligaciones de honor y conciencia, que por el Obispo se significaban, y que si bien se habia mostrado llano al cumplimiento, y supuesta obtencion de la dispensa, en las tibias diligencias de ésta, y en otras contrarias que ha insinuado, para diverso matrimonio, se contraponia...y por la gravedad de la materia, por el mérito de las personas, y por la distincion de la familia, lo ha estimado digno de la Real noticia de S. M., y es de parecer se le dé orden al Capitan General, para que le ponga en un castillo seguro, le embargue los bienes, y le fulmine causa en el asunto; y que cumpliese con traer la dispensacion.»

(1) Dica el Marqués en una de sus célebres cartas.

«Su Ilma. llevó consigo un testimonio de la Sumaria, que no era testimonio de verdad, sino testimonio, con el cual en Madrid se declaró acérrimo enemigo, mas de mi sobrina que mio. Conociólo, pero tarde; su Ilma. arrepintióse, mas no restituyó los daños, ni tanta honra; testigo es de esto don José Martin su Capellan en Burgos, á quien [suplicándole que prosiguiera su favor, le respondió,—dójame que he hecho lo que no debía hacer.»

Cartas pág. 59.

El Rey se conformó en parte con la consulta del Consejo, y espidió un decreto con fecha 5 de febrero de 1725, mandando al General de estas Islas prendiese al Marques, y le embargase sus bienes, previniéndole que en el término de ocho meses obtuviera la deseada dispensa.

El perseguido reo se presentó espontáneamente al General, se constituyó por si mismo en prision, y esperó tranquilo el resultado de la causa.

Conseguido el intento, que era hacerle perder su fortuna y libertad, la querella durmió largos años, sin que nadie se acordara del abandonado prisionero, excepto su carcelero Valhermoso, exasperado por algunas punzantes sátiras, que de vez en cuando se entretenía en escribir y dirigirle, y por algunos amigos, que apesar de su desgracia, habia encontrado siempre fieles. En cuanto á su sobrina, si hemos de creer lo que el mismo Marques nos dice en sus célebres cartas, impresas luego, proscriptas despues, condenadas y destruidas por el Santo Oficio, como sus demas obras, y de las cuales sin embargo tenemos la dicha de poseer un ejemplar, su sobrina, repetimos, se divertía en saraos, juegos de toros, y tertulias, procurando olvidar su travieso seductor.

Por último, y viendo éste que la broma parecia eternizarse, y que no seria imposible, que muriese dentro de los muros de Paso alto, sin que nadie volviera á ocuparse de su persona, pensó seriamente en evadirse, y auxiliado de aquellos mismos amigos, consiguió, como hemos visto, salvarse, y llegar sano y salvo á la Madera.

Aquí principia una segunda vida para el Marqués, aunque ya contaba en aquella época, la no escasa edad

de 54 años.

Recibido con cariño por las autoridades portuguesas y personas de distincion de Funchal, adonde habia llegado tambien el ruido de sus aventuras, se detuvo alli algunos meses, dejándonos en una de sus cartas, un recuerdo de su permanencia en aquella Isla, y la descripcion mas graciosa que puede hacerse de un Pueblo.

Véanse algunos de los párrafos de la carta en que se ocupa de este suceso.

«Es la Madera, aunque Isla grande, un Pueblo solo, como Canaria y la Palma, á quien llaman Funchal, y de quien la situacion corre, como Santa Cruz, las orillas del mar por las partes del sur. Tiene cuerpo de nobleza que con ostentacion se trata; Obispo y Gobernador que sin ella viven, y tiene tambien Intendente, que son las tres cabezas de este fantasmoso Cuerpo. Tiene Catedral, dos parroquias, un Convento de San Francisco con sesenta Religiosos, un Colegio de la Compañia con diez Padres y con cinco mil pesos de renta. Van despacio, y llegan siempre, sin cansarse, gordos.....»

«En cuatro meses que en esta Isla estoy, y siendo la primavera, no he visto ningun ave, ni en el asador ni volando. Nueve vaquitas, porque aquí todo animal es diminutivo, se mataron el dia de pascua en conventos y casas particulares, por que en las carnicerías, ningun sacrificio hubo....Ni una gota de leche ví, ni la vió nadie, en toda la cuaresma, ni en los mas de los días huevos; la bula se me quedó en Tenerife, mas solo para manteca de Londres me hizo falta...Mas no es esta falta de comida la que me enflaquece mas; el hambre de mugeres es

la que me tiene puesto en la espina de Santa Lucia: por lo general son negras y son feas todas: fáltales en la blancura aquel encanto primero con que engañados, ó sin engaños los ojos, nos vamos tras de la hermosura... Pero al genio mio no es esto lo mas ni lo peor, lo que me degüella es, la porfia de querer hacerse gordas, cuando el primer afan de toda dama es martirizar los pies y la cintura para hacerse flaca. Lisonjean á Quevedo, que Sanchas las queria, nó almas en canuto... Tuve recado cortesano de las Señoras monjas claras, por que á las de la Encarnacion les aprieta el Obispo la garganta, y las capuchinas no tienen mas labios que para hablar con Dios. Fui á visitarlas, y como aquí hay tanta ociosidad como en Garachico, pasé siempre, á la luz de cortejos tantos, con semblante alegre, las sombras de tanta ociosidad: mal habias de persuadirte, que yo he frecuentado muchísimos dias estos locutorios, mas repara que Lot perdió en el desierto la castidad con que vivió en los poblados.»

«En conclusion, si algun dia te embarcares, que no te lo aconsejo, porque á Caton le pesa de haberlo hecho una vez, y á esta Ciudad arribares, salta en tierra, vé derecho á el Convento de las Claras, suplica á mi Señora D.^a Juana Teresa que cante, y á mi señora D.^a Antonia del Cielo que toque, y verás á Euterpe y Clio con manos de cristal y labios de fuego; á Anfon y Apolo con lengua de diamante y lira de oro; y en fin, dos espíritus verás malignos, con semblantes de querubin y gesto de angel; mira esto con asombro y yelo, y vuélvete luego á dormir á tu navio, sino quieres en tierra morir mártir.»

En cuatro de Junio de 1733 salió del puerto de la

Madera con rumbo á Lisboa y en los dias 10 y 11 asaltó al buque en que iba, tan deshecha tempestad, que todos se creyeron ahogados.

Veamos como nos describe con su truhanesca pluma tan seria aventura:

—«Mis criados, tres mugeres que venian, dos frailes y otros portugueses, llamaban por cuantos Santos tiene el Cielo á gritos, y esto de gritar lo tengo por boheria, porque ninguno ya en el cielo es sordo. Nadie á mi me oyó palabra, yo sí oía á todos, y notando con admiracion, que ninguno pedia perdon á Dios de sus pecados, ni se dolía de haberlos cometido, sino contratando la vida con éste, aquel y el otro santo, á promesas de aceite, y á ofrecimiento de misas, dejaban ir pasando el tiempo, sin arrepentirse de la culpa. Puedo ser que esto sea así muy bueno, pero á dos tirones no me lo hacen creer á mí, los tontos en el aceite interesados.»

Llegó por fin á Lisboa, y allí fué perfectamente recibido del Rey y de toda la Grandeza, tomando casa y lijando por entonces su residencia en aquella capital, que nos describe con su habitual gracejo.

El mismo nos refiere tambien el arreglo del interior de su casa, de cuya breve descripcion no queremos privar á nuestros lectores: dice así:

—«Alquilada, pues, mi casa, que como en Tenerife, en el pellejo se alquilan, compré mas menudencias para ella, que lleva alfileres una novia. Bajilla cabal para la sala y cocina, de aquella materia nobilísima, que escogió Dios en todo el mundo para formar á el primer hombre: tres mesas y doce sillas de Holanda, con el asiento de

otoño y lo demas primavera, y con la fortuna de que, si faltare pasto á mis caballos comerán sin repugnancia las sillas. Esteré mi cuarto, compré cama y camas para mis lacayos, para mi cochero y para mí: compré escobas.... y en fin á el costo de 1210 pesos duros, porque aquí no corren blandos, me hallé en catorce dias de Marqués armado, como perro con cohetes. Sortija de diamantes, baston con puño de oro, reló del metal mismo y otros admiñuculos de un *petit maitre* de veinte años, que yo en mi mismo extraño y desconozco..... El ama que me almidona y me cocina, tiene cuarenta años, pero tiene una sobrina, agüero es, con veinte abriles en el cuerpo, y veinte mil mayos en la cara.»

En ese estilo ligero, intencionado y chispeante, sigue describiéndonos sus amistades y galanteos, reflejándose en el libro su carácter con colores tan vivos, que no parece, al leer sus donosas cartas, sino que le estamos viendo y hablando.

Entre otras aventuras que de él pudiéramos referir, no queremos pasar en silencio una de las mas chistosas de las que tuvo en Lisboa, si bien con el sentimiento de no poder copiar íntegro todo el párrafo, por consideraciones que facilmente podrán comprender nuestros lectores.

—«En el domingo pasado, siendo ya las dos y media, entra un lacayo, y me dice, que una muger queria hablarme; mandéle que subiera, cuando de repente miro debajo de oscuro manto un astro resplandeciente. Ten paciencia, que ya te diré quien es. Este, pues, encanto, con mas alegre semblante que la aurora, con mas olores que

la primavera, y con lengua mas delgada que un canario, me dice:—«*Señor Marques de la Villa de San Andres y Vizconde de Buen-Paso, tenga V. S. muy buenas tardes.*»—Yo le respondi:—*Angel, Demonio, ó muger, ó todas tres naturalezas en una, puesto que tienes de ésta el traje, de aquel la tentacion, y del otro la hermosura, quien eres, que sin conocerte yo, sabes mis marcas y mis contraseñas?*—Respondiome:—*Dème un abrazo, que paisanos somos, y aunque no nos hemos visto, nos conocemos muy bien.*»—No hay cosa mas fácil, dije yo, que obedecer, cuando se manda lo mismo que se desea; y alargando al mismo tiempo el brazo, hice memoria de aquel apócrifo demonio, que en traje igual engañó á un soldado, y como él, dije, *en tal figura, seas lo que fueres, y ello en rigor, muger y diablo todo es uno.*»

«Dile mi abrazo con su golpe en las espaldas, que resonó gustoso embuste en las mejillas, y sin desunir los lazos, insté con el deseo de saber quien era. Díjome.—Pues yo soy Alejandra, hija de la fortuna infeliz, y de Canaria.—Al oir su nombre y consultando con mis noticias su cara, conocí quien era. No me escupas, que yo de hermosa la alabo, y por compasion á esta amable propiedad, hacen mas dolor las otras. Y con efecto, es verdad que los dos por abstraccion nos conocíamos. Dile otro abrazo, y vé contando por número, como cuentas de millon, porque no te bastarán los dedos de la mano y de los piés. Yo te aseguro que no le pareció mejor Elena á París ni á Pompeyo Flora, como á mi me pareció Alejandra: sino me dice quien es, sin duda que me desuella. El cuerpo

es singular, la cara como el cuerpo, como de veinte años la alegría, y como de la vida suya el desenfado.—Mojer, le dije, cuéntame por tu vida y sin mentiras tu tragedia, que en ese trage tan lucido, en tu linda cara, pocos años, Lisboa, y lo que yo me sé desde Tenerife, discurro que será tu historia una novela gustosa.—Si diré, me dice, porque hasta las cinco es la tarde nuestra.»

El resultado de esta aventura fué que la desconocida era una hija de la Gran-Canaria, llamada Alejandra, de cuya crónica escandalosa se habia ocupado mucho el Archipiélago, y que luego, por una série de novelescos lances, que ella misma nos relata, y que no nos atrevemos á reproducir, apesar de que retratan gráficamente las costumbres de aquellos tiempos, habia llegado á Lisboa, y estaba de *Doncella* en la casa de la Condesa de Soria.

Al contarle ella al Marqués la historia de su vida, que podría correr parejas con la de la Magdalena, antes de su conversión, relata un hecho, que no tenemos inconveniente en reproducir, y que ofrecemos, como una muestra de lo mucho bueno que omitimos.

—«Encontramos (habla ella) una mañana en los Remedios (Iglesia parroquial de la Laguna) entre muchos, que como al astro inmóvil giraban el polo de mi retiro, un derizonte de las Indias. Miréme como siempre, y miréle como nunca. ¡Qué elocuentes son los ojos! Mejor se explican que la lengua, mejor se entienden que los labios. Pegóse á el banco donde estaba yo arrimada, y con trémula voz me dijo, *deje V. ver una mano*: ¡Peruiera explicacion! Mas tambien brillante fué; no habia otro estilo, pero es para nosotras el mejor. Saqué la mano, y

echóme un doblon.* Dijele entonces con semblante alegre, *si es V. servido, por el mismo precio mostraré la otra.* Rióse y pidióme licencia para ir á mi casa y dila.»

Por la muestra se podrá adivinar el resto.

Vamos ahora á ofrecer á nuestros lectores la relacion del convento de monjas de Odivelas, que rellena el Marqués en una de sus cartas.

«Para encontrar, dice, quien conmigo pudiera ir á Odivelas, y que tuviera hermanas que llamar, reclamo de las demás sirenas, me costó gotas de sangre. Uno hallé no más, y con el Marqués de Tavara, Grande de España, hicimos tres Mayos, que tres mil estrellas observamos. Está Odivelas á dos leguas de esta Côte (Lisboa), en cuya mediacion cominos para divertirnos, y haecel tránsito mas corto, sin embargo de ser llano y apacible, porqué está muy adornado de Quintas vistosamente amenas y costosamente ascadas. Profesan estas señoras la Regla de San Bernardo. La que el Santo instituyó no he visto, mas la que guardan me gusta. Son por lo general de las primeras familias de esta Côte y con buenas rentas, así monacales como propias. Ocho capellanes tienen, y á el mas antiguo se le dá señoría, como excelencia á la Abadesa. Hay 643 religiosas; y se compone de 1530 mugeres el Convento, sin que la muchedumbre te asombre, porque hay señora que tiene cinco criadas. Estas compran en la Portería, para revender, aves, huevos, frutas y otras menudencias, no solo de comer, sino también de vestir, con que por los cláustros van, como por las calles, pregonando. Y pregunto: ¿En esta Pascua de crialillas juzga Vd. que no hay fritadas? Norabuena.»

«Llegaron á los ángulos del Convento las carrozas, y como desde las ventanas se vieron, estaban cuando llegamos, mas que de mugeres, de jazmines adornadas. ¿No has visto en la Primavera unos cajones que al mejor rocio del cuidado, son tan hermosos los claveles, que los ojos roban, y el olfato usurpan, segando las atenciones? Pues ni mas ni menos. Cada balcon era un jardin y cada ventana un vergel. *Nam tenho mas que vêr*, dijo un portugues curioso, llegando á la fachada del Escorial. Pues ello por ello me hubiera sucedido á mí, sino me hubiera arrebatado la curiosidad, por ver aromas con alma, y rosas con espíritu racional....»

«Entramos á un Locutorio; nada habia en él que néctar y ambrosia no fuera.... Si pudiera yo coger de tanta hermosa magilla los colores; de tanto dorado cabello las madejas; de tanta boca de ámbar las aromas; las duces de tantos ojos; y de tan lindas manos los jazmines, aunque no tuviera los cristales, y la nieve que aleve la Holanda oculta, yo me arrojará á el dibujo.... á el Cielo subió S. Pablo y decir no puede lo que vió en el Cielo.»

«Callarémos por no ser profijos sus duelos, sus visitas á varias poblaciones portuguesas, sus lances en los locutorios de monjas, á las que trata con notable libertad, y en fin, sus disertaciones sobre los milagros, y el Rey D. Sebastian, que le dán ocasion de lucir su picarezca facilidad de narracion, y la independenciá de sus ideas; y vamos á referir los lances originales que precedieron á su matrimonio.

En una de sus visitas á los conventos de monjas, á que era muy aficionado, vió una jóven de la familia de

los Condes de Prado, y trató seriamente de pedirla en matrimonio, seducido tal vez por su hermosura ó por sus riquezas. Ello es, que los parientes de la solicitada pidieron informe al embajador de España, Marqués de Capicelatro, que éste los dió favorables, que vinieron las ejecutorias de nobleza de nuestro canario, por testimonio pedidas á Madrid, y que en fin, nada se pudo oponer al enlace con relacion al rango y á los pergaminos; pero la cuestion de dinero, que ya desde entonces tenia tambien su importancia entre los nobles, vino á echar por tierra los proyectos del Marqués Vizconde: los padres de la novia exijieron treinta mil pesos de arras, y esta peticion puso de manifesto la pobreza del pretendiente, y la mala voluntad de los de Prado.

El lance no pasó adelante, y D. Cristóbal se consoló luego, proporcionándole la suerte otro enlace, menos brillante, pero mas novelesco.

Hallábase á la sazón en Lisboa, y era muy amigo suyo un noble gallego, llamado D. Benito Gabriel Lomada, Señor de la casa de Argeriz; casado con D.^a Juana Brigida Suarez de Deza de la familia de los marqueses de Vianse. Este buen Señor, á los dos años de su casamiento, y cuando ya su esposa le habia hecho padre de dos hermosas niñas, olvidándose de lo que debía á su honor y á su familia, desapareció una noche de su casa con una prima de su muger, de quien locamente se habia enamorado; y ambos, pasando la frontera, fueron á ocultar su culpable amor en las calles de Oporto. Algunos años despues, concluido el dinero y el amor, y no sabiendo ni queriendo trabajar, la infeliz y mal aconsejada jóven se

refugió á un convento, y el D. Benito trató de imitarla; yendo á llorar su culpa á un cláustro de Capuchinos; pero el hombre propone y Dios dispone; nuestro raptor gallego no tuvo valor para cumplir su penitencia, y siguió rodando de garito en garito, y de burdel en burdel, hasta que la uniformidad de sus gustos é inclinaciones hizo que se encontrase con el Marques canario, y que estrechasen sus relaciones, tal vez por la simpatía, que el comun origen de sus desgracias los habia inspirado.

Sea como fuere, es lo cierto que el D. Benito, al ver el resultado lastimoso de su amigo en la cuestion matrimonial con la Condesita de Prado, le endereza este discurso, tan original en el estilo, como en las ideas, que copiamos literalmente de una de sus mas curiosas cartas:

«Amigo, muchos dias hay, que soy atento acechador de tus hidalgos pensamientos, y aunque miraba tu engaño á la luz de tantos años de conocimiento, y que por los modales de estos Señores, era impracticable llegar á el fin de sus intentos, *satis est gentem effugisse nefundam*, nunca te dije esto ni los descos míos, porque no pensáras, que de propia utilidad nacía lo que para ti es amor, y de ellos conocimiento; mas ahora que te miro separado, y antes que con otra igual empresa te entretengas, gastes la paciencia y el tiempo, te ofrezco dos hijas, que de mi desdicha me quedaron; de diez y siete y de diez y ocho años son; no sé si bonitas ó feas las ha hecho Dios, porque hay cinco años ya que no sé de ellas, ni de mi casa sé, pues habiendo pisado siempre sambras, en todas las diligencias que hice para restituirme á ella, nos fué la infelicidad separando poco á poco,

Hasta que ahora juzgo, que ya me tendrán por muerto, pero no lo estoy aun del dominio, ni pienso que mis hijas lo estarán de mi respeto. Constanza es la mayor y heredera de mi casa, en que hay con sangre muy ilustre dos mil ducados de renta. Yo tendré gran gusto que tus hijos la representen, y fundo en ti tambien el restituirme, para ser factor tuyo en ella, por que tengo imaginado, que solo tu vencerás el desafecto de muchos, y de mi muger la entereza. Teresa es la segunda, constitúyete padre desde hoy de ella, y ponla si tu gusto fuere con su tia en el convento, ó como mejor tu acuerdo sea.»

Tal fué el curioso discurso, que el futuro suegro del Marques le dirigió, al verle decidido á tomar esposa.

Por lo que hemos dicho, se adivinará que el D. Benito Gabriel Lozada era digno amigo de nuestro héroe. Hecha la proposicion, y no cumpliendo á su hidalguia y caballerosidad despreciarla, se acordó escribir al abad de Santalla cuñado de la olvidada y ofendida D.^a Juana, para que éste diera á conocer el proyectado enlace, y anunciara la visita del novio.

Entonces se le ocurre al Marques la idea mas peregrina, que penetrar puede en el cerebro de un enamorado, idea digna en un todo de sus pasadas aventuras, y de la excentricidad de su carácter. La carta que el D. Benito habia de escribir á su cuñado, anunciándole el proyectado enlace; determina llevarla el mismo; y ocultando su designio al suegro, y cambiando de nombre; acompañado solo de un criado, natural de Tenerife, que siempre le habia servido fielmente, emprende su viaje á Galicia, decidido á conocer la novia de incógnito, antes

de darle su nombre y corazón.

No queremos privar á nuestros lectores del placer que recibirán sin duda, al leer esta aventura, contada por el mismo Marques.

No se olvide que tenia ya 56 años, y que sus futuros suegros eran mas jóvenes que él. Dice de este modo:— «Llegamos yo y mi Sancho, pues, de mis dos mulas molidos, y de mi pasión guiados, á la casa del Abad: dimos con un centauro edificio, palacio antiguo la mitad, y otra mitad gañanía. Parecióme, sin ponderacion, la casa de Naval-Carmelo; llamé, salió un criado, vestido como S. Juan, y como S. Pedro calzado; dí mi embajada, subí, y doy, lo primero, con un salón esterado, y unas sillas de materia de zapatos, esculpidas en la espalda, armas de los Reyes Godos, el arca del Testamento, y la destruccion de Troya; unos tapices de el tiempo en que los Reyes rabiaban, dibujado en ellos las batallas de Nembrot y la torre de Babel, porque en la era que se fabricaron no habia noticia de otra historia; y en fin, unos escritorios con los pies de bronce, fábrica desde los Egiptios, que los trajeron á Grecia, de allí pasaron á Roma, y Julio César trajo consigo á Galicia.... A poca conversacion con el Abad, de quien es mi mujer sobrina, y tiene otro tío Provincial, le dije: que del Sr. D. Benito su hermano, llevaba aquella carta, para entregarla en propia mano, por ser cosa de importancia. Dió el buen Abad un suspiro, y sobre la silla dos brincos, que me dejó sin sentido, y dudando si era, embajador yó del otro mundo, se santiguó con la mano izquierda, y dice: ¡Jesus me valga! ¿vivo está mi hermano?—Si señor, le dije yo, y es-

ta carta de pago lo dirá. Tomó la carta, y dice: suya es la letra. Y sin decirme nada, ni aun siquiera, esta boca es tuya, se levantó, y fué cantando una Aleluya, en despique de tantos *de profundis* como en el discurso de tres años le tenían aplicado.»

«Quedando solo, y largo rato, en aquel salon medroso, mo asomé temblando á una ventana, donde descubri por entre muchos, y muy bien vestidos de árboles, una campiña desnuda ya de mieses, aunque adornada de gordos bueyes y vacas, que parecian Provinciales, y á el instante dije.—¿Si será sobrina tambien de éstos mi muger?—Vi palomas, que cubrian el sol, gallinas y capones, que la tierra me tapaban, y en caso de tomarlos en la mano, llevarian la mano al suelo. Vi cerdos amarrados, que como culebras se movian, y otros sin amarro, que conio patos andaban; yeguas, mulas, potros y potricos respingando. Vi una muger con solo enaguas y camisa; otra, con la misma gala, hilando; hombres con monteras, muchachos en camisa, y otros sin ella.... Dije á el instante á mi camisa, porque yo no me hablo con mi sayo:—Virgen santísima, que es esto que por mi pasa! Si salgo de aquí con vida, yo te prometo ser de aquí adelante buen cristiano.»

«Salió á buen rato el Abad con una cara de pascuas, pronunciando *jalea y canelones, que pudieran beberle las razones*, y dice:—Entre V. hácia aquí, caballero, dará noticias á mi cuñada y sobrinas de la salud de mi hermano—¡Oidos que tal oyen! Marqué los piés, por no entrar con el izquierdo. Entré *sin ceremonia profana, de la sinceridad burla villana*, y al instante, ami-

go de mi vida, la sangre que á el corazon se retiró para alentarle, se fué tendiendo por las venas otra vez, dando vida á el desaliento, porque hallé, con admiracion, donde buscaba cuando mas Raquel y Lia, hermosísimas serranas, dos estrellas del cielo alegre de París, hermosamente brillantes, y sin susto de la vista, ni novedad á el oído, lisonjeras y agradables. Santiguéme con la diestra mano, porque con la siniestra se habia el Abad santiguado, y el voto que hice á Dios, ántes de miedo, lo ratifiqué agrado. Sentáronse sin cumplimientos, que hasta en esto estaban cortesanas. Pasadas las políticas primeras, autos de cajon, ó estudio de papagayos, reduje mis discursos á las damas de Lisboa, á sus tocados y modas; entraron corderitos, á el instante haciéndome mas preguntas, que ví polemas en el campo; y ya tu sabes que en diciendo, salvo tal lugar ó mejorando lo presente, puede decir lo que quisiere, el hombre mas cortésano.»

— «Después de larga conversacion me ofrecen de almorzar, y aunque mi barriga estaba como la tierra en su formacion, acepté; pero mas por satisfacer los ojos, que por henchir la voluntad. Cuando es el envite falso, la falsedad se castiga, y si con afecto es, la sinceridad expresa el agradecimiento. Salió como un palmito, otro paje, y con vestido dominguero, porque me debieron de tener por fiesta de guardar; poca ropa, mucha plata, carne de vaca fría, una moreilla caliente, quesadillas, dulce, fruta, y un vaso de leche espesa, me ponen para que almuerce, y aquí de Góngora:

Coma en dorada vajilla

El príncipe mil cuidados,

Como píldoras deraiados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una moreilla,
Que en el asador reviente
y ríase la gente.

«Llegaba el sol para todos á el zenit, y sólo para mí á el ocaso. Despedíme, preguntando á la que es ya mi muger, lo que mandaba á su padre.—Muchas memorias, me dice. Respondi yó.—Corta lineza es, señora, una memoria tan dura, para un padre, que ama tiernísimamente á V. S.—Pues mi padre, me dice, mandóme ni aun eso á mí?—Si señora, respondi yó, algo más mandó, pero mi respeto lo retiene, porque juzgando á V. S. en nias delicada edad, rosa en el boton aun, estrella, que apenas nace, ó arrehol de la mañana, lo recibí, y ya es preciso que me lo vuelva á llevar.—Llévelo V., muy enhorabuena, me respondió, pues halla inconveniente para darlo, y dígale, que me lo mande con otro.—Ninguno, señora, le respondí, venerará la encomienda como yó, ni V. S., de quien no conozca el riesgo á que se pone en traerla, la deberia recibir,—Cónsteme á mí, respondió, que es voluntad de mi padre, y sin n e indre recibiré lo que fuere, sin examinar la encomienda ni el encomendero.—»

«Mi buen Abad, á todas estas, que habia venido ya con la carta de respuesta, estaba con buen semblante, riyendo, y por esto las señoras no lloraban. Despedíme, y puesto ya de pié; le dije otra vez á la señora de mis atenciones.—Y á el Marqués de S. Andres, que me manda V. S. que le diga?—Válgame el cielo, y con que ceño afable, juntando los ojos con las mejillas, y alargando

hasta la frente las manos, me responde.—Por mí, dígame V. lo que gustare, que no conozco á ese caballero, ni penetro esa pregunta.—Es señora, dije yo, que ese caballero es muy amigo del señor su padre de V. S.; y pensaba yo, que por su respeto pudiera deber á V. S. algun agrado; pero pues V. S. me deja libertad para decirle lo que yo quisiere, diréle la buenaventura, porque yo, señora, soy gitano.—»

«Hice en fin, mi cortesía, tomé la carta, y zaféme, en gustosa confusion, solilocuando.—»

«Junté á consulta los sentidos, y hallélos conformes todos; los ojos en alegre posesion, apeteible el olfato, el oído satisfecho, las manos con inquietud, y el gusto en desesperacion. Concurrió sin riendas la voluntad, y empezó á obrar picada la razon; y para que en algun modo disculpes, esa que llamas en mí temeridad, á que satisfaceré, escucha un breve diseño de mi muger, verdadero. El cuerpo, y comienzo por aquí, porque por aquí como tu sabes me acabo, es de tamaño perfecto, ni la quisiera mayor, ni mas pequeña la quiero; con que ni menos ni mas la estimo, aunque quererla mas no puedo. Son sus ojos dos esmeraldas azules, ó sino yá dos turquesas, que en verdosas inquietudes porfia es, si están dormidos ó si maquinan despiertos; y así, ó velan ó son verdes, ó son azules ó duermen. Rojas sus megüillas son, y cuanto ahorra en platillos, me consumirá en lunares.... La frente sin engaño, es nieve las manos y la garganta... Problema entre negro y rubio es su cabello, mas como los polvos mienten, y yo no tomo jamas por los cabellos las cosas, no lo examiné muy bien, partamos la diferencia. De pla-

ta un rasgo es la boca, los labios son de coral; y fueran mejor de acero, que son yunque del descanso, mientras vive gustosa la confianza, si bien ya para la vida mia no me han de faltar corales. Los dientes, como á mi me faltan todos, es cierto que los envidio, y sin ser marfil ni perlas, son á mis ojos afables y para su gusto buenos. El semblante es algo serio, la conversacion alegre, niña en lo que duda, muger en lo que expresa, Elena en lo resuelta, y en lo constante Lucrecia.»

«El Abad, mientras que mi Sancho, á el mismo tiempo que yo, desollaba su almuerzo, le hizo dos mil interrogaciones. Preguntó quien era yo, de que parte, si era Caballero, y otras tales. Sancho, que cuando no arranca muelas con las tenazas de Judas, corta en el aire el cabello, respondió como pronóstico á todo. Pasó la curiosidad á preguntarle por el Marqués de S. Andres; aquí desbordado el Nilo, habló por sus siete bocas, siete mil mentiras Sancho, poco afan le costarian. Fuimos caminando, y la aventura riendo, hasta que á dos leguas, en las riberas del Miño nos sentamos. Sacó de su alforja Sancho, envuelto entre ropa sucia, un capon que parecia un Elefante, una lengua que se me forjó serpiente, bello pan, vino admirable y un buen retrozon de queso, con que el Abad le regaló, sintiendo el hospedaje en los Mesones... En este ameno sitio, porque es cierto que es hermoso el Miño y toda Galicia fértil, quité la nema á la carta; y hallé en ella á mi favor la sentencia; pues dándome gustosos la primera, de mucha mejor gana me habian de dar la segunda, que estaba para monja consultada y para Señora la otra.»

No continuaremos nuestras citas, porque si obedeciéramos á nuestro buen deseo, transcribiríamos toda la carta, como modelo de gracia, facilidad y donosura. Sin embargo por los párrafos copiados, se juzgará de la sencilla elegancia con que narraba nuestro poeta, y del chiste con que amenizaba sus relaciones. Parece nos leer uno de los mejores párrafos de las novelas picarescas del siglo 17, y aun les excede, á nuestro juicio, en intencion y en colorido.

Ínútil será decir á nuestros lectores, porque ya lo habrán adivinado, que el viejo y noble Marques, obtuvo sin dificultad la mano de la hija segunda de su amigo, apesar de la enorme distancia con que la edad parecia separarlos, costumbre harto seguida en aquellos dichosos tiempos por la gente noble, y cuya falta de imitacion, en los calamitosos que alcanzamos, lamentan tanto algunos.

De este matrimonio, solo nació una niña, la cual, despues de la muerte de su jóven madre, que apesar de ser marquesa vivió poco, acompañó en sus últimos años á su padre, cuando, cansado de su largo destierro volvió á Tenerife, y obtuvo, que le devolviesen sus bienes, títulos y honores. (1)

Setenta y dos años contaba á su regreso á la madre patria, y apesar de sus disgustos, de sus desengaños, y del cansancio, que tan avanzada edad produce siempre en cualquiera organizacion, no le abandonó su humor festivo, ni su inclinacion á la sátira, ya se ejercitára ésta en cosas ligeras, y de poca importancia, ya se dirigieran sus tiros á personas y asuntos, que entonces se consideraban

(1) Aporto a Santa Cruz en Diciembre de 1759.

como muy sagrados y respetables.

Habia escrito en diferentes ocasiones varias poesías serias y jocosas, entre ellas una Paráfrasis del salmo Miserere, en décimas, que es fama compuso, durante su actividad en Paso-Alto; publicó, además, unas cartas sobre sus aventuras personales, á las que puso el siguiente título.—*Cartas diferentes á diferentes assumptos, y á un assumpto mismo, recogidas por un Religioso apasionado, y sin pasión alguna; á el aire dadas, y á la buena dicha sueltas, sin que en su desdicha pretenda del Mundo ni de sus felicidades, mas felicidades que hacer chacota del Mundo.*

Otra obra compuso que lleva por título—»

«Carta del Marques de la Villa de S. Andres respondiendo á un amigo suyo lo que siente de la Corte de Madrid.» (1)

Estas obras, escritas, como ya hemos tenido ocasión de manifestar, y como habrán podido observar nuestros lectores, con una gracia picaresca, digna de la pluma de Quevedo, salpicadas de chistes de subido color, y amonizadas con cuentos, anécdotas y reflexiones poco edificantes, y con frecuencia irreverentes hacia la Iglesia, y sus ministros, les valió la honra de ser prohibidas, y de que su autor fuese llamado, ante el Tribunal de la Inquisición, á

(1) De las primeras cartas poseemos un ejemplar, tal vez el único que hoy exista impreso. No tiene año ni nombre de imprenta, y las cartas están sueltas sin correlación en las páginas. Parece mas bien una coleccion recogida al azar, que obra escrita con un premeditado obffto. Esas cartas forman una autobiografía completa del Marques. De las que escribió sobre las Costumbres de la Corte, hemos visto un ejemplar muy bien conservado en la Biblioteca provincial de la Laguna. De estas solo tenemos copia de la censura inquisitorial.

dar cuenta del estado de su conciencia, y de sus creencias en materias de fé.

No era ésta la primera vez que el Santo Oficio se había ocupado del Marqués filósofo. Allá en sus mocedades se le siguió causa, que permaneció secreta, por haber cantado una noche de Carnaval, en las calles de Santa Cruz de la Palma, con otros amigos suyos, una letanía burlesca llena de obscenidades y blasfemias. (1) El tribunal dictó contra el Marqués auto de prision, con fecha 17 de Febrero de 1700, que consultado con la Suprema, fué revocado en carta-orden de 24 de enero de 1703, y sustituido por una repension severa ante el Comisario de la Palma.

En 1726 se le formó nueva sumaria por haberse burlado en Icod de la Bula *Unigenitus*, llevar en la tapa de sus cajas de tabaco figuras obscenas; y guardar y leer libros prohibidos. Esta causa quedó suspensa por falta de pruebas.

Hallándose en 1747 en Madrid, reconciliado yá con la Côte, y perdonadas sus travesuras y evasión de Tenerife, publicó sus célebres cartas, que, aunque no se pusieron á la venta pública, fueron distribuidas entre sus amigos, que eran muchos y muy poderosos dentro y fuera del Reino.

Escandalizado el Santo Oficio con las heréticas doctrinas que en aquellas obras se predicaban, y no atreviéndose ya en aquella época á atacar de frente á un título de Castilla, ó tal vez, cediendo á otras influencias, hoy pa-

(1) Tuvo lugar este hecho en el Carnaval de de 1699, y la causa principiò en Agosto del mismo año.

ra nosotros desconocidas, pero evidentes por sus mismos resultados, le llamó secretamente, y le obligó á una retractacion, á nuestro juicio tan ridicula como ineficaz, por cuanto si pública habia sido la supuesta ofensa, pública deberia ser tambien la reparacion.

Esta acta, cuyo contenido creemos de interés para nuestros lectores, decia asi:

«En la Villa de Madrid á veinte y seis dias del mes de mayo de 1747 años; el Reverendísimo Señor Joseph Antonio Pastor, del Consejo de S. M. en el de la Santa General Inquisicion, en virtud de Comision verbal del Illmo. Señor Obispo de Teruel Inquisidor General, y Señores del enunciado Consejo, hizo comparecer en su posada del Colegio Imperial de esta Córte, siendo llamado por el infrascrito Secretario, á D. Cristóbal del Hoyo y Sotomayor Marqués de la Villa de San Andrés y Visconde de Buen Paso, natural de la Isla de Tenerife en las Islas de Canaria, de edad de sesenta años, de quien fué recibido juramento, en forma debida de derecho, só cargo del cual prometió decir verdad, y guardar secreto; y habiéndole Su Señoría hecho cargo sobre las proposiciones delatadas al Santo Oficio, contenidas en ambos libros de Cartas á diversos assumptos, respondió: que por falta de inteligencia en la Sagrada Teología, y cuestiones de la Santa Escritura, ha incurrido sin malicia alguna, en las proposiciones que disuenan al dogma, ó verdades de nuestra Santa Religion, que se hallan multiplicadas en sus dos libros, y que desde luego retracta libremente, cuanto en los dichos libros pueda servir de escándalo y ofensa. Habiéndole espresado individualmente en sus propios térmi-

nos, las proposiciones que resultan de la delacion, el referido Marqués con generosa liberalidad y sinceridad, dijo: Que está pronto á quemar por sus propias manos cuanto en sus escritos se encuentre, que vulnere las verdades de nuestra Santa Religion, igualmente dócil á la correccion caritativa del Santo Oficio en cuanto juzgare convenir á la pureza de nuestra santa fé y buenas costumbres; y fué amonestado para que en adelante no incurriese en los excesos que se han hecho evidentes, y prometió de así lo hacer, y abstenerse só cargo del juramento hecho en que se afirmó, ratificó y lo firmó. Y á mas de esta verdadera y sencilla declaracion que hago de los errores cometidos por divertir el tiempo ocioso, estoy pronto á dar á los Señores del Consejo toda la satisfaccion que me pidieren; y de pronto á tan prudente Cuerpo doy las gracias por la modestia y generoso obrar que conmigo ha usado.—Joseph Antonio Pastor.—Marqués de la Villa de San Andrés.—D. Juan de Alboitigui Secretario.» (1)

En los Edictos del Santo Oficio publicados en 1741 y 1756 se hallan prohibidas las cartas del Marqués, aunque no contento el Tribunal con esta prohibicion, y prosiguiendo en su tarea, mandó hacer un escrupuloso registro de los libros y papeles del reo, cuyo expurgo se verificó en la Palma, donde entonces se hallaba éste con su hija, por el comisario de aquella Isla D. Pedro Velez y Pinto, fecha 6 de abril de 1753; y si bien ningún manuscrito ni libro sospechoso se encontró, no por eso dejaron los Inquisidores de llamarlo á Las Palmas, apesar de las excusas

(1). Poseemos testimonio auténtico de esta acta, autorizada por Don Antonio Jaramillo, Secretario que luego fué de la Suprema.

que en su avanzada edad hallaba para eludir la orden.

Alfin, se vió obligado á obedecer, y en barco que al efecto fletó, llegó á Las Palmas á fines de Abril y prestó su primera declaracion el 3 de Mayo, que continuó en los dias 5 y 7 del mismo mes, dando en ellas todas las esplicaciones, que se le pidieron, y procurando evadir la responsabilidad de sus actos y escritos con su fingida ignorancia y sumision.

Creemos que por entonces se suspendió la causa para continuarla luego en los años siguientes, pues con fecha 20 de Octubre de 1756, el Inquisidor Fiscal Loygorri, presentaba al mismo Tribunal un virulento escrito, del cual tomamos los siguientes párrafos:

«En vista de las diligencias practicadas por el Comisario de Leod, á fin de reconocer y recoger en caso necesario unos cajones de libros que tenia el Marques de San Andrés en la casa de su Hacienda de aquel lugar, á que dió motivo la denuncia hecha por el Comisario de Garachico en carta de 21 de Junio, y las consignientes órdenes de V. S. dirigidas al de la Laguna y al de Leod, en 3 de Julio y 18 de Agosto, como mejor proceda, parezco y digo: Que como resulta de estas diligencias, y se convence por la propia confesion del dicho Marqués en sus dos cartas á V. S. con fecha de 3 y 4 de Setiembre, todo de este año, los cajones y papeles que se buscaban, eran la primera impresion integra de su obra intitulada: *Carta del Marques de la Villa de San Andres Visconde de Buen Paso respondiendo á un amigo suyo lo que siente de la Corte de Madrid, dada á luz por el M. R. P. Fr. Gonzalo Gonzalez de San Gonzalo,*

contenida en Edicto de 20 de Mayo de este año, número primero. Y para que se proceda á lo que haya lugar contra dicho Marqués, con radical conocimiento de su mala y sospechosa conducta en el atentado y operaciones de este nuevo incidente, debo hacer presente á V. S., que habiendo dado al público este autor una obra, con el título de *Cartas diferentes á diferentes asuntos*, llena de proposiciones dignas de proscribirse con la mas severa censura, se prohibió in totum por el Santo Oficio en el Edicto del año pasado de 1741 al número 16; y viendo cortado el paso á sus perniciosas doctrinas por este medio, volvió á producirlas de nuevo el año de 1747, vertiendo el veneno de sus errores en las mismas proposiciones y otras semejantes, en la segunda obra de *Carta del Marques*, arriba citada, que hoy retiene en su poder, habiendo hecho al parecer dos impresiones en Madrid, y repartido diferentes ejemplares de ella. Y aunque esta reincidencia merecia ser castigada con el mayor rigor, usando el Sr. Inquisidor Gencral y Señores del Consejo de su grande acostumbrada piedad, y mirando por el honor de su persona, censurada la obra, se sirvieron de dar comision al Ilmo. Sr. Joseph Antonio Pastor de la Compañía de Jesus y del mismo Consejo, para que le mandase comparecer en su aposento del Colegio Imperial de Madrid, y se le hiciera cargo ante un Secretario de S. A. de las proposiciones de su obra delatadas al Santo Oficio. Y habiéndose así ejecutado en 27 de Mayo de 1747, se disculpó con su ignorancia y falta de malicia, retractó sus errores con señales de un verdadero arrepentimiento, fué caritativamente corregido, amonestado y apercibido para en adelante,

y por último se le mandó recoger y entregar por sí mismo todos los libros de sus *Cartas del Marques de la Villa de San Andres*, que hubiese repartido y tuviese en su poder; y bajo esta seguridad, y por haber declarado que no existian mas ejemplares de dichos libros, que los que por entonces entregó, y alguno otro de los ya repartidos, que ofreció tambien recoger y entregar, pero callando y encubriendo los dos cajones de la primera impresion, se suspendió el poner en Edicto público la prohibicion de dicha obra, decretada por S. A. en 8 de Mayo del mismo año de 1747, sin embargo de lo cual, empezó desde luego á corresponder indignamente á tan benigna confianza, faltando á la ofrecida entrega de sus libros, y dando lugar á la seria reconvencion, que el dicho Rmo. Sr. Pastor se vió obligado á hacerle por su carta, fecha en el Colegio Imperial á 3 de Agosto del mismo año de 1747. Y acostumbrado al desprecio y desobediencia de los justos mandatos del Santo Oficio, restituido á estas Islas, lejos de cumplir con la mas pronta y efectiva entrega de dichos libros que condujo á ellas, solo trató de ocultarlos y retenerlos, de tal manera, que habiendo sido delatado á este Tribunal en el año pasado de 1751, por haber proferido y defendido diferentes proposiciones heréticas, escandalosas y temerarias, cuya sumaria se remitió á S. A., mandado comparecer en él, en virtud de la Acordada de 20 de Noviembre de 1752, en las Audiencias que se le dieron en el cuarto del Sr. Inquisidor mas antiguo, en los dias 3, 5 y 7 de Mayo de 1753, se le hizo cargo de dichas proposiciones y de las impresas en sus dos obras, de que habia hecho retractacion en Madrid, ofreciendo

entregar todos sus libros, y no lo habia ejecutado; y faltando á la religion del juramento, negó que los tenia en su poder, nó en terceramano, como asimismo lo habia negado antes al Comisario de la Palma en 6 de Abril de 1753, en la diligencia del reconocimiento y exhibicion de sus papeles, que precedió al comparendo personal.»

«Y convirtiendo tan repetidos efectos de la singular clemencia del Sto. Oficio, en otros tantos motivos de su obstinada desobediencia y desprecio, ha perseverado y persevera reacio y contumaz en retener dichas sus obras, y otros libros prohibidos, sin hacer caso del último Edicto de 20 de Mayo de este año, que al número 1.º contiene lo pública prohibicion del intitulado *Carta del Marques de la Villa de San Andres*, de que él tenia en su Hacienda los dos referidos dos cajones con la primera impresion íntegra.»

«Y para poner colmo á su porfiada inobediencia y contumacia, requerido en 1.º de Setiembre próximo pasado de orden de este Tribunal por el Comisario de la Laguna, para la entrega de las llaves de la Casa de la dicha Hacienda, se escusó con frivolos pretextos, y no quiso entregar las que debian parar en su poder, y en el día, de su hija, con el ánimo premeditado de frustrar las órdenes del Santo Oficio, y prevenir la ejecucion de los Ministros, como en efecto lo consiguió, habiendo despachado inmediatamente al requerimiento á toda diligencia á un criado de su mayor confianza, el cual, venciendo diez leguas de camino, que dista de la Ciudad de la Laguna la Hacienda de Leod, se apareció en ella, al parecer, la noche del mismo día, para cumplir clandestinamente con las

órdenes que llevaba de su amo, sin duda para remover á otro destino mas oculto los cajones de los libros, lo que ciertamente ejecutó, segun hay toda razon de creerlo....»

El Fiscal concluye su escrito, pidiendo la prision del Marques y el embargo de sus bienes, á lo cual accedió el Tribunal, consultándolo antes con la Suprema. A este auto contestó el Consejo en 2 de Marzo de 1757, mandando se hiciera comparecer al reo, señalándole por cárcel un Convento, hasta que recayese sentencia definitiva, y accediendo al embargo solicitado.

Despues de evacuar muchas diligencias, y recibir numerosas declaraciones, el Santo oficio dictó auto con fecha 18 de Agosto de 1759, mandando constituir en prision al Marques en la forma que le autorizaba el Consejo.

Llegado el reo á Las Palmas, y recluso en el Convento de P. P. Agustinos con todas las atenciones debidas á su ilustracion, á su nobleza y á su avanzada edad, prestó su primera declaracion en 5 de Octubre de 1759, y pasada la causa al fiscal, evacuó el traslado Don José Hidalgo y Sigala, abogado que desempeñaba interinamente aquel cargo, formulando la acusacion, que condensó en treinta y nueve capitulos, leidos luego en presencia del reo, como era uso y costumbre del Santo Oficio.

Estos capitulos reasumen todas las heregias, proposiciones y notas, que durante tan largo proceso se habian reunido por la incansable actividad de los Inquisidores, interesados en hacer ver á los tibios católicos isleños, que todavia el poder inquisitorial alcanzaba á las cabezas más elevadas de la Provincia.

Examinemos cuales eran los principales cargos en que

se fundaba la Sumaria.

Para ello el Fiscal copiaba varios párrafos de sus cartas, y entre otros los siguientes:

«Mucho miedo tiene aun escobarate del Tribunal de la Inquisicion.... puedes asegurarte, que yo no le tengo alguno, porque muy antes que hubiera Inquisicion, eran muy católicos, muy caballeros y muy hijos de la iglesia mis abuelos.» (1)

«Si alguna Capilla tonta, que son muchas, ó algun ignorante cuello, que no son pocos, pues se toma el estado por oficio, supiere de mí estas cuentas, encogiendo los hombros y soplando los carrillos con ademan de misionero, se dirá, que bien se deja conocer que estuve en Inglaterra.» (2)

En otro capítulo transcribia el Fiscal con horror las siguientes palabras que dijo el Marqués en el puerto de Santa Cruz.—«Hacer novenarios y sacar los santos en procesion es embuste de clérigos y frailes, solo por su interés, y á fin de coger dinero... Si yo fuera Rey, habia de mandar ahorcarlos á todos.»

Mas adelante sigue copiando diferentes párrafos, tan atrevidos como los anteriores, entre los cuales ofrecemos á nuestros lectores los siguientes:

«Si alguna persona se encomienda á algun Santo, con el fin de conseguir por su intercesion salud de algun accidente, por ejemplo, del rompimiento de alguna pierna, y lo consigue, atribuyéndolo á milagro del Santo, no es asi, porque el Santo no se mete en eso, que el sanar es por-

(1) Carta sobre las costumbres de la Corte pág. 341.

(2) Id. pág. 227.

que el sujeto es de naturaleza robusta y buena complexion.»

Hablando de una reliquia de San Gerónimo que está en la Isla de la Palma, Parroquia de San Miguel de Tazacorte, dice:—«¿Quien á San Gerónimo, que murió en Palestina, sin tormento, le quebró las piernas, para repartirlas en pedazos?» (1)

El Fiscal, justamente indignado de encontrarse con un hombre de tamaña osadía, finaliza su alegato pidiendo al Tribunal declare al Marqués, *Hereje, apóstata, fautor y encubridor de otros, perjuró, falso y negativo*, y para probar su tesis, además de los cargos formulados en su escrito, dice en un Otrosí.—«En caso necesario, y sin perjuicio de mis probanzas, se ha de servir V. S. mandar poner este reo á cuestion de *tormento*, que se le repita, hasta que confiese enteramente la verdad y sus cómplices.»

Cuando esto se solicitaba tenia el Marques ochenta y dos años de edad.

Felizmente no tuvo lugar semejante abominacion, y el reo, despues de dar sus descargos, en los que brillaban mas la sutileza y el ingenio, que una verdad, demasiada peligrosa en aquellos momentos, obtuvo una sentencia, que por su lenidad nos prueba la escasa importancia que el mismo Clero atribuia al resorte inquisitorial, desacreditado yá por los que mas interés tenían en apoyarlo.

La sentencia, consultada antes con la Suprema, estaba redactada de este modo:

«Visto por Nos los inquisidores contra la herética pravedad y apostasia en esta Ciudad y Obispado de Canaria

(1) Carta sobre las costumbres de la Corte pág. 297.

por Autoridad Apostólica y Ordinaria, un proceso de pleito criminal, que ante Nos ha pendido y pende entre partes, de la una el Promotor Fiscal de este Santo Oficio, actor acusante, y de la otra, Reo Dependiente, D. Cristobal del Hoyo Sotomayor, Marqués de la Villa de San Andres y Vizconde de Buen Paso, natural de la Isla de la Palma, vecino de la de Tenerife, que presente está, par delitos de proposiciones heréticas y escandalosas, *Christi nomine invocato*, fallamos, atentos los autos y méritos de dicho proceso, que por la culpa que de él resulta contra el nominado D. Cristobal del Hoyo Sotomayor, si el rigor del derecho hubiéramos de seguir, le pudiéramos condenar en grandes y graves penas; mas, queriéndolas moderar con equidad, y misericordia, por algunas causas y justos respetos que á ello nos mueven, en pena y penitencia de lo por él fecho, dicho y cometido; le debemos mandar y mandamos reprehender, y que sea gravemente reprehendido, advertido y conminado, por lo que ha sido testificado y acusado, en la sala de la Audiencia de este Santo Oficio, donde le sea leída á *puerta cerrada*, presentes los Ministros del Secreto, esta nuestra sentencia sin méritos, abjure de levi, y sea absuelto ad cautelam. Que por penitencias medicinales haga por espacio de un mes ejercicios espirituales y confesion general en el Convento de su reclusion, bajo la direccion del P. Regente Fr. Nicolás de Francia, que rece alternativamente el Oficio de Nuestra Señora, la Letania mayor de los Santos, y un Nocturno de Difuntos por tres meses, oyendo en ellos diariamente misa. Que sea privado, como le privamos *perpetuamente* de escribir é imprimir libro ó tratado alguno, de leer libros prohibidos,

y de disputar sobre asuntos de Religión. Y le amonestamos y mandamos que lea libros espirituales, especialmente el Símbolo de la Fé de Fr. Luis de Granada con apercibimiento, que haciendo lo contrario, será castigado con todo rigor, y no se usará de la misericordia que al presente. Y por esta nuestra sentencia definitivamente juzgando, así lo pronunciamos y mandamos en estos escritos y por ellos.—Licenciado D. Joseph Domingo Martinez de Hermosa.»

«Dada y pronunciada fué esta sentencia por el Sr. Inquisidor que en ella firmó su nombre, estando en la audiencia del dicho Santo Oficio, presente el dicho Don Cristobal del Hoyo Sotomayor, Marqués de la Villa de San Andres y Vizconde de Buen Paso, y Don Dionísio Treviño y Frias, Ayudante del Secreto, y Don Antonio Suarez, Alcaide de cárceles secretas de este dicho Santo Oficio, hoy jueves 25 de Junio de 1761.—D. Fernando Perez, secretario.»

Ahora, para que nuestros lectores acaben de conocer los principales documentos de este célebre proceso, vamos á transcribir la abjuracion, que á continuacion de la lectura de la sentencia prestó y firmó el Marques, ante el mismo Tribunal.

Dice de este modo:

«Yó Don Cristobal del Hoyo Sotomayor, Marqués de la Villa de San Andrés y Vizconde de Buen Paso, natural de la Isla de la Palma y vecino de la de Tenerife, que aquí estoy presente, ante V. S., como Inquisidor que es contra la herética pravedad y apostasia en estas islas, y Obispado de Canaria, por autoridad apostólica y Ordina-

ria; puesta ante mí, esta señal de la cruz y los Sacrosantos Evangelios, que con mis manos espiritualmente toco, reconociendo la verdadera católica fé, abjuro, detesto y y anatematizo toda especie de heregia que se levante contra la Santa Fé católica, ley Evangélica de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo, y contra la Santa Sede Apostólica y Iglesia Romana, especialmente aquella en que yó ante V. S. he sido acusado, y estoy levemente sospechoso, y juro y prometo de tener y guardar siempre aquella santa fe, que tiene, guarda y enseña la Santa Madre Iglesia, y que seré siempre obediente á N. S. el Papa Clemente XIII, y á sus sucesores, que canónicamente sucedieren en la Santa Silla Apostólica y á sus determinaciones. Y confieso que todos aquellos, que contra esta santa fé católica vinieren, son dignos de condenacion; y prometo de nunca me juntar con ellos, y que en cuanto en mí fuere, los perseguiré; y las heregias que de ellos supiere, las revelaré y notificaré á cualquier Señor Inquisidor de la herética pravedad, y Prelado de la Santa madre Iglesia, donde quier que me hallare; y juro y prometo, que recibiré humildemente y con paciencia la penitencia que me ha sido ó fuere impuesta, con todas mis fuerzas y poder, y la cumpliré con todo y por todo, sin ir y venir contra ella, ni contra cosa alguna ni parte de ella. Y quiero y consiento, y me place, que si yó en algun tiempo, lo que Dios no quiera, fuere ó viniere contra las cosas susodichas, ó contra cualquier cosa ó parte de ellas; que en tal caso sea habido y tenido por impenitente, y me someto á la correccion y severidad de los sacros Cánones para que en mí, como en persona que abjura de Levi,

sean ejecutadas las censuras y penas en ellos contenidas. Y consiento que aquellas me sean dadas y las haya de sufrir cuando quier que algo se me probare haber quebrantado de lo susodicho por mi abjurado; y ruego al presente Secretario me lo dé por testimonio, y á los presentes que de ellos sean testigos. Y fué absuelto ad cautelam, estando á todo ello presentes D. Dionisio Frias; ayudante del Secreto, y D. Antonio Suarez, Alcayde del Santo Oficio, y lo firmo.—El Marqués de la Villa de San Andrés.—Pasó ante mí D. Fernando Perez Secretario.

Tal fué la declaracion solemne que el Marqués firmó antes de salir de su prision, y de cuya sinceridad podrán juzgar nuestros lectores.

A continuacion se encuentra un certificado, que espació Fr. Nicolás de Sto. Domingo Francia, en el que consigna que el reo habia cumplido en el Convento de San Agustin de Las Palmas los ejercicios espirituales que se le imponian en la sentencia, haciendo despues confesion general. (1)

(1) Estractamos de su indagatoria los datos siguientes relativos á su vida, que el mismo nos suministra en aquel documento.

Dice, que tenia una hija única llamada D.^a Juana, entonces de 20 años y soltera. Que aprendió gramática en la Palma con el Presbitero D. Manuel de Párraga. Que salió de aquella Isla cuando contaba 26 años, y pasó á la de Tenerife, donde estuvo un año visitando sus haciendas, que de allí tornó á la Palma y á los dos años volvió á Tenerife. Que luego se embarcó y pasó á Londres, donde residió siete meses, y conoció á D. Fernando del Hoyo, al Conde de Fontana y á D. Antonio de Uriarte. Que enseguida se trasladó á Paris, y vivió allí dos años con su padre, pasando luego á Flandes, cuyas poblaciones recorrió nueve meses con su lacayo Juan. Que en 1715 volvió á Inglaterra, y en Douvres se embarcó y aportó á Canaria, pasando de esta Isla sucesivamente á las de Tenerife y la Palma, y volviendo á Francia para reunirse con su padre, con quien luego regresó á Tenerife, falleciendo éste en Garachico en 1722.

Viera nos asegura, y nosotros no lo dudamos, que luego que el Marqués entró en posesion de su título y mayorazgos, quiso el Tribunal obligarle á ejercer el cargo de alguacil mayor, anexo á su casa, á lo cual se opuso aquel tenazmente, viéndose por ello escomulgado, hasta que pudo probar que no estaba sugeto á ejercer semejante empleo. Y añade nuestro maligno historiador.—«Desde entonces empezaron sus males. Ofendió á dos Comisarios, cuyas sobrinas cortejaba con versos y con una profana letanía.... Sin embargo de la justificación y benignidad del Tribunal, era admirable que un anciano de mas de 80 años, que habia dejado en Tenerife una hija jóven, sin tomar estado, la única esperanza de su familia, y que tenia que satisfacer á cargos antiguos, en un proceso tremendo y misterioso, hubiese conservado tanta sangre fria, tanta serenidad de ánimo, que no olvidase el escribir siempre á sus amigos en su tono festivo, ni dejase de componer versos á diversos asuntos, hasta restituirse con salud á su casa en Agosto de 1761. (1)

Que en 1724 fué encerrado en el Castillo de Paso alto, por no querer casarse con D.^a Leonor del Hoyo, su sobrina. Que allí estuvo preso siete años y medio, hasta que pudo huir y refugiarse en la Madera, donde se hospedó cinco meses en la casa de D. Luis Agustín del Castillo, pasando despues á Lisboa. Que allí vivió cuatro años, hasta su casamiento, verificado por poder en Galicia. Que despues de pasar siete u ocho meses en aquella provincia, se dirigió con su esposa á Madrid, residiendo en la Corte 17 años, calle de la Madera alta, y estrechando amistad con los Duques de Mirandola, Santisteban, Asti y Marqués de los Balbases. Que en 1751 volvió á Tenerife con su hija, y de allí pasó á la Palma, y luego á Canaria, donde estuvo 27 dias asistiendo en la casa del Dean. Que vuelto á Tenerife se dedicó á seguir varios pleitos abriendo casa en la Laguna.

Su defensa en el proceso inquisitorial estuvo á cargo del Doctor D. Marcos Arbelo.

(1) Viera. Noticias. t. 4.º pág. 556.

Vuelto, pues, á su casa y familia, falleció en la Laguna el 29 de Noviembre de 1762, al año siguiente de su célebre proceso, cuando ya tenia cumplidos los 84 años.

No hay duda que el Marqués fué uno de esos hombres que se adelantaron á su siglo, al menos con relacion á la atrasada España.

Sus opiniones, sus estudios, y sus ideas son los de la filosofía escéptica y demoledora del siglo XVIII, que solo algunos Españoles conocian y profesaban en secreto. Dando de todo, combatia lo existente con el arma poderosa del ridículo, sin cuidarse de los peligros que le rodeaban, en un país donde todavia no se habian apagado las últimas hogueras del Santo Oficio.

Viera lo califica de *hombre desengañado* y con menos *preocupaciones* que los otros (1), lo cual prueba á nuestro juicio, que los desengaños á que nuestro historiador se refiere, eran de tal naturaleza que necesitaban el correctivo de la Inquisicion; y que las preocupaciones que habia conseguido desarraigar, eran de la misma índole, que aquellas que el Arcediano de Fuerteventura combatia en todas las páginas de sus obras, con tanta gracia como ingenio.

No queremos terminar estos apuntes biográficos, sin ofrecer á nuestros lectores una copia de la Paráfrasis del salmo *Miserere*, que dicen escribió durante su cautividad en Paso Alto, porque la juzgamos digna de ser conocida del mundo literario.

Aparece impresa esta composicion en la coleccion que

(1) Obra citada pag. 355.

poseemos de sus cartas personales, sin fecha ni nota de impresor.

Dice de esta manera.

MISERERE.

I.

Divino, amante Jesus,
A quien ingrato y traidor,
Pagué el mas inmenso amor,
Con la mas tirana cruz;
Hoy ardiendo en vuestra luz,
Lloro cuanto os ofendí:
Conozco, Señor, que fui
Aborto de la maldad;
Tén, por tu inmensa bondad,
Misericordia de mí.

II.

La sombra de mis delitos
Ciega las comprensiones,
Pero tus miseraciones,
Astros son mas infinitos:
Segun éstos, mis escritos
Errores, Señor, mi audacia,
Testad con tal eficacia,
Que olvideis vos mi malicia,
Y ciegue aquí la justicia
A las luces de tu gracia.

III.

Con agua y fuego en tu amor,
Cual si fuese ardiente abismo,
Me lavaste en el Bautismo,
Y en la Cruz tambien, Señor:
Todo lo perdí, oh dolor,
Lo desprecié con violencia,
Mas recurro á tu clemencia,
Donde más y más se lave
Mi pecado, con mi grave
Dolor, llanto y penitencia.

IV.

Conozco loco, atrevido,
Pródigo, despordiciado,
Todo el bien que he disipado,
Mientras que sin tí he vivido;
Sin temores te he ofendido,
Y este ciego frenesí,
Con que ingrato cometí
Tanto horror, delito tanto,
Aunque lo ahogo en mi llanto,
Está siempre contra mí.

V.

Contra ti solo pequé;
¡Pero qué mayor maldad!

Luzca en tí, Señor, piedad,
Lo que en mí soberbia fué:
A tu vista ejecuté
Mi culpa, y la pena espero,
Si contra el rigor postrero
Mi llanto no quita igual,
En mí, las manchas del mal,
Y en tí, el semblante severo.

VI.

¿Cómo puedo no haber sido
Parto infeliz del pecado,
Si fui en maldad engendrado
Y entre culpas concebido?
En las que nací, he vivido;
Torpes fueron mis pañales,
Mis fajas, paños mortales,
Así, de tales premisas,
Son consecuencias precisas
La inmensidad de mis males.

VII.

Eco afable, en mis oídos
Montes harán levantados,
Si bajaren perdonados
De tus aras mi gemidos:
De alegre dolor movidos
Hacia tu clemencia van,

Y hasta mis huesos serán
Alegres, si ya mi vida
Humilde curó la herida,
Que fué soberbia en Adán.

VIII.

Retira de mi el semblante
Con que ofendido me miras,
Porque no alumbren tus iras
Las ceguedades de amante:
Ni mis pecados delante
Tengas para la venganza;
Rayados mi confianza
Los mira yá en tu memoria,
Porque es tu misericordia
Grande como mi esperanza.

IX

Criad, Señor, en mi pecho
Un corazon limpio y puro,
Y éste, cual diamante duro,
Quede á mi dolor deshecho:
Perezca, pues, que ya estrecho,
Sinó ceniza, á mi ardor,
Lo tiene este nuevo amor,
Contrito, recto, abrasado,
Que vos mismo habeis criado
A el néctar de mi dolor.

X

No arrojes de tu presencia
Mi indignidad, que es indicio
De anticiparme del juicio,
La inexorable sentencia:
Ni me niegues la asistencia
De vuestro Espíritu-Santo,
Para que gimiendo, cuanto
Pródigo fui de sus dones,
Se aneguen mis sinrazones
En mares de amargo llanto.

XI.

Restituye á mi tristeza
La alegría saludable
Que tu hermoso rostro amable
Con solo mirar espresa:
En tu celestial grandeza
Confía mi desaliento
Afirmar el noble intento
De enmendar mis desvarios;
No los mires mal por míos,
Mira mi arrepentimiento.

XII.

La que conversion en mí,
En vos usura contemplo,

Porque hoy ganas con mi ejemplo
Mas que ayer con él perdi;
Feliz culpa es vista así;
A inícuos enseñaré
Vuestras sendas, para que
Tambien conviertan su engaño,
Y así servirá mi daño
De exaltacion á tu fe.

XIII.

De la mortal inquietud,
Que causa la sangre atroz,
Defendedme, amante Dios,
Pues lo eres de mi salud;
Su ardiente solicitud,
Abasando mi malicia,
De la virtud me desquicia;
Libradme de tanta mengua,
Para que cante mi lengua
Los triunfos de tu justicia.

XIV.

Rómpanse mis torpes labios
En tu divina alabanza,
Y en santa heróica mudanza
Llore yo tantos agravios:
De la culpa son resabios,
E infame agradecimiento

De mi vil entendimiento;
Y así rendido al desdoro
Siento lo nada que lloro,
Lloro lo poco que siento.

XV.

Si quisieras á millares,
Como son tus beneficios,
Duplicará sacrificios,
En duplicados altares;
Pero holocaustos vulgares
Desestima tu clemencia;
Solo en tí la penitencia
Es sacrificio incruento,
Á quien des gustoso asiento.
En el Trono de tu Esencia.

XVI.

Incienso, Dios infinito,
Lleva para tí aceptado,
Espíritu atribulado
De un corazon yá contrito;
Lloro humilde mi delito,
Y pues los suspiros pagas,
Quiero, Señor, que deshagas
Mi corazon, y deshecho,
Que suba en humo á tu pecho
Y baje en fuego á tus llagas.

XVII.

Tu divina compasion
Muestra su benignidad
Formando á su voluntad
Una santa contricion;
Tú por glorioso blason,
Aunque sus muros esten
A tanto mortal vaiven
Infelizmente arruinados,
Que por ti sean levantados
A nueva Jerusalem.

XVIII.

Entonces aceptarás
Las ofrendas de justicia,
Porque el llanto, sin malicia,
Es sacrificio eficaz;
Tributará en dulce paz
Holocaustos y oblaciones,
Y arderán mis oraciones,
En tus altares sagrados,
Cual corderos abrasados
En llama de contriciones.

Algunas otras poesias de relevante mérito poseemos del festivo Marques, que pudieran ocupar dignamente la atencion del público, si el género en que las escribió, le hubiese permitido mantenerse siempre en los límites, que

exige el respeto debido á los lectores; pero, por desgracia, las que revelan mas originalidad, son hoy de imposible reproduccion.

Concluiremos, pues, estos apuntes repitiendo, que el Quevedo Canario, merece el renombre que aun conserva entre nosotros; y que sus extrañas aventuras, ingenio, valor y erudicion, le colocan entre los hombres mas notables que ha producido el Archipiélago, pudiéndose decir de él, que habia traspasado las fronteras de su siglo, y habia adivinado la época de libre exámen, de inviolabilidad de conciencia, y de libertad de pensamiento, que afortunadamente son dogma hoy de todos los pueblos civilizados.

Todavía nos maravilla, que no muriera olvidado en los calabozos de la Santa Inquisicion, y nó quemado, porque ya sus hogueras estaban apagadas á impulsos de la opinion, mas fuerte que el fanatismo religioso. Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto, que toda su vida fué víctima de las iras de la Iglesia, y que en cárceles y destierros pasó la mejor parte de sus dias; ¿qué extraño es, pues, que se vengára, esgrimiendo su pluma, como lo hizo, en sus célebres y casi desconocidas cartas?

La historia íntima del Marques puede suministrar datos para escribir una novela. El que la escriba, debe estar seguro de que no va á ser creído como historiador, tanto se alejan aquellos sucesos de la vida comun de la humanidad.

¿Qué diríamos, si tratásemos ahora de juzgarle como literato? ¿Podríamos asegurar que fué un hombre célebre? No. ¿Qué fué entonces, se nos preguntará? Fué un no-

ble vicioso, de claro ingenio, de poética y extraviada imaginacion, algo escéptico y nada supersticioso; un hombre, en fin, que hoy llamaríamos excéntrico, y que entonces pasaba por herege, cismático y protestante, porque no quiso casarse con su sobrina, y se reveló contra la despótica autoridad de un Obispo.

En otro siglo, y con mejores costumbres, hubiera llegado á ser un escritor distinguido, porque tenia condiciones para serlo; pero en la época, y en el país que le tocó nacer, su rica y viva imaginacion, se consumió inutilmente en reproducir sus aventuras personales, y en pintar pervertidos caracteres, sin gloria para él y sin utilidad para el porvenir.

Debemos, sin embargo, reconocer que combatió con valor la supersticion y el fanatismo, que imperaban en su siglo, y que jamás retrocedió ante el temor de una delacion, ó el castigo de sus actos, en contradiccion á veces, con lo que entonces se respetaba, como colocado fuera de toda discusion filosófica y literaria.

Cualesquiera que hayan sido sus faltas, desaparecen al compararlas con la persecucion de que fué víctima.

El odio del Obispo Conejero le adquirió la popularidad, su prision en Paso-Alto, le ganó el interés del Archipiélago, y las causas que le promovió la Inquisicion, completaron su justa celebridad.

Hoy solo podemos decir de él, que sus enemigos yacen olvidados, mientras que su fama brilla siempre en el país, como la de un cauario de agudo ingenio, de gracia inimitable, y de indómita osadia.

DON MANUEL VERDUGO.

DON MANUEL VERDUGO

OBISPO DE CANARIAS.

Cuatro siglos habian ya trascurrido, desde que el Reino de las Islas Afortunadas se erigiera á solicitud de Juan de Bethencourt, en Diócesis sufragánea de la de Sevilla, sin que ninguno de sus hijos hubiese ocupado su silla episcopal, apesar de los numerosos, ilustrados y virtuosos sacerdotes, que en su su suelo habian nacido. (1)

Cierto es que esta alta dignidad la habian alcanzado varios isleños, mas nó para ejercerla en su país, sino para ir á desempeñarla en otros, de los muchos que entonces comprendia la inmensa monarquía española.

Grande fué, pues, el júbilo de los canarios, cuando llegó á su noticia, que el Rey Carlos IV, habia presen-

(1) Aunque se consideraba como vigésimo Obispo de las Canarias á D. Fr. Juan de Peraza, hijo de los Eres. de Fuerteventura D. Pedro Hernandez de Saavedra y Doña Constanza Sarmiento, natural de las mismas Islas, nunca pasó á ellas, ni visitó su Iglesia. Fué presentado por Carlos V. en 1521.

tado para la mitra de estas Islas, vacante por promoción del Ilmo. Señor don Antonio Tavira, á don Manuel Verdugo y Alviturria, hijo de su suelo, y sacerdote de grande ilustracion y saber.

En efecto, el nuevo Obispo⁷ habia nacido en Las Palmas, el 22 de agosto de 1749, y era hijo de don Joaquín José Verdugo y Alviturria, Regidor perpetuo de la Isla, y de doña Micaela de Alviturria. (1)

Ya hemos tenido ocasion de repetir en el discurso de esta obra, que, como en aquellos dichosos tiempos, solo habia dos carreras dignas de la nobleza, y que, entre ambas, la que daba mas independencia y consideracion, era la de la Iglesia, no es estraño que D. Manuel, hijo de una familia, rica é influyente en el país, eligiera ésta, como el mejor medio de satisfacer la justa y legítima ambicion, que todo hombre lleva en si mismo, sirviendo de estímulo á su actividad.

Otra causa hubo, tambien muy poderosa, que naturalmente debió ejercer una influencia lenta pero decisiva, en las inclinaciones del futuro Obispo, y fué la observacion diaria, que no se escaparia á su perspicacia, del favor y respeto de que se veia rodeado entonces el Cabildo eclesiástico de la Diócesis, residente en su Ciudad natal, y la amistad de su familia con sus principales dignatarios. (2)

Cuando llegó á la edad, en que podia sin inconveniente seguir sus estudios en las universidades de Alcalá y Valladolid, se dirigió á ellas, y sucesivamente se dis-

(1) Libro 3.º de Bautismos, folio 16 vuelto. Parroquia de S. Agustin.

(2) Habia sido su padrino el Doctor D. Lorenzo Bernardo Pereira de Campo, Provisor y Vicario general del Obispado, Arceobispo y Presidente del Tribunal de la Sta. Cruzada.

tinguió en ambas, por su aplicacion y despejado ingenio; sosteniendo, como era entonces indispensable, conferencias públicas y privadas.

Despues de emplear en estos diversos trabajos diez y nueve años, recibió la borla de doctor en la Universidad de Valencia, con grande aplauso de cuantos le conocían, y sabían apreciar su revelante mérito.

Desde allí se trasladó á Madrid, donde ya habia estado en otras ocasiones, y alcanzó la honra de ser nombrado profesor de la cátedra, que se habia creado en la Real Academia de aquella Côte, para la enseñanza de los sagrados cánones, liturgia, historia eclesiástica y concilios.

Grande, pues, debia ser el mérito del jóven eclesiástico, cuando, entre los insignes profesores, con que contaba España en aquella época, en este ramo de las ciencias humanas, fué sin embargo elegido, como el mas apto.

En 1779, y deseando volver á su país, obtuvo el nombramiento de Racionero en la Catedral de Las Palmas, no sin que antes hubiese estado desempeñando tambien el honroso cargo de Examinador Sinodal, y visitador de la Diócesis de Jaen, por nombramiento del Obispo, que entonces ocupaba aquella silla.

Ya en su patria, le fué fácil dar á conocer sus talentos en la oratoria sagrada, y sus conocimientos especiales en ciencias teológicas, habiendo hecho luego oposicion á la canongia Doctoral de su misma Iglesia, vacante por muerte del propietario, dignidad que alcanzó sobre sus opositores, y que añadió nuevos lauros á su nombre.

Cuatro años estuvo en esta canongía, hasta que, ascendiendo á la dignidad de Tesorero, y seguidamente á la de Arcediano, desplegó en estos destinos todo el celo y conocimientos especiales, que para su exacto cumplimiento se necesitaba. Durante este período de tiempo fué visitador general del Obispado, Provisor, vicario de la Diócesis, y Gobernador eclesiástico, empleos todos que prueban su grande aptitud y laboriosidad, y el elevado concepto en que le tenian los individuos de su Cabildo, y los señores Obispos de la Diócesis.

Entretanto le aguardaba una dignidad mas alta, y que pocas veces ocupan las personas, que viven en estas apartadas Islas, por mas notorio que sea su mérito. Nos referimos al nombramiento de Ministro del Tribunal de la Rota, con que el Rey tuvo á bien agraciarse, y cuyo destino aceptó, trasladándose á Madrid.

Colocado ya en una posicion tan elevada, pudo distinguirse fácilmente entre todos los miembros de aquel Tribunal superior, no solo por sus conocimientos jurídicos, sino por la claridad y lucidez de sus informes, votos y consultas.

Vacante por entonces la mitra de Canarias, el Rey D. Carlos IV, no dudó presentarle á la Santa Sede para ocupar esta nueva dignidad eclesiástica, que aceptó con reconocimiento el distinguido hijo de Las Palmas, persuadido de que, colocado en esta silla episcopal, y pudiendo disponer de los grandes caudales que entonces estaban asignados á los Obispos, conociendo ademas las necesidades de su pais, y hallándose animado de un vehemente deseo de aliviarlas, ninguno podia en mejores condiciones

hacer la felicidad del Archipiélago.

En efecto, desde 1796, hasta su muerte, las Canarias tuvieron en el Obispo Verdugo, un bienhechor constante, infatigable é ilustrado.

Extensa sería la lista de los cuantiosos donativos, que anualmente distribuía entre las casas de asilo, hospitales, caminos, iglesias, conventos, familias pobres, y calamidades públicas.

A su iniciativa se debe la conclusion del Hospital, que habia levantado el Ilmo. Sr. Cerbera, la composicion de los escabrosos caminos de las costas del norte de la Gran-Canaria, el arreglo y decorado de la plaza principal de Las Palmas, llamada de Santa Ana, el impulso que recibió la interrumpida obra de la Catedral, y por último el magnífico puente de cantería azul, que une los dos barrios de Triana y Vegueta en la misma Ciudad, obra monumental, de elegante alzado, de solidez romana, y donde se invirtió un capital de importancia, si se atiende á la época de su construccion. (1).

(1) Según los datos que hemos podido adquirir, asciende el importe conocido de aquellos donativos, á las sumas siguientes, que teniendo en cuenta hoy el valor de la moneda, se puede cuadruplicar.

4 000 posos para caminos.

5.000 id. id. la plaza.

48.000 » » el Hospital, Hospicio y Desamparados.

13.000 » » el Seminario Conciliar.

6.000 » » Cementerios.

26.000 » » el puente de Las Palmas.

1.000 » » la parroquia de la Concepcion de la Laguna.

2.000 » » la de los Remedios de la misma Ciudad.

4.000 » » la de Agüimes.

1.000 » » la de San Mateo.

2.000 » » la de Yalsequillo, etc. etc.

Entre sus obras literarias, encontramos sus sermones y pastorales, debiendo hacer mencion especial de la alocucion que dirigió á los párrecos de su Diócesis, el año de 1808, exhortándoles á que predicasen el orden y la paz, en medio de la honda perturbacion, que la invasion francesa habia producido en la administracion del Estado, en sus relaciones internacionales, y en la constitucion politica de la Nacion.

De mas trascendencia fue todavia la exposicion que dirigió á las Córtes, cuando éstas, despues de largos y reñidos debates, y de una discusion elevada y filosófica, en la que tanto se distinguió el diputado por estas Islas, natural del Hierro, D. Antonio José Ruiz de Padron, se decretó la abolicion inmediata del odioso Tribunal de la Inquisicion, acordando se recogieran sus archivos, se cerrasen sus cárceles, y se quemaran los Sambenitos, que aun adornaban muchos templos, con escándalo de las personas ilustradas y de los verdaderos fieles.

La noticia de este importante decreto, y su comunicacion oficial llegó á Las Palmas el 31 de marzo de 1813, ó inmediatamente se enteró de su contenido el Cabildo eclesiástico, convocando, á sesion extraordinaria para el sábado 3 de abril, en cuyo dia se mandó guardar y cumplir lo dispuesto por las Córtes, que se quemaran aquella tarde los Sambenitos, que estaban guardados por orden de la Inquisicion, y que, aprovechando un buque, que salia para la Península, se remitiese atenta exposicion al Gobierno, manifestándole la prontitud con que se habia dado cumplimiento á sus órdenes, y felicitándole por su celo, en haber hecho desaparecer una ins-

titudin tan odiosa. (1)

El Ilmo. Sr. Verdugo, por su parte, animado de los mismos sentimientos, dirigió tambien á las Córtes la exposicion de que ya hemos hablado, y de cuyo importante contenido no queremos privar á nuestros lectores.

Dice asi:

Señor—Inmediatamente que recibí, el 31 de marzo próximo, los soberanos decretos de V. M. relativos á la extincion del Tribunal de Inquisicion, y demás que en ellos se especifica, di con celeridad todas las disposiciones necesarias, para que obstáculo alguno no retardase, ni un momento, los efectos de su sabiduria é importancia. Desde el dia de mañana se empezará la lectura del manifiesto, que comprehiende las justisimas causas, que tiempo hace debian haber precipitado la caida de un establecimiento anti-político y anti-cristiano. He sentido el mayor plácera al ver que universalmente han sido recibidos con el mas sincero agrado en toda mi diócesis, tan sabias disposiciones; y no perderé medio alguno para cimentar en los corazones de mis ovejas estos principios de mansedumbre y caridad cristiana, que hagan para siempre aborrecible un Tribunal que tanto insultaba á la Religion de

(1) Las palabras testuales del acuerdo son:

«... y aprovechando el barco que vá á salir de este puerto para España, se escriba por el Cabildo á las Córtes, manifestándoles la prontitud con que se han ejecutado sus decretos sobre Inquisicion, y felicitándolas por su celo religioso, en haber quitado este borron de la Iglesia de Jesucristo, que hacia odiosa su amable y santísima Religion.»

Al margen de este acuerdo se lee la siguiente nota.—Certifico: que en la tarde de este dia hice quemar en el patio de esta Santa Iglesia los Samanitos que habia en ella, guardados en sus sótanos, sin dejar el mas mínimo vestigio.—Dr. Ramirez: Srío.

Jesucristo. Luego que se concluyan los actos prescriptos en los soberanos decretos, remitiré todos los certificados que acrediten su puntual y exacto cumplimiento. Entretanto, como aniquilando V. M. este Tribunal, no ha hecho mas que restituir á la dignidad episcopal su antiguo brillo y esplendor de *Jueces natos de la fé* de sus ovejas; yó, como uno, á quien le está confiada esta noble porcion de la grey de las Canarias, debo dar á V. M. las mas rendidas y espresivas gracias, á nombre de mi iglesia, por haber estrechado los lazos que la unen á su pastor y á su centro y unidad; por haber ahuyentado y roto las cadenas con que la ignorancia tenia aprisionadas las artes y las ciencias, y lo que es mas importante, los sólidos principios de la religion de nuestro Salvador. Gloria y alabanza resonará para siempre, mientras dure el nombre español, por nuestra libertad de este yugo, que con tanta dificultad soportaron nuestros padres por el espacio de tres siglos.»

«No puedo menos, que desde ahora insinuar á V. M., lo que mas adelante haré con mas extension. Las habitaciones que servian al Tribunal de la Inquisicion no pueden tener dos objetos mas dignos en que emplearse, que en el de casa de correccion de eclesiásticos, de que carece todo este Obispado; y en dar el debido ensanche al Seminario conciliar, á que están contiguas, y es el único establecimiento de estudios públicos en toda la Diócesis. Así, pues, por un decreto inescrutable de la Providencia, vendrian á llenar estas habitaciones dos objetos los mas contrarios á los que hasta ahora han servido; contribuyendo por una parte á reformar las costumbres del clero, aquel

misimo lugar en donde decretos de coaccion y de violencia, solo supieron formar hipócritas; y en el que, siendo el baluarte de la ignorancia y del fanatismo, se connaturalicen las ciencias en su suelo, que solo producía los amargos frutos del error y de la preocupacion. Fuera para mi de la mayor complacencia el volver á congratular á V. M., si por un nuevo rasgo de sabiduria, destinase aquella casa para dos objetos tan esenciales y laudables. Nuestro Señor guarde etc. Canaria 3 de Abril de 1813.—Señor.—*Manuel*, Obispo de Canarias.»

Esta exposicion, notable por el objeto que la motiva, y por las ideas que espresa, en oposicion con las que la mayor parte del clero, poco ilustrado de aquella época, profesaba respecto de la Inquisicion, hace el mayor elogio de nuestro Obispo, y constituye una de sus mejores glorias, porque demuestra evidentemente sus profundos conocimientos teológicos, la elevacion de su criterio, y la independencia de sus opiniones.

No es menos notable la que, con el propio objeto, dirigió tambien á las Córtes el Cabildo eclesiástico de Canarias, cuyo contenido, como documento histórico, creemos que merecer ser conocido del público.

Esta corporacion, la mas ilustrada, rica é influyente que existia entonces en el Archipiélago, se espresaba de este modo, en aquellas circunstancias:

«Señor—El cabildo eclesiástico de la Santa Iglesia Catedral de Canarias, se ha enterado en este dia de lo dispuesto por V. M., sobre el estinguido Tribunal de la Inquisicion, por oficio de nuestro Prelado diocesano, fecha dos del corriente, al que acompañaban los sabios decretos

de V. M., sobre la lectura, en tres domingos consecutivos, del manifiesto que contiene las justas causas que los ha motivado, el de la destruccion de los cuadros, pinturas, é inscripciones, que conservaban una memoria infame, y el que determinaba el destino de los bienes, pertenecientes á aquel establecimiento. Al ver destruido este oprobio, que aseaba la casa del Señor, el obstáculo que entorpecía las fuerzas intelectuales de la Nacion, y el escándalo por el que blasfemaban los incircuncisos el nombre de Jesucristo, fué extraordinaria la complacencia con que se acordó el obediencia de unos decretos, que eran conocidamente la obra del dedo de Dios, que dirigia el poder y sabiduría del Congreso Nacional, y lo comunicaba esta varonil cristiana constancia, que solo debe resistir al error, á la preocupacion y al fanatismo.»

«Se han destruido en este mismo dia aquellos monumentos de barbarie, que se estrajeron de los mas oscuros sótanos, á donde tiempo há los habia sepultado. la cristiana ilustración del Cabildo: se dará principio á la lectura en en el dia de mañana, y se continuará en los domingos siguientes, á pesar de que el inmediato sea el de Ramos, uno de los mas ocupados en tan solemne festividad.»

«Si las Corporaciones seculares se han apresurado ansiosas á congratular á V. M., por unas disposiciones tan interesantes al lustre de la religion y á la razon, el Cabildo eclesiástico de Canarias, que cree no debe ceder á ninguno otro en obediencia á su soberano, y en cristiano celo, no podia menos que acordar, en consecuencia de todo, manifestar á V. M. la sinceridad de su obediencia, y felicitarle por el complemento de tan grande obra: aseguro-

rándole, al mismo tiempo, que no solo coadyuvará, como se le ordena, á que tengan cumplido efecto tan santas y sabias disposiciones, sino tambien, que será eterno su reconocimiento, y bendecirá siempre la mano de que el Señor se ha servido, para proteger su Iglesia.—Nuestro Señor guarde la importante vida de V. M. muchos años, para felicidad de la Nacion. Canaria, en nuestra atla capitular, á 3 de Abril de 1813—Señor—Doctor D. Antonio de Lugo, arcediano titular.—D. Lorenzo de Montes de Oca, tesorero.—Por acuerdo del Presidente y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Canarias, Doctor D. Vicente Ramirez, canónigo Secretario.»

No debe parecernos extraño que entonces atacáran tan violentamente á un Tribunal Santo las autoridades y corporaciones, que mas interés debian manifestar en sostenerle, pues no era fácil adivinar que la España entraba denodadamente en el camino de las reformas, desapareciendo á su impulso despues de la influencia inquisitorial, la de los Conventos, y con la demolicion de éstos, y la desamortizacion eclesiástica, el influjo omnimodo del Clero en la marcha del Gobierno, y en las costumbres, enseñanza y administracion pública de la Monarquia.

El Obispo Verdugo nunca se manifestó afecto al Santo Oficio, como lo demuestran el exámen y lectura de la correspondencia secreta del Tribunal. En efecto: en carta de 2 de Enero de 1804, que firman los inquisidores D. José Francisco Borbujo y D. Antonio Fernando de Echanove, se quejan éstos al Consejo, de que el Obispo habia dado orden de bautizar á un irlandés llamado Bartolomé Smith, cuando los expedientes para estas conversiones eran de la

competencia exclusiva del Santo Oficio, sin detenerse ante las ruidosas protestas y reclamaciones que en esa ocasion se le habian dirigido. Y añaden estas notables palabras.— «El reverendo Obispo es poco afecto al Tribunal.» (1)

Esta falta de simpatia era tambien aplicable á las principales autoridades de la Provincia, dándose el caso de que el Comandante General y el Regente, no solo leian libros prohibidos, sino que facilitaban su introduccion.

En carta de 24 de Mayo de 1788 dirigida á los Señores del Consejo, los Inquisidores se quejaban del Marques de Branciforte en estos términos.

«El Tribunal está persuadido que hay necesidad de que V. A. tome una providencia seria en orden á libros prohibidos, y más contra los que usan las obras de Voltaire y Rousseau. El mal ejemplo de los Jefes se difunde por todos, sin que nosotros lo podamos remediar, aunque lo vemos y tocamos con bastante dolor. Por una parte el Comandante General, y por otra el Regente de la Real Audiencia, cuya causa remitimos á V. A. con carta de 26 de Abril, son dos, que pervierten todo el pueblo, con su modo de hablar y desprecio del estado eclesiástico y Tribunal de Inquisicion. De aqui nace que es bastante comun en estas islas el burlarse de las censuras y usar libros prohibidos.» (2)

En otro lugar los mismos Inquisidores se lamentaban de que el repetido General, Marques de Branciforte, como Presidente de la Real Audiencia, al manifestar que una providencia le parecia muy injusta, habia empleado

(1) Correspondencia. Lib. 9.º pág. 167.

(2) Correspondencia. Lib. 2.º

estas ó parecidas palabras.—«Señores, ¿estamos en Turquía ó en la Santa Inquisicion?» (1)

Los síntomas eran, pues, muy alarmantes, porque cuando la opinion llega á manifestarse de ese modo respecto á una institucion, por mas poderosa que ésta sea, es que se halla herida de muerte, y ningun poder humano será suficiente á salvarla.

Sabido es, sin embargo, que al volver Fernando VII en 1814 á España, restableció de nuevo la Inquisicion, y persiguió á todos los que habian adoptado éstas y otras medidas, y á aquellos que, directa ó indirectamente, contribuyeron á su planteamiento; última y vergonzosa etapa del agonizante Tribunal.

No consta, sin embargo, que al Obispo y Cabildo de Canarias se les censurase por su franca adhesion á aquel decreto, ni que se les molestara en sus empleos y dignidades. La inquisicion volvió, pues, á tomar posesion de sus bienes, y de la casa donde tenia sus cárceles y archivos, y continuó persiguiendo inutilmente á los que no estaban muy firmes en la fé, ó á aquellos que por sus ideas liberales, le parecian sospechosos de heregia y racionalismo, ó tibios en el cumplimiento de sus deberes religiosos: la introduccion de libros y periódicos extranjeros, siguió fiscalizándose con el mayor rigor, y los procesos menudearon, tanto mas, cuanto mayor era el deseo de los Jueces de manifestar al público, que no era un nombre vano el poder inquisitorial, ni que su celo se disminuía por el mal entendido progreso de los tiempos, ni por la reprobacion de todos los pueblos civilizados.

(1) Carta de 22 de Mayo de 1786.

Hemos tenido ocasion de examinar, de fechas posteriores á la ya indicada de 1814, algunas causas seguidas y ejecutoriadas por el mismo Tribunal, que ponen de manifiesto los delitos sometidos á su jurisdiccion, su manera de proceder, y la penalidad á que ajustaban sus fallos.

Entre otras citaremos la que se siguió á Juana Catalina Quintana, natural de Agüimes, por *embustera, supersticiosa y curandera de maleficios*.

La causa dió principio en 4 de Abril de 1818, por declaracion de Josefa Lopez, ante el comisario de la Inquisicion de aquel pueblo, que lo era el presbítero D. Andres Francisco Garcia. Recibióse con el mayor secreto una informacion testifical sobre los hechos denunciados, y de ellos resultó probado, por el dicho de los testigos presentes, que la Juana Catalina Quintana, se entregaba á prácticas diabólicas, y á la curacion de enfermedades producidas por maleficios: que en una noche del mes de Noviembre de 1817 se presentó en casa de la Josefa Lopez, á invitacion de la misma, le dió de beber un brebaje que llevaba preparado en una botella, y le extrajo un lagarto del vientre, que luego echó al fuego, produciendo un humo denso, y con olor de azufre ó *de infierno*, segun se espresan los declarantes: que despues llevó un muñeco de trapo negro con alfileres en la cabeza, y arrojándolo al patio de la casa, aseguró á la enferma y á su familia, que con aquello desaparecería el dolor que la Josefa sentia en las espaldas.

Vamos ahora, como se expresaba el inquisidor fiscal, al informar sobre este asunto verdaderamente diabólico en 5 de Mayo del mismo año:

«..... por tanto entiende el Fiscal, que habiendo precedido las amonestaciones y correcciones del cura párroco, para con la reo Quintana, á fin de que abandonase *el inicu arte y falaz maleficio en que vive*, no habiendo conseguido fruto ni enmienda en esta estafadora y escandalosa *bruja*, el Tribunal se halla en el caso de mandar recoger los medicamentos y recetas, con que hasta ahora ha curado, y conducir presa, en calidad de arrestada ó recojida, en la casa del real hospicio, por ser mal sanas éstas del Santo oficio, á *la dicha bruja Juana Catalina de Quintana.....*»

Esto se escribía por un Doctor en leyes, eclesiástico distinguido, ocupando un puesto oficial de tanta importancia, como era el cargo de fiscal inquisidor, y en pleno siglo XIX.

Inútil es decir que la reo no fué oída, ni se la enteró de la delacion lanzada contra ella, ni se le permitió defenderse, como todo consta del mismo proceso.

Para concluir la historia de esta *bruja canaria*, añadiremos que, por auto de 6 de mayo, el inquisidor, doctor, D. Ramon Gregorio Gomez, conformándose con el dictámen final, condenó á la Juana Catalina Quintana á un año de reclusion, á que hiciera confesion general, y ejercicios espirituales, y á ser *amonestada, conminada y reprehendida* por el mismo Juez Inquisidor, antes de ingresar en la cárcel; cuyo acto tuvo lugar el 14 del mismo mes, segun tambien resulta de diligencias estendidas en la propia causa.

Pero, ¿á que detenernos en probar el descrédito con que ya desde entonces se consideraba el tribunal de la fé, aun

entre los mismos eclesiásticos, obligados á su defensa? Las exposiciones que hemos insertado, eran la expresion exacta y fiel de las ideas, que respecto á Inquisicion profesaban todas las personas ilustradas del Clero, debiendo contar en este número al Ilmo. Obispo, hijo de Las Palmas, que no dudó asegurarlo así, bajo su firma, ante la primera autoridad de la Nacion.

Cuando todavia hubiera podido prestar muchos servicios á su país, con su benéfica intervencion, y cariñosa solicitud en favor de los desgraciados, y con su ilustrado criterio, respecto á mejoras y obras de reconocida utilidad pública, le sorprendió la muerte el 27 de Setiembre de 1816, á la edad, no muy avanzada, de sesenta y siete años, produciendo en todos los que vivian de su generosidad, y hasta en aquellos, que nada esperaban de él, un sentimiento general de pena, que se aumentaba, en todos, al considerar que el Obispado iba á sufrir una desmembracion dolorosa, para la cual no se esperaba sino la muerte de su Pastor actual.

En efecto, tres años despues, el célebre Bencomo, hijo de Tenerife, y confesor de Fernando VII, obtuvo de este monarca la division de este Obispado, y la creacion del de la Laguna, que comprendia las cuatro islas de Tenerife, Palma, Gomera y Hierro, haciendo desaparecer de este modo la importancia de sus rentas, que acumuladas en una sola mano, podian producir tantos bienes al archipiélago.

DON ANTONIO DE VIANA.

DON ANTONIO DE VIANA.

Durante ese periodo brillante, heróico y glorioso, que constituye el apogeo de la grandeza Ibérica en ciencias, armas y literatura, las Islas Canarias, como si fuesen impulsadas por el genio que inspiraba entonces á todos los espíritus elevados de la madre patria, se esforzaban también, dentro de los límites de su humilde esfera, en seguir la marcha trazada por aquellos luminosos astros, que en el cielo de la literatura española llevan los nombres inmortales de Lope, Garcilaso, Cervantes y Calderón.

Ya hemos visto en esta Galería aparecer el nombre de Cairasco, gloria de la Gran-Canaria, cuyos versos recordarán siempre con respeto, los que ahora ó en las futuras edades hablen la hermosa lengua de Castilla.

No es ciertamente menos digno de aprecio el poeta

cuya memoria vamos á evocar en estas páginas, poeta que consagró sus cantos á la conquista de la Isla de Tenerife, donde habia nacido, dedicándole las primicias de su privilegiado talento, pero cuyas felices disposiciones no volvieron por desgracia á revelarse bajo ninguna otra forma literaria, durante el curso de su accidentada vida.

Las conquistas maravillosas que los Españoles y Portugueses realizaban á porfía en lejanos y belicosos países, lo fabuloso de sus descripciones, el denuedo y abnegación, que para empresas tales era necesario afrontar, y las aventuras raras y caballerezcas que á cada paso les salian al encuentro, y abultaba la fama, eran pasto abundante para las imaginaciones exaltadas, que podian escribir leyendas, sin alejarse mucho de la verdad histórica, y presentarlas con el mismo interés de la novela.

Inspirados en estos elevados pensamientos, y en el ardiente patriotismo y fé cristiana, que encendia entonces todos los corazones, escribió Camoens su inmortal poema, Ercilla su Araucana, y Castellanos sus Varones ilustres de Indias.

Aunque la Conquista de las Islas Canarias habia precedido á la de las Américas, y su importancia, comparada con la del nuevo Mundo, era indudablemente muy insignificante, los sucesos que en ella se habian desarrollado, tenian sin embargo tal encanto y novedad, que solo les faltaba una pluma de levantada inspiración poética, que se lanzára á cantarlas con verdadero entusiasmo, para dar vida á un poema, con todas las condiciones que el arte exige en esta clase de composiciones.

Cairasco, empero, no habia querido consagrar esclu-

sivamente su pluma á recordarnos las hazañas de los Doramas, Bentaguales y Maninidras. En su religiosa fé, elevado á las místicas regiones de los Santos y los Mártires, y decidido á esplicarnos en verso los triunfos de la Iglesia militante, solo dedica algunas estrofas á la Conquista de la Gran-Canaria, á las invasiones inglesa y flamenca y á la selva de Doramas, donde es fama que su fantasía atesoraba sus mas queridas y entusiastas inspiraciones.

Este olvido iba á desaparecer para la afortunada Isla de Tenerife, y Cairasco antes de morir pudo conocer y saludar sin duda al jóven poeta, cuyos cantos iban tambien á immortalizar á los Guanches y á sus indómitos caudillos, últimos defensores de la independencia isleña. (1)

(1) En 1604 se imprimió el poema de Viana, y Cairasco falleció en 1610.

El poeta tinerfeño dedicó un soneto al insigne vate Canario, que encontramos en la edición del TEMPLO MILITANTE hecha en Lisboa por Pedro Grasbeck en 1615.

Véase esta composicion.

SONETO

**del Licenciado Antonio de Viana natural de la
Isla de Tenerife.**

Escríbase en el bronce el protocolo
De la vida de Santos que habeis hecho,
Porque el tiempo jamas vea deshecho
Un libro tan divino único y solo.

Y la fama del uno al otro polo
Pregone con su tromba trecho á trecho,
Contra la envidia vil y á su despecho,
Que sois en ciencia el verdadero Apolo.

Muéstrese todo el mundo agradecido
Pues los Santos lo están de vuestra obra,

Este poeta era D. Antonio de Viana, nacido en la Ciudad de la Laguna en Abril de 1578. (1)

Sus padres se llamaban Francisco Hernandez y Maria de Viana, naturales de dicha Ciudad, por lo que es evidente, que abandonando el apellido paterno, como demasiado comun y poco eufónico, prefirió el de su madre, bajo el cual debía ser en adelante conocido. (2)

De su padre Francisco Hernandez solo se sabe que fué estudiante en su mocedad, lo que, respecto de aquellos tiempos, indica, que su familia poseía algunos bienes de fortuna, sin los cuales no era posible enviar un hijo á Salamanca ó Alcalá.

En cuanto á su madre Maria de Viana, tan solo nos consta que era hija de Antonio de Viana y de Ana Gonzalez. Pero, esta Ana Gonzalez, abuela materna del futuro poeta, nos suministra casualmente varios datos preciosos sobre su nieto, que vamos hoy á utilizar con verdadera satisfaccion, porque los consideramos de indubitado origen.

Y laure y palma os da en este sueño,
 Por elocuente, grave, alto y subido,
 Por otro Orfeo que á Canaria sobra,
 Y por CANARIO del empirico Cielo.

En las dos ediciones de la 1.^a y 2.^a parte, por Luis Sanchez en Valladolid años de 1602 y 1603, no encontramos este soneto, que se conoce fué compuesto para la reimpresion de Lisboa.

(1) Resulta de apuntes, que creemos fidedignos, que Viana fué bautizado en la parroquia de la Concepcion de la Laguna el 21 de Abril de 1578, Libro 1.^o de Bautismos fol. 133, habiendo sido sus padrinos Pedro Alfonso é Isabel Yanez.

(2) Sabido es que el padre del ilustre Viera se llamaba D. Gabriel del Alamo. Nosotros hemos visto firmas auténticas, de nuestro historiador, en las que aparece el primer apellido de Alamo, que despues abreviaron, era uso frecuente y admitido.

Habiendo otorgado disposicion testamentaria en la Ciudad de la Laguna, ante el escribano Bartolomé de Cabrejas, con fecha 10 de Mayo de 1598, manifiesta la Dofia Ana, que se habia casado dos veces; la primera con Antonio de Viana, de cuyo matrimonio era hija la madre de nuestro poeta; y la segunda, con Pedro Diaz Hidalgo. Consignó, ademas, en el espresado documento, que se le diera sepultura en la Parroquia de la Concepcion y en el mismo sitio en que yacia su primer marido y su hija Maria. Deja algunas misas al Santísimo Sacramento, y declara poseer diferentes fincas, entre ellas, algunas casas en la Laguna. Nombra por albacea á Melchor Lopez, Beneficiado de la Concepcion, y mejora en el tercio, y residuo del quinto de todos sus bienes, á su nieto D. Antonio, declarando por hijos de la Maria de Viana, ya difunta, al mismo D. Antonio y á Juan de Viana, á quienes instituye por sus herederos. Luego añade, que por cuanto habia otorgado escritura á favor del espresado su nieto Antonio, en la que le señalaba mil doscientos escudos para el dia en que fuese *clérigo de misa*, le retiraba esta pension por estar ya casado, y no haber en su consecuencia cumplido la condicion impuesta.

Resulta, pues, de todo lo que acabamos de exponer, que en 1598, fecha del testamento de Ana Gonzalez, era Viana ya casado, aun cuando apenas llegaba á los veinte años de edad.

Ignoramos el nombre de su primera esposa, pero nos consta que pocos meses despues debió haber enviudado, porque en 17 de Junio de 1599 se casó con Francisca de Vera, segun aparece del libro primero de casamientos que

se custodia en la parroquia ya citada de la Concepcion de la Laguna. (1)

Se asegura tambien, que la familia de nuestro poeta procedia del Conquistador de Tenerife Juan de Viana, soldado que vino en la Compañia de que era Capitan Juan de Esquivel, cuya familia, se supone, que disfrutaba de una holgada mediania, hasta fines del siglo XVII, en que se extinguió. (2)

Nuestros lectores saben, que la obra que ha dado á Viana una justa celebridad en las Canarias, ha sido su Poema sobre la Conquista de Tenerife, que él titula *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran-Canaria, Conquista de Tenerife y aparicion de la Santa Imágen de Candelaria, en verso suelto y octava rima.*»

Este poema se publicó por la primera vez en Sevilla, año de 1604, en 8.º, por Bartolomé Gomez, y lo dedica su autor al Capitan D. Juan Guerra de Ayala, señor del Mayorazgo del Valle de Guerra en Tenerife.

La obra estaba, sin embargo, concluida desde 1602, porque la aprobacion, que autoriza en Medina del Campo el Licenciado D. Francisco de la Cueva y Silva, lleva la fecha de 3 de Setiembre del mismo año, lo cual es una prueba irrecusable de lo que afirmamos. Asimismo nos

(1) Del libro citado que tuvo su principio en 1586, resulta que en la indicada fecha el Doctor Juan Fernandez casó y veló á Antonio Hernandez Viana con Francisca de Vera. Lib. 1.º fol. 33.

(2) Parece que el último representante de esta familia fué D. Cristóbal Trujillo de la Coba, preceptor de Gramática, que vivía en Tenerife á principios del siglo XVIII. Conservábanse algunas composiciones poéticas debidas á su pluma.

consta por los libros de acuerdo de la Municipalidad de la Laguna, que Viana era licenciado en Medicina desde 1606.

(1) ¿Cuándo, pues, y en donde, escribió su poema? ¿Fue en España, en medio de los afanes, cuidados y vigiliass de sus estudios, ó en la Laguna, junto á su segunda esposa, y antes de emprender su viage de escolar á España?

Para dilucidar esta cuestion, examinemos tambien otro dato, que nos suministrará alguna luz respecto á la época en que el poema debió escribirse.

En la portada de la obra (1604) se dá el autor á sí mismo el título de Bachiller, y en 1606 se le llama Licenciado. Luégo, en 1602, en que aparece la aprobacion del libro, apenas se hallaba el autor en el ingreso de su carrera, y es de presumir que en su viage á Salamanca ó Alcalá, que tuvo lugar sin duda alguna en el año de 1600, llevaba ya consigo el manuscrito de su poema, nacido á la sombra de los magníficos bosques y azuladas montañas de la antigua Nivaria.

Para nosotros es casi indudable que el poema se compuso teniendo el autor á la vista los nevados contornos del magestuoso Teide, y durante el período comprendido entre sus 20 y 24 años, precocidad que prometia para él porvenir otros mejores y mas sazonados frutos, de un jóven que con tanto sentimiento, ternura é instinto poético cantaba en tan temprana edad las costumbres de los Guanches, las bellezas naturales de su patria, y los sencillos amores de Guacimara y Dácil.

Dejando ahora para mas adelante el exámen del poema, vamos á reseñar los escasos acontecimientos que han lle-

(1) Lib. 19. Of. 1.º fol. 116 vuelto.

gado hasta nosotros referentes á este periodo oscuro de la vida del poeta, de cuyos sucesos hay algunos que casualmente se han encontrado en los libros de sesiones del Ayuntamiento de la Laguna, y otros en los del Cabildo eclesiástico de Canaria, salvados milagrosamente de un completo olvido por la solicitud mil veces contrariada de los pocos que todavia ven en nuestras glorias literarias la verdadera gloria de su país.

Antes hemos dicho, que desde 1606 era Viana Licenciado en Medicina, y ahora añadiremos que el Síndico Personero de la Laguna, el rico Convento de la Candelaria, y varios ciudadanos, alcaldes y vecinos de los Lugares de Tenerife, habian presentado al Cabildo en sesion de 11 de diciembre de aquel año, una peticion suscrita por ellos mismos, en la que solicitaban se nombrase por médico de la Isla al Licenciado Antonio de Viana, en atencion *á su mucha habilidad y á las muchas y buenas partes de dicho Licenciado.* (1)

Acordóse sin dificultad acceder á lo pretendido por los vecinos, y se mandó que el médico disfrutase del *salario* señalado á dicho empleo, desde el primero de Enero de 1607, con la carga de asistir gratuitamente á los pobres, y de asistir á los enfermos del Hospital de la Laguna, poniendo su nombramiento en conocimiento del Rey para su confirmacion.

Es probable que Viana, despues de haber concluido sus estudios, regresára á Tenerife, y con la proteccion de la poderosa casa de Guerra y Ayala, obtuviera el codiciado empleo de médico del Municipio, porque consta de varios

(1) Lib. ya citado. fol 116 vuelto.

documentos y diligencias judiciales, que en 1607 estaba en la Laguna, y ejercía en la Isla su profesión. (1)

Causas que han permanecido para nosotros desconocidas alejaron luego por largos años de su patria al reputado médico, llevándolo de nuevo á España, donde tal vez había dejado relaciones de amistad. Solo sabemos que llegado á la Península se fijó en Sevilla, emporio entonces de las riquezas del Nuevo Mundo, y centro de ilustracion para el cultivo de las ciencias, las letras y las artes.

Su eleccion no obedecia ciertamente á una injustificada casualidad; en Sevilla habia visto la luz pública su Poema; allí tenia amigos y protectores, tal vez apreciadores de su mérito literario, y aquel fué el sitio que espontáneamente eligió para pasar bajo su hermoso cielo los mejores años de su vida.

Decidido á distinguirse en su noble profesion, adquirió con su perseverencia y claro talento, la práctica y conocimientos necesarios para atreverse á solicitar y llegar á obtener por oposicion el título de medico cirujano en el insigne Hospital, llamado del Cardenal, cuyo empleo, y su numerosa clientela, le llegaron á producir hasta 3.000 ducados al año, renta importante para un médico en aquella época.

(1) En una escritura pública ante Tomas de Palenzuela, que lleva la fecha de 1.º de Junio de 1607, se dice: «Sepan cuantos esta carta vieren, como yo el Licenciado Antonio de Viana, médico en esta Isla de Tenerife, digo, que por quanto Francisco Hernandez mi padre dió á censo etc.

En el mismo año, y por ante el escribano Baltazar Hernandez, pasaron unas diligencias en que aparece, que por ausentarse á España Rodrigo Hernandez Lordelo, tutor que era del menor Juan de Viana, se nombraba en su lugar á su hermano el Licenciado Antonio de Viana, quien presentó de fiador á Luis de Ascanio.

Trascurrieron así muchos años, sobre los cuales ha dejado caer el tiempo un velo impenetrable, hasta que corriendo el año de 1630, y habiendo llegado á Tenerife la fama de su notable habilidad en el arte de curar, los amigos del poeta, que sin duda los conservaba aún, y eran poderosos é influyentes, le escribieron solicitando su permiso para presentarlo de nuevo como médico titular de la Isla, y negociar el contrato de su nombramiento y sueldo.

De creer es, que precediera ó siguiese á estas cartas algun secreto mensaje del interesado, disgustado tal vez de su residencia en Sevilla, y no es aventurado suponer, que engañado por seductoras promesas de sus paisanos, ó por gratuitas suposiciones de su fantasía, que, como la de todo poeta, se hallaria siempre dispuesta á lanzarse por los espacios imaginarios, y á correr sin freno por el campo sin límites de la esperanza, creyese que su suerte iba radicalmente á mejorar con solo un cambio de domicilio.

Sea como fuere, el empleo se obtuvo sin dificultad, señalándole el Cabildo de Tenerife una suma de ochenta doblas anuales y sesenta fanegas de trigo (1); y como ofreciera traer y servir las medicinas, se le asignó además un sobresueldo de cincuenta fanegas del mismo grano, en el concepto de cirujano y boticario. (2)

Arreglado todo á satisfaccion de ambas partes, salió Viana de Sevilla el 1.º de Junio de 1631, llegando á la

(1) Se le dió como ayuda de viage la suma de 300 ducados.

(2) En carta que escribió al Cabildo desde Sevilla, con fecha 9 de enero de 1631, dice: «que en cuanto al boticario yo me hago cargo de disponerle de manera que V. S. sea bien servido, y que haré el viage en conserva de Galeones.»

Laguna en los primeros dias del mes de Julio, porque segun vemos en la sesion que el Ayuntamiento celebró el 7 de aquel mes, nuestro poeta presentó sus títulos de médico y cirujano en aquella ocasion, y se acordó, que desde 1.º de Mayo se le contára el salario, en atencion tal vez á que, desde la misma fecha, se habia firmado definitivamente el contrato. (1)

Contaba entonces D. Antonio la edad de cincuenta y tres años, sin que en este largo período se haya averiguado que volviese á ejercitar su pluma en las lides poéticas.

Sin transicion se le vió pasar de las alegres y bulliciosas reuniones con que brindaba á sus moradores la hermosa capital de las Andalucias, á la adusta, ceremoniosa y apercaminada sociedad de Tenerife.

En cambio de las festivas justas del ingenio, donde campeaban un Arguijo, un Alarcon y un Cervantes, (2); de las atenciones, gracejo y cordialidad, patrimonio de toda poblacion grande, ilustrada y rica; del aprecio que al talento se concede, por quien sabe aquilatar su mérito; en cambio, repetimos, de todo esto, los atónitos ojos del médico poeta se encontraron en la Laguna, con la inmovilidad de una poblacion *fósil*, con la rigidez burlesca de unos nobles infatuados con sus pergaminos de ayor, y de los cuales, el último de ellos se creia, cuando menos, descendiente del Cid ó de D.ª Urraca; y con esa amis-

(1) Oficio 2.º fol. 135 vuelto. Archivo municipal de la Laguna.

(2) Véase la obra de D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe impresa en Madrid en 1864 que lleva por título.—«Noticias de un precioso Códice de la Biblioteca Colombina etc.» Donde se habla extensamente de las justas que éstos y otros ingenios celebraron en Sevilla por la misma época en que Viana escribía y publicaba su Poema.

tad, que es una ofensa, porque deja entrever, hasta en sus mas intimas relaciones, que hay un limite que no ha de traspasarse, recordando con un gesto ó una palabra, que el favor que se concede ha de retirarse, al menor olvido que de su inferioridad social se permita el agraciado.

Creemos no engañarnos al suponer, que estas fueron las causas principales que motivaron el disgusto de Viana, y la decision que tomó, á los dos años de su residencia en la Laguna, de aceptar las proposiciones, que, con repetido empeño, le habia dirigido el Cabildo eclesiástico de Canaria, para que se trasladase á Las Palmas, con un aumento en su sueldo, y grandes promesas de amistad, consideracion y respeto.

Contribuyó á decidirle, y á que mirase con horror su suelo natal, la triste circunstancia de que, en una refriega nocturna, entre algunos vecinos, habian intentado asesinar á sus dos hijos, de los cuales el uno habia salido mal herido. (1)

El ayuntamiento, sin embargo, se opuso tenazmente á la rescision del contrato, y cuando, sin esperar su licencia, Viana trató de embarcarse con su familia para la Gran-Canaria, se dió orden al Alcalde de Santa Cruz, de que estorbase con la fuerza el pretendido viaje, y detuviera al fugitivo.

Al fin, comprendiendo los Regidores de la Laguna, que no era prudente tener á su servicio y contra su voluntad á un médico, y aceptar las recetas de semejante adver-

(1) Protocolo de expedientes del archivo municipal de la Laguna fol 524.

sario, se decidió en 22 de marzo de 1633 á liquidarle su cuenta, pagarle sus atrasos, y declarar vacante el empleo. (1)

Libre de estos cuidados, se trasladó Viana á Las Palmas, donde ya el Cabildo le esperaba con impaciencia, y allí se le señaló un sueldo de cuatrocientos ducados, y se le recibió con todas aquellas demostraciones de cariño y respeto, que merecía por sus notables conocimientos en el arte de curar, y su reconocida reputación literaria.

Este nombramiento lleva la fecha de 18 de enero de 1633, y es de suponer que su traslación se verificase en la primavera del mismo año, sin esperar el arreglo definitivo de sus cuentas con el municipio de la Laguna. (2)

Luego que se instaló como médico del Cabildo, el Obispo que era entonces de la Diócesis, D. Fr. Juan de Toledo, le confirió el mismo cargo, respecto de su persona y casa, aumentando su renta, con la que aquellos dignatarios tenían la invariable costumbre de señalar para tales empleados.

La población, si bien no era muy populosa, respecto de otras capitales de la Península, era la mas rica y poblada del archipiélago, no solo por ser la residencia de todas sus principales autoridades, sino porque en Las Palmas residía la nobleza de la Isla, y los pocos comerciantes é industriales, que daban movimiento á la riqueza.

(1) Ofi. 2.º lib. 11. fol. 228.

(2) «Que se reciba por médico al célebre Doctor Antonio de Viana, de Tenerife con 200 ducados de salario; y el Sr. Murgalo recibió igualmente para su persona y familia, señalándole 1500 reales al año, con cargo de asistir á las monjas y al hospital y de curar de medicina y cirugía.»

Extracto de actas del Cabildo. Tomo 1.º

za del país, lo que no sucedía en Tenerife, donde las personas favorecidas con mayorazgos estaban diseminadas en las poblaciones del interior, viviendo con frecuencia sobre los mismos lugares en que radicaban sus líneas. De ahí es que, además de los emolumentos fijos del Cabildo y del Obispo, contaba Viana con una clientela numerosa, en la misma capital y pueblos circunvecinos, que le ofrecía una dotación muy superior á la que hubiera podido obtener en Sevilla.

Sin embargo, apesar de estas ventajas, de la bondad del clima y tranquilidad inalterable de la población, el poeta no encontró en ella el bien que había soñado. Ignoramos las causas que motivaron el abandono de su lucrativo empleo, y la resolución que sin duda adoptó de alejarse para siempre de su país, porque, en las memorias que hemos podido consultar, nada encontramos que esclarezca nuestras dudas; pero es indudable que solo permaneció año y medio en Las Palmas.

Nombrado, como ya hemos dicho, médico titular del Cabildo en enero de 1633, hallamos que en octubre de 1634 se le admitió su renuncia, mandándose, que se le satisficieran inmediatamente sus adeudos, y que *se rea á quien se encarga traer otro médico en su lugar*, (1)

Es probable, pues, que se restituyera á su patria adoptiva, donde sus relaciones de amistad y parentesco, y una residencia de mas de treinta años, le habían de arrastrar con su irresistible influjo.

Sin tener datos para asegurarlo, creemos esta conje-

(1) Actas del Cabildo.

tura muy admisible, puesto que, teniendo la seguridad de que en octubre de 1634 renunció sus cargos, no es probable que permaneciera en una poblacion, para él extraña, privándose voluntariamente de unos sueldos de consideracion, con tanta espontaneidad ofrecidos.

Si, como lo creemos, volvió á Sevilla con sus hijos, allí debió morir, olvidándose en su vejez de las *afortunadas*, que en su juventud cantó. (1)

Tambien es verosímil, como ya hemos indicado en otro lugar, que un hombre dotado de las cualidades poéticas, que revela su poema, produjera en su edad madura alguna otra obra ú obras, mas dignas tal vez de aplauso que la que ha llegado hasta nosotros; pero ello es, que en ninguno de nuestros historiadores encontramos noticia ni documento, que nos autorice para afirmarlo, siendo lo mas probable, que si las escribió, no llegó á publicarlas.

Vamos ahora á examinar el poema, que le ha conquistado tan honroso lugar entre los hombres célebres canarios, y una honorífica mencion, en la lista de los pocos, que en España han ejercitado su pluma en la epopeya.

Desde luego advertiremos, que su modestia no le permitió calificar de poema aquel ensayo heroico, si bien, apesar de sus defectos, puede sostener la competencia, con

(1) El deseo de averiguar si Viana falleció en Las Palmas, nos ha impulsado á consultar todos los archivos y documentos, que se han ofrecido á nuestra solicitud; pero desgraciadamente las actas de defuncion, que se conservan en la parroquia matriz, solo alcanzan al año de 1667; y respecto á los archivos, solo hemos averiguado su renuncia admitida en octubre de 1634; por eso creemos que unicamente en Sevilla, podrá hallarse la noticia exacta de su muerte.

lo mejor que en ese género posee la literatura patria.

Diez y seis cantos contiene, y su argumento está basado en los hechos de que fué teatro Tenerife, durante su conquista por las armas españolas.

En el primer canto hace una bellissima descripcion de las Islas, recuerda sus antiguos nombres, el origen de sus habitantes, sus costumbres, vestidos, religion, y sistema político, concluyendo con una enumeracion de los cantones en que estaba dividida Tenerife, y de los reyes que al tiempo de la invasion castellana reinaban en ellos.

En el canto segundo se ocupa de la historia de las islas ya conquistadas, de los señores que las habian sucesivamente rendido, y de los ataques que, durante un siglo, se habian dirigido sin éxito alguno sobre las costas tinerfeñas.

Ya en el tercero principia á desarrollarse la accion del poema. Boncomo revista su gente de armas. Aparece la princesa Dácil en los bosques de la Laguna; llegan los navios españoles á la rada de Añaza; y se adelanta el valiente Sigoñé á reconocerlos.

En el canto cuarto se manifiesta Ruyman enamorado de Guacimara, y Gueton de su hermana Rosalva. Celebranse fiestas públicas en Taoro, y el capitan Sigoñé da cuenta al Rey de la invasion extranjera.

En el canto siguiente, vemos ya á los Españoles atrincherados en Sta. Cruz, y á uno de sus mas valientes y denodados Gefes, al jóven capitan Gonzalo del Castillo, adelantarse á las llanuras de la Laguna, y reconocer sus bosques. Entonecs encuentra á la princesa Dácil, y seducido por su hermosura, se enamora locamente de ella. Entre-

tanto Bencomo trata de paces con los españoles; pero no pudiendo llegar á un acuerdo, convoca á todos los reyezuelos de la Isla, y les propone reunir sus fuerzas contra el comun enemigo.

En el canto sexto aparece el héroe de los Guanches, el invencible Tinguaro, que con su ejército se pone en emboscada en el barranco de Acentejo. Añaterve, Rey de Guimar, traidor á su patria, se concierta con los castellanos, y el viejo Anton les refiere la aparición milagrosa de la virgen de Candelaria.

En los dos cantos siguientes el poeta celebra la famosa batalla de Acentejo, las hazañas de Tinguaro, y la victoria y generosidad de los guanches. Los españoles vencidos se refugian en la Gran-Canaria.

En el canto noveno, Tinguaro, olvidando á Guajara su amante, pide por esposa á la Princesa Guacimara. Bencomo prende á Gueton y á Rosalva, acusándolos de la muerte de Ruymán.

En los cantos décimo y undécimo, se da cuenta de los refuerzos que el duque de Medina envía á Alonso de Lugo, la llegada de aquellos á Canaria, y la nueva invasión, que con su auxilio tiene lugar en las playas de Añaza.

La batalla de la Laguna, que decide de la suerte de la Isla, se relata en el canto duodécimo; y en el siguiente, las entradas del ejército en los valles de Tacoronte y Tegueste. En una de estas escaramuzas, los guanches se apoderan de Gonzalo del Castillo.

En el canto décimo cuarto, Gonzalo aparece prisionero de Bencomo, quien lo concede la libertad sin con-

diciones.

En el canto siguiente, los guanches asientan sus reales á poca distancia de los castellanos, y después de varias alternativas, el Rey Bencomo se decide á rendirse, y recibir el bautismo con todos sus vasallos.

Por fin, en el último canto, Bencomo y Beneharo pacifican la Isla; visita Alonso de Lugo la cueva de Candelaria, vuelve á la Laguna, y funda en un extenso llano la Ciudad de este nombre, capital futura de la Isla de Tenerife.

Tal es, en resumen, el argumento del poema, no basado, como otros, en ficciones bien ó mal urdidas, sino en hechos verdaderos y auténticos, si hemos de dar crédito, á lo que nos cuentan las antiguas memorias del país.

Cada canto está escrito en verso suelto y octavas reales, y aunque se nota, al examinarlo en conjunto, la rapidez y precipitacion con que está compuesto, la falta de una correccion escrupulosa, y la inexperiencia de los pocos años, hay sin embargo, pensamientos bellísimos, espresados con novedad, valentia en el estilo, y facilidad en la versificacion.

Examinemos rápidamente sus versos, y se verá con cuanta justicia lo elogiamos.

Al describir el archipiélago, sus recuerdos de niño se agolpan á su imaginacion, y le presentan su adorada patria, bajo el aspecto de un Eden.

Los versos brotan de su pluma, bajo una impresion tan dulce, y dice:

Manaban leche las hermosas fuentes,

Las peñas miel süave, entapizadas
Con nativos panales; entre el musgo
Pajizo, blanda y delicada orchilla.
Con esperanza cierta el verde campo,
Al venidero siglo, ya presente,
Prometía mostrar fecundas cepas;
Y nudosos sarmientos de las vides,
Destilando el licor dulce y ardiente,
De melosos racimos en los pámpanos;
Y rubias cañas ofreciendo el zumo,
De que se cuaja el fino azúcar cándido,
Sabroso néctar de los sacros Dioses....

Producen sus espesos y altos montes
Alamos, cedros, láuros y cipreces,
Palmas, lignaloeles, robles, pinos,
Lentiscos, barbusanos, palos blancos,
Viñátigos y tilos, hayas, brezos,
Acebuches, tabaibas y cardones,
Granados, escobones, y los dragos,
Cuya resina ó sangre es utilísima.

Tienen grandes arroyos de aguas claras,
Con cuyo riego yerbas olorosas,
Brotan y esparcen matizadas flores;
El poleo vicioso, el blando heno,
El fresco trébol, toronjil, asándar,
El hinojo entallado, y el mastranzo.
Sube la yedra, y el jazmin se enroda,
Y se entreteje la violeta, y hacen
Un bello tornasol, con alhelies
En los espesos y frondosos bosques....

Al presentarnos la heroína del poema, se complace en describirla con los mas bellos colores de su paleta. Oigamos su retrato:

Es de muy poca edad, gallardo brio,
Tiene donaire, gracia, gentileza,
Frente espaciosa, grave, á quien circuye,
Largo cabello, mas que el sol dorado;
Cejas sutiles, que del color mismo,
Parecen arcos de oro, y corresponden
Crecidas las pestañas á sus visos;
Los ojos bellos son como esmeraldas
Cercadas de cristales transparentes,
Entreveradas de celosos circulos;
Cual bello rosicler las dos mejillas,
Y afilada nariz proporcionada;
Graciosa boca, cuyos gruesos labios,
Parecen hechos de coral purísimo
Donde á su tiempo, la templada risa
Cubre y descubre los ebúrneos dientes,
Cual ricas perlas ó diamantes finos,
Hermoso rostro, de color de nieve,
Con fuego y sangre á trechos matizado....

Esta es Dácil, la hija del Teide, la hermosura agresiva y salvaje, que ha de conquistar el corazón de Gonzalo.

Veamos que preciosa octava pone el poeta en sus labios, dirigiéndose al mar.

Lucierto mar, no sé si es bien que crea,

Que atheros el bien de mi esperanza,
 Que aunque á creer es fácil quien desca,
 Temeraria es la incierta confianza;
 Dudosa estoy, como posible sea,
 Estar entre tus ondas de mudanza,
 Aquel que ha de venir á ser constante,
 Mi dueño esposo, y verdadero amante.

Hay otra octava, que pone en boca de *Guelon*, y contiene un bellissimo símil, espresado con gracia y propiedad. Juzguen nuestros lectores:

Con ímpetu camina el cristalino
 Arroyo de aguas, en corriente recia,
 Peñas le ciñen, védante el camino,
 Y adonde mas le impiden, mas se arrecia:
 Hace lo mismo un loco desatino,
 Que estando firme, en pertinacia necia,
 Si quieren refrenarle se apresura,
 Y crece con mas furia su locura.

Gonzalo del Castillo, estraviado en el bosque de la Laguna, esclama al contemplar tantas bellezas naturales:

Oh isla afortunada, oh fertil tierra,
 Cuan grata y bella que á mis ojos eres,
 Mayores glorias tu pobreza encierra,
 Que España con sus prósperos haberes;
 Desecho los cuidados de la guerra,
 Que promete tu paz dulces placeres,

Y contemplo tu vega, monte y prado,
De flores matizadas, esmaltado.

Y cuando el noble español se encuentra con Dácil,
el poeta, queriendo espresar todo el placer que rebosa en
el corazón de sus héroes, nos dice:

Sienten los dos un no sé qué del cielo.

Muchas son las octavas que pudiéramos citar como
modelo de energía. No queremos, sin embargo, omitir
aquellas en que el adivino Guañameño, anuncia á Ben-
como la próxima llegada de sus enemigos.

Poderoso Bencomo, sin segundo,
El cielo aumente tu feliz estado;
Goza á Nivaria y más, si es que hay mas mundo,
Que mas mereces tú, si hay mas criado...
Como en servirte mis deseos fundo,
Saber el fin dudoso he procurado
De tu valor, que nó en su bien dudara,
Si al merito fortuna se igualara.

Mas es tan frágil tan mudable y vária,
Que no es seguro el bien de la ventura,
Es envidiosa, á buenos adversaria,
Y da, tras los placeres, amargura;
Es dudosa en los bienes y voltaria,
Y en los males, mas cierta y mas segura;
Pésame de inquietar tu pasatiempo,
Mas siempre viene el mal al mejor tiempo.

Por el cerúlco mar vendrán nadando,
Pájaros negros de muy blancas alas,
Truenos, rayos, relámpagos echando,
Señales propias de tormenta y malas,
De ellos saldrán á tierra pelcando
Fuentes varones, con diversas galas,
De otra nacion estraña y belicosa,
Para quitarte el reino poderosa.

Cuando, terminada la conquista de la Isla, Alonso de Lugo visita el santuario de la Candelaria, el afortunado guerrero, inspirado por la presencia de la aparecida imágen, le dirige una invocacion tiernisima, parafraseando la *Salve*, que á nuestro juicio, es de lo mejor que contiene el poema.

Copiaremos algunas de sus octavas, y así podrá juzgarse de su mérito:

Flor del jardin del Hacedor del Cielo,
Plantada de ab-eterno en su memoria;
Ave que fabricó la tierra á vuelo,
Humillando el divino autor de gloria;
Carbunclo que da luz al cielo y suelo,
Oro puro acendrado y sin escoria,
Que aunque en pobres mineros fue criado,
Por el sol de justicia fué apurado.

Luz de la luz, que luz de luz dió al dia,
Luz que ahuyentó la noche del pecado,
Luz de la luz, aurora de alegría,
Del mismo sol su luz ha transformado;

Estrella, cuya luz es norte y guía
De aqueste mar, sin luz y golfo airado,
Que por dar luz de gracia á estos paganos,
Traeis de luz candela en vuestras manos.

La posesion del cielo tan segura,
Por Dios á nuestro padre prometida,
Por el pecado lleno de amargura,
Justamente les fue desposeida;
Mas por vos, virgen madre de dulzura,
La esperanza nos fue restituida,
Y así por daros de victoria palma,
Salve, *spes nostra*, salve, os dice el alma.

Margarita, preciosa peregrina,
Siendo vos, todo el bien que hay en el cielo,
Y mi lengua tan torpe y tan indigna
De alabanza, quedóse con recelo;
Mas, como madre, con amor benígna,
Os pido recibais nuestro buen celo,
Porque dignos con vos, dignos seamos,
De Dios y sus promesas merezcamos.

Larga seria nuestra tarea, si nos propusieramos copiar todo lo bueno, que contiene el poema.

Si pudiera éste hallarse en manos de todos los que aprecian esta clase de composiciones literarias, nuestras citaciones hubieran sido aun mas escasas, porque estas obras, no se juzgan por fragmentos, sino en conjunto; pero, por desgracia, ésta, como todas las que ha producido el genio canario, desde que la civilizacion iluminó sus horizontes, son propiedad de algunos pocos curio-

ses, y nó patrimonio del público, cual debiera serlo para gloria del archipiélago, y de la nación á que pertenecemos.

Como único remedio á estos males, nada sería mas conveniente y acertado, que la organizacion de una asociación literaria, que tuviese por objeto esclusivo reunir fondos para la publicacion de una *biblioteca isleña*, colección completa y ordenada, de todas las obras de nuestros historiadores y poetas, ó al menos de las de aquellos que permanecen ineditas, ó son hoy casi desconocidas, acompañada cada edicion, de las ilustraciones que la crítica moderna pone al servicio de esta clase de obras para dar mas claridad y valor al testo.

Con esta empresa, que debiera ser apoyada y subvencionada por la provincia y sus municipios, se levantaría un monumento digno y duradero á las glorias canarias, se prestaría un eminente servicio al país, y se contribuiría al adelanto general de las ciencias históricas y geológicas, y al progreso de los estudios literarios, durante los tres últimos siglos, que abrazan en su conjunto el renacimiento, apogeo y decadencia de las letras en España y en sus numerosas colonias.

Si llegara á realizarse este proyecto, que ya en otras ocasiones se ha ensayado por iniciativa individual (1),

(1) En 1847 se publicó en Sta. Cruz de Tenerife una Biblioteca isleña, que dió por resultado la impresion de varias obras históricas y literarias desconocidas en el país.—Posteriormente el autor de estas biografías emprendió por si solo la gigantesca empresa de llevar á efecto el plan que hoy propone, y dió principio con la reimpression del *TEMPLO MILITANTE* de Cairasco, y unas *LEYENDAS CANARIAS*, en dos secciones diferentes. Inútil es decir, que le faltó el apoyo de las Corporaciones y del público.

¡Cuán inmensos serian sus resultados, y cuan grande el impulso, que comunicaria á nuestro progreso intelectual!

Esperemos que así llegue á suceder, en tiempos no remotos, si hemos de seguir en su gloriosa marcha, aunque de lejos, los adelantos rápidos de la civilizacion.

Todos los pueblos, por mas insignificante que sea el puesto que la Providencia les ha señalado, tienden seguramente á un mismo fin; y el destino misterioso de la Humanidad, no llegará á cumplirse, sinó cuando todos de consuno hayan alcanzado la mayor suma de ilustracion posible.

Concluiremos estas breves noticias recordando á nuestros lectores que Lope de Vega dedicó al poeta isleño un soneto, que se halla al principio del poema, y que nos revela al menos la fama que su nombre había alcanzado.

Este soneto poco conocido, de Lope, dice así:

Por mas quo el viento entre las ondas, graves
Montes levante, y con las velas rife,
Vuela por alta mar, isleño esquife,
Á competencia de las grandes naves.

Canta con versos dulces y sñaves,
La historia de Canaria y Tenerife,
Que en ciegos laberintos de Pasife,
Dá el cielo á la virtud fáciles llaves;

Sí en tiernos años, atrevido al polo
Miras del sol los rayos orientales,
En otra edad serás su Atlante solo:

Islas del Oceano, de corales

Ceñid su frente, en tanto que de Apolo

Crece á las verdes hojas inmortales.

Por último, el erudito bibliógrafo D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova* le consagra esta expresiva frase.

Patriæ amore obsequens, poemate non inoleganti laudes illius comprehendit.

Ante estas irrecusables autoridades no vacilemos en colocarle sobre el alto pedestal que nuestro patriotismo le consagra, como digno premio de su indisputable mérito.

SOR PETRONILA DE S. ESTEBAN.

SOR PETRONILA DE SAN ESTEBAN.

Uno de los tipos mas curiosos que se presentan al estudio del que intenta bosquejar los usos y costumbres de los Españoles en las tres últimas centurias, es sin disputa el que ofrecen aquellas monjas encerradas por su voluntad en el claustro, y creyendo con toda la sencillez é ingenuidad de su alma, hallarse destinadas por la Providencia á ejercer una influencia decisiva en la marcha de los acontecimientos humanos, torciendo á su antojo el curso natural de los sucesos, viendo corporalmente á la Divinidad, hablándole sin obstáculo, pronosticando lo futuro, y obrando otros milagros tan inesplicables como sorprendentes, pues no de otro modo debemos apellidar los extraordinarios hechos que en códices, informaciones y memorias han llegado hasta nosotros, revestidos de todos los signos externos de autenticidad que pueden, con

arreglo á la sana critica, exigirse para alejar toda sospecha de fraude ó embuste.

Es en efecto indudable que hubo muchas reclusas que de buena fé creyeron en su papel de profetisas, y las cuales, alhajadas por la esperanza de ocupar un lugar en los altares, llegaron á enfervorizarse de tal manera, que hubieran andado sobre carbones encendidos, á la menor señal de sus directores espirituales, sin manifestar el mas leve indicio de sufrimiento ó vacilacion.

La esplicacion de este fenómeno fisiológico, que parecerá tal vez inexplicable á muchos, es empero de muy sencilla solucion, para el que ha penetrado un poco en el extraño organismo de nuestra sociedad, tal como llegó á constituirse bajo la influencia politica de la casa de Austria.

El misticismo, convertido en sistema de educacion, glorificado desde el púlpito, aconsejado en el Confesonario, y juzgado como único camino de perfeccion, atraia á los espíritus débiles y enfermizos, predispuestos por su naturaleza á estos excesos de contemplacion interior, con la poderosa atraccion que ejerce siempre lo desconocido, lo hipotético y lo sobrenatural.

No queremos referirnos, al hablar de esta manera, á aquellos espíritus pervertidos ó maliciosos, que aguijoneados por una desenfrenada ambicion, ó por sus ruines pasiones fingian éxtasis, revelaciones y enrojecidas llagas para obtener una participacion en los negocios del Estado, conquistar aplauso y gloria, ó satisfacer venganzas personales; hablamos, por el contrario, de esos espíritus que sinceramente creian, de los que rebosando fe y entusiasmo, olvidaban en todos los instantes de su apenada vida la

tierra por el cielo, y desprendidos del santo amor de madre, de hija, ó de esposa, se retorcian en los epilépticos transportes de un amor imposible, que nó por llamarse etéreo dejaba de penetrar por los sentidos, y producir arrobos, que poco tenían de inmateriales. ¡Pobres é ilusas criaturas, cuyo tránsito por el mundo fué un continuo é inmerecido calvario!

Algunas hubo en las Canarias de estas víctimas inocentes, creyentes fervorosas, almas cándidas, impulsadas por las irresistibles corrientes de un fanatismo que todo lo invadía, y por una ignorancia cada día mas densa, respecto á la genuina interpretacion de la doctrina evangélica; pero, no se crea que vamos en este estudio biográfico á ridiculizar lo que de exagerado, absurdo ó infantil hubiera en la vida y hechos de esas místicas esposas del Señor, que así ellas mismas se llamaban. Comprendemos que obedecian á la presion que en ellas debia ejercer la atmósfera que las rodeaba; creemos que el sacrificio constante que en aras de su Dios hacian de todo lo que embellece la existencia, merece el respeto de la historia, aunque solo sea por el noble objeto que las impulsaba; mas, al reproducir uno de esos tristes cuadros conventuales, séanos tambien permitido combatir las causas productoras de esa perniciosa enfermedad, señalar los terribles efectos que produjo en aquella sociedad devota y corrompida, y hacer evidente la escasa perfeccion moral que su ejemplo llevó á las clases populares.

Nuestro trabajo es pues un estudio de costumbres, ajeno á toda cuestion dogmática; queremos fotografiar, por decirlo así, uno de esos tipos originales que se alzaban

de siglo en siglo por entre las rejas de los conventos, con pretensiones de santidad, de doble vista, y de inmunidad y privilegios celestiales, cuya fama irradiaba mas allá de los muros que tenían la dicha de albergarlo, y que constituían la desesperacion y envidia de los demas conventos rivales.

Dudosa podria ser la eleccion para nosotros, porque en las tres últimas centurias hubo muchas santas de esta clase en la Provincia; pero, como poseamos numerosos datos referentes á la que en el siglo pasado se llamó la *Madre San Esteban*, elegiremos ésta, cuya celebridad llegó á traspasar los límites del Archipiélago, siendo consultada y venerada por las personas mas doctas que residían entonces en la Capital de la Diócesis, y en sus poblaciones mas importantes.

En 1676 habia en Las Palmas un caballero vizcaíno llamado D. Domingo Monroy, ó Montgru, que estaba casado, desde algunos años antes, con Doña Sebastiana de los Cobos, de una familia distinguida de la Gran-Canaria. Ejercia Monroy el cargo de Capitan de Caballos y poseían ambos esposos algunos bienes de fortuna, con los que daban educacion á tres niñas, que de su matrimonio habian nacido, llamadas Catalina, Mariana y Petronila.

Petronila que era la última, habia visto la luz en la madrugada del Domingo 2 de abril de aquel año, dia en que se celebraba el primero de la pascua de Resurreccion, y en el momento mismo en que pasaba por la calle del Cano, donde vivia D.^a Sebastiana, la procesion que los frailes de San Francisco llamaban del resucitado.

Desde aquel instante principiaron los prodigios de la

recien nacida y sus confesores recogieron luego minuciosamente para tegerle la corona de prodestinacion y santidad con que adornaron despues su frente.

Cedamos por un momento la palabra al desconocido Biógrafo que nos dejó escrita una parte de la historia de Sor Petronila, para que se vea con cuanta razon afirmamos, que nada se omitió para considerarla como una criatura predestinada.

«No fue menos singular ó de notar, dice, lo que sucedió en esta mañana misma, (2 de abril de 1676) pues á poco tiempo de nacida, cuando mas alegremente festejaban el dichoso natal de tan agraciada niña, dándole repetidos parabienes á la madre, interrumpió su gozo, y sobresaltó la casa toda, un susto bien fundado, y que les ocasionó no poca pena; y fué, que un furioso bravo buey ó toro, se arrojó precipitadamente á la casa, y venciendo la primera puerta, acometió á la segunda con tanta furia y con violentas tostaradas en la puerta, que hacia temblar y estremecer la casa toda, poniendo en congoja y aliecion á los que se hallaban dentro, hasta que tuvieron la fortuna de que se retirase ó apartase sin romperla. Rara casualidad en que se puede sospechar que el *Demonio* en esta figura, presintiendo la guerra que le habia de hacer aquella recien nacida niña, irritado en infernales furias, pretendia sofocarla antes que llegase á crecer.» (1)

(1) Vida y milagros de Sor Petronila de San Esteban. Manuscrito que contiene en 18 capitulos los sucesos de su vida hasta que profesó. No tiene nombre de autor, pero sospechamos fuese escrito por su último confesor. El manuscrito estaba completo, pero no ha llegado á nosotros sino la primera parte.

Poseemos, sin embargo, los diarios de dos de sus confesores, en los que se refieren todos los principales acontecimientos de su vida, sus combates, sus milagros y sus proteccas.

Ocho dias despues de este suceso fué bautizada en el Sagrario de la Catedral por el párroco Don Agustín de Figueredo, que luego llegó á ser Arcediano de Fuerteventura, teniendo la honra de ser su padrino Don Matías Cervantes, y poniendole por nombre Petronila, como recuerdo de un tío suyo, hermano de su materno abuelo, llamado Pedro.

Desde los tres y cuatro años era grande en esta niña su afición al rezo, contándose de ella en esta temprana edad una respuesta que dió á un inglés, protestante, que visitaba la casa de sus padres, y la queria mucho, el cual como le dijera con frecuencia, acariciandola, que cuando fuera mayor se había de casar con él, la niña, le replicaba siempre—Antes has de aprender á rezar—y ella misma le enseñaba con su voz balbuciente el padre nuestro y Ave Maria, que el inglés iba repitiendo, prendado de tanta gracia. (1)

(1) Obra citada, cap. 2.

El autor añade respecto al inglés estas noticias.

«Pasóse al Norte el año de 1700 por las guerras, y habiendo vuelto ha ido á visitar á las tres hermanas en el convento; bajó la mayor, quien contándole a San Esteban lo que le habia referido de sus pasadas gracias, movida de caridad, pidió muy de veras al Señor por la conversion de él, y le respondió Su Magestad, que estaba ya precito y endurecido el corazon, y que el Demonio le tenia para grandes ruinas de la Cristianidad. Despues de esto, estando un dia en oracion le llevaron los Angeles en espíritu al mar, donde vió batallar y combatirse dos navies, uno español y otro inglés en que iba Juan (asi le llamaba) quien llevaba ya vencido al español: entonces San Esteban y los Angeles, tocando por un lado el navio, lo volcaron, quedando libre el español, y siendole muy sensible la condenacion de los Ingleses. Dijeronle los ángeles—Alma, esto conviene, y nó otra cosa, pues así se estorban los duños que este herege intenta hacer á la Cristiandad, y á que el Demonio le influye fuertemente, y solo así se pueden estorbar, y es la voluntad del Altísimo.»

A los cuatro años Sor Petronila perdió á su madre, quedando huérfanas las tres hermanas, cuando la mayor contaba apenas diez años.

Su padre, entonces, que tal vez tenia familia ó intereses en otros países, abandonó la Gran-Canaria, adonde creemos que no volvió, dejando á sus hijas en el convento de S. Bernardo de Las Palmas, al cuidado de una religiosa llamada S. Vicente, tía de su malograda esposa D.^a Sebastiana. (1)

Desde aquella edad, los cuatro muros del convento fueron el horizonte que se presentó á la huérfana; los claustros, el mundo donde necesariamente habia de vivir; y las monjas, la sociedad que habia de conocer y amar.

Por lo que ella misma nos refiere, era su rostro gracioso, su pelo abundante, y sus manos blancas y rosadas; sabia cantar y bailar, y sus juegos infantiles eran celebrados por toda la Comunidad.

Sin embargo, parece que desde niña se observaba en ella una tendencia manifiesta hácia el aislamiento, el silencio y la oracion. Con frecuencia se apartaba de la compañía de las demas niñas que en el Convento se educaban, y se escondia en el Coro, donde se la encontraba

(1) Cuenta el autor que seguimos, hablando del padre de Sor Petronila, lo siguiente.

«Años despues, una noche que iba San Esteban á orar al Coro, en medio del Claustro le dijo el ángel de su guarda—En este instante murió tu padre en Indias, pide por él.—Y con igualdad de animo respondió—Dios le perdone—Mas adelante, estando en obras piadosas por su padre, fué llevada en espíritu al purgatorio en donde lo vió, y dice estabz en un pozo profundísimo, que apenas se veia, y que de allí le clamó diciendole—Hija, pide por mí, que estoy en grandísima necesidad—Y así lo hizo hasta que supo estar glorioso.

inmóvil, con los ojos fijos en un punto desconocido, murmurando estrañas palabras, y presa de movimientos convulsivos, como si sus nervios se vieran tendidos, sacudidos ó impregnados de effluvios polverosos.

Estas manifestaciones históricas, que se repetian y aumentaban con la falta de alimentacion, y un sistema de ayunos y maceraciones, exajerado por la inexperiencia de la juventud, y por el afan de acercarse á una perfeccion irrealizable, principiò á crearle en medio de sus compañeras una reputacion, que la elevaba para unas á la altura excepcional de una santa, quedando para otras al nivel de una miserable hipócrita.

Esta lucha, que en un convento de noventa monjas, con un doble número de mozas de servicio, y un centenar de niñas por educandas, debia ser terrible, duró muchos años, como ella misma lo asegura, no habiendo conseguido vencer la rebelde voluntad de las monjas, sino cuando ya en su edad madura, los pronósticos, visiones y arrobos le dieron tanta fama, que el público impuso, por decirlo así, su santidad á todas sus compañeras.

Escasos fueron al parecer los productos que como dote pudieron llevar al convento las tres hermanas, pues se asegura que muchas veces acudian al trabajo de sus manos para proveer á las necesidades de la vida. Entonces fué cuando Sor Petronila llegó á adquirir una destreza maravillosa en los juguetes de palma que alli se trabajahan, juguetes que la comunidad vendia á los mercaderes ingleses y flamencos, siendo motivo de admiracion en los mercados de Europa, adonde se solicitaban á elevados precios.

A este propósito dice el autor ya citado (1): «Con la mayor edad queria su esposo Jesucristo ir la probando más, y acrisolando con mayores trabajos; y así, entrada ya en los nueve años, comenzó á experimentar tanta falta de medios, y caer en tan estrema pobreza, que aun de ropa carecia.... mas el Señor no la desamparó, pues le dió una gran habilidad de manos para trabajar en láminas y otras allajitas de palma, en que con gran primor y singularidad se trabaja en este Monasterio, corriendo con la mayor estimacion de su inimitable idea ly esquisito arte, con muy particulares dibujos, no solo en estas siete Islas, sino de los Reinos de España é Inglaterra, de donde hasta el dia de hoy se solicita á costa de crecidos precios, y de cuya diversion honesta se mantiene gran parte de esta crecida Comunidad para algunas necesidades religiosas, queriendo á imitacion de los retirados anacoretas ganar con el trabajo de sus manos y el sudor de sus frentes algo de aquello mucho, que como Señoras calificadas renunciaron en el mundo, quando se desposaron con Jesucristo, y le prometieron imitarle en la pobreza, ocupando así, santa y laboriosamente, aquellos escasos ratos que les permiten las distribuciones religiosas, y temporales officios, en que les ocupa la obediencia, aborreciendo el ocio, como origen de todos los males, y concurriendo el Señor con las bendiciones de la Providencia, dejándose ver ésta en los eficaces empeños y célebres aplausos con que de dia en dia crecen, y solícitamente se procura semejantes primorosas obras, aun de las mayores Cortes, como son las de Madrid y Londres, y en donde son recibidas, como

(1) Capitulo. 10. op. cit.

las mas ricas alhajas, y mas estimables joyas; siendo hoy lo único en que por lo raro les pareco desempeñar su reconocida gratitud algunos de los que vuelven á estas Islas, beneficiados y favorecidos de aquellos mayores Señores, y mas altos personajes, quienes no se desdeñan, ni les parecen indignos pasarlos á las manos de las personas Reales, que los reciben con agrado, estimacion y singular benovolencia.»

Cuando llegó el momento de pronunciar sus votos, y encerrarse definitivamente en el Convento, hubo algunas personas piadosas que quisieron darle la dote que entonces se exigia, con cuyo auxilio pudo realizar su mas ardiente deseo, y continuar la vida de sacrificios que ella misma se habia impuesto.

Desde aquel dia se sucedieron sin interrupcion los prodigios, siendo tan frecuentes los éxtasis, visiones, anuncios proféticos, curaciones maravillosas, ó intervencion divina en los asuntos que se le recomendaban, que nadie puso en duda su santidad y virtudes en grado heroico.

Disputábanse los eclesiásticos el cargo de ser su Director espiritual, y el que lo obtenia, mas bien recibia de ella consejos y doctrina, que los daba, constituyendose ademas en la obligacion de recoger en un diario todos los sucesos extraordinarios que ella les revelaba, fuera del secreto de la confesion, con el fin de que esos apuntes sirvieran algun dia para escribir la vida, de la que ellos consideraban ya tan santa, como la mas gloriosa de las que venera la Iglesia.

El Dean de la Catedral, D. Jose Loreto, fué el primero que principi6 á escribir aquel Diario, que conti-

muó hasta su muerte; sucediéndole luego el arcediano de Tenerife D. Baltazar Calzadilla, que añadió todo lo que de publico se contaba, y lo que ella misma le referia, dando crédito á las mas absurdas patrañas, y á los mas ridiculos prodigios, con una fé tan viva, que no podemos dudar de su infantil candidez.

No habia suceso político ó de gobierno, que con anticipacion no se consultase con ella, ni enfermedad grave cuya curacion no se imploráse de su clemencia.

Para estas consultas tenia la madre S. Esteban un niño Jesus, que se veneraba entonces en el Coro alto del Convento Bernardo, con cuya imágen hablaba familiarmente, recibiendo no solo contestaciones, sino repetidas caricias corporales y consuelos espirituales. Otra imágen tenia en su celda, que representaba á S. Juan Bautista, á quien consultaba con mas franqueza y con menos cumplimientos, llegando hasta el caso de reñirle, cuando el Santo le contestaba, que no le era lícito acceder á la pretension formulada, ó por absurda ó por imposible.

Algo perjudicó á sus conatos de santidad la larga vida que llegó á alcanzar nuestra monja, apesar de sus ayunos y privaciones, pues la debilidad, natural á una edad avanzada, revela siempre á ojos indiscretos la miseria de la humana naturaleza, miseria que no está en armonia con la lucidez de espíritu y la limpieza corporal de un inspirado.

Sor Petronila murió, en efecto, el 7 de setiembre de 1759, habiendo por lo tanto llegado á los 83 años, tiempo mas que suficiente para calmar el mas ardoroso entusiasmo en sus ciegos prosélitos y admiradores.

A su muerte se imprimió y gravó en España una lámina, que hemos tenido ocasion de ver, en donde se encuentra el retrato del niño Jesus, objeto de sus torpezas y revelaciones, y sentada ella á la izquierda en un sillón, con sus tocas de monja, en actitud de orar, pero revelando en su figura una edad muy avanzada. (1)

No sabemos que á su muerte hubiese aquel ferviente celo, que inspiró en el siglo anterior la monja Sor Catalina de S. Mateo, del convento de Santa Clara, á la cual se le consagraron nueve dias de honras, costeadas por las principales autoridades y Corporaciones de las Palmas, estando presente el cuerpo de la ilustre finada, sin señal alguna de corrupcion, antes exalando un olor de ambrosia tan grato y penetrante, que perfumaba el Coro, Iglesia y calles adyacentes, (2); pero nosotros creemos, que esta diferencia puede esplicarse recordando que el siglo XVII era mas apto que el siglo XVIII para esta clase de mistificaciones, sin que esto perjudique en nada la virtud de ambas, ni la buena fe con que observaron sus deberes religiosos.

No cumpliríamos con el fin que nos hemos propuesto al bosquejar esta biografia, si despues de los rasgos generales que constituyen por decirlo los principales contornos de la figura que delincamos, no descendieramos aho-

(1) La lámina tiene al pié la relacion siguiente:

Verdadero Retrato de la Santísima Imagen del Niño Jesus, que se venera en el Coro alto del Convento de la Concepcion Bernardo de Canaria, cuyos cultos promovió la Venerable Madre Petronila de San Esteban Montgru y Cobos, Religiosa en el mismo convento, donde falleció en grande opinion de virtud y santidad á las 12 de la noche el dia 7 de Setiembre de 1739.—Fernando Diaz retocó.

(2) Los Inquisidores en carta al Consejo confirman todos estos detalles.

ra á los perfiles que revelan su fisonomía interna, ofreciendo á nuestros lectores algunos fragmentos de los diarios donde su vida se relata.

Veamos algo de lo que los Señores Loreto y Calzadilla nos dejaron escrito, que es digno de estudio y reflexión.

Desposorios de San Esteban con Jesucristo.

Habla el Señor Dean Loreto:

«En una ocasion se le aparecieron Jesucristo y su Madre, San Benito y San Bernardo. Traia la Virgen en el pecho una riquisima esmeralda, finisima sobremanera, que se lo cogia todo, y preguntándole que representaba aquella joya, le respondió la Virgen, que representaba á su alma, y que su hijo venia á desposarse con ella, y que aquella soberana Señora y los Santos Patriarcas eran los padrinos. Dióle la mano Jesucristo nuestro Señor, y al tomarla sintió que se movió el alma con la mayor fineza y amor de Dios....» (1)

Favores de San Juan.

«Era muy devota de San Juan Bautista, y lo reverenciaba mucho en una imágen que tenia en su celda muy hermosa, de quien recibió muchos favores, y éste en especial. Hallábase en una ocasion estremadamente afligida con una tentacion, que aunque principalmente tiraba á la castidad, que eran las que mas sentia, era tambien contra otras virtudes. Duró mas de dos dias en esta batalla, cuando volvieron á su celda la imágen de San Juan, que la traian de en casa de un devoto suyo, que le habia celebrado en su casa una muy fervorosa novena; y así que vió al Santo le pidió humildisimamente, que pues

(1) Diario del Dean Loreto. Párrafo 13.

merecia tanto con Dios, y habia sido tan casto y puro, alcanzase de Su Magestad, le librase de aquel trabajo en que se hallaba; y siendo así que la imágen del Santo tiene los ojos algo inclinados al suelo, vió sensiblemente que levantaba el rostro muy gozoso y alegre, y encarándo con ella la estuvo mirando algún tiempo, y con esta vista le movió tan gustosamente el corazon y la alma, que no solo se halló libre de la tentacion que padecia contra la castidad y demas virtudes, sino que le dió á conocer la fealdad y gravísima malicia que tiene el pecado....» (1)

Malicias del diablo. Habla el Sr. Calzadilla.

«Estando en el noviciado, dice, que como al medio de él habia un sitio que cuantas novicias ponian allí su cama, luego se salian para casarse, y continuado, habia sucedido con unas seis. Que en la oracion pidió al Señor que ya que les habia permitido entrar en su casa, les ayudara para que no volvieran al mundo á pasar trabajos y peligros. Y el Señor le dijo; en saliendo la que está ahora allí, pon tu cama en el mismo puesto. Que por entonces no habia rumor de que saliera; pero en breves dias se salió para casarse. San Esteban mudó allí su cama, y las del Noviciado comenzaron á chasquearla, que se habia de casar, y otras chanzas de gente moza. A todo callaba con semblante risueño, y ejecutó lo que el Señor le habia mandado, y dice: que reconoció que estaba allí arrimado un Demonio muy lascivo, ó Principe de la lujuria, que atormentaba á las que allí dormian, de forma que las precipitaba á muchas incontinenacias, segun llegó á entender. Este maldito comenzó su batalla con San Es-

(1) Diario del Dean Loreto. Párrafo 96.

taban, hasta echar el resto de sus astucias; y cuando se veía tan burlado, se arrastraba por el Noviciado, removiéndose y arañándose, jurando que se había de vengar de San Esteban, con tal rabia que en muchas ocasiones oían el ruido las novicias, y decían, que eran ánimas del Purgatorio, que venían á hablar á San Esteban. En otras batallas en que se vió afligidísima, llamaba por Dios y los ángeles, y venían á batallar con aquel Demonio y lo castigaban, de que él mas se enfurecía, y maquinaba mayores astucias contra San Esteban; que en esta batalla estuvo dos años continuos, hasta que por permission del Altísimo los Angeles expelieron de aquel sitio este infame infernal enemigo.» (1)

Y continúa el mismo Confesor.

«Estos dias ha tenido á su niño Jesus en su celda, y dice no lo quiere dejar llevar al Coro, hasta que no haya buen viento, para que yo me vaya á las islas; y que haciéndole la súplica el niño se rie muchísimo, como si estuviera vivo, y ha tenido el color muy encendido; y esta risa la repite, cada que repite la súplica; y que de esto se queda humilladísima, y ha pensado que ella es la culpa de la dilacion del viaje, porque lo repugnaba antes; y el morir el niño discurre que es de verselo pedir ahora con tanta eficacia y empeño.» (2).

Con este estilo y esta crítica siguen escribiendo uno y otro confesor hasta llenar un abultado tomo, de mas de quinientas páginas, acumulando sucesos inauditos, apariciones sobrehumanas, coloquios celestiales, curaciones

(1) Diario del Sr. Calzadilla p. 28.

(2) Diario del Sr. Calzadilla p. 132.

milagrosas y anuncios proféticos.

Para concluir citaremos lo que nos revela la misma Santa sobre el carácter de sus compañeras de claustro. Habla el mismo confesor.

«Dijome de la vida pasada, que cuando habia elecciones de Abadesa, tenia el enemigo grandes ganancias, porque visiblemente los veia andar visitando los barrios del convento é influyendo á las religiosas á enredos, cuentos y mentiras; y que en una de estas ocasiones vió, viniendo para el Coro, á Lucifer recostado en un corredor. Entróse en su oracion, y pidió al Señor que no permitiera que aquellos malvados inquietaran sus esposas, y su Magestad le respondió: Hija, ellas con su mala disposicion son quiénes los incitan á que ellos las inquieten.» (1)

Todo esto lo escribe el Canónigo Confesor, sin dudar un solo momento de su autenticidad, y con un candor y buena fé que se revelan en su estilo, en los pormenores de sus relaciones, y en lo que nos refiere de sus negocios personales. A veces nos cuenta asuntos tan escabrosos, que no nos atrevemos á reproducir con mucho sentimiento nuestro, porque son las mejores pinceladas del cuadro que nos habiamos propuesto bosquejar. Hay ciertos tumores curados por la Santa, y una observacion pudorosa del Sr. S. Juan, respecto á ciertas Señoritas donde solia enviarlo la Madre San Esteban, y las cuales se divertian en hacerle cambiar de vestido, que constituyen lo mas sabroso de éste tan raro como curioso libro.

No queremos añadir reflexion alguna á lo que ya llevamos espuesto sobre las monjas santas y milagreras.

(1) Diario del Sr. Calzadilla p. 75.

Tipo es éste que felizmente ha desaparecido de entre nosotros pues aunque todavía suele aparecer alguna ilusa con conatos de profetisa, no se atreve á mostrarse ante un público incrédulo y burlesco, que en vez de la inspiración divina, inquiere en ella el fraude ó la enfermedad que tales crisis provoca.

Para honra del buen sentido, esperamos que esos tiempos no volverán jamás á repetirse.

D. ANTONIO RUIZ PADRON,

D. ANTONIO RUIZ PADRON.

Hay en nuestra historia patria un hecho culminante, poco estudiado de nuestros modernos historiadores, que sin embargo es la clave explicativa de todos los sucesos que desde fines del siglo XV han venido desarrollandose en España, bajo los tres aspectos social, político y religioso.

Este hecho, al que damos tan inmensa y trascendental importancia, fue la creacion en las Andalucias del Tribunal del Santo Oficio, tribunal, que si bien fué conocido en otras Naciones, bajo el nombre de Tribunal de la Fé, no lo fué en la forma y duracion que en nuestra desgraciada España, donde su huella siniestra y fatal puede aun encontrarse en algunas de nuestras actuales instituciones.

Nació ese Tribunal espontáneamente en nuestro suelo, como planta venenosa que brota al calor de las san-

grientas luchas de la Reconquista, á la sombra de una profunda barbarie, y bajo el impulso de un Clero prepotente, fanático y dominador.

Organizado dicho Tribunal bajo una forma desconocida en todas las legislaciones de los pueblos cultos, apoyado en un sistema de expoliaciones, que no reconocía límites ni apelacion, sirviendo de incondicional apoyo al poder absoluto del monarca, poder que principiaba á surgir del caos del Feudalismo; y escudado con unas ordenanzas que abandonaban al capricho de sus jueces la honra, fortuna y vida de los ciudadanos, creció potente y avasallador, poniendo diques á la investigacion humana, quemando el libro, y condenando la Ciencia, á nombre de una Religion progresiva y civilizadora.

Despues de un efimero periodo de grandeza, en que la loca ambicion de Carlos I. y la funesta politica de Felipe II. derramaron fuera de España la sangre mas pura y generosa de sus hijos, el estenso imperio que ocupaba lo mejor del mundo conocido, fue debilitandose rápidamente, y presa de miseria horrible y de invencible ignorancia, vió yermos sus campos y ciudades, sin vida su comercio, agricultura é industria, aislada su poblacion de toda comunion de ideas, y gobernada por favoritos imbéciles, por Reyes hechizados, y por un clero soberbio, que solo se complacia en atizar las hogueras, donde creia quemar para siempre el pensamiento humano.

El mal parecia no tener remedio alguno. Apesár de la guerra de sucesion, del gobierno relativamente ilustrado de Felipe V. y Carlos III, y de las ideas que, traspasan-

do clandestinamente las fronteras, venian á ocultarse en los claústros y universidades, era tan lento el progreso, tan escaso el número de los que se atrevian á pensar por si solos, que el Santo oficio podia en verdad llegar á persuadirse de la estabilidad perpetua de su dominacion en España.

Las libertades públicas habian perecido en Aragon, Cataluña y Valencia; el mas innoble despotismo pesaba sobre la frente humillada de sus pueblos, y nadie recordaba el nombre de Córtes, sino como una inútil asamblea, que el lujo de los monarcas convocaba para dar mas brillantez á sus caprichosas pragmáticas.

¿De donde vendria el remedio heroico para tantos males? ¿Cuando se desencadenaria el huracan, que arrancaria de raiz el arbol emponzoñado de la Inquisicion? ¿Qué piqueta revolucionaria demoleria el alcázar de tanto despotismo?

Cuando estas interrogaciones se formulaban en el foro interno de unos pocos é impotentes pensadores, la invasion Napoleónica sembraba las primeras semillas de nuestra regeneracion política, y arrojaba á todos los vientos el ya perdido germen de nuestras libertades. Las Córtes de 1812, nacidas entre el fragor de las batallas, el odio al extranjero, y la ruina y desolacion de las familias, se levantó como faro de salud, alumbrando desconocidas sendas, y señalando á los atónitos ojos de la ignorante multitud, horizontes que nunca habia soñado.

Desde lo mas agreste de esas Islas, que confinan con el Continente Africano, habia yá salido un hombre dotado de claro talento y perseverante energia, el cual, después

de varias vicisitudes, se encontraba elevado á una dignidad casi episcopal, y en disposicion de ser el brazo que la Providencia destinaba para dirigir el mas rudo golpe á la vergonzosa institucion, que aun se alzaba orgullosa y potente, sobre el miserable suelo que habia cubierto de oprobio y lágrimas.

Llamábase aquel hombre D. Antonio Ruiz Padron, habia nacido en la villa de S. Sebastian de la Isla de la Gomera el 9 de Noviembre de 1757, y eran sus padres D. Gaspar Ruiz y Doña Gerónima de Armas.

Aficionado desde pequeño al estudio, como lo han sido todos los hombres que han contribuido de algun modo al progreso social, aprendió en la apartada isla donde habia nacido los primeros rudimentos de latinidad y humanidades, y cuando agotó toda la ciencia del Párroco que le servia de preceptor, sediento siempre de saber, pasó á Tenerife, recomendado eficazmente á los Padres de San Francisco, que se albergaban en el convento de San Miguel de las Victorias de la Laguna, cursó allí los estudios mayores, y festejado y aliagado por los frailes, que desde luego habian comprendido la privilegiada inteligencia de su discípulo, no vaciló en ingresar en su orden, dentro de la cual le hicieron aquellos esperar que alcanzaria honra, fortuna y honores.

El aplicado estudiante, que no descubria en medio de aquella sociedad miserable é ignorante, carrera alguna que le diera protección, ni le sonreia la esperanza de un mejor porvenir, entró sin repugnancia en aquella comunidad, que le daba la seguridad de una existencia tranquila ofreciendole gratuitamente el pasto del alma, que tanto

ambicionaba.

Allí concluyó los estudios teológicos, que entonces se cursaban en las aulas de los principales Conventos de las Canarias, y adquirió toda la ciencia á que podia esperar en un establecimiento de enseñanza superior, tan humilde como lo era el de San Miguel de las Victorias.

Iba ya á cumplir Ruiz Padron sus 27 años, cuando un fraile de su misma orden, que era tio suyo, y residia en la Ciudad de la Habana, llamado Fr. Jacinto Mora, le escribió invitándole á pasar al convento que en aquella rica poblacion habitaba, en donde encontraria un campo mas vasto donde lucir su fácil palabra, satisfacer su aficion al estudio, y perfeccionar las brillantes dotes de su claro ingenio.

Tan seductora proposicion llenó de júbilo el alma entusiasta del olvidado fraile, y le hizo soñar con esplendidos horizontes, triunfos oratorios y brillantes certámenes, en medio de una sociedad escogida.

Concedida la licencia de sus superiores, y tal vez, despues de visitar su patria y familia, llegó á Santa Cruz de Tenerife, en cuya rada se embarcó por el mes de Mayo de 1784, en uno de los buques que hacian entonces el tráfico con las Antillas.

Ignoramos si las malas condiciones del buque, la impericia del piloto, ó alguna deshecha borrasca arrojaron la nave sobre las playas de la America del Norte, pero es lo cierto que naufragó en las costas de la Pensilvania, salvándose milagrosamente el estudioso isleño, despues de los peligros, angustias y zozobras, que tan desgraciado acontecimiento habia de proporcionarle.

Habia ya en aquel floreciente Estado muchas familias católicas españolas, que residían principalmente en Filadelfia, ciudad que el ilustre Franklin habitaba entonces, las cuales acogieron con cariñosa solicitud al pobre náufrago, prestándole todos aquellos servicios, que tanto se agradecen lejos de la patria, y en circunstancias tan azarosas como las que rodeaban á Ruiz Padron.

En breve se divulgó por la Ciudad la noticia de su llegada, y se supo que era buen Predicador y un erudito Teólogo, cualidades que le facilitaron el ingreso en la tertulia de Franklin, quien reunía en su casa á todos los hombres de reconocido saber que residían en Filadelfia.

La tertulia se componía casi exclusivamente de ministros de la Iglesia reformada, y se hablaba en ella con pasión y sin reserva de cuestiones religiosas, debatiendo ampliamente todos los puntos en que las sectas que nacieron de la Reforma se apartan de la Iglesia Romana.

Ancho campo se presentó al elocuente franciscano para dar á conocer ventajosamente sus condiciones de polemista y orador, defendiendo la religion católica de los rudos ataques de sus adversarios, y atacando él á su vez á éstos en los puntos vulnerables de sus doctrinas, aunque siempre dentro de las formas corteses y benévolas, que en aquel país de libre exámen se usan respecto á los que siguen diferentes cultos.

Un solo punto habia, sin embargo, en que se encontraba Ruiz Padron con mucho sentimiento suyo, débil y vacilante en la argumentacion, porque allá en lo mas oculto de su conciencia dudaba de la bondad de la institucion que deseaba defender, considerandola como parte

integrante del organismo católico.

Esa institucion, que el fraile canario no se atrevia francamente á defender era la del Tribunal del Santo-Oficio, que aun en aquella época ejercia una gran influencia en España, y parecia tener asegurada su existencia por largos años, para bien y felicidad de esta desventurada nacion.

Pero, tal es el influjo que llegan por último á ejercer las buenas ideas, cuando se encuentran apoyadas por un sano criterio y un corazon recto, que el espíritu de intolerancia infiltrado desde su niñez por sus preceptores, y sostenido por una educacion claustral é intransigente, tuvo que retroceder ante las poderosas razones de sus corteses adversarios, que con las mismas máximas del Evangelio combatian la fundacion, tendencias y salvago ferocidad de los Tribunales de la fé.

Entonces fué, cuando alentado por el noble ejemplo de aquel pueblo americano, tan grande como afortunado desde los primeros albores de su independencia, se resolvió á predicar en la Iglesia Católica de Filadelfia un sermón sobre la tolerancia, que debió sorprender extraordinariamente á todos los que tuvieron ocasion de oírle.

Inaudito caso era en efecto, oír de los labios de un fraile católico y español el elogio de una virtud; desterrada hacia muchos siglos del heroico suelo ibérico, y no sabemos que impresion debió producir en los oficiales de las fragatas de guerra españolas Héroe y Loreto, que con las tripulaciones de ocho ó diez buques mercantes, asistieron á tan notable acontecimiento.

En cuanto á la parte de la poblacion que profesaba el

catolicismo, y se hallaba acostumbrada á la libertad religiosa del país, no debió encontrar en las palabras de Ruiz Padron, sino el mérito relevante de una erudicion y elocuencia dignas del mayor aplauso, sin llegar tal vez á comprender toda la abnegacion y fuerza de voluntad, que necesitaba el futuro constituyente, para defender una tolerancia, que para una inmensa mayoria de los españoles era sinónimo de heregia.

La congregacion católica de Filadelfia, muy agena á esas estrechas ideas, celebró el discurso, y acordó su traduccion al ingles, de que se encargó uno de los Párrocos de aquella Ciudad, siendo luego predicado en ese idioma, no solamente en Filadelfia, sino en otras muchas poblaciones principales de los Estados Unidos.

Conseguido este triunfo oratorio, fue invitado por otras congregaciones católicas á recorrer algunos Estados de la Union, para sostener con su fácil palabra los intereses religiosos de sus hermanos, allí donde la libertad de discusion brindaba á ejercer las nobles tareas del apostolado.

Auxiliado y sostenido por aquellas celosas congregaciones recorrió el Maryland y Baltimore, predicando en todas partes con grande éxito, obteniendo algunas conversiones de diversas familias protestantes, y defendiendo en todas ocasiones los dogmas católicos con el fervor de un celoso misionero.

A este movimiento inusitado de propaganda católica se debió la idea de crear una junta, que solicitase de Su Santidad la ereccion de una Silla Episcopal en la República norte-americana, que diera cohesion y unidad á los esfuerzos de todos los que profesaban aquellos prin-

cipios religiosos en los Estados de la Union; y el eminente franciscano tuvo la honra de formar parte de esa importante comision, que por sus futuros resultados ocupa tan preferente lugar en la historia del proselitismo católico del último siglo.

No fueron vanos los esfuerzos de la Junta en aquella notable ocasion; el Papa Pio VI, comprendiendo las incalculables ventajas de la proposicion que se sometia á su criterio, no vaciló un instante en aprobarla, creando un Obispado en Filadelfia, y nombrando para desempeñar tan elevado cargo á su vicario apostólico el Sr. Carrol.

Justamente orgulloso con el buen resultado de su improvisada mision, el ya célebre Canario dejó con sentimiento la reciente República, y se dirigió á la Habana, donde le habia precedido la fama de su nombre, y los triunfos obtenidos en el Púlpito y en las asambleas particulares.

No era la Habana campo favorable á sus libres ideas, ni á la expansiva actividad de su genio. El claustro donde le esperaba su tio, no le ofreció desde luego otro porvenir, que la vida ociosa y monótona de los hermanos de su orden, las intrigas propias del convento, y la envidia de las órdenes rivales, que ambicionaban privilegios, limosnas é influencia.

El poco tiempo que allí se detuvo lo empleó en escribir algunos folletos sobre la esclavitud, que aparecia allí á sus ojos bajo sus mas repugnantes formas, y en predicar algunos sermones que fueron muy aplaudidos.

Pronto se cansó de esa vida uniforme, que tal vez comparaba allá en el silencio de su celda con la agitada y fruc-

tuosa de Filadelfia, donde la libre emision del pensamiento, la noble lucha de las ideas, y la aficion al estudio, daban impulso y nuevas fuerzas á su indisputable talento.

Decidido, despues de maduras reflexiones á separarse de su tio, y buscar en el centro mismo de la ilustracion española los medios de aumentar y perfeccionar el caudal de sus conocimientos, se despidió de sus compañeros, amigos y parientes, y se embarcó, dirigiéndose á uno de los conventos de su Orden en Madrid, con eficaces y poderosas recomendaciones de todos los que sabian apreciar su mérito.

Grandes fueron por este tiempo sus ilusiones, cuando llegado á la Capital de la monarquia, y recibido en el suntuoso convento de San Francisco el Grande, creyó que su constante aspiración al saber iba á encontrar un inagotable manantial de ciencia en aquellas ricas áulas y antiguas bibliotecas.

Buscar la ciencia entre los frailes españoles del pasado siglo, era una candidez, que solo podia encontrar disculpa en la ignorancia que del estado intelectual de la nacion debia tener un fraile oscuro de provincia.

Allí encontró Ruiz Padron los mismos vicios que en la Habana, y la misma lepra moral que devoraba á los miles de conventos, que se habian apoderado miserablemente del pais.

Inútiles controversias teológicas, libros de vidas de Santos, compilaciones indigestas, comentarios plagados de citas y exhaustos de ideas, revelaban un movimiento literario y científico á la altura de la Inquisicion, que tenia en sus manos la válvula moderadora del pensamiento.

Nada hizo allí que de notar sea, si se exceptúa la continuación de sus estudios privados, y su afán de instruirse, que no decreció un momento, aun en medio del desencanto que llevó á su alma la ignorancia que le rodeaba.

En 1806 concibió el atrevido proyecto de hacer un viaje por Europa, deteniéndose en sus principales poblaciones, para estudiar el estado de cultura que alcanzaba la sociedad allende los Pirineos.

Cuando manifestó este deseo á sus Superiores, que ya le miraban con cierta desconfianza, desde que habia llegado á su noticia la amistad que le unia con Franklin y otros hereges republicanos, le espresaron de mil maneras su asombro ó indignacion. ¿Qué puede aprender un fraile que le sea útil fuera del rezo, la limosna y el sermón? ¿Qué curiosidad es esa que arrastra á uno de nuestros compañeros á ver y observar otros usos y costumbres, diferentes de los que han hecho por tantos siglos la felicidad de nuestra católica España? ¿Qué nos importa averiguar si se progresa en ciencias naturales, físicas y matemáticas, y si el hombre tiene derechos anteriores á toda convención social? ¿Nó es un conato de emancipación, digno de ejemplar castigo, la licencia que se nos pide?

Así discurrían entre sí los dignos superiores de S. Francisco el Grande, comentando el atrevido deseo del fraile isleño, y señalándole ya como un peligroso hijo de la Iglesia.

Inútil será añadir que la licencia se denegó, y que Ruiz Padron siguió en el convento, como un detenido en su prision.

Al fin, los acontecimientos políticos de 1808 vinieron

á darle la libertad tan deseada, y habiendo obtenido de Su Santidad la secularizacion que le arrancaba á la penosa servidumbre de la celda, recorrió tranquilo la Francia y la Italia; deteniendose en Roma, donde recibió lecciones de economia politica del abate Galli, que le recuerda con cariño en sus cartas cientificas.

En 1810 volvió á España, y fijó su residencia en Galicia, donde llegó á tiempo de oponerse á la Dignidad de Abad de Villamartin de Valdeorres, que obtuvo en competencia con ciento ocho opositores, alcanzando en aquel brillante acto el título de Doctor, y la rica silla Abacial que le brindaba descanso, paz, comodidad y honores.

Este triunfo parecia marcar el fin de la carrera del inquieto isleño, sin que la inseguridad de aquella borrascosa época señalara nuevos rumbos á su atrevida ambicion.

Pero de improviso se encuentra en su retiro con el nombramiento de diputado á Córtes, que las agradecidas islas de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera le enviaban, como un recuerdo de su merecido renombre, y aceptando sin vacilar tan honroso cargo, se dirige á Cádiz y toma asiento en el Congreso el 13 de Diciembre de 1811.

Este era indudablemente el verdadero palenque que convenia á sus ideas, y á las especiales condiciones de su privilegiado talento.

Derrocado de un solo empuje por la poderosa mano de Napoleon el carcomido edificio del poder absoluto y del fanatismo inquisitorial, dueña la Nacion de su pérdida soberania, y en condiciones de recobrar todos sus derechos, rompiendo las ligaduras que la habían encadenado desde

la época de la Reconquista al carro de sus Reyes y de sus Sacerdotes, el mundo asombrado la vió levantarse como un solo hombre, y salvar su independencia, sin recursos, sin gefes y sin ejércitos; y mientras el pueblo, inerme é ignorante, inspirado solo por el instinto de su libertad presentaba sus pechos á las bayonetas francesas, una escasa minoria, hija, sin saberlo, de la revolucion francesa, alentada por generosas ideas, y soñando para su patria el ideal que llevaba en su mente, echa los cimientos de la libertad moderna, é inaugura para la España una nueva era de regeneracion politica, social y religiosa.

No pensaban aquellos generosos reformadores, que habia de trascurrir más de medio siglo, antes que se arraigasen sus radicales ideas, sembradas entonces en suelo ingrato é infecundo, ni que ellos serian los primeros mártires de aquella libertad, que para todos reclamaban.

El Diputado isleño, luego que tomó asiento en el Congreso, se dedicó á estudiar las cuestiones mas árduas, y que á su juicio exigian una pronta y saludable reforma.

Entre los abusos que habian de corregirse habia uno muy conocido en el Reino de Galicia, desde tiempo inmemorial con el nombre de *Voto de Santiago*. «Dábase tal nombre, dice Toreno en su *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, (1) á un antiguo tributo de cierta medida del mejor pan y del mejor vino, que pechaban los labradores de algunas provincias para acudir á la manutencion del Arzobispo y Cabildo de Santiago y Hospital de la misma Ciudad; percibiendo tambien una porcion, aunque muy corta, otras

(1) Libro 21.

Catedrales del Reino. Fundábase particularmente la legitimidad de esta exaccion en un pretendido privilegio, que resultaba de un diploma falsamente atribuido al Rey D. Ramiro I de Leon con la data en Calahorra del año de 872 de la era del César. Apoyados en semejante documento, lleno de inverosimilitudes, anacronismos, y aun de extravagancias propias de la ignorancia de los tiempos en que se fraguó, siguieron realizando los canónigos de Santiago, durante siglos, valores considerables, sacados de las parvas y lugares de los agricultores de varias y distantes comarcas del reino, bien que no siempre sin resistencia, pues hubo controversias y litigios sin fin; negando á veces los pueblos hasta la autenticidad misma del privilegio, de donde nacieron fallos jurídicos, concordias y transacciones, abolido ó alterando aquella carga en determinados distritos.... En marzo de 1812 hicieron la propuesta de su abolicion en las Cortes treinta y seis diputados, y discutióse el asunto en aquel Octubre. Durante los debates distinguieronse varios vocales por la profunda erudicion, copia de doctrina y acendrada critica que emplearon en sus discursos; descollando sobre todo, los Sres. eclesiásticos Villanueva y Ruiz Padron, y afirmando el segundo con fervorosa elocuencia, y despues de haber sostenido su dictámen con incontestables datos, que (1) el origen del voto era una vergonzosa fábula tejida con artificio y astucia bajo la máscara de la piedad y religion, abusando descaradamente de la ignorancia y credulidad de los pueblos. En consecuencia las Cortes decretaron en

(1) Diario de las discusiones y actas de las Cortes generales y extraordinarias. Tomo XV. pag. 373.

términos compendiosos y sencillos «que abolian la carga conocida en varias provincias de la España europea con el nombre de voto de Santiago.»—

El discurso, que con tan espresivas frases menciona el Conde de Toreno, fué leído en el Congreso el 12 de Octubre de 1812, mientras Ruiz Padron se hallaba convaleciendo de una penosa enfermedad, que le obligó á ausentarse de Cádiz desde primero de Junio de aquel año.

Restablecido de sus dolencias volvió al Congreso, y allí se ocupó con los diputados Canarios D. Fernando de Lla-rena y D. Santiago Key y Muñoz de algunos asuntos relativos al Archipiélago, y especialmente de la eleccion de pueblo para fijar la residencia de la nueva Diputacion Provincial. En 14 de diciembre del mismo año sostuvo un acalorado debate con el Diputado por la Gran-Canaria D. Pedro Gordillo, que defendia la conveniencia de la instalacion de aquel cuerpo en Las Palmas, como capital judicial y eclesiástica de la Provincia, y asiento de sus principales autoridades desde los lejanos tiempos de la conquista.

Ya por entonces tenia preparado su famoso discurso sobre el Santo Oficio, que habia de ser el título mas glorioso que ostentaria en el porvenir.

Las Córtes se habian decidido por fin á atacar de frente la monstruosa institucion, baldon de nuestra España, y señalaron el 5 de Enero de 1813 para abrir tan solemne debate.

En ella tomaron parte los hombres de mas talento allí congregados, siendo imposible, como nos dice el mismo Toreno, dar un traslado, ni deslucido siquiera, de lo que

fueron aquellos debates, en brillo, profundidad y grandezza, (1) añadiendo, despues de elogiar el discurso de Megia, como uno de los selectos, entre los muchos buenos que salieron de los labios de aquel Diputado, que *«no le fue en zaga el del digno eclesiástico Ruiz Padron sustentando constantemente el dictamen de la comision...»*

Convienes, pues, detenernos en este glorioso momento de la vida de nuestro insigne canario, para recordar á nuestros lectores los párrafos mas elocuentes de este discurso, que será inmortal por su noble objeto, por sus tendencias altamente humanitarias, y por ir enlazado al triunfo mas grande que la razon y el derecho han obtenido en España.

Véase á continuacion tan notable documento, que honrará eternamente á nuestra Nacion y á las Islas Canarias.

SEÑOR:

«Ocupado V. M. en uno de los asuntos mas importantes y trascendentales á la seguridad y prosperidad de la Monarquia, de si ha de existir ó no por mas tiempo aquel famoso tribunal, concedido desde el siglo XIII con el dictado de Inquisicion, he oido dar mi dictamen por escrito para que sea cual fuere la resolucion del Congreso, se transmita y llegue mi opinion á las futuras generaciones. Este gravísimo asunto, que ha llamado la atencion de muchos ilustrados y virtuosos ciudadanos, que hacen sudar continuamente las prensas para ilustrar al pueblo es»

(1) Leido en sesion del 18 de enero de 1813.

pañol en su Religion y verdaderos intereses, conviene examinarlo detenidamente segun las luces del Evangelio, los fundamentos del derecho público de las naciones, y los principios de la sana filosofia. No desconozco la necesidad de que haya entre nosotros autoridades encargadas de conservar en su integridad y pureza la Religion católica apostólica romana, que es la única verdadera, y la única que se reconoce y protege como tal por la ley fundamental del Estado; mas ántes de tratar de este punto voy á sentar tres proposiciones, que sin prevenir la respetable decision de las Córtes, que espera con ansia la Nacion entera, esplicarán todo el fondo de mi opinion en una materia tan ruidosa.»

«Primera. El tribunal de la Inquisicion es enteramente inútil en la Iglesia de Dios.»

«Segunda. Este tribunal es diametralmente opuesto á la sábia y religiosa Constitucion que V. M. ha sancionado, y que han jurado los pueblos.»

«Tercera. El tribunal de la Inquisicion es, no solamente perjudicial á la prosperidad del Estado, sino contrario al espíritu del Evangelio, que intenta defender.»

«¿Y serán éstas verdades inconcusas ó atrevidas paradojas? Voy á demostrar que son verdades.»

I.

«Jesucristo nuestro Señor, fundador y legislador de su Iglesia, revestido de aquella potestad con que su Padre lo habia enviado entre los hombres, desplegó á su tiempo el divino carácter de un Profeta poderoso en obras y palabras, siendo hombre por su caridad, Dios por su poder, el Verbo del Padre lleno de gracia y de verdad. La uni-

dad, la paz, la mansedumbre y la caridad fueron los dotes primordiales con que enriqueció á la Iglesia; á esta amada esposa, única depositaria de su espíritu, de su doctrina y sus virtudes, y á quien prometió su asistencia hasta el fin de los siglos. Le anunció el advenimiento del Espíritu Santo, que su Padre enviaría en su nombre como un maestro de la justicia, un Doctor de la verdad que confirmase á los hombres en las palabras de vida eterna, que él mismo les había enseñado de viva voz. Este es aquel espíritu consolador, dedo de la diestra del Padre, á quien fue encomendado el altísimo ministerio de derramar su gracia en los corazones de los fieles para confirmarlos en la fé que profesaron, para confortarlos en las virtudes que prometieron: pues ya se sabe que la fe es un dón, y que ni aun sus principios pueden adquirirse con las fuerzas naturales, como demandó la Iglesia contra los semipelagianos. Nada omitió el Divino fundador de cuanto era necesario para el establecimiento, conservacion y perpetuidad de su Iglesia, que es la ciudad de Dios colocada sobre los montes santos. La proveyó suficientemente de legítimos ministros instituidos por él mismo, no dejando esta divina institucion á la arbitrariedad y capricho de los hombres. Estos ministros, elegidos por autoridad celestial, son los pastores de primero y segundo orden, es decir, los obispos y párrocos. San Pablo, en su carta á los fieles de Efeso, dice que el Señor constituyó á unos Apóstoles, á otros Profetas, Evangelistas, Pastores, Doctores, para que cumpliendo cada uno con la gracia que se le comunicó, y con el ministerio de que está revestido, atendiese á la perfeccion de los fieles; y tratase de construir y

conservar el cuerpo místico de la Iglesia. V. M., Señor, ve de un golpe que no entró en el plan de Jesucristo este tribunal llamado la santa Inquisicion, ni para el establecimiento de la Iglesia, ni para su conservacion y perpetuidad. El sagrado depósito de la fé, su custodia y defensa fué confiada exclusivamente á los obispos. *Depositum custodi*, dixo San Pablo á su discipulo Timoteo obispo de Efeso. Las mismas instrucciones dió á Tito, obispo de Creta. Si se congrega el concilio de Jerusalem sobre los legales, que fué el modelo de todos los concilios, no veo en él sino obispos y párrocos: *Apostoli, et Seniores*. Despues que habló San Pedro en primer lugar en calidad de primado y cabeza de la Iglesia, tomó la palabra Santiago, obispo territorial, anunciandose como juez legítimo en la primera causa que sentenció la Iglesia en asuntos de religion: *Propter quod ego judico*. A la verdad, Señor, que ni en el catálogo de los ministros de la fé, que enumera San Pablo, ni en el concilio de Jerusalem encuentro un lugar vacío donde colocar siquiera un inquisidor.»

«¿Y será necesario este tribunal solamente para corregir y castigar á los rebeldes y contumaces que abandonen la religion que profesaron? Ya hablaré de esto largamente á su tiempo, y haré ver con el Evangelio, quienes son los juoces legítimos á quienes toca la correccion, y qué género de castigos puede emplear la Iglesia con los refractarios, pues no debe usar de otros, que los que le consignó su Divino fundador. Bien persuadidos de estas verdades aquellos primeros Pontífices y Padres de la Iglesia, que heredaron el espíritu de los Apóstoles, y recogieron

La tradicion para transmitirla á la posteridad con sus piadosos y doctísimos escritos, no permitieron que ninguno osase usurparles su legítimo derecho, así en las definiciones de la fe y doctrina establecida, como en la correccion y castigo de los delincuentes: y de aquí es, que la Iglesia floreció tanto en sus primeros y hermosos siglos. ¿Se me dirá que no era entonces necesaria la inquisicion, porque no habia heregias que combatir ni hereges que castigar? Hubo heregias, y las mas terribles y pertinaces que vió la Iglesia. A principios del siglo IV se levantó Arrio, presbítero de Alejandria, negando la generacion eterna del Verbo, y que Jesucristo era igual á su Padre. Los padres de Nicea se limitaron á condenar al impío y detestable Arrio como reo de heregia, separandolo de la comunion de los fieles, y dejaron á la potestad secular aplicar las penas civiles que lo son propias. El gran Constantino desterró al heresiarca: empero no por eso se cortó la heregia. Mil y mil ramificaciones se esparcieron por toda la tierra; y fue tal el poder y astucia de esta hidra infernal, que casi todo el orbe, dice el Padre San Gerónimo, se halló de repente arriano. No hubo heregia que diera mas que hacer á la Iglesia, pues llegó hasta nuestra España con la invasion de los Godos. Mas, á pesar de todo aquellos ilustres obispos, no usaron de otras armas que las que habian recibido de Jesucristo y los Apostoles. Al cabo de muchos siglos se disipó el arrianismo sin que hiciera falta la Inquisicion. Lo mismo sucedió con las otras sectas de Nestorianos, Eutiquianos, Macedonianes, Pelagianos, y otros monstruos que vomitó el infierno para exercitar la fé de los católicos. Todas desaparecieron

como el humo; y la Iglesia del Dios vivo descolló gloriosa y triunfante de sus mas crueles enemigo, sin necesitar para nada de la llamada Inquisicion.

No se me ocultan los folletes que circulan para alar-
mar los inocentes pueblos, haciendoles creer, que si llegá-
ra á faltar en España la Inquisicion, peligraria nuestra fe,
y pronto desapareceria de entre nosotros la religion de
nuestros padres, como si el Señor hubiera confiado priva-
tivamente el depósito de la fé á la Inquisicion; como si la
Inquisicion fuera el tribunal competente establecido por
Jesucristo y los Apóstoles para custodio de la Religion:
como si la Inquisicion fuera la columna y firmamento de
la verdad.... Señor, los que así hablan insultan el religioso
carácter de los españoles, hacen una injuria manifiesta á
su piedad, y se obstinan en sostener el escandaloso trastor-
no que experimentó la venerable disciplina de la Iglesia
en el siglo XIII, que fué la época precisa en que apareció
con todo su atavío y esplendor este terrible y desconocido
tribunal. ¿Y quien ignora que el siglo XIII fué el siglo en
que reinaron mas que en otros la arbitrariedad, la relajacion,
las tinieblas, la ignorancia y el error? Siglo fecundo en su-
cesos funestos, en que el sacerdocio y el imperio casi siem-
pre desunidos, ofrecian al mundo el espectáculo de las revo-
luciones mas ruidosas: en que el poder ultramontano se
elevó como un coloso, y atisbando siempre la decadencia
de las luces, osó invadir los derechos legítimos de las nacio-
nes, é hizo temblar el trono de los reyes. A par de la deca-
dencia de la disciplina y del derecho canónico ordinario, se
hizo el despojo á los obispos de sus divinas atribuciones.
Este, este era el siglo propio para abortar la Inquisicion.

Tuvo este tribunal su nacimiento el año 1200 bajo de Inocencio III, con el motivo de perseguir á los albigenses; de suerte que la aurora de su nacimiento fue la aurora de las persecuciones. Despues se estableció en Tolosa, capital del alto Languedoc, el año de 1229, y á proporcion que iba creciendo en edad, crecia tambien en poder, en privilegios y en terror; á manera de los rios, que son mas caudalosos mientras mas se apartan de su origen; pues ademas de la heregia extendió su conocimiento á otros delitos, cuales son blasfemia heretical, brujería, hechiceria, vana observancia, nigromancia, solitacion en la confesion, y hasta la poligamia y sodomia. No se descuidó en vindicar las injurias hechas á sus dependientes, y castigar con la mayor severidad cualquier atentado contra el ejercicio de su jurisdiccion. Esta jurisdiccion es mixta compuesta de espiritual y temporal, como que es delegada del sumo Pontifice y del Rey. No hay jurisdiccion mas privilegiada en toda la Iglesia. La Inquisicion se tiene á si misma por poco menos que exenta de error, como si á olla, y no á la Iglesia se le hubiera prometido el dón de infalibilidad, al mismo tiempo que ha crecido los mayores absurdos, y castigado delitos que no es posible cometer. Porque ¿quien es capaz de creer esos Aquelarres, esa raza infernal de demonios súcubos e incubos, demonios convertidos en sapos y en sapitos, andriagos, brujos y hechiceros que vuelan por los aires, y otros fantasmas, semejantes á la fábula de los vampiros de Lorena y de Polonia? Gracias á las luces del siglo desaparecieron ya todas estas visiones, y la Inquisicion dejó de perseguirlos. Señor, ninguna nacion está obligada por el derecho

público y de gentes á admitir en su seno tribunales extraños, que nada conducen para su bien espiritual ó temporal: pero por nuestra maldadada estrella desde Tolosa pasó este tribunal á Aragon como un astro ominoso, ó á manera de una nube opaca, que venia á descargar sus rayos sobre nuestro triste suelo. Omito hablar de la resistencia que hicieron aquellas provincias para admitirlo, como enteramente contrario á sus leyes y fueros. Por solo el hecho de haber venido de la Francia debieron detestarlo. A fines del siglo XV tomó su asiento en Castilla, como en su centro, sin que fuesen bastante á impedirlo sus reclamaciones, porque así convenia á la obscura política de Fernando el católico. Su primer inquisidor fué Fr. Tomás de Torquemada, del orden de Predicadores. El famoso Fr. Tomas, cuyo nombre no se olvidará jamás en nuestra historia, dictó el primer código para la inquisicion de España, que despues se ha variado y aumentado á par que se disminuian los derechos episcopales. Este es pues en compendio el tribunal que los folletos nos predicaban como el baluarte de la fe, y sin el cual nos aseguran que no podrá subsistir entre nosotros la pureza de la Religion. Yo preguntaria á sus autores, ¿como es que la España guardó intacta su fé desde la abjuracion del arrianismo, en tiempo del católico Recaredo, hasta el del establecimiento de la Inquisicion? ¿Como es que nuestros padres, mezclados por muchos siglos con judios y sarracenos, conservaron inmaculada su Religion sin el puntal de la Inquisicion? Folleto hay, Señor, que afirma descaradamente que la Inquisicion es necesaria en la Iglesia del Dios vivo. ¡Que error! ¡Que consecuencias tan absurdas.

no se siguen de este falso principio! Luego los primeros Padres de la Iglesia no conocieron esta falta, que pudieron remediar en tantos venerables concilios que se congregaron de intento para extirpar el error y la heregia. Luego los Apóstoles, propagadores del Evangelio, descuidaron la creccion de este tribunal creyéndolo oportuno; ó es que ignoraron su conveniencia y utilidad. Luego Jesu-eristo, fundador y legislador de su Iglesia, no la proveyó de todo lo necesario para conservar y perpetuar su fé y su doctrina hasta la consumacion de los siglos. ¿Tenia mas que crear inquisidores en lugar de obispos y párrocos? A estas consecuencias se exponen los autores de esos escritos. ¡Y no cae una anatema sobre tan despreciables folletos!

Yo no osaré llamar á sus autores infames agentes del despotismo. Acaso unos hablarán por ignorancia y estupidez, otros por conveniencia propia; estos por una falsa piedad, aquellos por un zelo indiscreto, y el resultado es que á fuerza de gritos y sofismas alucinan y alarman al cándido y sencillo pueblo: empero, si estos folletos no merecen mas que el desprecio y el castigo, no sucede así con la ruidosa representacion dirigida á V. M. por los ocho reverendos obispos que se acogieron en Mallorca: representacion que mereco toda mi atencion y respeto por la profunda veneracion que profeso á los primeros pastores de la Iglesia. Está reducida á pedir con instancia á V. M. el restablecimiento de la Inquisicion; mas no veo apoyada esta pretension en autoridades de la sagrada Escritura, ni de los concilios, ni de los padres como era de esperar. Solo reparo que citan dos autores gentiles; á Pla-

ton, filósofo griego, y á Horacio Flaco, poeta lírico, del siglo de Augusto. Dicen que son *sucesores de los Apóstoles*. Esta es una eterna verdad. ¿Y por que no los imitan en su carrera apostólica? Pues bien saben mejor que yo, *que el buen pastor da su vida por sus ovejas*, como hicieron Jesucristo y los Apóstoles. Dicen *que se ausentaron de sus diócesis por no exponer el honor de su carácter*. No es este el ejemplo que les ha dado el obispo de Roma, primado y cabeza de la Iglesia. Nuestro muy S. P. Pio VII. digno de eterna memoria, osó arrostrar el inmenso poder del tirano, sin temer ni las cárceles ni el destierro. Semejante á aquellos venerables Pontífices y Mártires de la primitiva Iglesia, supo sostener la dignidad de su carácter, despreciar las amenazas del fiero usurpador de sus estados, y dar á todo el mundo el glorioso espectáculo de un Pontífice firme en las tribulaciones, zeloso por los derechos de su Iglesia, y que como pastor vigilante no abandonó sus ovejas sino tobligado por la coaccion y tirania. Todos nosotros somos testigos de estas virtudes apostólicas, dignas del sucesor de San Pedro, y que admirarán las generaciones futuras: ó perezca la historia si no sirve para transmitir á la posteridad mas remota la constancia del primer vicario de Jesucristo.»

«Dicen tambien *que miran casi abandonados sus hijos, y en peligro de perderse*. Ya lo estamos viendo: y ya que se determinaron á fugar, ¿por que no los exhortan desde allí por medio de pastorales llenas de energía y de uncion apostólica? Así se portó San Pablo con los fieles de Roma, de Corinto, de Tesalónica, de Filipos....

Así lo hicieron en los primeros siglos de la Iglesia el gran Atanasio, y los venerables obispos desterrados en Cerdeña por la fé. No es mi ánimo recorrer por ahora todos los artículos de la representacion, en que habia mucho que decir: pero no debo omitir el punto de disciplina apostólica que me hace mas al caso. Afirman estos obispos «que las cosas que pertenecen á la fé se pueden considerar ó en cuanto al derecho de declarar las verdades dogmáticas, ó en cuanto al hecho de juzgar á los que las niegan... segun la primera consideracion los obispos son los únicos jueces autorizados por Jesucristo para declarar las verdades que pertenecen al dogma: pero tomando las cosas segun la otra consideracion, esto es, en cuanto al conocimiento de los hechos que dicen relacion con las verdades eternas.... no hay repugnancia en que otros jueces autorizados por legítima potestad puedan tambien tener conocimiento en semejantes materias.» Tampoco veo que estos prelados citen un solo texto de la sagrada Escritura, ni cánones de antiguos concilios, ni santos Padres para probar que hay otros jueces de la fé que los obispos; tanto para la definicion de los dogmas, como para el conocimiento y calificacion de los hechos.»

«Yo observo todo lo contrario en las Actas de los Apóstoles cuando tratan del concilio de Jerusalem; en las epístolas de San Pablo, y en las actas de los concilios de Nicea y de Constantinopla sobre las causas de Arrio y de Nestorio; y en ninguna parte hallo tan ingeniosa distincion. Esta disciplina es nueva en la Iglesia de Dios, que por espacio de doce siglos no conoció mas jueces de la fé que los obispos, ora con respecto á las decisiones dogmáticas,

ora con respecto al conocimiento de los hechos. Ellos, no los inquisidores, son los jueces natos de lafe establecidos por el mismo Jesucristo: ellos son *quos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo*. No pueden ni deben desprenderse de este derecho divino inherente á su elevado carácter. No hay potestad humana que pueda privarles justamente de esta celestial atribucion. Si han estado despojados de ella hasta aquí, deben reclamarla en todos tiempos; á menos que no se quiera seguir en este transtorno general de una doctrina divina y apostólica. El pueblo cristiano tiene derecho inconcuso á ser doctrinado, juzgado y corregido por sus legítimos pastores y jueces: por aquellos jueces que le consignó el mismo Jesucristo, y no por jueces extraños constituidos por autoridad humana. Si un español por desgracia llega á delinquir en un artículo ó dogma de fé, si la Inquisicion lo lleva con el sigilo y los misterios acostunbrados á sus horribles calabozos, y si este desgraciado pide que se le juzgue por el tribunal competente, es decir, por aquellos jueces que Dios le destinó, pues no conoce á otro, ¿que le responderá V. M.?

«V. M. ha dado al pueblo español tribunales legítimos para ser juzgados en las causas civiles y criminales sin que pueda recurrir á otros, ¿y habrá de permitir que en materias de religion sea juzgado y corregido por un tribunal intruso en la Iglesia en los siglos de la barbarie con desprecio del legítimo y sagrado tribunal que erigió el mismo Jesucristo? No es de esperar de la piedad y justicia del Congreso. No se me diga que para salvar el derecho de los obispos pueden asistir por sí ó por sus vica-

rios á los juicios de la Inquisicion. Porque ¿que lugar es el que ocupan entre los inquisidores de provincia? ¿Es otro que el último? ¿tienen mas que un voto consultivo, que puede ser desechado por los padres conscriptos de la Suprema? Mas vale que no tuvieran ninguno. ¡Que indecencia para el sublime carácter episcopal que en un tribunal de fé, de que los obispos son jueces natos, sea postergado su voto á las decisiones de unos simples presbíteros, pues ni siquiera son párrocos! Era menester que el error hubiese echado muy profundas raices, y que la preocupacion y la costumbre de ver aplaudidos los abusos hubieran ofuscado la razon humana para haberse conformado con esta viciosa legislacion, y para haberla tolerado por tantos siglos, con desdoro y oprobio de las legítimas autoridades. Eran necesarios una ceguedad y aturdimiento inauditos para sufrir por tanto tiempo un tribunal desconocido en los doce primeros siglos de la Iglesia. La Iglesia, Señor, es hoy la misma que cuando la estableció su fundador, y la misma será hasta el fin de los siglos. V. M. que es el protector de la Religion santa que profesa el pueblo español, no debe permitir que sigan en un trastorno espantoso la divina institucion de Jesucristo, ni los antiguos sagrados Cánones por causa de un tribunal intruso, que siendo inútil en la Iglesia del Dios vivo, solo es un yugo insoportable: *Quod nec patres nostri, nec nos portare potuimus*. Pero es tambien diametralmente opuesto á la sabia y religiosa Constitucion que V. M. ha sancionado, y que han jurado los pueblos.

II.

«No es menester mas que tomar en una mano la Constitucion política de la monarquía, y en otra el Código tenebroso y fanático de la Inquisicion para demostrar esta verdad. Recórrase el capitulo III de nuestras leyes fundamentales, al título V, y se verá que todo respira en él justicia y humanidad, no solo conforme á la sana filosofía, sino á la misma Religion santa que profesamos. Omito los primeros artículos de este capitulo y convido á todo español á que medite con detencion desde el artículo 300 hasta el 306. En ellos leerá que «dentro de las veinte y cuatro horas se manifestará al tratado como reo la causa de su prision y el nombre de su acusador, si lo hubiere.... que se le leerán íntegramente todos los documentos y las declaraciones de los testigos con los nombres de estos; y si por ellos no los conociere, se le darán cuantas noticias pida para venir en conocimiento de quienes son. Que el proceso de allí en adelante será público en el modo y forma que determinen las leyes. Que no se usará de tormento ni de apremios. Que tampoco se le impondrá la pena de confiscacion de bienes. Que ninguna pena que se imponga por cualquier delito que sea, ha de ser trascendental por término ninguno á la familia del que la sufre, sino que tendrá todo su efecto preciso sobre el que la mereció. Que no podrá ser allanada la casa de ningun español, sino en los casos que determine la ley para el buen orden y seguridad del Estado.»

¿Y estos principios luminosos, tan conformes á la justicia como á la recta razon, se ajustarán bien con el mo-

do de enjuiciar del santo oficio? ¡Ah, Señor! Hay tanta diferencia como puede haberla entre la ilustracion y el fanatismo, entre la libertad y la opresion, entre el error y la verdad, entre la luz y las tinieblas. Las Córtes de Valladolid de 1518 representaron con vigor á Carlos V, y á su madre la reyna Doña Juana, los escandalosos abusos de la Inquisicion. Carlos V quiso imitar la politica de su abuelo; pero sin embargo expidió una pragmática para contener al tribunal, cuyos artículos 12 y 13, dicen así «Item, que los que fueren presos sean puestos en cárcel pública, honesta, tal que sea para guarda y no para pena, y allí se les diga misa, y administren los santos Sacramentos que el derecho permite. Item, que los presos puedan ser visitados todas las veces que quisieren por sus mugeres é hijos, y doudos y amigos y letrados y procuradores, y las mugeres lo mismo pública y secretamente.» Nada era mas conforme á la humanidad y á la justicia. Mas ¿que sucedió? Que la Inquisicion se burló de las Córtes, eludió el decreto del emperador, y continuó en sus excesos de ferocidad y despotismo. Aqui se ve que hizo frente á los mismos reyes á quienes se creia necesaria. No trataré de hacer aquí un extracto del tremendo código inquisitorial por no ser demasiado molesto: lo reservo para hacer despues el paralelo; pero este código es tan tenebroso y obscuro como los mismos calabozos del tribunal: código confuso y complicado que abunda de artificios, cavilaciones y tretas vergonzosas muy ajenas de la magestad y santidad de las leyes: código en fin que presenta un perfecto sistema de la misma ilegalidad, mas propio para buscar reos que no para averiguar los delitos, donde la inocencia corre poli-

gro á par del crimen: que prescribe los castigos mas atroces, y que es el espanto y terror de la humanidad. Esta es puntualmente una rápida idea del código inquisitorial, que ha dominado por tantos siglos á los sufridos y pacientes españoles, con vergüenza y oprobio de la Religión, lo que tendrán mucha dificultad en creer las generaciones venideras. Léase á Masini en su tratado *Práctica de la Santa Inquisicion*. Regístrese á Páramo *Del origen de la inquisicion*, y sobre todo véase el famoso Eymeric en su *Directorio inquisitorial*, comentado por Peña, y allí encontrarán cuanto necesiten para su desengaño los defensores del tribunal, siempre que quieran leerlo con imparcialidad filosófica.

V. M. ordena en el artículo 291. «La declaracion del arrestado será sin juramento que á nadie ha de tomarse en materias criminales sobre hecho propio.» ¿Y donde se prodigan mas los juramentos que en este tribunal? Ellos son la base fundamental en que estriba este ruinoso edificio, sin pararse en la irreverencia que se irroga con su repeticion al santo y terrible nombre del Señor. ¿Y que diré de la absoluta inviolabilidad que se ha abrogado la Inquisicion con alto disimulo de las potestades de la tierra? ¿Quien ha visto castigar con el rigor de la justicia á un inquisidor? Yo no tengo noticia de otra causa ruidosa que la de Lucero, inquisidor de Córdoba, en tiempo de Fernando el católico, cuyo expediente paraba hasta ahora poco en Valladolid. Este malvado, que abusó impunemente del colosal poder de su tribunal, que arruinó tantas familias inocentes dejándolas sumergidas en el llanto y desolacion, fué depuesto y desterrado al castillo de Bur-

gos: mas para esta heroica resolucion fueron necesarias toda la firmeza y zelo apostólico del cardenal Cisneros, inquisidor general, lo que se miró entonces como su prodigio de justicia que ha tenido muy pocos ejemplos. Conforme á la Constitucion sola la persona del rey es sagrada é inviolable: nadie pues mas que él puede aspirar en lo sucesivo á semejante privilegio.

El pueblo español ha jurado solemnemente en Constitucion á la faz de toda la tierra, para no ser en adelante el juguete y oprobio de las naciones: está pronto y dispuesto á defender y sellar con su sangre esta carta sagrada de sus derechos y libertad politica. En ella se establece como ley fundamental, que la Religion católica apostólica romana, que es esclusivamente la verdadera, es la religion del Estado, y la que la Nacion protege por leyes sabias y justas. Ningun español podrá atacarla ni por palabra ni por escrito, ni directa ni indirectamente sin pasar por impío y rebelde, pues quebranta una ley primordial de la monarquía; y ademas de cometer un crimen sujeto á las penas canónicas, se hace igualmente reo, y digno de las penas civiles que los tribunales sabran imponerle. Pero el pueblo español no ha jurado ni jurará jamás sostener la Inquisicion: ántes al contrario en el mismo acto de jurar la Constitucion ha jurado virtualmente la abolicion perpetua de este odioso y sanguinario tribunal, como diametralmente opuesto á sus derechos y libertad civil. Mas yo dije tambien que la Inquisicion es no solamente perjudicial á la prosperidad del Estado, sino contraria al espíritu del Évangelio que intenta defender.

III.

«Tírese una rápida ojeada sobre la faz de la Península despues del establecimiento de la Inquisicion, y se verá que desde aquella desgraciada época desaparecieron de entre nosotros las ciencias útiles, la agricultura, las artes, la industria nacional, el comercio... examínese la estadística de esta vasta y rica nacion y se notará progresivamente su decadencia y despoblacion hasta llegar á poco mas de diez millones y medio de habitantes, la mayor parto miserables, cuando por la benignidad de su clima, por su localidad y feracidad de su terreno puede sustentar mas que doble número. Degradados los españoles de la altura de su antiguo poder y sabiduría, al mismo tiempo que perdian su energía y libertad, caian en el mas espantoso abatimiento, perdian su preponderacia y se entregaban insensiblemente al apocamiento y esclavitud. No es fácil calcular hasta que punto de decadencia hubiera llegado esta magnánima y heroica nacion sin la convulsion política originada de la invacion del tirano de la Europa. Pero aun hay mas. De una devocion ilustrada apoyada en la sagrada escritura, en los escritos de los padres, y otros autores nacionales eminentes en virtud y literatura, vino á parar en una agradable supersticion y en un orgulloso fanatismo, que tanto ultrajan á la Magestad y Santidad de la Religion. Se vió abandonada por lo general la predicacion del Evangelio, se descuidó la instruccion pública y desapareció la práctica de las virtudes sociales, que deben formar el carácter del ciudadano católico, y en su lugar se dió acogida á las mas pueriles devociones, á practicas ridículas, á libritos y folletos atestados de cuentos,

de visiones, de revelaciones falsas y de milagros fingidos, cuyo conocimiento está reservado exclusivamente á los Supremos Pastores de la Iglesia.

«¿No se encuentra mas copia de sagrada erudicion, mas uncion y energia en las obras inmortales de un Fr. Luis de Granada, de un Fr. Luis de Leon, del venerable Avila, de Santa Teresa de Jesus, que en tantos folletos ridiculos que casi todos tiran á la supersticion y fanatismo? Pero ¡ay de mil dos de aquellos varones fuertes, de aquellas almas justas que veneramos como á nuestros padres, no solo en la pureza y elegancia del idioma, sino en la doctrina y religion santa, fueron á parar á los calabozos de la Inquisicion. Niegenlo si se atreven los Abogados y patronos de este despótico Tribunal. Si la memoria de aquellos ilustres héroes, de aquellos claros varones, que han sido el ornamento y gloria de la patria, no quedó manchada con el borren de la infamia á que los espuso la Inquisicion, fué porque el esplendor de sus virtudes triunfó demasiado de las negras sombras que adornan á este feroz establecimiento. ¡Desgraciada virtud si se han de apreciar sus quilates por la ignorancia y presuncion de los mandones! No es creible el influxo de autoridad y preponderancia de poder que se adquirió la Inquisicion con estos golpes maestros de su política. A vista de estas prisiones detestables se apoderó un terror pánico del espíritu docil y piadoso de los españoles. Alónitos y sorprendidos al notar que ni las personas mas repetables y visibles por su saber, por su santidad y sus virtudes estaban libres de la vara de hierro de este horrible tribunal, ¿que español por virtuoso que fuera se creeria seguro de caer

en sus garras? Yo quisiera que todos los que me oyen se deluvieran sobre esta reflexion: mas no dudo que V. M. con su imparcialidad y sabiduria le dará todo el peso que se mereco.

«No fuéron estos los únicos personajes de virtud y literatura que sufrieron el yugo Inquisitorial. San Francisco de Borja, San Jose Calasanz, padre y fundador de las escuelas pías, fueron tambien víctimas de la Inquisicion. Y, cuantos sábios, cuantos literatos de primer orden no experimentaron la misma triste suerte! Las ciencias y las artes son tan incompatibles con la Inquisicion, como lo es la luz con las tinieblas. Bastaba distinguirse un sabio para ser el blanco de este Tribunal; y á fe que su cálculo era bien fundado, porque debiendo su origen impuro á un siglo de tinieblas, y sostenido siempre por la mano de hierro de los déspotas, se alarmaba á la menor rafaga de ilustracion que pudiera con el tiempo descubrir al mundo su sistema de opresion y tiranía. Este ídolo no pudo sostenerse sino en medio de la obscuridad y del error.

Dare una idea sucinta de los sábios y literatos, ya nacionales ya extrangeros, que este tribunal sacrificó á su furor y estupidez. A principios del siglo XVII apareció en el teatro de la Italia un hombre extraordinario por su saber, á quien las ciencias deben infinito, y al instante fué sepultado en las cavernas de la Inquisicion el inmortal Galileo. Este grande hombre rectificó el verdadero sistema del mundo, que en la antigüedad habia promovido Pitágoras, que resucitó despues Nicolás Copérnico, y que últimamente adoptó Newton. Aquí está todo el pecado del filósofo Florentino. Es verdad que los inquisidores de

aquel tiempo no eran á propósito para entrar en los arcanos de esta filosofía, y procuraron vengarse del filósofo que sabia mas que todos ellos. Fue tal la impresion que este bárbaro atropellamiento hizo en el espíritu del célebre Descartes, que segun se explica el autor de su vida, pensó quemar todas sus obras filosóficas para que no cayesen en manos del tribunal. Y ¡que pérdida hubieran sufrido las ciencias si llegáran á quemarse los escritos del padre de la filosofía moderna! Pico de la Mirandula, á pesar de su alto nacimiento y profunda sabiduría, fué tambien víctima de la inquisicion. Pedro Ramos sufrió la misma suerte. Ello es que ya sea en persona, ya en sus escritos apenas hay sabio de nombre que no haya sido perseguido por este tribunal. Entregado por muchos años á la astuta política de los jesuitas, toda obra contraria al sistema tortuoso de la Compañia era proscrita al momento. Diganlo las famosas Provinciales de Pascal, que por haber descubierto al mundo el gobierno despótico y máximas corrompidas de la Compañia fueron proscritas en el ex-purgatorio como prohibidas en primera clase, al mismo tiempo que corrían impunes las obras de los casuistas donde rebosaba la mas relajada moral. Digalo la historia Pelagiana del sapientísimo cardenal de Noris, que fué prohibida por la Suprema. En esta obra insigne se trata del sistema de la gracia segun los principios de San Agustin que adoptó la Iglesia, pero era contraria á los principios del Jesuita Luis de Molina, y fué por tanto condenada al expurgatorio. Ni bastó la suprema autoridad de Benedicto XIV, para arrancar del indice una obra tan ortodoxa, pues tambien la Inquisicion se atrevió mas de una

vez á eludir los decretos del Romano Pontífice. Fué necesario que Fernando VI, indignado del atrevimiento y desobediencia inquisitorial, mandase que el inquisidor general levantára el furioso anatema.

¿Y que necesidad tenemos de ir á buscar sábios extranjeros perseguidos por la Inquisicion? Hay tal abundancia en nuestra España que seria imposible enumerarlos todos. Yo veo en sus garras al diligente y sabio restaurador de nuestra literatura. Antonio de Nebrija, á Fr. Juan de Villagarcía, catedrático de Oxford, al elegante y culto historiador Fr. José de Sigüenza, á Alfonso de Zamora, catedrático de hebreo en Alcalá, á Cantalapiedra, catedrático de Salamanca, á Diego de Zúñiga, catedrático de Osuna: y el muy docto Francisco Sanchez de las Brozas, reputado en todo el orbe literario por padre y maestro de las instituciones latinas, fué á morir en las cavernas de la inquisicion de Valladolid. Con su infame prision quedaron sepultadas para siempre sus elegantes traducciones de varias obras de la antigua Grecia. Así fuéron presos las Vergaras, Tovares.... ¿Que mas? ¿Hasta el incomparable Arias Montano, gloria y honor inmortal de nuestra literatura, estuvo ya para caer en las garras del terrible y sombrío tribunal. Le valió á este sabio de primer orden la consideracion de haber presentado en el Vaticano á Gregorio XIII la real Biblia poliglóta.

Cuando no podia arrastrar con las personas de los autores prohibia ó suspendia sus obras para purificarlas. ¡Que inmensa copia de escritos ortodoxos no ha suspendido la Inquisicion sin encontrar en ellos la menor tacha, ni prueba de lo cual ó los devolvió á sus autores ó les dió

curso despues de su muerte! Que hablen las obras de Fernan Perez de la Oliva, las del insigne Ambrosio Morales, padre de nuestra historia, las de Gaspar Juenin...no acabaria si hubiera de enumerarlas todas, ya sean de filosofia, ya de teologia, ora de política, ora de moral. Pero donde se apuró mas nuestra paciència fué al ver que nos prohibió por muchos siglos la lectura de la sagrada Escritura en castellano, como si nuestra hermosa lengua no fuera tan digna de la pureza y magestad de la Religion, á manera que lo fueron la hebrea, la griega, la caldea y la latina: como si la sagrada Escritura no fuera una carta en que el Supremo Criador habla á sus criaturas segun se explica el P. S. Gregorio: como si los españoles fueran indignos de poseer en su lengua nativa la palabra de Dios: como si la España no abundara en todos tiempos de hombres piadosos y sapientísimos que la hubieran vertido escrupulosamente al castellano. Nadie ignora que el pecado del sábio Fr. Luis de Leon fué el haber vertido á nuestro idioma el divino libro de los Cánticos sin preceder licencia del Sto. Tribunal. Horroriza su conducta atroz y despótica.

Yo seria demasiado molesto si hubiera de presentar al Congreso el inmenso catálogo de sábios y eruditos que el tribunal ha sacrificado á su furor: empero permítame V. M. que no omita la horrible catástrofe de un prelado español digno de eterna memoria, quiero decir, del Ilmo. y Rmo. D. Fr. Bartolomé de Carranza, del orden de Predicadores, arzobispo de Toledo. Este sábio compuso un erudito catecismo para la instruccion de su diócesis, que sujetó á la correccion de la Iglesia, como se explica en su prólogo.

Hallábase en Torrelaguna visitando su obispado, cuando le aquí que le echa mano la formidable Inquisición. En vano reclamó el prelado su carácter, y los augustos privilegios de su sagrada persona. Entonces se vió á los mastines furiosos arrojarle con impudencia sobre su propio pastor y devorarlo. La Europa entera quedó atónita y escandalizada al ver á un arzobispo de Toledo, primado de las Españas, varon doctísimo y muy recomendable por su alta dignidad, su ciencia y sus virtudes, arrastrado diez y seis años por los calabozos de la Inquisición. ¡Que horror! ¡Que desenfreno y osadía de tribunal! Es verdad que este terrible acontecimiento, uno de los mayores de nuestra historia política y eclesiástica, se obró á la sombra de un rey el mas á propósito para autorizar estos golpes de arbitrariedad y despotismo. Ya se sabe que hablo de Felipe II.

¿Y cual fué el resultado de esta tragedia sacrilega? Que el reverendo arzobispo murió pocos dias después de su libertad: que su catecismo fué aprobado en una de las congregaciones del concilio de Trento para eterna confusión del tribunal, á pesar de sus manejos é intrigas, para quedar siempre en buena reputacion. ¿Y es posible que se haya sufrido hasta ahora tan monstruoso establecimiento con pretexto de religion? ¿Y es posible que haya todavia quien suspire por tributar adoraciones y perfumes al becerro de oro? Filósofos, teólogos, historiadores, estadistas, políticos, oradores, poetas, artifices, artesanos, comerciantes... hasta los mismos sencillos labradores, que son el apoyo principal de la Nacion, no escaparon de su vara de hierro. En una palabra, hombres y mugeres, po-

bres y ricos, sábios é ignorantes, inocentes y culpados, justos y pecadores... á todas las clases del Estado ha espantado este tribunal con el terror de su poder. ¿Y que cuerpo político, que sociedad, por buenas leyes que tenga podrá prosperar mientras subsista en su seno este tribunal farisaico? Todo lo atisba, todo lo persigue, todo lo destruye con pretexto de religion y de sostener el Evangelio. Veamos ahora si su conducta se conforma con las sagradas máximas de este código divino, porque yo senté que la inquisicion es contraria al espíritu del Evangelio que intenta defender, lo que es el punto mas importante de esta disertacion.»

«Nadie ignora, Señor, la gran diferencia que media entre la ley antigua y la nueva ley. Acostumbrados los hijos de Israel á la esclavitud del Egipto bajo el yugo de los Faraones, conservaron siempre aquel caracter de ferocidad y dureza, de que dieron repetidas pruebas, así en el desierto como despues de establecidos en la tierra de Canaan. A un pueblo de tan dura cerviz le convenia una ley dura que reprimiese su altiva condicion; empero al advenimiento del Mesias todo mudó de aspecto; y una ley de mansedumbre, de paz y de caridad, vino á consolar á los afligidos mortales, iluminando á los que yacian sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Esta es la ley evangélica, es decir, aquella ley de gracia prometida á los Patriarcas, vaticinada por los Profetas, esperada por los justos, traída por Jesucristo, que es el mismo autor de la mansedumbre, de la paz y de la caridad, predicada por S. Pablo, el doctor de las naciones, defendida por Agustino, el mas grande de los padres: ley

que dictó el mismo Verbo Eterno, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: ley que enseñó con su predicacion, que afirmó con sus milagros, y que selló con su sangre sobre la cruz. Todas las páginas del nuevo Testamento no respiran sino dulzura y mansedumbre, paz y caridad, piedad y misericordia, que son los caracteres propios y primordiales de nuestra Religion; de esta Religion santa, augusta, sublime, divina, que no pudo rebelarnos la carne ni la sangre, sino el Padre celestial. Todos los documentos que nos dió el divino Fundador se encaminan á ejercitar en los cristianos los principios de eterna caridad, sin haber uno solo que propenda ni á la dureza ni á la coaccion, ni á la violencia, ni menos á la crueldad, lo que seria muy ageno del celestial Pastor que vino á salvar las ovejas perdidas de la casa de Israel. El poder de su gracia le atrajo discípulos, el ejemplo de su continua caridad se los conservó. Esta religion reprueba por principios la violencia y persecucion, detesta la coaccion é inhumanidad. Santiago y San Juan fueron despreciados en una ciudad que iban á convertir á la fé: llevan las quejas á su maestro, y le piden licencia para hacer bajar fuego del cielo sobre la ingrata Samaria. ¿Y que les respondió Jesucristo? *No sabeis de que espiritu sois. El hijo del hombre no vino á perder las almas sino á salvarlas.* De esta divina respuesta entendieron los hijos del Zebedeo que la esencia de esta religion consiste en la mansedumbre y caridad. En ella, y recostado sobre el pecho del Señor, aprendió San Juan aquel tierno amor con los prójimos, que tanto recomienda en sus epístolas.

Cuando San Pedro sacó la espada para defender á su Maestro en el huerto de las Olivas, le mandó el Señor que la envainara como un arma que sería prohibida en su Iglesia. ¿Y que necesidad tenía Jesucristo de atraer á los hombres por via de la coaccion cuando podia formar de las mismas piedras hijos de Abraham?

«Toda su vida fué un continuado prodigio de estas excelsas virtudes, que son el patrimonio de la Iglesia católica, y con las que admitió en su seno sin distincion al griego y al romano, al judío y al gentil. Los Apóstoles, promulgadores del Evangelio, recogieron esta doctrina, y siguieron las propias máximas. El que no imite estos modelos, ni será buen ministro, ni será buen cristiano. Pero es menester confesarlo. Toda sociedad bien organizada, ademas de sus leyes y estatutos, debe establecer sus premios y castigos. «Predicad el Evangelio á todas las criaturas, dice el Señor, instruyendolas en su obligacion. El que creyere y recibiere el bautismo se salvará, y el que no, se condenará.» ¿Pero si hay rebeldes? ¿Pero si hay hereges? ¿Pero si hay apóstatas? Ya el mismo legislador asignó individualmente el castigo que merecian. «Si pecare tu hermano, dice Jesucristo, corrígelo á solas: si no hiciere caso, reprehendolo delante de dos ó tres testigos: si se resiste denuncialo á la Iglesia; y si no escuchare á la Iglesia repútalo por un gentil y publicano.» lo que se entiende por la excomunion ó separacion de los fieles. Este es todo el castigo que les impone el mismo legislador y fundador. Los que sientan lo contrario, que me señalen otro si se atreven. Aquí tenemos ya el origen de aquellas penas canónicas de que usó la Iglesia en sus pri-

meros y felices siglos: estas son puntualmente las que emplearon los Apóstoles, que no pudieron engañarse, pues estaban bien instruidos en la divina tradición. Con ella castigó San Pablo al incestuoso de Corinto por un crimen tan feo cual no se había visto entre los mismos gentiles. *Qualis nec inter gentes*. El incestuoso se corrigió, y fué de nuevo admitido al seno de la Iglesia. ¿Caen en errores contra la fe Himeneo y Alejandro? El Apóstol los separa de la comunión de los fieles para que *no se atrevan otra vez á blasfemar*; los abandona al poder de Satanás, y da cuenta de esta providencia al obispo de Efeso; providencia digna del grande Apóstol, que la aprendió del mismo Jesucristo. Igual instrucción dió al obispo de Creta cuando le dijo: *huye de tratar con el herege despues de haberlo corregido una y dos veces*. No encuentro, Señor, en el nuevo Testamento otro castigo para los hereges y apóstatas que la excomunión. Esta es la única arma de que usaron los Apóstoles, los antiguos concilios, los primeros Pontífices y Padres de la Iglesia. Aquellos ilustres obispos y clarísimos mártires supieron derramar su sangre por la fé, y al mismo tiempo intercedían por los mismos que les daban la muerte.»

«Ya oigo ponderar la carta de San Agustín al donatista Vincencio en que le dice, que es lícito recurrir á la potestad civil para castigar los hereges. ¿Y que significa esto? Aun cuando uno ú otro padre de la Iglesia, atendida la calamidad de los tiempos se inclinase á esta opinión, no puede hacer fuerza, porque ningún Padre es infalible. este dón solo pertenece á la Iglesia. Y sobre todo ¿que es lo que dice San Agustín? ¿dice por ventura que ator-

menten á los hereges con garruchas y sogas, con potros y fuego lento? ¿dice que los condenen á las llamas? Nada menos que eso. Es necesario conocer los monstruos que produjo la heregía de Donato. Los discípulos de este heresiarca llenaron todo el Oriente con el terror de su crueldad, protegidos por la potestad civil. Rebautizaban por fuerza á los católicos, saqueaban y demolían los templos, asesinaban las sacerdotes y obispos á los pies de los altares, les quemaban los ojos con cal viva, y cometían otros horrores que estremecen la humanidad: en virtud de lo cual arguye el Santo Padre á Vincencio, que era lícito á los fieles implorar la proteccion y castigo de los magistrados para contener aquellas furias. Eso nosotros lo confesamos; y todo cuerpo político, toda sociedad bien ordenada debe proteger la seguridad del ciudadano con leyes justas, como ha hecho V. M. con la sábia Constitucion que nos ha dado. «El castigo que se os aplica á vosotros, dice S. Agustin á los donatistas, se procura mas bien que os sirva de advertencia para salir de vuestro error que de verdadero castigo. *Quo potius admoneremini ab errore discedere, quam pro scelere puniremini* » Bien sé que me replicarán que el Santo Padre dice tambien que conviene usar con los apóstatas de alguna coaccion para que vuelvan al seno de la Iglesia; y yo no debo disimular nada hablando á V. M. Pero es necesario saber que muchos donatistas persistian en la secta, no por capricho, no por voluntad, sino por el temor de los suyos que los perseguian de muerte, y solicitaban reconciliarse con la Iglesia al abrigo de las leyes. El mismo S. Agustin exhorta al pro-cónsul de Africa que tenga piedad hasta con los

mas ingratos e impíos, y que no les quite la vida. Los donatistas dan muerte á un sacerdote católico, mutilan á otro; y sin embargo el santo Dr. intercede con el conde Marcelino para que no condene á muerte á los asesinos. Léanse sus cartas. ¿Y se podrá decir despues que el P. S. Agustín apoya los monstruosos excesos de la Inquisicion?

¿Y que diré de aquellas lumbreras clarísimas de la Iglesia, los Hilarios, Gerónimos, Crisóstomos, Ireneos.... que no podian oir ni el solo nombre de coaccion cuando se trataba de religion ó de fé? Mientras mas nos acercamos á los principios de la Iglesia, se ve mas pura y mas respetada la tradicion: semejante á los arroyos, cuyas aguas son mas cristalinas cuanto mas se acercan á su nacimiento. Allí, allí es donde se debe averiguar la conducta de la iglesia, que no empleaba con los hereges sino ya la persuacion, ya la suavidad, ora la predicacion ora el ejemplo, y siempre la caridad y mansedumbre. Vamos á ver ahora la conducta progresiva del santo Oficio desde su fundacion. Apenas apareció llenó de terror y espanto todos los pueblos de Europa que tuvieron la desgracia de admitirlo. Mas yo me coarto á nuestra España. Mariana y Zurita. celebres historiadores, llaman *espanto* la íntima sensacion que causó en los Aragoneses y Castellanos el horrible espectáculo de los sangrientos castigos con que se estrenó la Inquisicion con los desgraciados pueblos. No acostumbrados hasta entonces sino á ser corregidos por sus propios pastores, extrañaron justamente una novedad tan contraria al espíritu de la Iglesia. ¿Y quien es capaz, Señor, de desenvolver el plan complicado

y tortuoso de un tribunal caviloso en sus juicios, misterioso en sus manejos, obscuro en sus procedimientos, absoluto en su poder, independiente en su autoridad, invulnerable en sus privilegios, despótico en sus sentencias, y sangriento en su ejecucion? Yo me meto en un caos de tinieblas, cuyas sombras no dieron jamas entrada al resplandor de la luz. ¿Y que mayor prucha de su injusto proceder? *El que obra mal aborrece la luz*, dice el Evangelio. No se me crea, pero leanse las instrucciones que forman su terrible código, y se verán las mas absurdas cuestiones que trastornan la gerarquía de la Iglesia, de que solo apuntaré una ú otra. Ya dije antes que desde el momento que el santo Oficio se estableció en España comenzó á decaer la jurisdiccion episcopal, tan recomendada en las sagradas Escrituras. ¡Que competencias tan ruidosas no hubo entre ambas jurisdicciones! ¡Que recursos! ¡Que escandalos! Algunos obispos trataban de sostener sus divinos privilegios, y la Inquisicion de quitárselos. Al fin sostenido el error por el brazo del despotismo triunfó de la verdad.

Los obispos quedaron privados de calificar la doctrina de la fé, cuyo depósito les fue encomendado, y pasó esta facultad á los nuevos jueces con asombro de toda la Europa. Yo no admiro tanto la osadía y arrogancia del tribunal, cuanto la serenidad de algunos obispos españoles. ¿Que mucho pues que en las obras del inquisidor Páramo, del inquisidor Eyméric, y de otros autores inquisitoriales que componen el código del santo Oficio, se hagan seriamente las siguientes preguntas que va á oír V. M.? *¿Un inquisidor es mas que un obispo?* Y responden: sí.

¡Que impía y detestable doctrina! Preguntan asimismo: *¿Los obispos pueden leer libros prohibidos?* Y responden: que no; pero si los inquisidores... la indignacion no me permite proseguir. Si esto es contrario ó no al espíritu del Evangelio, júzguelo cualquiera. Estos autores abominables corren impunemente á la sombra poderosa del tribunal á quien ensalzan con vilipendio é ignominia del altísimo carácter episcopal. Es incomprensible como hay obispos que reclamen el restablecimiento de un tribunal que no les ha dejado mas que una vana sombra de autoridad. Los de Mallorca nos dicen en la citada representacion: *Que han quedado salvos sus derechos episcopales... que ponderamos los supuestos daños que se siguen á la jurisdiccion ordinaria eclesiastica...* Grandemente. Si es así, ¿como no califican por si mismos los escritos que pertenecen á la fé y buenas costumbres? ¿como no prohiben los libros que atacan la Religion? ¿como no conocen en la pura y recta administracion de sacramentos á que pertenece el feo crimen de sollicitacion? ¿como se dejaron atar las manos para absolver de la heregia mixta de *interna y externa*, y eso aunque no sea por opinion sino por accidente? Pues de todo esto y mucho mas se han dejado despojar los obispos abrogándoselo la Inquisicion. Los obispos, Señor, á quienes Jesucristo entregó principalmente las llaves del reino de los cielos para atar y desatar ¿no pueden en España conocer de algunos pecados, y absolverlos? ¡Que escándalo en la Iglesia de Dios! ¡Hubieran sufrido este atentado los Dionisios y Ciprianos, los Ambrosios y Agustinos...? La Iglesia de España, tan recomendable en todo el orbe cristiano por su

santidad, por la pureza de su doctrina, por el rigor de su disciplina, establecida y conservada en tantos concilios nacionales, fué vulnerada en sus legítimos derechos, y vino á quedar como sujeta á un tribunal desconocido hasta el malhadado siglo XIII. No perdió su fe, ni manchó su doctrina, ya por la divina proteccion que el Señor ha dispensado, en todos tiempos á esta porcion nobilísima de la Iglesia católica, ya por la firme adhesion de los españoles á la fé de sus padres; pero se han hollado sus cánones, se atropelló su disciplina, se obscureció su fama, desapareció su brillantéz, y se desfiguró la hermosura y belleza de esta hija de Sion. Oprimida de amargura y de dolor reclama imperiosamente por su antiguo decoro y dignidad, y alza sus manos puras hácia el cielo para lamentarse de la degradacion y envilecimiento á que la redujo este horrible tribunal. *Vide, Domine, et considera quoniam facta sum vilis.* ¿Que mas? La Inquisicion se ha entrometido hasta en designar los sitios de los confesonarios, usurpando esta prerogativa á los ordinarios. Léase la representacion de Quiñones, dean de Granada, á Carlos IV, que contiene el atropellamiento en este asunto del Santo Oficio de aquella ciudad. Véase la consulta que el Sr. Tavira, á la sazón obispo de Osma, hizo al mismo Rey contra los atentados del tribunal. Este docto y piadoso prelado se queja en ella amargamente de los enormes abusos de la Inquisicion *con humillacion y envilecimiento de su dignidad.* El, y no yo, hablando de las causas de fé, es quien dice al Rey: *que á todo el cuerpo de los obispos de su reino ya no ha quedado mas que una vana sombra de autoridad.* En otro tiempo

se habia quejado al Rey el V. Palafox de las tropelias del santo Oficio.»

«¿Y quien puede dudarlo? la Inquisicion, no solo arrebató con violencia los feligreses de un obispado, ora sean seglares, ora eclesiásticos, ora curas, sin contar con los obispos para nada, sino que arrebató á los mismos obispos: á manera de un lobo hambriento y voraz, que despnes de robar y devorar las ovejas, acomete y se lleva el pastor. Ya queda indicado lo que hizo con el Ilmo. Carranza. Lo mismo estuvo para hacer con D. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, y con los obispos de Calahorra y de Segovia, á quienes pretendió formar causa como si fueran súbditos suyos. Así lo dice el inquisidor Luis del Páramo, uno de sus mas clásicos escritores, que no puede ser sospechoso. Su idea era intimidar á los obispos con estos golpes de arbitrariedad, confundirlos, aterrarlos, para que le dejaran el campo libre, y al mismo tiempo hacer ostentacion de su prepotencia para con los pueblos. Nada es mas pomposo y admirable que el encabezamiento de sus edictos. Aquí está. «Nos los inquisidores apostólicos contra la heretica pravedad y apostasia....á todas las personas de cualquiera calidad y condicion que sean....salud en nuestro Sr. J. C. que es verdadera salud, y á los nuestros mandamientos que mas verdaderamente son dichos apostólicos, firmemente obedecer y cumplir.» ¿Señor., se conciliará este language petulante y orgulloso con el language del Evangelio, que es el de la dulzura, de la sencillez y de la humildad? ¡Que diferente es el language que ha usado siempre la santa Sede! ¿No se confunden de oír por ejemplo:

Pío VII, obispo, siervo de los siervos de Dios? ¡Que contraste! Este, este es el idioma propio y peculiar de la Iglesia que le enseñó su fundador. *Aprended de mí, decía J. C. á todos los hombres, que soy manso y humilde de corazón.* ¿Y no hablaría también con los inquisidores?»

«Pero donde se conoce mas cuan diferente es el espíritu de la Inquisicion del espíritu evangélico, es en el modo de formar las causas, de sentenciarlas y ponerlas en ejecucion. Este asunto gravísimo era mas digno de una pluma inquisitorial que de la mia. Yo tiemblo, Señor, al verme obligado á hablar de la conducta de un tribunal eclesiástico para con los hombres, ya sean reos ya sean inocentes: lo que ofrece un mar inmenso de tristes reflexiones, aunque no haré mas que tocar rapidamente el asunto. El ha admitido abiertamente en su seno la maledicencia y la calumnia, la delacion y la venganza. «Haced verdades, decía el V. Palafox las que son atroces calumnias... y lo que es mas, defiende lo hecho con la misma jurisdiccion de su tribunal, de suerte que como hombres afrentan, y como inquisidores se vengán.» El mismo Palafox que habla así, no solo sufrió la prohibicion de su pastoral, sino que el tribunal dejó correr cuantas calumnias se publicaron contra el V. Prelado, porque así convenia á su política. ¿Y que maravilla es quo hayan perecido millares de víctimas, ya en destierros, ya en sus oscuros calabozos, ora en las prisiones y tormentos, ora en las hogueras homicidas? El secreto profundo é inviolable, bajo pena de excomunion, es como el alma del santo Oficio, porque así encubre

mejor sus abusos, y en esto se diferencia principalmente de todos los tribunales del mundo. Inspira, ó mejor diré, ordena una obediencia ciega á sus mandatos, como si fuera la misma infalibilidad, y no es responsable á nadie de lo que ejecuta. Manda la pesquisa, encubre la denuncia, protege el espionaje, y contra todas las leyes de la naturaleza íntima con imperio la acusacion recíproca de las personas que mas amamos. No importa que con pretexto de conservar la fé el padre acuse al hijo, y el hijo al padre, el marido á su muger, y la muger á su marido, hermanos, parientes, amigos... todos segun el espíritu del tribunal están obligados á observarse, denunciarse y acusarse mutuamente aunque sea con notable perjuicio del Estado. Un comisario del santo Oficio, acompañado de su alguacil y sus ministros, está autorizado para allanar impunemente las casas, aunque sea á media noche con un silencio misterioso, y arrancar á un padre del seno de su familia, inspirándola un terror pánico, pues ni aun se le permite decir el último Adios á su consorte y á sus hijos, condenados á una eterna infamia, que es el único patrimonio que este desgraciado padre puede transmitir á su posteridad. Generaciones enteras, aun antes de existir, estan sentenciadas, no solo á la pobreza y mendigüez, sino á la ignominia y al oprobio. Así es como el santo Oficio priva de un golpe á la sociedad de útiles y laboriosos ciudadanos que sepulta en sus infectos calabozos. Aun inventó mas. En el edicto que llaman de fé, promulgado todos los años en los pueblos donde reside este exótico tribunal, convida generalmente á que se delaten a sí mismos todos los que teman ser delatados por otros: á los

que cumplan dentro de un cierto término promete perdon; pero con los que se resistan no habrá misericordia: serán arrestados, confiscados sus bienes y sufrirán las demas penas de la ley.»

«Yo no haré aquí las reflexiones oportunas que se ofrecen á cualquiera; empero obligar á que cada uno se delate para que su nombre y el de su familia queden para siempre infamados en los registros de la Inquisicion, es hasta donde pudo llegar la mas refinada tirania. Desafio á todos los sábios á que me señalen igual ejemplo en la mas despótica y bárbara legislacion. Gastaria el tiempo si intentara probar cuan contrarias son estas máximas al espíritu del Evangelio. El mismo Trajano que tanto se declaró contra el cristianismo á pesar de ser un gentil, prohibió severamente la pesquisa como nos lo asegura Tertuliano en su Apologético. ¿Que diria de la delacion voluntaria aquel magnánimo Emperador? Hizo tal impresion en el ánimo de los españoles esta invencion infernal, sostenida por el rigor y el despotismo, que en menos de 40 años, solo en las Andalucias se delataron voluntariamente casi 30.000 personas, y muchas de ellas de delitos que ni sabian ni podian cometer, como son brujerías, hechicerías, pactos con el demonio, y otras fábulas y sandezes ridículas con que se ha querido embaucar al sencillo vulgo. ¿Donde estamos señor? ¿Hasta cuando hemos de ser el escarnio y ludibrio de las naciones? ¡Desgraciada naturaleza que siempre ha de estar expuesta á los caprichos de la arbitrariedad y del error! coténjense ahora estos injustos procedimientos con los artículos de la Constitucion que dejo apuntados atras: hágase el para-

lo entre ambas legislaciones, mientras yo paso á describir, si me es posible, los géneros de tormentos que ha empleado el tribunal en la declaracion de los reos, ya sean verdaderos, ya sean supuestos, y examinar después si pueden combinarse con las máximas del Evangelio de Jesucristo »

«Aquí se presenta una nueva escena de horror á que se resisten los oídos cristianos. Yo no quiero hablar de tantos inocentes que han sido víctimas del encono y la envidia, de la maledicencia y la calumnia, pues que á todos abriga este santo tribunal. Quiero suponer el herege mas obstinado, el mas descarado apóstata, el mas rebelde de judaizante: ó es confeso ó convicto. En el primer caso se le sentencia después de mil preguntas misteriosas: mas en el segundo, además de la prision en los oscuros calabozos, destituido de todo humano consuelo, se emplean con él horribles tormentos que estremecen la humanidad para que confiese. Una garrucha colgada en el techo por donde pasa una gruesa soga, es el primer espectáculo que se ofrece á los ojos del infeliz. Los ministros lo cargan de grillos, lo atan á las gargantas de los pies cien libras de hierro, le vuelven los brazos á la espalda asegurados con un cordel, y le sugetan con una soga las muñecas, lo levantan y dejan caer de golpe hasta doce veces, lo que basta para descoyuntar el cuerpo mas robusto. Pero si no confiesa lo que quieren los inquisidores, ya le espera la tortura del potro, atándole antes los pies y las manos. Ocho garrotes sufría esta triste víctima, y si se mantenía inconfeso le hacían tragar gran porcion de agua para que remedase á los ahogados. Mas

no era esto bastante. Completaba últimamente esta escena sangrienta el tormento del brasero, con cuyo fuego lento le freían cruelmente los pies desnudos, untados con grasa y asegurados en un cepo....Es menester callar por no escandalizar mas á los que me oyen... la pluma se resiste á estas horribles pinturas, comparables á las fiestas de los antropófagos ó caribes del Canadá. ¿Que es esto, Señor? ¿Son estos los ministros del impío, del execrable Mahoma, cuya religion se sostiene con sangre y fuego, ó los de un Dios piadoso, elemento y rico en misericordia? Hablando expresamente con los Fariseos les dice en su Evangelio: quiero la misericordia, y no el sacrificio. *Misericordiam volo, et non sacrificium*. Pero la Inquisicion quiere el sacrificio; y el sacrificio mas cruento. *Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y que viva*, como nos lo anuncia por su Profeta: pero la Inquisicion quiere que muera, sin dar lugar á que quizá llegue el dia de su conversion. *Los sanos, dice el Señor, no necesitan de medico, sino los enfermos*. En efecto los hereges necesitan de medicinas para que vuelvan al seno de la Iglesia de quien se separaron, como hijos ingratos á una madre tan piadosa. Pero ¿que medicinas les aplica la Inquisicion? ¿son por ventura la predicacion, la persuacion, la paciencia, la caridad, que son las medicinas del evangelio, ó les aplica azotes, cadenas, grillos, garruchas, tortura y fuego? ¿A donde está aquel hombre que nos describe San Lucas en la divina parábola, que *habiendo encontrado la oveja perdida, de las ciento que guardaba, se la puso á los hombros lleno de regocijo, y la agregó á su re-*

baño? Este pastor se encontraría fácilmente en los obispos y curas, que son los pastores de Israel, pero no en los inquisidores. Ellos presencian en calidad de jueces estos horrendos espectáculos, ya sean los delinquentes hombres, ya sean mugeres: ellos tienen valor para oír á sangre fría los tristes lamentos y horribles alaridos de los atormentados: sentencian á muerte invocando primero el santo nombre del Señor, y con aire de ferocidad condenan los relajados á las llamas. Figúrese V. M. á un inquisidor entregando con una mano los reos al juez civil para conducirlos á la hoguera, y con la otra elevando un crucifijo, que nos representa vivamente la muerte de un Dios que pidió á su padre perdonase á sus enemigos. ¿No es este el mas extraño contraste que puede ofrecerse á la imaginacion de un cristiano?

«Roma, aquella famosa Roma, acostumbrada en los tiempos de su mayor relajacion á los mas crueles espectáculos en las sanguinarias fiestas de los gladiadores, se atemorizaba con el suplicio de la hoguera como el mas horrible de todos; pero el santo Oficio de nada se horroriza cuando se trata de hereges. ¿Y si son judaizantes? Estos iban seguros á la hoguera. *Dámelo judío, dárte-lo he quemado.* Este bárbaro estrivillo tenía siempre en la boca el inhumano Lucero, inquisidor de Córdoba. No puedo comprehender, Señor, la razon porque nos inspiran desde la niñez una aversion mortal á los hebreos. Yo no ignoro que cualquiera nacion por principios de conveniencia ó de política puede excluir de su sociedad ésta ó aquella secta; pero querer extinguir la nacion hebrea, no solo es una de las mayores necedades, sino contrario en-

teramente á los decretos divinos. Los hijos de Israel, dice un Profeta, permanecerán muchos años sin rey, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin sacrificio. Ellos son un testimonio auténtico y eterno de la verdad de las sagradas escrituras. Se glorian aun justamente de traer su origen de la sangre de Abrahán, y el mismo J. C. se anuncia en el Evangelio hijo de Abrahán segun la carne. Y lo mas admirable es, que cuando se cumpla la plenitud de los tiempos, cuando Dios se digne congregar algun dia las dispersiones de Israel, entonces este pueblo desgraciado, por el monstruoso crimen de un deicidio, tendrá parte en las misericordias del Señor, y todo Israel entrará felizmente en la Iglesia católica, como se explica S. Pablo. ¿Y no valdria mas instruir nuestra juventud en estas verdades eternas, que no en la hedionda cantinella, *dámelo judio, dártelo he quemado*? ¿Y no es todavia mas extraño que los ministros del Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob condenen á las llamas las tristes reliquias de un pueblo de quien dijo el Señor: «Israel es mi hijo, y mi hijo primogénito?» Pero me dirán: este pueblo es delincuente, rebelde, deicida...Lo es sin duda; mas por lo mismo es mas digno de nuestra compasion que de nuestro furor. ¿Y quien ha dado facultad á los inquisidores para exterminar con el hierro y el fuego las dispersiones de un pueblo que quiere el Señor conservar hasta la consumacion de los siglos? Si algun hebreo oculto se descubre entre nosotros y delinquiere, castigueselo segun las leyes del Estado; pero no se le cuelgue de las garruchas, no se le aplique al potro, no se le arroje á las hogueras solo por ser hebreo.

«No debo disimular el piadoso escrúpulo que manifiestan los inquisidores al entregar los relajados al brazo secular para que los ahorque ó los arroje vivos á las llamas, pues como tribunal eclesiástico, á quien solo conviene la mansedumbre y caridad, no puede segun los cánones mezclarse en castigos de que resulte la muerte ó derramamiento de sangre. El tribunal encarga, exhorta y suplica al juez que trate á los reos con toda dulzura y piedad. En esta súplica no tenemos duda: ¿Pero será sincera? ¿Pero será conforme al espíritu del Evangelio, que es el Espíritu de verdad y misericordia? No debo meterme en escudriñar los corazones; mas podemos calcular por los efectos. Ya hemos visto que los jueces del tribunal asisten personalmente á los tormentos. Conviene ahora que sepan todos, que á pesar de la súplica que se hace al juez secular no puede menos este que ejecutar la sentencia só pena de incurrir en excomunion, y de quedar sujeto en un todo al tribunal. Además, un secretario asiste siempre al acto de azotar, de ahorcar, y de quemar vivos los hombres para dar fé de estos monstruosos espectáculos: del Vaticano se han expedido bulas para dispensar la irregularidad de los inquisidores. ¿Pues que significa entónces aquella súplica, sino un nuevo insulto á la afligida humanidad, sino una apariencia de virtud, sino un rasgo de la mas refinada hipocresía, sino una conducta farisaica? ¿Así se eluden los preceptos divinos del Dios de la verdad? ¿Es posible que hasta en esto ha de ser el proceder de la Inquisicion contrario al espíritu del Evangelio?

«No debo omitir, señor, que su autoridad se extiende

tambien hasta la region de los muertos. ¡Cuántas veces no ha mandado excavar los sepulcros para exhumar las osamentas de los que ha creído que han muerto en la heresia para arrojarlas á las llamas! ¡Infelices reliquias del linaje humano, tristes despojos de la muerte, sombras respetables, que quizá habreis pasado á la otra vida en la inocencia, como victima de alguna calumnia, de algun encono ó venganza, perdonad las preocupaciones y la barbarie de los pasados siglos. Los mismos gentiles respetaron las cenizas de sus muertos, y solo estaba reservado á la Inquisicion ir á turbar vuestro reposo en las cavernas de la tierra. *Tantæne animis cælestibus iræ!* Yo no hablaré de las riquezas que se ha apropiado, dejando á innumerables familias enteras en los brazos de la indigencia con perjuicio notorio de las artes y del comercio. No hablaré de esas rotulatas vergonzosas con que se han tiznado las puertas de nuestros templos: monumentos eternos de infamia para millares de familias con que la inquisición quiso sin duda amedrentarlas; pero que solo han servido para dar á las futuras generaciones un testimonio autentico de su encono, de su ira y de su crueldad. Ya D. Felipe Boltran, inquisidor general, mandó arrancarlas, como trofeos indignos de una ilustre nacion, y yo tengo mucha complacencia en hacer esta justicia á su filosofia y magnanimidad; mas el cuerpo de inquisidores se desentendió de esta acertada providencia. Siguen las rotulatas; pero llegó el tiempo en que la justicia y sabiduria de V. M. las mandará arrojar al fuego para que no denigrén á los ciudadanos españoles. Tampoco hablaré de la astucia y política que ha empleado en todos tiempos

para sostener su dignidad. ¿Quien ignora que en estos últimos años, olvidándose del fin para que fué establecido, sirvió de vil instrumento al poder absoluto del gobierno? ¿quien ignora que se prestó á los caprichos y venganza del mas infame y voluptuoso favorito de que habla nuestra historia? Este tribunal tan prepotente y tan terrible con los desvalidos, no tuvo valor para hacer la causa á un malvado sin religion, á un monstruo compuesto de todos los vicios sin virtud ninguna y permitió á la faz de la Corte de un Rey católico, no solo hacer panegiricos de Godoy, sino colocar su imagen asquerosa sobre los altares al lado de la cruz de J. C. ¿Es esto su zelo por la religion y por la fé? ¡Oh santo Dios! ¿Y se ha podido llamar á este tribunal *el santo Oficio*? ¿Y hay todavia quien lo deseo para honra y gloria de Dios y felicidad del Estado?

¿Y que diré, señor de aquellas famosas escenas conocidas en toda España con el nombre de autillos ó autos de fé? Los autillos son tales y tan ridiculos que cuando eran públicos, solo servian para excitar la risa de los pueblos. Tenian mas de cómico que de trágico. El mismo tribunal considerándolos impropios de su dignidad, gravedad, y circunspeccion, se avergonzaba de ellos. Es menester hacerle esta justicia. Pero no sucede así con los grandes autos de fé. Estos son unos espectáculos que por su grandeza y esplendor, por el lujo de los atavios, por la pompa y magnificencia del aparato, por lo horrible y espantoso de los castigos han llenado toda la Europa, y mereciendo trasmitirse á la posteridad. Há habido varios de gran fama y nombradía. El de Logroño del año de 1610, se ha reimpresso en estos dias para recordarnos lo que he-

mos sido, y advertirnos lo que debemos ser en adelante. Pero el auto de los autos, el auto de fé por excelencia, y que ha merecido la aprobacion de todos los fanáticos es el que se celebró en Madrid el año de 1680, para confortar la debilidad del Señor rey D. Carlos II y divertir su hypocondría. Me falta el ingenio y habilidad para hacer una precisa y elegante descripcion de este triunfo. Se tocó un mes ántes la trompeta inquisitorial para dar prisa á los tribunales subalternos, á fin de evacuar las causas pendientes para que la multitud de reos contribuyese á la mayor solemnidad; y se señaló un Domingo para santificar con la muerte de las víctimas el día del señor. La plaza mayor fué escogida con preferencia para teatro de esta grandiosa escena trágica. Un tablado espacioso, largas y magnificas graderias, un elevado solio para asiento del inquisidor general eran sus principales adornos. Es verdad que á su lado se veían jaulas con verjas para encerrar á los infelices reos como si fueran tigres, y esto afeó un poco la hermosura y brillantez del teatro. El concurso de los pueblos limitrófes fue inmenso, pues tal es el delirio de los hombres que se complacen en la ruina de sus semejantes. La procesion fue dilatada, magnifica y estupenda, porque en todo reynó un profundo y espantoso silencio, á pesar de la brillante cabalgata que la acompañaba. La real familia con sus guardias, la cámara, los consejos con sus presidentes, los demas tribunales, la villa de Madrid, los Grandes y títulos...todas las clases del estado sin faltar su compañía de soldados de la fé, asistieron puntualmente á un acto tan religioso. Pero la Suprema presidida por su Gefe y rodeada de la turba multa

de inquisidores de provincia, de consultores, ministros calificadores, comisarios y alguaciles llamaban mas que todo la atencion de los concurrentes, como que eran los principales agentes de la carniceria que se preparaba. El Rey vió con profunda atencion este sacrificio cruento de sus vasallos. Ciento veinte eran las victimas destinadas al suplicio entre relajados y penitenciados hombres y mugeres, unos en persona y otros en estatua, porque la Inquisicion persigue tambien los estafermos. No debe omitirse que en medio de esta brillante procesion iban tambien arcas con huesos de difuntos para que acompañasen á los sambenitos y corazas, y que nada faltase al lucimiento de funcion tan augusta.

José Olmo, historiador exácto y testigo ocular, nos ha trasmitido puntualmente la relacion de este auto solemnisimo á quien llama *Paseo triunfante*. En efecto, puede muy bien compararse á aquellos triunfos de los guerreros de la antigua Roma, cuando los conquistadores del mundo subian al capitolio llenos de pompa y magestad á depositar los despojos de las naciones vencidas. Ellos llevaban en pos de si Reyes encadenados, magistrados y generales en la humillacion y abatimiento, y la Inquisicion conducia á los ciudadanos españoles con sogas y mordazas cubiertos de infamia, oprobio é ignominia. La diferencia está, en que aquellos orgullosos gentiles sacrificaban á Júpiter Capitolino bueyes coronados con cintas y flores como un tributo de accion de gracias por las victorias conseguidas, y la Inquisicion ofrecia por triunfo de la fé victimas humanas con los vestidos más despreciables al Dios de las misericordias! ¡Que horrible espectáculo! ¡De cuantos extravios

es capaz un zelo indolente! ¡O amable y angusta religion, hija del cielo, delicias del hombre y su único consuelo en los calabozos del santo Oficio! Tu condenas estas escenas sauguinarias como opuestas á tu divino carácter: tu sola puedes con el influjo de la gracia confortar á los mortales que has recibido en tu seno, que has alimentado con tu doctrina y que no desamparas en los días de su afliccion. La Inquisicion se ha empeñado en hacer confesores á muchos inocentes, y solo ha logrado hacer martires, cuyo conocimiento queda reservado para el dia grande del Señor. Pueblos venideros, naciones que entrareis algun dia en el seno de la Iglesia, generaciones futuras ¿podreis creer con el tiempo que existió en medio de la Iglesia católica un tribunal llamado la *santa Inquisicion*?

«Hace algunos años que en la biblioteca de San Isidro de Madrid lei un trozo del sermon que se predicó en esta memorable solemnidad. Digo un *trozo*, porque no tuve paciencia para leer el sermon por entero. El predicador felicitaba á la monarquia española por la pureza de su religion, y le prometia la mas colmada prosperidad. Todos saben hasta que punto llegó despues la decadencia de esta gran nacion en todos los ramos del estado, y por tanto no pudo verificarse el vaticinio de este Pseudo-Profeta. Hace mil encomios á la Inquisicion á quien llama no solamente tribunal *santo* sino *santisimo*, y desea su conservacion por infinitos siglos, (lo que Dios no permite.) Le aplica despues aquel divino texto con que el Espíritu Santo saluda en sentido mistico á la tierna esposa de los eñiticos que los santos padres entienden, ya por la Iglesia, ya por la Santisima Virgen, ya por el alma de

los justos, y elevándose sobre sí mismo, apostrofó á la Inquisicion de esta manera: «toda hermosa eres, amiga mia, como las tiendas de Cedár, como las pieles de Salomon.» *Pulchra es, amica mea, sicut tabernacula Cedar, sicut pelles Salomonis.* ¿No le sienta bien á la Inquisicion este elogio divino? ¿O no es esto mas bien una de las mas ridiculas gerundiadas? ¿A donde encontraria este orador gerúndico la belleza y hermosura de la Inquisicion? ¿Será en las garruchas, en los potros ó en las hogueras homicidas? ¿A quien aplicaria los pabellones de Cedár? ¿Será á sus oscuros y fétidos calabozos? ¿Y á quien acomodaria las pieles de Salomon? ¿Será á los sambenitos y corozas tiznadas de diablos, dragones y otros mamarrachos indecentes? Señor, omito hacer aqui las reflexiones oportunas que se ofrecen á cualquiera. Dejo á la piedad y sabiduría de V. M. considerar la profanacion del sagrado texto en boca de aquel orate sacrílego delante de un tribunal de fô y en medio de un concurso tan prodigioso. La Inquisicion se convirtió en substancia un elogio divino que á nadie menos que á ella podia pertenecer. Porque ¿que oidos cristianos pueden sufrir que se llame á la Inquisicion la amiga predilecta del Espíritu Santo y precisamente en un dia destinado al sacrificio de victimas humanas con pretexto de religion?

No consta que aquel pedante orador haya sido castigado con severas penas. Su oracion tan sacro-profana como el decantado auto de fô corre impresa, no solo para vergüenza inmortal de nuestra oratoria, sino para eterno oprobio del tribunal. ¿Y es compatible esto con las sacro-santas máximas del Evangelio que intenta defender?

Que me respondan los abogados del Santo-Oficio. Yo les arguyo publicamente y en la augusta presencia de V. M. con el plan de religion que nos propone el Evangelio de J. C. y con la doctrina de los Apóstoles. Les cito los concilios y los padres que recogieron escrupulosamente las tradiciones divinas y apostólicas, que han transmitido á la posteridad para el concertado gobierno de la Iglesia, que durará hasta el fin de los siglos, porque las puertas del infierno no podrán jamas prevalecer contra ella. En todo este plan económico y divino de la santa Iglesia no se encuentra ni el nombre, ni aun la sola idea de Inquisicion. Les arguyo con hechos públicos y originales sacados exactamente de nuestra historia, y con las prácticas del Santo-Oficio que consta de su propio código. Hasta su mismo carácter es único en la Iglesia, donde ha representado el papel del tribunal mixto, esto es, de temporal y espiritual, esto es, que participa del sacerdocio y del imperio, para asegurar mejor á sus decisiones una total inviolable obediencia.

«Que nos vengan ahora con la rancia y hedionda cantinela de que los que impugnan la Inquisicion hasta exigir su total abolicion son profanos, impíos, hereges, atéos, judíos, francasones, jansenistas.... con que intentan dosacreditar para con el piadoso é inocente pueblo español á los hombres de ilustracion, probidad y virtud, que solo miran por el bien de la religion y seguridad de los ciudadanos. El echar mano de estos infames dictérios, ¿que otra cosa es, sino el íntimo convencimiento en que están, de que solo quieren por rutina y capricho defender una causa desesperada? No puedo persuadirme á que ignoren

lo que es heregia, apostasía, y ateismo. ¿Y donde se encuentra aquí ni sombra de estos vicios anti-religiosos? ¿Piensan con este aparato de voces denigrativas embaucar al vulgo? Lo piensan sin duda: pero hacen notable injuria al pueblo mas religioso de la tierra, inspirándole el ridiculo temor de que si falta la Inquisicion, faltará la Religion de nuestros padres. ¡Qué! ¿Han creido que hablan á una nacion de Hotentotes? ¿Es por ventura la Inquisicion algun artículo ó dogma de fé?

Yo puedo además hablar por desengaño y propia experiencia. Admitaseme esta confesion ingénua é imparcial á que me obliga la imperiosa necesidad de ilustrar esta materia. Habiendosalido de mi patria, una furiosa tormenta me arrojó á las costas de Pensilvania, despues de un peligroso naufragio, y arribé á Filadelfia, ciudad principal de los Estados-Unidos. Varias conexiones me proporcionaron el conocimiento y amistad del célebre Benjamin Franklin, hombre inmortal por su filosofia y ciencia diplomática. Mas de veinte ministros de las Iglesias protestantes concurrían con frecuencia á la tertulia de aquel ilustre filósofo, y yo era conocido de todos por el *Papista*, con cuyo nombre me gloriaba. La conversacion giró casi siempre sobre asuntos de religion, que se discutian amigablemente y con bastante método, pero con calor y energia. A pesar de mi poca edad y cortas luces, pude convencer á muchos de la primacia que el obispo de Roma obtiene por derecho divino en toda la Iglesia, primacia no solo de honor sino de jurisdiccion. No me fué difícil contestar á otros varios puntos de controversia á que respondí con mas ó menos acierto. Hallábase allí

á la sazón un sobrino del famoso Juan Francisco Budeo que pasa por el mas grave teólogo de los luteranos, el que apoyado en el falso sistema de su tio, negaba las tradiciones divinas y apostólicas, impugnando la doctrina del santo concilio de Trento. Este punto dogmático, que se discutió, acaso con mas calor que ningun otro, fué sostenido con varias razones de algunos ministros, que se pusieron de mi parte, y que disentan de Budeo: pero confieso á V. M. que cuando todos reunidos me arguyeron con el establecimiento de la Inquisicion, no supe al principio que responderles, ya porque siempre me pareció extraño su modo de enjuiciar, ya porque me cegó de sorpresa este ataque á que yo no estaba prevenido. «Vuestra iglesia romana, me decian, no puede ser la verdadera Iglesia de J. C., porque abriga en su seno el espantoso tribunal de la Inquisicion: tribunal despótico, sanginario, cruel, y por tanto contrario á las máximas del Evangelio. Su divino autor, que es el Dios de paz y de caridad, detesta las violentas coacciones y horribles castigos que emplea la Inquisicion con los disidentes. Todas las páginas del nuevo testamento nos pintan la Religion de J. C. compasiva, atractiva, amable, cual salió del seno del Padre Celestial, y la Inquisicion la hace insufrible y odiosa, y en lugar de atraer los protestantes, los desvia mas y mas del gremio de esa Iglesia particularmente en vuestra España...»

«Yo quisiera, Señor, que todos los abogados y protectores del tribunal, comprendiendo á los R. R. Obispos se hubieran hallado en el mismo conflicto que yo. No se trataba aqui de asuntos meramente políticos, en que cada

uno expone su opinion sin peligro de la fé, sino asuntos dogmáticos que son los que afirman, despues de un crítico razonamiento afianzado en los lugares teológicos, la creencia de los fieles. Tampóco se trataba de convencer á un vulgo ignorante, sino á hombres doctísimos versados profundamente en el conocimiento de las sagradas Escrituras que aprenden desde su niñez. No ignoro yo que si me hubiera servido de la doctrina y de las armas de nuestros folletistas los hubiera confundido, llamándolos á gritos hereges, luteranos, calvinistas, arminianos, presbiterianos, sacramentarios, anabaptistas.... y hubiera quedado muy ufano y satisfecho de mi victoria. ¿Mas es esto el medio de defender las sacrosantas verdades del Evangelio? ¿Son estas las razones á propósito para convencer á los refractarios? V. M. lo juzgará imparcialmente con su piedad y sabiduría. Entonces me vi forzado á confesar que la Inquisicion era un tribunal de establecimiento puramente humano, en que no solo tuvo parte la curia de Roma, sino la política de los Reyes: confesé sus enormes abusos, su dominio despótico contrario al espíritu del Evangelio: dije en fin, que eran defectos de hombres que no podian perjudicar á la pureza de doctrina, á la santidad y primacia de la Iglesia Romana, madre y maestra de todas las Iglesias; y dije otras verdades que no necesito ahora reproducir. Estas mismas conversaciones se repitieron en casa de Jorge Washington, que apareció por aquellos dias en Filadelfia. No pude averiguar á que secta pertenecia este célebre general; pero el filósofo Franklin propendia á la de los arminianos segun los principios de Felipe Limbourg. El fue quien

me provocó á producirme en público en prueba de mi sinceridad, y no dificulté un momento predicar en la Iglesia católica de Filadelfia la misma doctrina que habia proferido en mis conversaciones, á cuya funcion asistieron todos los españoles de las fragatas de guerra la Héroe, la Loreto, y de 8, ó 10 barcos de la Florida que se hallaban allí. A petición de la congregacion de los católicos se vertió literalmente mi sermon en Ingles y á los ocho dias lo predicó el Sr. Beeston, uno de los dos curas de aquella parroquia, de quien no tengo noticia que haya muerto. El concurso de todas las sectas fué tal, que yo mismo apenas pude ocupar un estrecho lugar en el Presbiterio á pesar de mi amistad con aquellos curas. Los ministros protestantes quisieron sin duda desengañarse de la sinceridad con que un español iba á hablar sobre la Inquisicion, y lo consiguieron. Mi sermon fué el primero que se predicó en nuestro idioma en aquellas vastas regiones, y creí asimismo necesario esparcir esta doctrina en las provincias de Nueva York, Meriland.... hasta Baltimore que corri, ya por curiosidad, ya por examinar los progresos que podria hacer en aquel inmenso territorio la Religion C. A. R. Aseguro á V. M. que jamas hubiera hablado en público de este gravísimo asunto, sino forzado de la necesidad de hacer ver que la Inquisicion es un obstáculo en muchos paises á la propagacion del Evangelio. Su nombre solo llena de terror los espíritus mas fuertes: empero cuando se desengañan de que la Inquisicion no es un tribunal inherente ni esencial á nuestra Religion, sino la obra de la política y del despotismo, se abre la entrada al santuario de la Iglesia cató-

lia. Desengañados muchos Anglo-Americanos de este error, mudaron de dictámen. Mas de 80 familias protestantes hicieron bautizar sus hijos en la parroquia de los católicos, de que yo fui testigo, y lo mismo ejecutaron otras infinitas á que no pude concurrir. Por no molestar á V. M. solo he tocado de paso esta materia. ¿Pero que mas? Desde aquella época, que fue el año de 88 del siglo pasado, se trató seriamente de erigir la primera silla episcopal en aquellas inmensas regiones con anuencia del Soberano Congreso, aunque compuesto casi todo de protestantes. Yo fui uno de los encargados para promover este importante asunto con el Sr. Nuncio Hypolito Maria Vincente, y el Sto. P. Pio VI nombró por primer obispo al Sr. Carroll, que era á la sazón su vicario apostólico. Es increíble el incremento que ha tenido el catolicismo en aquellos paises en poco mas de 20 años, pues tengo entendido que se han fundado ya hasta cinco sillas episcopales. Si la Inquisicion hubiera por desgracia sentado allí su predominio, estoy bien seguro que no habria ninguna. Este extraño acontecimiento, en que yo tuve por casualidad una pequeña parte, fué público en Filadelfia, ciudad floreciente y populosa. Nunca hice merito de él, sin embargo de haber sido el suceso mas feliz de mi vida, y el mas grato á mi corazon. (1) ¿Y quien puede extrañar ahora que yo pinte al tribunal como contrario al espíritu del Evangelio á pesar de las reclamaciones

(1) En Cádiz hay sugeto fidedigno que habiendo arribado el año de 1806. á Charleston oyó una puntual narracion de lo que aquí va expuesto, así á los católicos, como á los protestantes. Lo mismo oyó en Boston, Nueva-York, y particularmente en Filadelfia, donde se informó de todo con mas exactitud.

de muchos que acaso lo harán con buena intencion?

Yo he probado, Señor, y sino me engaño he probado hasta la evidencia, que la Inquisicion no entró en el plan de J. C., ni de los Apostoles, ni de los concilios, ni de los padres: que es un tribunal intruso en la Iglesia de Dios: que debe su origen y establecimiento á la edad media, es decir, á los siglos bárbaros, cuando las costumbres y la disciplina se hallaban en la mayor decadencia: que la Inquisicion es enteramente inútil en la Iglesia; que es diametralmente opuesta á la sabia y religiosa constitucion que V. M. ha sancionado, y que han jurado los pueblos: y por último que es no solamente perjudicial á la prosperidad del Estado, sino contraria al espíritu del Evangelio que intenta defender. Respondan, si quieren, á estas verdades; pero sea con el language de la urbanidad, de la política y de la Religion de que tanto se jactan. Cualquiera otra arma es prohibida. Yo he tratado á los que sienten lo contrario como á conciudadanos, como á hermanos, no como á extrangeros no como á enemigos. Desnudo de toda parcialidad, y convencido íntimamente de que hago un servicio á mi patria, ataco al tribunal por los cimientos, pero respeto y amo á sus individuos. El hacer venir reclamaciones de luengas tierras y recoger firmas de varios cuerpos particulares para hacer creer que el pueblo español pide de consuno el Santo-Oficio, es una estratagema vergonzosa que prueba por sí misma la falta de razones en los que se valen de ella. Sin embargo, la junta de Galicia entre otras varias corporaciones, tomando la voz de todo el pueblo gallego, acaso el mas tenaz en conservar la Religion

de sus mayores, ha solicitado el restablecimiento de la Inquisicion, como si dos ó tres individuos de una Provincia de millon y medio de habitantes, pudieran llevar la voz del pueblo en una materia religiosa. En pos de estos folletos vino tambien un escrito impreso en la Coruña desmintiendo el contenido de los primeros. ¿Dónde estamos? ¿Son estos los medios á proposito para sostener un tribunal que siglos ha no debia subsistir entre nosotros?

«Sr., este coloso, semejante á la estatua que vió Nabuco, descrita y explicada por Daniel, tiene la cabeza de oro brillante, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro; pero la mitad de sus pies es de barro, y por tanto es muy fácil dar con él en tierra. Me explicaré con mas propiedad. Este es aquel árbol de quien dice J. C. por S. Mateo: que no siendo plantado por su padre celestial, debe cortarse de raíz. *Omnis plantatio quam non plantavit Pater meus coelestis, eradicabitur*, El daño que ha hecho la Inquisicion á la Iglesia y al Estado es incalculable. Ella no ha corregido las costumbres, no ha procurado la instruccion de los pueblos en la sólida y verdadera Religion, se ha opuesto, ya por conveniencia, ya por politica á la ilustracion de un pueblo digno de mejor suerte. Ha derramado las tinieblas, ha patrocinado la supersticion, mira con odio la libertad de imprenta; y aunque acosada y moribunda quiere como la hydra levantar sus siete cabezas para destruir despues sordamente quanto V. M. ha establecido en beneficio de la Nacion. La justicia, el derecho nacional, la razon y la sana filosofia proscri-

tas hasta aquí por el furor del poder arbitrario se acogen hoy de mancomun al amparo de V. M. implorando su soberana proteccion ante el trono de las leyes. Por otra parte la sangre de tantos inocentes que han sido victimas de la calumnia, de la perfidia ó de un falso zelo claman hoy por la venganza, como clamaba en otro tiempo la sangre de Abel. Del fondo de sus sepulcros sale una voz magestuosa y elocuente á pedir justicia á V. M. contra las violencias y atentados de un tribunal incompatible con los derechos del hombre; y siendo la Inquisicion por principios un establecimiento sanguinario, me atrevo á decir que pide tambien su total extincion la Santa Madre Iglesia. Porque si á David, aquel hombre formado segun el corazon de Dios, no se le permitió la construccion del templo de Jerusalem por haber defendido con su espada al pueblo del Señor, ¿como ha de subsistir en la Iglesia la Inquisicion que condena los hombres á las llamas?

¿Y quedará la Nacion sin tribunal de fé? Nada menos que eso. La España, como nacion que profesa la Religion C. A. R. debe tener un tribunal en cada obispado. Los obispos que son los jueces natos de la fé establecidos por J. C. ó los gobernadores en sede vacante, deberán entender exclusivamente en todos los asuntos pertenecientes á la Religion, formar las causas á los que se declaren ó impíos, ó hereges, ó apóstatas, permitiéndoles su defensa. y separar á los contumaces de la comunión de la Iglesia. Hasta aquí llegan sus facultades, y nada es mas facil que su ejecucion, siempre que se obre con reflexion y madurez conforme al espíritu de los antiguos cánones. Que se destierren para siempre los secretos y

gestiones misteriosas que obscurecen y paralizan la verdad. La verdad, Señor, no se aviene con las tinieblas: los que hayan pecado en público deben ser publicamente corregidos, y castigados, pero según las leyes de la Iglesia que señalaron los santos concilios, pero por los legítimos jueces autorizados por J. C. Cualquiera otra medida es ilegal, injusta, arbitraria, violenta. Si el refractorio se humilla, reconoce su error y lo detesta, soy de dictámen que se le debe corregir y perdonar como lo exige la caridad cristiana, de que San Pablo nos dió ejemplo con el incestuoso de Corinto de que hablé antes. Pero si es rebelde ó contumaz, entonces quédala al prelado la obligación de enviar el expediente al tribunal secular, para que le aplique rigurosamente las leyes como infractor del artículo 12 de la Constitución que V. M. ha sancionado. La potestad civil ha de consumir lo que comenzó la eclesiástica: ámbas deben auxiliarse mutuamente y cada una guardar sus límites. Esto se vió en España hasta el malhadado siglo 13 en que apareció la Inquisición á confundirlo todo: esto vieron nuestros padres, y esto mismo previenen las leyes de partida que hablan del asunto. Me bastará citar la ley 17, título 26 de la partida 7.^a que se explica así. «Los hereges pueden ser acusados de cada uno del pueblo delante los obispos ó de los vicarios que tienen sus lugares: et ellos los deben examinar et exprobar en los artículos et en los sacramentos de la fe: et si fallaren que yerran en ellos ó en alguna de las otras cosas que la Iglesia de Roma manda guardar et creer, entonces deben puñar de convertirlos et de sacarlos de aquel yerro por buenas razones et mansas palabras. Et

si quisieren tornar á la fé et creerla despues que fueren reconciliados, debenlos perdonar. Et si por aventura non se quisieren quitar de su porfia debenlos judgar por hereges, et darlos des pues á los jueces seglares.» Aquí ve V. M. la doctrina que reynó en la nacion por muchos siglos, y con la que á mi ver estan obligades á conformarse todos los partidos sin que se vuelva á hablar mas de Inquisicion, pues hasta su nombre debe sepultarse en un olvido eterno.

Señor, toda la España, toda la Europa, el mundo entero está en expectacion de lo que decida V. M. para calcular despues el grado de ilustracion en que va á quedar la Monarquía, cuando se disuelvan estas Córtes generales y extraordinarias. V. M. se halla en la precisa alternativa de dar leyes á una nacion de hombres religiosos, pero libres, ó á una nacion de esclavos sujetos eternamente á la férula de la Inquisicion. La beneficencia no se ha hecho jamas impunemente: siempre ha encontrado obstáculos y contradicciones. No olvide V. M. que Madrid, capital de este vasto imperio y acaso el pueblo mas heroyco y mas ilustrado del mundo detesta, como debe, hasta el nombre de un tribunal que ha costado á la nacion por espacio de mas de cinco siglos, arroyos de sangre, ríos de lágrimas y pesares eternos. Nada debe detener á V. M. para dar su resolucion, habiendo manifestado hasta aquí tanta prudencia, magnanimidad y sabiduria en sus decretos. La posteridad, juez seguro é imparcial, es la que mas aplaudirá la abolicion del Santo-Oficio, como el rasgo mas digno de transmitirse á las generaciones futuras. Si V. M. se desentiende de

este asunto tan necesario como urgente, se podrá decir que nada ha hecho en beneficio de la libertad nacional, como decia Lucano de Julio Cesar. *Nil actum reputans, si quid superesset agendum*. Cádiz y Enero 18 de 1813.—Señor.—*Antonio José Ruiz de Padron*.

Tal fué el famoso discurso que Ruiz Padon, con un valor, que no es fácil calcular al presente, presentó á las Córtes, sin tener aun la seguridad de que el temible y vengativo Tribunal á quien atacaba, llegara por fin á abollirse; y en caso contrario, con la firme conviccion de ser perseguido en su persona y bienes, sin que le sirviera de escudo, sino de circunstancia agravante, su carácter casi episcopal.

Conocida es de todos la célebre discusion, que los últimos y tenaces defensores del pasado sostuvieron en aquellas Córtes, para prolongar la vida de la agonizante institucion religiosa. (1)

Felizmente cayó ésta en votacion pública y solemne, que tuvo lugar el 22 de febrero de 1813, y aunque poco despues habia de volver á presentarse como restaurada y triunfante, su herida era tan profundamente mortal, que en los años de 1814 á 1820, solo consiguió arrastrar una vida miserable y enfermiza, hasta que, al iluminarse el horizonte político con los primeros albores de la segunda época constitucional espiró definitivamente, sin esperanza de volver á resucitar jamás.

(1) Véase, ademas del Diario de las Córtes, un tomo que se imprimió con los Discursos que en pró y en contra se pronunciaron en aquella ocasion. Cádiz, en 4.º—1813.

El discurso que hemos transcrito, no tan solo fué apreciado y aplaudido en España, sino tambien, y con mayor entusiasmo, en el extranjero.

Los ingleses se apresuraron á traducirlo, y circuló profusamente en Inglaterra y los Estados-Unidos, recogiendo gran cosecha de elogios su inspirado autor. (1) A la vez, y en el corto espacio de cuatro meses, lo reproducian las prensas liberales de Madrid, Cádiz, Coruña, y Palma de Mallorca, dejando en todas partes la misma honda impresion que en el Congreso, no solo por lo elevado de la frase, y fuerza incontrastable de sus argumentos, sino por el valor que revelaba un ataque tan franco, oportuno y audaz.

Mientras Ruiz Padron se ocupaba de estos importantes asuntos, de interes general para la Nacion, no descuidaba aquellos de interes particular, que sus electores le recomendaban desde Canarias.

La Isla de Tenerife le debió en aquel año la primera solicitud sobre division del Obispado y creacion de otro nue-

(1) Su traductor, el escocés Mac Kinnor, en el prólogo ó introduccion con que encabeza el Discurso se expresa de este modo.

«El Sr. D. Antonio José Ruiz de Padron Abad de Villamartin de Valdeorres en Galicia, Ministro Calificador del Santo Oficio, y natural de la Isla de la Gomera, una de las Canarias, presentó su dictámen por escrito sobre la Inquisicion. El fué el primero entre sus compañeros que tuvo la arrogante osadía de presentar á la Nacion la monstruosidad y barbarie de este Tribunal desconocido en los primeros siglos de la Iglesia, haciendo ver con la mayor evidencia su enorme poder, su ilegalidad, sus exorbitantes privilegios, su estupidez, su despotismo y crueldad; el primero que sin andar con rodeos, ni contemplaciones, lo atacó á pié firme por los cimientos, hasta exigir su total abolicion. El aplauso y admiracion con que fué oido por todos los amantes de la ilustracion y la humanidad es imponderable, como asimismo el espanto y terror que derramó en los partidarios del tribunal.»

vo en la Laguna, mocion que tuvo efecto, apoyada por los demas diputados de aquella Isla, en la sesion de 6 de Setiembre de 1813, aunque por entonces ninguna resolucion se tomó en las Córtes.

Al disolverse éstas en 14 del mismo mes, se dedicó el yá celebre canario á publicar un folleto que tituló—Monumento de gratitud al Pueblo de Cádiz—(1) en el que campean las mismas dotes de castizo escritor y distinguido erudito.

Graves dolencias habian quebrantado entretanto su salud, casi desde el tiempo mismo en que sus reconocidos paisanos le honraban con el cargo de diputado constituyente. Asi fue que sus dos brillantes discursos habian sido leídos, mientras él se hallaba ausente de Cádiz, buscando en Galicia alivio á su tenaz enfermedad.

Anhelando consultar los mejores médicos, y apurar los recursos de la ciencia, se trasladó á Madrid, que ya habia sido evacuado definitivamente por los franceses, y alli permaneció con varia fortuna, hasta que en mayo de 1814 pudo regresar á Valdecorres, restablecido satisfactoriamente de su inveterada dolencia.

Otros padecimientos aún mas graves, aunque de otra índole, esperaban al insigne escritor en la soledad del claustro, cuando él creia gozar alli de una tranquilidad que nadie perturbaria, padecimientos nó físicos sino morales, que en su previsor criterio tal vez pudo adivinar, desde que Fernando VII rasgaba con mano ingrata el nuevo pacto constitucional.

(1) Se imprimió en la misma poblacion: imprenta patriótica. 1813, á cargo de D. R. Verges.

En efecto, la reaccion, alentada por aquel monarca de infausto recuerdo para España, se desencadenó sin freno por todo el suelo Ibérico, empapado todavía en la sangre generosa de los que habian muerto por reconquistar á su rey una Corona, en tanto que el alto clero, descoso de vengar los ataques que á su arbitraria autoridad se le habian dirigido desde los asientos del Congreso, procuraba fundir en una sola las supuestas ofensas al trono y al altar, y perseguia con la tenacidad propia de esas instituciones que se creen superiores á toda convencion humana, á aquellos que habian osado poner la mano sobre las piedras angulares de su secular Soberbia.

Una de las primeras víctimas, destinadas á satisfacer el encono de los magnates agraviados, fue el ilustre Ruiz Padron, cuya Abadia era sufragánea del Obispado de Astorga.

Ocupaba la Silla episcopal de esta antigua Diócesis el intransigente y fanático Prelado D. Manuel Vicente Martínez Jimenez, quien inspirado por las malas pasiones de la época, sin darse tregua ni descanso, procedió á fulminar un tremendo proceso contra el diputado isleño, dando principio á las diligencias con dictar en Julio de 1814 auto de prision, y mandar que se le encerrase en el Seminario de Astorga, adoptando para ello las mas severas precauciones y la mas fria crueldad.

El delito que se le imputaba no era otro que el haber escrito su discurso contra el Santo Oficio, y el no menos revolucionario contra el voto de Santiago, y en su consecuencia, despues del auto de prision, se dictó otro de confiscacion de bienes y rentas, señalando al presunto reo

como limosna, una corta pension para su alimento, servicio y vestido.

Bajo tan riguroso encierro estuvo en el seminario de Astorga siete meses, sin conseguir que se le recibiera declaracion alguna, apesar de sus repetidas instancias, prolongándose esta prision diez meses más con incomunicacion absoluta, cual si se tratase de un reo del mas nefando delito.

Estos antecedentes hacian ya presentir el triste desenlace de tan arbitrario proceso. Seguido éste con toda la saña y apasionamiento que debia esperarse de la extrema exaltacion á que habian llegado los partidos políticos en aquel triste momento de nuestra historia, se falló la causa el 2 de noviembre de 1815, condenando al docto Prelado á reclusion perpetua en el solitario y apartado convento de cabeza de Alba, al cual fue trasladado inmediatamente y encerrado dentro de sus muros con el mayor rigor.

Creemos que los amigos de Ruiz Padron le obligaron á suplicar de tan inicua sentencia, porque para su revision se nombró poco despues un Juez especial que lo fué el íntegro Magistrado D. Manuel Prudencio Vidarte, quien desde luego se aplicó á examinar el proceso, haciendose cargo de la acusacion y defensa, y de los antecedentes y escritos del reo.

En efecto, este coloso y entendido funcionario, estudió los autos con imparcial criterio, y se convenció de que el delito no existia sino en la vengativa imaginacion de los enemigos políticos del diputado isleño. Cediendo entonces á un elevado sentimiento de justicia, tanto mas digno

de elogio, cuanto mas azarosos eran aquellos tiempos, pronunció nueva y definitiva sentencia el 5 de Agosto de 1817, revocando la anterior, absolviendo libremente á Ruiz Padron, mandando que se le repusiese en su Abadía con devolucion de bienes y rentas, y declarando que el procedimiento no le perjudicára en su buen nombre y fama.

No es difícil suponer el quebranto que sufriría su delicada salud con tantos y tan repetidos disgustos, humillaciones y temores, baste decir que por dos veces estuvo al borde del sepulcro, perdida por los médicos toda esperanza de salvacion.

Por último, los cuidados de sus amigos, el triunfo de su inocencia, y la esperanza de mejores dias, le devolvieron por algun tiempo su vacilante salud.

Entretanto vinieron los graves sucesos de 1820, la proclamacion del perseguido código, y la convocatoria de nuevas Córtes. El nombre de Ruiz Padron no podia quedar oscurecido en medio de tan radicales acontecimientos. Una doble eleccion vino á probarle que la ingratitud no es siempre; el defecto de los pueblos libres. Galicia y las Canarias le eligieron por su Diputado, optando por Galicia, como una prueba de su agradecimiento por el cariñoso interes que le manifestó la poblacion de aquel Reino durante el curso de su proceso.

En 23 de agosto de 1820, y tratándose en las Córtes de la supresion de los Diezmos, presentó un discurso favorable á esta contribucion religiosa, que no llegó á leerse, aunque se imprimió en Madrid al año siguiente.

El Gobierno liberal, deseando que no quedase sin jus-

ta recompensa el mérito insigne de este perseguido eclesiástico le nombró Dignidad de Maestre Escuela de la Catedral de Málaga, de la que disfrutó por poco tiempo, pues recrudeciéndose la enfermedad crónica que padecía, y volviendo á Galicia, donde otras veces habia encontrado la salud, falleció en Portela de Valdeorres el 8 de Setiembre de 1823, cuando llegaba ya á los 66 años de su edad.

Es Ruiz Padron una de las glorias de las Islas Canarias, y su nombre, enlazado á los que tanta celebridad dieron á la tribuna española en 1812, no se veria nunca oscurecido, aunque nosotros no le hubiesemos consagrado este modesto homenaje de admiracion y respeto.

Era Ruiz Padron insigne teólogo, predicador distinguido, notable economista, docto é ilustrado, y lo que constituye su gloria mas pura, amigo de la verdad, de la libertad y del progreso, en un tiempo en que estas palabras tenian una significacion desconocida y al alcance de pocas personas.

Su discurso contra el Santo oficio prueba su vasta erudicion, y las ideas de tolerancia que habian germinado en su cerebro, producto de serios estudios y de su contacto con las inteligencias libres de otros países. Esa obra, y los efectos que produjo, serán como hemos dicho, su mejor título de gloria para el porvenir.

La Inquisicion recogió sus escritos, y prohibió su lectura en el breve espacio que duró el último periodo de su dominacion en España.

En carta de la Inquisicion de Canarias á la Suprema, decian los inquisidores al Consejo— «quedamos en el cui-

—dado de imponerle (á Ruiz Padron) las penas á que se ha hecho acreedor por sus injuriosos escritos, si volviese á su patrio suelo, en cumplimiento de lo prevenido por V. A.»—(1)

De estas palabras se deduce claramente, que el proceso preparado y dirigido por el Obispo de Astorga, obedecía á mas elevadas inspiraciones. No era, en efecto, posible, que el Santo oficio olvidara al hombre que le habia inferido la herida más profunda y sangrienta; y si no pudo vencerle, fue porque los tiempos habian cambiado de tal manera, que el soplo civilizador y humanitario de la Europa, salvando los Pirineos, llegaba hasta la Camarilla del Rey Fernando, apesar de la ignorancia sistemática de todas las clases de la Sociedad española.

Nos consuela, sin embargo, el espacio recorrido en tan breves años. La vergonzosa inaccion de tres siglos vá desapareciendo ante la creciente actividad material é intelectual que hoy agita y mueve á la masa general de la Nacion. Ciertó es que á veces queremos seguir á saltos el progreso, y esos conatos de impaciencia retardan el verdadero adelanto, pero eso prueba, al menos, que hay vitalidad y entusiasmo en la juventud que nos sigue, la cual, no lo dudemos, dará dias mejores á la patria.

La fé en el progreso humano es la esperanza del porvenir.

(1) Correspondencia con la Suprema. Libro 10. Carta de 5 de Mayo de 1815.

APÉNDICE.

APÉNDICE.

SOBRE CAIRASCO.

I.

Aunque no hemos podido obtener copia alguna de los muchos autos sacramentales que escribió Cairasco, hemos visto una noticia referente al que escribió á la llegada á Las Palmas del Obispo D. Cristobal Vela, en 1575, que se encuentra en la Biblioteca española de libros raros y curiosos, formada con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. Sancho Rayon.

Al número 552 se dice:

Comedia representada al Obispo de Canarias D. Cristobal Vela en la Iglesia Catedral del Real de las Palmas el día que tomó posesion de la mitra.

Interlocutores==Linaje. Menosprecio. Ciencia. Simplicidad. Humildad. Dignidad. Concordia.

Ms. en 4.^a—11 ps. ds.

La comedia está dividida en cuatro escenas ó cenas, como dice el autor, y se halla escrita en verso y alguna prosa.

Empieza de esta manera:

LINAJE.

Los hechos mas heróicos y magníficos
De Emperadores, Reyes y altos Príncipes
Que tienen fama en este mundo vário,
¿De quien tuvieron su principio y término,
De quien sino de mí, que soy el inclito
Linaje, que al cobarde doy estímulo
Y al animoso pecho aumento el ánimo?

Toda la escena primera está escrita en esdrújulos, metro desconocido entonces en la rítmica española.

La comedia ó auto, concluye de este modo.

CONCORDIA.

Muchos años gozeis la desposada
Que está con tal esposo muy aliva;
Con tanto la comedia es acabada.

Es indudable que esta obra es de Cairasco, así por el lugar en que se compuso y representó, como por el año, y esdrújulos que contiene.

No hemos querido omitir esta noticia, que recibimos despues de publicada la biografía del insigne poeta Canario, pues adiciona el número de sus obras, y decide

de un modo concluyente á su favor, la cuestion de haber sido él, quien introdujo el uso de los esdrújulos en la poesia castellana, debido al conocimiento que tenia de la lengua italiana, en cuya Península vivió algunos años.

II.

Des sucesos principales hay en la historia de la Gran-Canaria dignos de ser cantados por la levantada pluma de Cairasco, y de los cuales fué él testigo en los últimos años de su vida. El primero de estos sucesos, fue el ataque y derrota de los ingleses, mandados por el célebre Sir Francis Drake; y el segundo, la momentánea invasion de los holandeses en Las Palmas, al mando del almirante Wander Does.

Veáse como Cairasco nos describe estos dos importantes acontecimientos.

INVASION DE DRAKE.

[— — —]

ROMANCE.

Entre dos damas bizarras,
Que tienen nombre de grandes,
Año de noventa y cinco,
Hubo un famoso debate.
Y aunque suelen las mugeres
Ser tímidas y cobardes,
Por hallarse muy de lejos
El precio de una constante,
Estas dos, contra el estilo

Del femenino semblante,
Se mostraron por estremo
Briosas, fuertes y audaces.
Ambas son de estima ilustre,
Ambas de real linaje,
De gallardos pechos ambas,
Ambas servidas de amantes;
Fué la una muy hermosa,
Y es agora abominable,
Por trocar la ley de Cristo
A las heréticas fraudes;
Y la otra era muy fca,
Mas ya es bella y de buen talle,
Por trocar los falsos Dioses
Al Cristífero estandarte;
A la una Baña el norte,
A la otra el mar de Atlante;
Es la una Inglaterra,
La otra *Canaria* grande;
La primera es tan potente,
Tan altiva y arrogante,
Que con España compite,
Y en la tierra y mar no cabe;
La segunda humilde y pobre,
Mas subida de quilates,
Y de ilustres margaritas
Un maravilloso eugaste.
Viendo, pues, la soberbia
Con la humildad á encontrarse,
La pobre venció á la rica,

Como dirá este romance;
Que la mano poderosa
Del omnipotente Padre,
Sube en alto los humildes,
Y los soberbios abate.

Al punto que el alba bella
Por el horizonte sale,
Hizo farol la atalaya;
Del Castillo un trueno parte.
Luego vieron los expertos
Que la ocasion era grave,
Por ser aquella la hora
De los belicosos trances:
Quitó de presto la duda
Un desengaño espantable,
Que fue asomar por los roques
Treinta poderosas naves.
Canaria se dió por dicho
Que era la armada del Draque,
Y no le quitó los bríos
El objeto formidable,
Que por ser tan de repente,
Sin tener nueva de nadie,
No tuvo lugar el miedo
De mortificar la sangre;
Demas de ser tan briosa
En todo tiempo y contraste,
Que jamas la cobardia
A su pecho ha dado alance,

Suena luego en los oídos
El horrendo son de Marte,
Y en el corazón la honra
Hace música suave.
Salieron de los primeros
Las mayores Potestades,
Sin que faltase ninguna
De las sacras y seglares.
Ordenando lo que importa
Como diestros personajes,
Que en semejantes conflictos
Muestra el oro sus quilates,
Salieron en bella muestra
El sacro Cabildo y frailes,
Con bandera azul y roja
Colores de cielo y sangro;
Salió la caballería
Con su capitán delante,
Y las cuatro compañías
Con sus cuatro capitanes.
Todos van con fuerte brio,
Y con alegre semblante,
Que alegría y fortaleza
De victoria son señales.
De las cavernas y cumbres
Bajaron como Alemanes,
Mil Doramas y Adargomas,
Mananidras, Bentagaires,
Chambenegueres valientes,
Autindanas memorables,

Saltando por esos riscos,
Como sátiros salvajes,
Por llegar á la marina
A morir como Beldanes
Por la patria; por la honra,
Y por la fé de sus padres.
Como tímidas palomas
Que revuelan por el aire,
Cuando sienten el azor
Que les viene dando alcance,
Así las hermosas damas
Por acá y allá se esparcen,
Que el miedo les dá osadía,
La flaqueza, fuerza y arte;
Olvidanse de sus galas,
Guirnardillas y almirantes,
Que el honor es la presea
Que debe más estimarse;
Y juntándose en cuadrillas
Como en jueves de comadres,
Se suben por las laderas,
Ventilando los volantes.
Unas quedan en Tasira,
Otras pasan adelante,
Otras se van á Tenoya,
Otras á diversas partes;
Otras estan á la mira,
Por ver el fin de los trages;
Otras paran en el risco,
Por ver el fiero combate.

Tambien ayudaron ellas
A combatir de su parte
Con armas de mas efecto
Que de acero fulminante.
Sactas son los suspiros,
Las oraciones, montantes,
Y de su llanto las perlas
Eran balas de diamanto.
En tanto, el ingles no duerme,
Aunque parezca que tarde,
Que esperaba la marca,
Ocupado en ordenarse.
Salta el Draque en un esquife,
Y en otro esquife Juan Acle,
Y la mas gallarda gente
En escuadras la reparten;
Súbese luego á la popa
De la capitana el Draque,
Y asi los incita y mueve
En alta voz resonante:
«Capitanes y soldados
De Britania, luz y esmalte,
Enseñados á victorias,
Y á rendir grandes ciudades:
En Canaria no hay defensa,
Ni saben que cosa es Marte,
Jento ociosa y regalada,
Sin experiencia, sin arte;
En medio de sus castillos,
Donde no hay pieza de alcance,

Está la playa que os dije,
Allí todos desembarquen.
De las mejores conservas
Cargareis luego una nave
Para enviar á la Reina,
Si es posible, por el aire;
Los Regidores son ricos,
Y mas ricos los Abades,
Mermelada y confitura
No hay otra que se le iguale;
Hay vinos maravillosos
Maduros, blandos, sitaves,
Y otros de diversos gustos
Aloquetes y raspantes,
Estan las bodegas llenas
Por haber pocos que traten,
Los almacenes de azucar
Porque no hay quien compre y cargue,
Hallareis damas bizarras
De discrecion y donaire,
Muchas virgenes hermosas,
Porque no hay con quien se casen;
Hay tiendas de gran riqueza,
Caudalosos mercadantes,
Y en fin, todos los regalos
Que pueden imaginarse;
Id presto soldados mios,
A citarlos de remate,
Y volved con tal victoria
Que por el mundo se alabe.»

Júntanse en tanto los nuestros,
Que volando como aves
Bajaban por las laderas
A las playas y arenales,
Dies y seis banderas bellas
Tremolaban por los aires,
Ondeando rojas cruces
Junto del marino margen,
Anímanse unos á otros
Con palabras y ademanes,
Y juraré que ninguno
Allí se mostró cobarde.
Ya navegan treinta lanchas
En apariencia espantable,
Con catorce galeones
Que les hacen baluarte.
En ellos y en ellas vienen
Tres mil armados infantes,
Que no los vió el Occano
Tan bizarros y arrogantes;
De flámulas, gallardetes,
Banderolas, estandartes,
Y picas enarboladas
Vienen poblando los aires,
Y los pifanos y cajas,
Chirimias resonantes,
Trompas, dulzainas, clarines,
Atruenan los anchos mares.
Acudieron al ruido
Las marinas Deidades

Palemon, Portuno y Forco,
Melicerta y Atamante,
Acudió Glaucó y Nereo,
Y Proteo el de Carpate,
Los focas y las Nereidas,
Con Doris la bella madre.
Mil tritones y delfines
Hacen diversos pasages,
Siguiendo al padre Neptuno,
Que en su carro iba delante,
Y atentos esperan todos
De aquella guerra el remate,
Para dar lauro á quien vence
De perlas y de corales.
Ya se ven los Galeones
Del castillo y homenaje,
Y las lanchas con sus remos,
Que señalan los compases;
Reforzados basiliscos
Disparó luego el alcaide,
Que enviaron muchas almas
A las grutas infernales.
Luego el fuerte de Santa Ana
Abrió por el aire calles,
Con muchos globos de hierro,
Que amenazan grandes males.
Sin embargo, los Ingleses
Van siguiendo su viage,
A la playa de la Reina

Que á Maxencio hizo ultraje (1).
Viendo del bravo enemigo
La potestad formidable.
Hubo algunos pareceres
Que el campo se retirase,
A esperar trás de la cerca
El belicoso contraste,
Que fuera total ruina
de Canaria y su remate:
Por que formando escuadrones
En hileras militares,
No tiene Canaria fuerza
Que las rompa y desbarate;
Y así el Rector de la Audiencia,
Mandó que allí se esperase
Y que el ingles se acometa,
Al tiempo que desembarque,
Que el isleño es poderoso
A la marina y sin arte,
Y despues de Dios, en esto
Estuvo nuestro rescate.
Los canarios animosos
Se opusieron luego al trance,
Sin que el ánimo invencible
En uno solo faltase.
A los ingleses esperan
Con su General delante,
Que con espada y rodela

(1) La playa de Santa Catalina, donde aun no existia el fuerte de este nombre.

Representa un fiero Marte;
Ya llegan los Galeones,
Ya se acercan los pataches,
Ya las armas se divisan,
Divísanse los semblantes,
Con insólita braveza
Extraordinario coraje,
Comienza la batería
A la una de la tarde.
Escupen los altos pinos
Bramidos como volcanes,
Y en espeso humo envueltas
Pelotas innumerables.
El campo dió la respuesta
Con unos versos y sacres,
Llevados á la marina
Por industria de algun ángel,
Treinta balas de mosquito
Disparan de cada lance,
Que en las lanchas esparcidas
Iban dando muchos mates;
Así diestro arcabucero
Viendo banda de zorzales,
Les tira con perdigones,
Y unos vuelan y otros caen.
Ya no suenan los clarines,
Ya las banderas se abaten,
Ya se suspenden los remos,
Y las lanchas se retraen;
Los nuestros alzan el grito

Y los llaman de cobardes,
Convidanlos á la guerra
Con mil señas y donaires.
Duró tres horas continuas
El bravísimo combate,
Sin cesar los enemigos
De tirar rayos de Marte,
Y fue milagro evidente
Que con ser innumerables,
A ninguno de los nuestros
Sacaron gota de sangre,
Con estar por la marina
Nuestra gente en sus lugares,
Y disparar los bajeles
Mil rayos á cada parte.
Viendo, pues, la resistencia
De los canarios magnates,
La gallarda valentía
De sus pechos de diamante,
Y viendo el notable daño
Que de tierra se les hace,
Perdidosos y afrentados
Acuerdan de retirarse:
Ya revuelven los navios
Las proas hácia Levante,
Y las lanchas temerosas
Aprehenden fuga infame.
Huyen á la retaguardia
Que las defiende y ampara;
Que estaba surta en los Roques

Esperando un buen mensago.
Desta misma suerte viendo
El milano que se abato
Huyen los tímidos pollos
Desalados á su madre.
Dá velas toda la armada
Y en bella muestra y alarde,
Surcando del mar las olas
Al Arganeguín se parte;
Y estando todos en tierra
Soldados, y Generales,
Diez hórridos Semicapros
Les hicieron bravo ultrage;
Puñales y medias lanzas
Aquestos sátiros traen,
Y acometen resolutos
A los armados jayanes;
Estos mataron diez hombres,
Y algunos muy principales,
Y trajeron dos captivos
Que contaron todo el trance.
«No hay que esperar en Canaria,
Dijo en alta voz el Draque,
Valerosos hombres tiene,
De tales pueden loarse;
Mi señor, el Rey Filipo,
Puede muy bien gloriarse,
Que tiene en Canaria gente
Briosa, fuerte, constante.»
Embárcanse los Ingleses

Con pavorosa semblante,
Y navegan á las Indias,
Con mal pié y con mal viage.

Vuele tan alta victoria
Desde el Ebro hasta el Ganges,
Y desde el helado Escita
Al adusto Garamante,
Y déncse las gracias della
Despues de Cristo, á su madre,
A Santa Ana y á S. Pedro
De Gran Canaria pilares.

INVASION DE WANDER DOES.

RELACION.

Quiso probar sus fuerzas con Canaria,
Holanda la cismática rebelde,
Para lo cual con una gruesa Armada
De ochenta Galeones, que pusieran
Miedo á Sevilla y á la gran Lisboa.
El asalto le dió en medio del año
De mil quinientos y noventa y nueve.
Salieron los Canarios á la orilla
A defender la patria osadamente,
A ciento treinta lanchas que venian
Con una selva de arboladas picas,
Y de mosqueteria innumerable.
Reberberando el sol en las celadas
Que daban luz á los vecinos montes,
Y sin haber trinchea ni reparo

Llegaron los Isleños valerosos
A medir las espadas y las lanzas,
Con los determinados holandeses
Que estaban en las lanchas; y aunque aquesta
De gran temeridad tuvo apariencia,
Fué de valor un ímpetu gallardo,
Y celo de cristiana valentia.
Tiñóse el mar con una y otra sangre,
Muriendo mas hereges que cristianos;
La pluvia de esmeriles y mosquetos
Al fin abrió camino en la ribera;
Y así desembarcó la infanteria
Pisando las arenas Fortunadas.
Diez mil flamencos bien armados todos
Y siendo apenas mil los defensores,
Con pocas armas, pocos arcabuces,
Convino y fue forzoso el retirarse
A la Ciudad, y en esta retirada
Fue milagro evidente no perderse
Ni aun una vida, habiendoles tirado
Mas de cuatro mil globos impelidos
De salitrado polvo los bajeles.
Ganando pues los milites de Holanda
Para seguridad de sus navios
El castillo del Puerto, en breve espacio
A la Ciudad que dél está distante
Dos millas poco mas, pusieron cerco,
Haciendo sus reparos y trincheas.
El frágil muro defendió tres dias
Contra toda esperanza poca gente;

A la mucha enemiga; que batiendo
Con nueve basiliscos, relumbraron
Del aire, mar y tierra los confines,
Salváronse en aqueste breve tiempo
De la Ciudad riquisimos despojos,
Y del cerro del santo mas humilde (1)
Y del fuerte á la Abuela consagrado (2)
De nuestro Redentor, del rubio bronce
Se despidieron rayos, que enviaron
A cenar con Pluton mas de seiscientos.

La costosa Ciudad al fin ganaron,
Dó poco mas hallaron de las casas;
Y ardiendo en vivas brasas, de corridos,
Y de furor vencidos, por la tierra
Entraron á dar guerra á los Lugares,
Mas de cuatro millares de soldados
Valientes y arriscados, y en un monte
Las aguas de Aqueronte se gustaron
De muchos que mataron los Isleños
Con lanzas y con leños, y temiendo
Aquel asalto horrendo los de Holanda,
Y brava escuribanda, fue forzoso
Volver con vergonzoso movimiento
A pocos mas de ciento las espaldas.
Con aquestas guirnaldas los Canarios
Signieron temerarios el alcance,
Y al fin de lance en lance los llevaron
Hasta que se embarcaron con afrenta,

(1) Cerro de San Francisco.

(2) Fuerte de Santa Ana.

Huyendo la tormenta de Canaria;
Mostróseles voltaría la fortuna
Rompiendo la coluna de su gloria,
Y así su vanagloria mal nacida,
De victoria vencida tuvo nombre,
Ganando este renombre esclarecido
El Patron referido (1), y con la honra
De holandesa deshonra matizada,
Quedó Canaria honrada y valerosa,
Aunque algo perdidosa en edificios,
Que éstos son los oficios de vil gente,
Vengar con fuego ardiente licencioso,
Lo que el brazo alevoso tan cobarde,
No se atrevió, ni pudo aquella tarde.

(1) San Pedro Mártir.

FIN.

INDICE.

	PAGINA
ADVERTENCIA	
D. JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO	1
FRAI JOSÉ DE SOSA.	45
D. RAFAEL BENTO	61
D. MANUEL DIAZ.	83
D. PEDRO A. DEL CASTILLO.	103
EL MARQUES DE SAN ANDRES.	125
D. MANUEL VERDUGO	179
D. ANTONIO DE VIANA.	197
SOR PETRONILA DE SAN ESTEBAN.	222
D. ANTONIO RUIZ PADRON.	247
APÉNDICE SOBRE CAIRASCO.	331
